

K. BROMBERG

# DRIVEN

CEGADOS POR LA PASIÓN

SERIE DRIVEN 2

CHIC



**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



# CONTENIDOS

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

*Dedicatoria*

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46

*Continuará*  
*Agradecimientos*

*Sobre la autora*

**DRIVEN.**  
**CEGADOS POR LA PASIÓN**

**K. Bromberg**

**Serie Driven 2**

**Traducción de Aitana Vega para**

**Principal Chic**



# DRIVEN. CEGADOS POR LA PASIÓN

V.1: Febrero, 2018

Título original: *Fueled*

© K. Bromberg, 2013

© de la traducción, Aitana Vega, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Valua Vitaly - Shutterstock

Corrección: Sandra Soriano y Miriam Lozano

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-11-9

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# **DRIVEN. CEGADOS POR LA PASIÓN**

**¿Qué ocurre cuando la persona menos esperada se convierte en tu razón de ser?**

Colton le ha robado el corazón a Rylee.  
No debía hacerlo, tampoco lo pretendía, pero pronto la pasión cegó a ambos.  
El joven piloto sabe que ahora nada volverá a ser igual, pero luchará con todas sus fuerzas para mantener la luz de Rylee en su vida.  
¿Bastará el deseo para alimentar el amor?

**Una secuela intensa, emocionante, inolvidable y emotiva que te cautivará**

«Una saga irresistiblemente *sexy* que permanecerá contigo mucho tiempo después de haberla terminado.»

**Jennifer L. Armentrout, autora *best seller***

«Colton y Rylee han vuelto con más pasión que nunca. Me ha encantado esta segunda entrega.»

**Ella James, autora *best seller***



*Para J.P:*  
*Gracias por ser tan paciente mientras me enfrentaba*  
*a este desafío, que siempre ha sido mi sueño.*  
*Por cierto, ya no es solo un hobby.*

# Prólogo

## Colton

**M**alditos sueños. Fragmentos sueltos de tiempo que deambulan por mi subconsciente. Rylee está en ellos. Los llena. Los consume. No dejo de verla en un lugar que, normalmente, está empañado por los recuerdos más horribles y, joder, no sé por qué, pero verla me llena de paz, de algo que parece esperanza, como si de verdad tuviese un motivo para curarme. Un motivo para superar toda la mierda que me acecha. Es como si el oscuro abismo que tengo en el corazón fuera capaz de sentir amor. Su presencia en un lugar tan oscuro me hace pensar que las heridas que me desgarran el alma, que siempre han estado abiertas y en carne viva, tal vez por fin empiecen a cicatrizar.

Estoy soñando, lo sé, así que ¿cómo es posible que esté en todas partes, incluso en mis sueños? La tengo en la cabeza cada minuto de cada maldito día, se me ha metido en el subconsciente.

Me empuja.

Me desarma.

Me consume.

Ahuyenta para siempre mi temor a esa gilipollez del amor.

Me siento como cuando estoy a punto de hacer una carrera: el corazón se me para y se me acelera al mismo tiempo. Me hace pensar en cosas en las que no debería pensar. Se abre paso por la oscuridad que hay dentro de mí y

me hace pensar en «cuándo» en vez de en «si».

¡Joder!

No hay duda de que estoy soñando si me da por pensar en estas tonterías. ¿Desde cuándo soy tan calzonazos? Becks me daría una paliza si me oyera decir estas gilipolleces. No puede haber nada más que la necesidad de volver a enterrarme en ella, de tener su cuerpo caliente debajo del mío para penetrarla. Curvas suaves. Tetas firmes. Coño apretado. Eso es todo. Luego estaré bien. Volveré a tener la cabeza en su sitio. Las dos cabezas. Una vez que esté satisfecho, seré capaz de concentrarme en otra cosa que no sean idioteces, como sentimientos inútiles o los latidos de un corazón incapaz de dar ni recibir amor.

Seguramente es la novedad lo que me hace sentir como un bobo necesitado; tan necesitado que hasta sueño con ella, ella en concreto, en vez de con el cuerpo perfecto sin rostro de siempre. Hay algo en ella que me hace perder la cabeza. Joder, si hasta tengo las mismas ganas de pasar tiempo con ella antes del sexo que de follar en sí.

Bueno, casi.

Normalmente, las mujeres se lanzan sobre mí de maneras nada sutiles y abiertamente sexuales: me ponen las tetas en la garganta, ofrecen miradas que me dicen que les haga lo que quiera y se abren de piernas en cuanto chasqueo los dedos. Creedme, la mayoría de las veces no pongo ninguna objeción. Sin embargo, con Rylee es diferente, lo ha sido desde el principio, desde que salió de ese puto armario y entró en mi vida.

Las imágenes se suceden en mis sueños. La primera impresión cuando levantó la mirada y me vio, con esos ojos tan alucinantes. La primera vez que probé su sabor y me cautivó, me recorrió la columna, me agarró de los huevos y me pidió que no la dejara ir; tenía que hacerla mía a cualquier precio. La forma en que balanceaba el culo al alejarse de mí sin mirar atrás, me atrapó algo que nunca me había resultado atractivo: su rebeldía.

Los recuerdos siguen dando vueltas. Rylee se agacha delante de Zander para sacar a la luz su alma dañada; se sienta en mi regazo vestida con mi camiseta y bragas favoritas, a horcajadas sobre mí, la noche anterior en el patio; cuando aparezco en su oficina y su expresión confusa se mezcla con la ira en su maravilloso rostro al escuchar mi oferta irrechazable; en pie, delante de mí, vestida con lencería de encaje, ofreciéndose, entregándose por

completo de forma desinteresada.

Despierta de una puta vez, Donavan. Estás soñando. Despierta y toma lo que anhelas. La tienes justo al lado. Caliente. Seductora. Tentadora.

Me frustró al desearla con desesperación y no ser capaz de salir de este maldito sueño para poseer ese cuerpo tan *sexy* que casi resulta un pecado. Tal vez eso es lo que la hace tan atractiva. No se da cuenta de lo *sexy* que es. Al contrario que muchas otras mujeres que se pasan horas mirándose al espejo, criticándose y resaltando su lado bueno, Rylee no tiene ni puta idea.

Las imágenes de la noche anterior me consumen. Su forma de mirarme con esos ojos de color violeta y cómo se mordía su carnoso labio inferior mientras su cuerpo respondía al mío de forma instintiva y se sometía a mí. Su característico olor a vainilla mezclado con champú. Su sabor, tan adictivo, tan dulce. Es irresistible, inocente y descarada a partes iguales, todo mezclado dentro de un envoltorio curvilíneo y tentador.

El mero pensamiento hace que se me ponga dura. Necesito otra dosis de ella. Nunca tengo suficiente. Al menos hasta que la emoción de la novedad desaparece y paso a otra cosa, como siempre. No voy a dejar que una mujer me engatuse. ¿Para qué encariñarse con una persona que al final se marchará? Alguien que saldrá corriendo en cuanto descubra la verdad sobre mí, el veneno que me tiñe el alma. Una relación casual es lo único que necesito. Lo único que quiero.

Lo único que me permito.

Siento sus manos deslizarse por mi abdomen y me abandono a la sensación. Joder, lo necesito ya. La necesito ya. Saber que ese calor apretado y húmedo que anhelo está justo a mi lado hace que me tiemble la polla. La posibilidad de hundirme en la dulzura de su cuerpo y olvidarme de toda la mierda que me atormenta está a solo unos centímetros de distancia. Tengo una erección matutina tan fuerte que casi me duele, me muero por que me toque.

Se me tensa el cuerpo al darme cuenta de que los brazos que me rodean no son suaves ni tersos ni huelen a vainilla como los de Rylee. Un escalofrío de asco me recorre la columna y se me instala en el estómago. La bilis me sube por la garganta. Un olor a cigarrillos rancios y alcohol barato emana de su piel y espesa el aire cuando se excita. Su redonda barriga me presiona la espalda mientras unos dedos rechonchos e implacables me acarician la parte

baja del abdomen. Cierro los ojos con fuerza, el sonido de los latidos de mi corazón ahoga los demás ruidos, incluidos mis débiles gemidos de protesta.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman», pienso.

Tengo hambre, me siento tan débil por la falta de comida mientras mamá experimenta uno de sus «viajes» que me convengo de que no debo resistirme. Mamá dice que si me porto bien y hago lo que me dicen, los dos tendremos una recompensa; dice que si hago esto por ella me querrá: ella conseguirá su dosis de «hacer que mamá se sienta bien» y yo podré comerme media manzana y un par de galletas envueltas en plástico que, con suerte, encontrará por ahí. Me suenan las tripas y se me hace la boca agua ante la idea de comer algo por primera vez en días.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman».

«Tengo que ser bueno. Tengo que ser bueno».

Repito el mantra una y otra vez mientras la barba de su mandíbula me rasca la piel de la nuca. Trato de contener las náuseas y, a pesar de no tener nada en el estómago que vomitar, el cuerpo me tiembla con violencia intentándolo de todos modos. El calor de su cuerpo contra mi espalda, siempre contra la espalda, hace que me broten lágrimas que lucho por reprimir. Me gruñe en la oreja, excitado por mi miedo, y las lágrimas se me escapan entre los párpados apretados. Ruedan por mi cara hasta caer sobre el colchón de mamá, que está tirado en el suelo. Me obligo a no resistirme cuando siento en el ano la presión de su miembro. Sé muy bien lo que pasa cuando lo hago. Me resista o no, duele igual; es una pesadilla que siempre termina del mismo modo: peleo y luego llega el dolor, o bien acepto el dolor sin oponer resistencia.

Me pregunto si después de morir sigue doliendo.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman».

—Te quiero, Colty. Si haces esto mamá te volverá a querer, ¿vale? Un niño bueno hace lo que sea por su mamá. Lo que sea. El amor consiste en hacer estas cosas. Si de verdad me quieres y sabes que yo te quiero, harás esto para que mamá vuelva a sentirse bien. Te quiero. Sé que tienes hambre. Yo también. Le he dicho que esta vez no te vas a resistir porque me quieres.

La súplica de su voz me retumba en los oídos. No importa lo mucho que grite, ella no abrirá la puerta, no vendrá a ayudarme, a pesar de estar sentada al otro lado. Sé que oye mis gritos (el dolor, el miedo, la pérdida de la

inocencia), pero está tan aturdida por el mono que no le importa. Necesita las drogas que él le dará cuando acabe conmigo. El pago. Es lo único que le importa.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman. Spiderman. Batman. Superman. Ironman», repito los nombres de los superhéroes, una vía de escape silenciosa de este infierno. El miedo me recorre las venas, me perla la piel de sudor e impregna el aire que respiro con su inconfundible hedor. Vuelvo a recitar los nombres. Rezo para que cualquiera de ellos venga a rescatarme. A combatir el mal.

—Dímelo —gruñe—. Dilo o te dolerá más.

Me muerdo el labio y recibo el sabor metálico de la sangre mientras trato de contenerme para no gritar de miedo. Para no darle lo que quiere, los gritos que reclamen una ayuda que nunca vendrá. Me sujeta con fuerza. Duele mucho. Me rindo y le digo lo que quiere oír:

—Te quiero, te quiero, te quiero —repito una y otra vez, sin parar, mientras se le acelera la respiración, excitado por mis palabras. Me clavo las uñas en las palmas de las manos al apretar los puños cuando él me palpa y me agarra el torso. Con dedos ásperos encuentra la cinturilla de mi ropa interior desgastada, uno de los pocos pares que tengo. Oigo que el calzoncillo se rasga a causa de sus movimientos excitados y erráticos. Contengo el aliento, el cuerpo me tiembla con violencia, sé lo que vendrá ahora. Una mano me atrapa la entrepierna y me aprieta con tanta fuerza que me hace daño, mientras con la otra me abre las piernas desde atrás.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman».

No puedo evitarlo. Me muero de hambre, pero duele demasiado. Me sacudo contra él.

—No —se me escapa de entre los labios apretados mientras me esfuerzo por escapar de lo que pasará después.

Me sacudo con violencia y choco contra algunas partes de su cuerpo mientras salto de la cama y escapo por un instante. El miedo me ciega, me consume mientras se levanta del colchón sucio y se acerca a mí con expresión decidida y los ojos llenos de deseo.

Me parece escuchar mi nombre y me quedo confundido. ¿Qué hace ella aquí? Tiene que irse. También le hará daño. ¡Mierda! No, a Rylee no. Con pensamientos desesperados le grito que corra. Que salga de aquí, pero no me

sale ni una palabra en voz alta. El miedo me ha bloqueado la garganta.

—Colton.

Los horrores de mi mente se desvanecen poco a poco y dejan paso a la suave luz de la mañana que entra en la habitación. No estoy seguro de creermelo lo que veo. ¿Qué es real? Tengo treinta y dos años, pero me siento como un niño de ocho. El aire fresco de la mañana se mezcla con la capa de sudor que me empapa el cuerpo desnudo, pero siento un frío tan profundo arraigado en el alma que sé que ni la temperatura más alta me calentaría. Tengo todos los músculos en tensión a causa del inminente ataque, y me lleva un momento convencerme de que en realidad él no está aquí.

Enfoco la mirada mientras la sangre me palpita en las venas y me fijo en Rylee. Está sentada en la gigantesca cama, con una sábana de color azul pálido enrollada en la cintura y los labios hinchados por el sueño. La observo con la esperanza de que sea real, aunque no termino de creérmelo.

—Mierda —articulo entre jadeos mientras abro los puños y me llevo las manos a la cara para frotármela e intentar deshacerme de la pesadilla. Agradezco la aspereza de la barba contra la palma de la mano. Me confirma que estoy aquí de verdad. Soy adulto y él no está cerca.

No puede volver a hacerme daño.

—¡Jodeeeer! —maldigo de nuevo entre dientes e intento poner orden en el caos que tengo en la cabeza.

Dejo caer las manos a los lados. Cuando Rylee se mueve, me vuelvo a centrar. Muy despacio, se frota el hombro con la mano contraria y hace una mueca de dolor, pero no aparta la mirada de mí, con los ojos entrecerrados y llenos de preocupación.

¿Le he hecho daño? ¡Me cago en la puta! Le he hecho daño. A ella.

Esto no puede ser real. Tengo los nervios a flor de piel. La cabeza me funciona a mil por hora. Si esto es real, si esa de ahí es Rylee, entonces, ¿por qué todavía lo huelo? ¿Por qué sigo sintiendo el roce de su barba contra la nuca? ¿Por qué no dejo de oír sus gruñidos de placer? ¿Por qué siento el dolor?

—Rylee...

Juro que tengo su sabor en la boca. Joder.

Se me revuelve el estómago al pensarlo y por el recuerdo que me evoca.

—Mierda, dame un minuto.

Salgo disparado hacia el baño. Necesito quitarme este sabor de boca.

Casi no llego hasta el váter, entre tropiezos y tambaleos caigo de rodillas y vacío el contenido del estómago en la taza. Tiemblo con violencia mientras hago todo lo necesario para librarme de cualquier rastro de él en mi cuerpo, incluso aunque esos rastros solo estén en mi cabeza. Me deslizo hacia el suelo para recostarme contra la pared de azulejos y agradezco el frío del mármol contra la piel. La mano me tiembla al limpiarme la boca con el dorso. Recuesto la cabeza, cierro los ojos e intento en vano devolver los recuerdos a su rincón escondido.

«Spiderman. Batman. Superman. Ironman».

¿Qué cojones ha pasado? Llevaba quince años sin tener ese sueño. ¿Por qué ahora? ¿Por qué...? ¡Mierda! Rylee. Rylee lo ha visto. Ha sido testigo de la pesadilla que nunca he confesado a nadie. La pesadilla llena de secretos que nadie conoce. ¿Habré dicho algo? ¿Habrá oído algo? ¡No, no, no! No puede enterarse.

No puede estar aquí.

La vergüenza me invade y se instala en mi garganta, lo que me obliga a respirar hondo para no volver a vomitar. Si supiera las cosas que he hecho — las que él me hizo hacer, las que hice sin resistirme— entonces se daría cuenta del tipo de persona que soy. Sabrá lo horrible, sucio e indigno que soy. Para qué querer a alguien cuando no puedo recibir el amor de nadie. Jamás.

El miedo que tengo, profundamente arraigado bajo la piel, a que alguien descubra la verdad se remueve y sale a la superficie. Mierda, otra vez no. El estómago me da una fuerte sacudida y, cuando ya no me queda nada dentro, tiro de la cadena y me obligo a levantarme. Me tambaleo hasta el lavamanos, con manos temblorosas pongo algo de pasta de dientes en el cepillo y me restriego la boca con violencia. Con los ojos cerrados, deseo que los sentimientos se desvanezcan y que los sustituya el recuerdo de las manos de Rylee, en vez del de las numerosas mujeres que he utilizado a lo largo de los años para intentar suavizar los horrores que me acechan.

Usar el placer para enterrar el dolor.

—¡Joder!

No funciona, así que restriego los dientes hasta que noto el sabor



metálico de la sangre de mis encías. Dejo caer el cepillo de dientes sobre la pila, cojo algo de agua con las manos y me la echo en la cara. Me concentro en los pies de Rylee, se reflejan en el espejo cuando entra en el baño. Respiro hondo. No quiero que me vea así. Es demasiado lista, tiene demasiada experiencia con este tipo de cosas; y yo no estoy preparado para que los fantasmas que hay dentro del armario salgan a la luz y los analicen con lupa.

No creo que llegue a estarlo nunca.

Me seco la cara con la toalla sin saber muy bien qué hacer. Cuando la suelto, la miro. Joder, es realmente preciosa. Me deja sin aliento. Sus piernas desnudas asoman por debajo de mi camiseta arrugada, tiene la raya de ojo corrida, el pelo enredado de recién levantada y una marca de la almohada en la mejilla que no la hace menos atractiva ni por asomo. Por alguna razón, casi diría que la hace todavía más. Gracias a eso parece inocente, intocable. No la merezco. Es mucho más de lo que alguien como yo merece. Está demasiado cerca, más de lo que nadie ha estado nunca, y eso me aterroriza. Nunca he dejado que nadie llegase tan lejos porque significaría compartir secretos y descubrir el pasado.

Y porque implica necesitar a alguien. Desde hace mucho, solo me he necesitado a mí mismo. Necesitar a otros supone dolor. Abandono. Horrores indescriptibles. Y, aun así, ahora mismo, necesito a Rylee. Cada célula de mi cuerpo se muere por acercarse a ella, acercarla a mí y abrazarla. Usar el calor de su piel y el sonido de su respiración para aliviar la presión que siento en el pecho. Quiero perderme en ella para encontrarme a mí mismo, aunque sea por un segundo. Aunque solo sea por eso, tiene que irse. Por mucho que quiera, no puedo hacerle esto, simplemente no puedo. No puedo hacérmelo a mí, a mi vida construida al milímetro y a mi forma de lidiar con todo.

Estar solo es mejor. Si estoy solo sé qué esperar. Puedo planificar las situaciones y aplacar los problemas con antelación. ¡Mierda! ¿Cómo lo voy a hacer? ¿Cómo voy a alejar a la única mujer a la que de verdad me he planteado dejar entrar?

Mejor perderla ahora y no cuando salga corriendo al descubrir la verdad.

Respiro para darme fuerzas y prepararme antes de mirarla a los ojos. Hay demasiadas emociones revoloteando en esos iris de color violeta y, aun así, es la pena a la que me aferro, me agarro a ella para poder usarla como la pobre excusa para lo que estoy a punto de hacer. He visto esa mirada muchas

veces a lo largo de mi vida, y no hay nada que me moleste más. No soy una obra de caridad. No necesito que nadie se compadezca de mí.

Y mucho menos ella.

Pronuncia mi nombre con esa voz de teleoperadora *sexy* que tiene y casi cedo.

—No, Rylee. Tienes que irte.

—¿Colton?

Me busca con la mirada. En sus ojos atisbo cientos de preguntas, pero no llega a articular ninguna.

—Vete, Rylee. No te quiero aquí.

Palidece al oírme. Recorro su cara con la mirada y noto que le tiembla el labio inferior. Me muerdo el interior del labio y el estómago se me encoge. Creo que voy a vomitar otra vez.

—Solo quiero ayudar.

Me estremezco por dentro al oír su voz rota, me odio por el dolor que estoy a punto de causarle. Es tan cabezota, sé que no se irá sin pelear. Da un paso hacia mí y rechino los dientes. Si me toca, si siento el tacto de sus dedos sobre la piel, cederé.

—¡Lárgate! —grito. Levanta la mirada hacia mis ojos como un resorte, desconcertada, pero también percibo que está decidida a consolarme—. ¡Lárgate de una puta vez, Rylee! ¡No te quiero aquí! ¡No te necesito!

Abre los ojos como platos y tensa la mandíbula para evitar que le tiemble el labio.

—No lo dices en serio.

La discreta osadía de su voz retumba en mis oídos y destruye rincones dentro de mí que ni siquiera sabía que existían. Me mata ver cómo le hago daño, lo dispuesta que está a quedarse ahí y escuchar lo que sea que le suelte con tal de asegurarse de que estoy bien. Ahora me demuestra más que nunca que es una santa y que, sin lugar a dudas, yo soy el capullo.

¡Me cago en la puta!

Voy a tener que destruirla con mentiras de mierda para conseguir que se vaya. Para protegerme de tener que disculparme si se queda; de tener que sincerarme y revelarle todos los fantasmas de los que siempre me he protegido.

—¡Y una mierda que no! —grito y, frustrado, lanzo al otro lado del baño la toalla que tengo en la mano y que vuelca unos estúpidos jarrones con forma de botella.

Levanta la barbilla con tenacidad mientras me mira fijamente. «Maldita sea, Rylee, ¡vete! ¡Haznos esto más fácil a los dos!», pienso. Sin embargo, me sostiene la mirada. Doy un paso hacia ella intentando parecer lo más amenazador posible y lograr que se vaya.

—Te he follado y ahora he terminado contigo. Ya te dije que era lo único que se me daba bien, encanto.

La primera lágrima empieza a deslizarse por su mejilla y me obligo a respirar con normalidad para que parezca que me da igual, pero la mirada herida de sus ojos amatista me está matando. Tiene que irse, ¡ya! Cojo su bolsa de la encimera del baño y se la estampo en el pecho. Me estremezco cuando se tambalea hacia atrás a causa de la fuerza que he empleado. Ponerle las manos encima de este modo solo consigo que el estómago se me retuerza aún más.

—¡Fuera! —gruño, con los puños apretados para resistirme a tocarla—. Ya me he aburrido de ti. ¿Es que no lo ves? Has cumplido tu propósito. Una diversión rápida para pasar el rato. Ya he terminado. ¡Vete!

Me mira una última vez, con los ojos llorosos fijos en los míos, con fuerza, antes de que un sollozo se le escape de la garganta. Se da la vuelta y cruza la habitación a trompicones mientras me sujeto al marco de la puerta sin moverme, el corazón me palpita con fuerza, la cabeza me da vueltas y los dedos me duelen de apretar la madera para no salir corriendo detrás de ella. Cuando oigo la puerta principal cerrarse de un portazo, suelto un largo y tembloroso suspiro.

¿Qué cojones acabo de hacer?

Las imágenes del sueño reaparecen, el único recordatorio que necesito. Todo me viene de golpe mientras me tambaleo hacia la ducha, abro el grifo y pongo el agua más caliente de lo que puedo tolerar. Cojo la pastilla de jabón y me froto el cuerpo con violencia para borrar la insistente sensación de sus manos sobre mi piel y hacer desaparecer el dolor de su recuerdo y el de haber echado a Rylee. Cuando la pastilla se acaba, me giro, vacío sobre mi cuerpo una botella de lo que parece ser champú y empiezo otra vez, moviéndome de forma frenética. Tengo la piel en carne viva y aun así sigo

sin estar lo bastante limpio.

El primer sollozo me pilla totalmente desprevenido cuando me sube por la garganta. ¡Mierda! Yo no lloro. Lo niños buenos no lloran si quieren a sus mamás. Me tiemblan los hombros al intentar reprimirlo, pero lo que ha pasado en las últimas horas me supera, las emociones, los recuerdos, el dolor en los ojos de Rylee... es demasiado. Las compuertas se abren y ya no consigo contenerlo.

# Capítulo 1

Mientras los sollozos que me sacuden el cuerpo se mitigan lentamente, el escozor en las rodillas me hace volver a la realidad. Caigo en la cuenta de que estoy arrodillada sobre los duros adoquines de la entrada de la casa de Colton vestida solo con su camiseta. Sin zapatos. Sin pantalones. Sin coche.

Y el móvil sigue en la encimera del baño.

Sacudo la cabeza mientras el dolor y la humillación empiezan a dar paso a la ira. Ya he superado la conmoción inicial que me han provocado sus palabras y ahora quiero devolvérselas. No tiene derecho a tratarme ni a hablarme así. Con un repentino subidón de adrenalina, me levanto del suelo y abro la puerta de un empujón, que se estrella contra la pared con un ruido sordo.

A lo mejor él ha terminado conmigo, pero yo no he dicho la última palabra. Tengo demasiadas cosas dando vueltas en la cabeza y es probable que no vuelva a tener la oportunidad de decirlas; además, el arrepentimiento no es una emoción que necesite añadir a la lista de cosas que lamentar.

Subo las escaleras de dos en dos. No he sido consciente de la poca ropa que llevo hasta que el aire fresco de la mañana se ha colado por debajo de la camiseta y me ha acariciado la piel desnuda, una piel que está algo hinchada y dolorida por las rigurosas atenciones y las expertas habilidades de Colton después de las numerosas veces que tuvimos sexo anoche. La incomodidad hace que una silenciosa sensación de tristeza se sume a la furia descontrolada que ya siento. Baxter me saluda moviendo la cola cuando entro a la habitación y oigo el agua de la ducha. Me arde la sangre al recordar todo lo que me ha dicho, cada comentario peor que el anterior, pasando del dolor a la

ira. Decidida, lanzo el bolso de cualquier manera al lavamanos junto a mi móvil.

Entro al baño, a la zona donde está la ducha, como una exhalación, preparada para escupirle todo el veneno que llevo acumulado, para decirle que me da igual su posición en la escala social y que los autoproclamados gilipollas como él no se merecen chicas buenas como yo. Pero al acercarme a la ducha me quedo petrificada, las palabras se me atascan en la garganta.

Colton está delante de mí con las manos apoyadas en la pared. El agua le cae sobre los hombros, se le ve hundido y derrotado. Tiene la cabeza inclinada hacia delante, sin vida, como un perro apaleado y los ojos cerrados con fuerza. No es la postura fuerte y definida a la que estoy acostumbrada, el hombre que conozco seguro de sí mismo no está por ningún lado. Ha desaparecido.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es que el muy imbécil se lo merece. Debería sentirse culpable y arrepentido por cómo me ha tratado y por las cosas horribles que me ha dicho. No hay súplicas que me hagan olvidar el dolor que me ha causado al echarme. Aprieto los puños y pienso en qué hacer porque ahora que estoy aquí, me siento confundida. Me lleva un momento, pero decido salir sin que se entere, llamar a un taxi e irme sin decir ni una palabra. Sin embargo, en cuanto doy el primer paso hacia atrás, de la boca de Colton sale un gemido ahogado que le sacude todo el cuerpo. Es un sonido tan salvaje y tan profundo que parece que está utilizando toda su fuerza para no desmoronarse.

Me paralizó. Ver a un hombre fuerte y viril tan deshecho me hace comprender que la angustia que le atormenta va mucho más allá de nuestro intercambio de palabras. En ese momento, al ser testigo de su agonía, pienso que cada uno vive el dolor a su manera. Existen muchas definiciones que me eran desconocidas para una palabra tan sencilla.

Me duele el corazón a causa del daño y la humillación que me han provocado las palabras de Colton. Por haberme abierto a alguien después de tanto tiempo para terminar destrozada con tanta crueldad.

Me duele la cabeza al darme cuenta de que aquí pasa mucho más de lo que parece, algo de lo que debería haberme dado cuenta dada mi experiencia laboral, pero estaba tan cegada por él, por su presencia, sus palabras y sus actos que no había prestado suficiente atención.

Los árboles no me dejaban ver el bosque.

Me duele el alma ver a Colton luchar ciegamente contra los demonios que le persiguen durante el día y le acechan para atormentar sus sueños por la noche.

Mi cuerpo se muere de ganas de acercarse a él para intentar consolarlo y aliviarle el dolor. Quiero acariciarlo y mitigar los recuerdos de los que siente que nunca podrá escapar, de las heridas que nunca será capaz de curar.

Tengo el orgullo herido por querer mantenerme firme, por ser cabezota y fiel a mí misma. Por volver voluntariamente a los brazos de alguien que me ha tratado como él lo ha hecho.

Estoy en una encrucijada, no sé a qué dolor hacer caso cuando a Colton se le escapa otro sollozo que me parte el corazón. Tiembla con violencia. Tensa las facciones de la cara con tanta fuerza que el dolor que siente es casi palpable.

Mi debate interno sobre qué hacer a continuación es mínimo, no puedo ignorar el hecho de que, lo admita o no, ahora mismo necesita a alguien. Me necesita. Todas las palabras crueles que me ha dicho se evaporan al verlo tan roto. Los años de trabajo me han enseñado a tener paciencia, pero también a saber cuándo dar un paso al frente y, esta vez, las señales no se me van a pasar por alto.

Nunca he sido capaz de ignorar a alguien que necesita ayuda, especialmente a un niño pequeño. Y ahora mismo, con Colton tan desolado e indefenso, es todo lo que veo: un niño roto por dentro que me parte el corazón y, aunque soy consciente de que quedarme tendrá como resultado mi propio suicidio emocional, soy incapaz de marcharme. De salvarme a mí misma a costa de otra persona.

Sé que, si viese a alguien tomar esta misma decisión, le diría que es idiota por volver a entrar en la casa. Pondría en duda su buen juicio y diría que tiene lo que se merece. Es muy fácil juzgar cuando se observa desde fuera, sin conocer la decisión que uno mismo tomaría hasta que se encuentra en la misma situación.

Sin embargo, esta vez soy yo la que está en esta situación. La decisión me viene de forma tan natural que es como si no la hubiera tomado, es prácticamente un acto reflejo dar un paso adelante cuando muchos, en mi lugar, darían un paso atrás.

Me muevo por instinto y, con cautela, entro en la ducha; soy plenamente consciente de que me dirijo a mi suicidio emocional. Él está debajo de uno de los enormes grifos de agua mientras diversos chorros más pequeños le rocían el cuerpo desde los laterales. Un banco empotrado ocupa una pared entera y hay varios botes de productos tirados en una esquina. En otras circunstancias, me habría maravillado por la increíble ducha y me darían ganas de quedarme allí durante horas.

Ahora no.

La imagen de Colton, con un cuerpo tan magnífico y, sin embargo, tan cerrado a sus emociones, con el agua que cae en pequeñas cascadas por las esculturales líneas de su cuerpo, me llena de tristeza. La angustia que irradia es tan tangible que siento su peso al acercarme a él. Me inclino contra la pared en la que tiene apoyadas las manos. El agua hirviendo que le rebota en el cuerpo me hace cosquillas en la piel. Vuelvo a tener dudas cuando alargo la mano para tocarlo y retrocedo, no quiero asustarlo en un estado de tanta fragilidad.

Al cabo de un rato, Colton levanta la cabeza y abre los ojos. Da un grito ahogado al verme a su lado. Antes de que baje la mirada por un segundo, veo que la sorpresa, la vergüenza y el arrepentimiento le bailan en los ojos. Cuando vuelve a mirarme, lo hace con un dolor tan puro que me deja sin palabras.

Nos quedamos quietos, inmóviles y sin decir nada, mirándonos profundamente a los ojos. Un silencioso intercambio que no arregla nada pero que explica mucho.

—Lo siento —susurra finalmente con la voz rota mientras baja la mirada y se separa de la pared.

Se tambalea, cae sobre el banco empotrado y no me contengo más. Avanzo unos pasos para cruzar la ducha y con el cuerpo le separo las rodillas para poder colocarme entre sus piernas. Antes de que me dé tiempo a tocarlo, me pilla por sorpresa, me clava los dedos en las caderas y tira de mí hacia él. Mete las manos por debajo de la tela mojada de mi camiseta, la levanta poco a poco mientras me acaricia el torso. Cuando cruzo los brazos por delante de mi cuerpo, él me quita la camiseta. La lanza detrás de mí de cualquier manera y aterriza con un restallido contra el azulejo. En cuanto me quedo desnuda, me rodea con los brazos y me aprieta contra su cuerpo. Él está



sentado y yo de pie, aprieta su mejilla contra mi abdomen y me abraza con fuerza.

Apoyo las manos en su cabeza y me quedo ahí. Siento cómo tiembla por las emociones que le envuelven. Me siento impotente, no sé qué decir ni qué hacer con alguien tan emocionalmente distante. Sé cómo tratar a un niño, pero un adulto tiene barreras y, si las sobrepaso con Colton, no sé cómo reaccionará.

Con delicadeza, le paso los dedos por el pelo mojado, intento consolarlo lo mejor que puedo. Trato de expresar con las yemas de los dedos las palabras que no quiere oírme decir, el movimiento es tan relajante para mí como seguramente lo es para él. Ante la ausencia de abrumadoras palabras consigo entender qué se esconde detrás del estallido de antes. La forma de alejarme. El ataque verbal. Estaba dispuesto a decirme cualquier cosa para que me fuera y no lo viera derrumbarse y, de este modo, demostrarse a sí mismo que no necesita a nadie.

Me dedico a esto y, aun así, se me han escapado todas las señales; el amor y el dolor han anulado la experiencia. Cierro los ojos y me regaño mentalmente, aunque sé que no podría haberlo manejado de otra manera. No me habría dejado. Está acostumbrado a estar solo, a lidiar con sus demonios, a excluir al mundo y esperar que lo traicionen.

Siempre esperando a que lo abandonen.

El tiempo pasa. Solo se oye el repiquetear del agua contra el suelo de piedra. Al final, Colton gira la cara para apoyar la frente en mi barriga. Es un gesto tan íntimo por su parte que se me encoge el corazón. Mueve la cabeza adelante y atrás con suavidad, acariciándome y, por sorpresa, me besa la larga cicatriz del abdomen.

—Siento haberte hecho daño —murmura y lo oigo por encima del agua—. Lo siento mucho, todo.

Sé que se está disculpando por más cosas aparte de lo que me ha dicho antes y la crueldad con la que me ha echado. Cosas que no comprendo. La angustia con la que habla me parte el corazón, que, al mismo tiempo, se hincha y palpita por sus palabras.

Me inclino y presiono los labios contra su frente mientras lo acuno como una madre a su hijo, como haría con cualquiera de mis chicos.

—Yo también siento que te hicieran daño.

Colton suelta un grito ahogado y levanta las manos para acercar mi cara a la suya. En apenas un suspiro, sus labios están sobre los míos y los devoran en un beso apasionado. La necesidad aumenta. La desesperación es abrumadora. Me inclino de forma que mis rodillas quedan apoyadas en el banco a ambos lados de Colton mientras sus labios magullan los míos y me marcan como suya.

Me acuna la cara con mano temblorosa.

—Por favor, Rylee, te necesito —me suplica sin aliento y con voz ahogada—. Necesito sentirte contra mí. —Cambia el ángulo del beso mientras me mueve la cabeza con las manos, dominándome—. Necesito estar dentro de ti.

Al tocarme con frenesí percibo la necesidad y la desesperación que siente. Le coloco las manos a los lados de la cara y tiro para que me mire a los ojos y pueda ver la sinceridad que hay en ellos cuando hablo:

—Pues tóname, Colton.

Debajo de mi mano, el músculo de su barbilla palpita mientras me mira fijamente. La forma en que vacila me hace sentir incómoda. El Colton arrogante y confiado que conozco nunca duda cuando se trata de un acercamiento físico entre nosotros. Pensar en qué le hace reaccionar así me aterroriza, pero aparto la idea de la cabeza. Ya lo procesaré después.

Ahora Colton me necesita.

Bajo la mano y le agarro la polla dura para colocarla en mi abertura. Como única respuesta, Colton emite un corto y seco suspiro. Sin hacer ningún indicio de movimiento, cierra los ojos con fuerza y arruga la frente debido a los recuerdos que aún le rondan por la cabeza. Recorro con la mano su impresionante pene. Hago lo único que creo que puede ayudarlo a olvidar y bajo el cuerpo para ensartarme en él. Grito sorprendida cuando de pronto empuja hacia arriba, nuestros cuerpos conectan y se convierten en uno solo. Abre los ojos de golpe y los clava en los míos mientras se oscurecen y se empañan por el deseo, hasta que ya no puede resistirse más a sentir. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos por la sensación de placer mientras lucha por recuperar el control, por alejar los malos pensamientos y centrarse solo en mí, en lo que le doy. Consuelo. Seguridad. Contacto físico. Salvación. Observo la lucha en su rostro y cómo poco a poco se aviva.

—No pienses en nada, cariño. Siénteme —le murmuro al oído mientras

me muevo despacio para hacerle sentir e intentar que olvide.

Exhala tembloroso, se muerde el labio inferior y me agarra las caderas con violencia. Me embiste de nuevo y se entierra en mí todo lo que puede. Gimo, sobrecogida, al sentirlo tan dentro de mí.

Mi única manera de reaccionar es separar los labios para murmurar:

—Toma más de mí. Todo lo que necesites.

Colton grita, dejando atrás las restricciones, y me mantiene inmóvil mientras arremete contra mis caderas con un ritmo implacable y castigador. Nuestros cuerpos, resbaladizos por el agua, se deslizan con facilidad uno contra el otro. La fricción contra mis pechos aumenta las ganas de dejarme ir. Me acaricia un pezón con la lengua y la desliza sobre mi piel erizada antes de capturar el otro con la boca.

Gimo de placer y acepto con gusto cada estocada. Le permito hacer lo que necesite con tal de que encuentre el alivio que le ayude a olvidar lo que sea que le atormenta. La volatilidad de sus movimientos aumenta a medida que se mueve más y más deprisa para que no le quede más opción que olvidar. Sus gruñidos y el ruido que hace nuestra piel mojada al chocar retumban en las paredes de la ducha.

—Córrete por mí —digo mientras muevo las caderas contra él—. Déjate ir.

Acelera el ritmo y tensa el cuello y la cara con decisión.

—¡Ah, joder! —grita, me aplasta contra él con sus poderosos brazos y entierra el rostro en mi cuello al alcanzar el clímax. Balancea despacio nuestros cuerpos unidos mientras se vacía en mi interior. La desesperación de su abrazo me revela que le he dado solo un ápice de lo que necesita.

Susurra mi nombre una y otra vez mientras deposita un reguero de besos en mi cuerpo, con las emociones a flor de piel. Esta profunda reverencia después de los insultos de antes me deja sin aliento y me paraliza por completo.

Nos quedamos así sentados un par de minutos para que él pueda recomponerse. Para un hombre estoico que siempre lleva el control no debe de ser fácil tener testigos durante un episodio tan emocional. Desliza los dedos sobre la piel erizada de mi espalda, mientras yo escucho la caída del agua caliente unos centímetros detrás de mí, es como un bálsamo divino.

Cuando finalmente habla, no dice nada de lo que acabamos de

experimentar. Con la cabeza aún enterrada en mi cuello, negándose a mirarme a los ojos, dice:

—Estás helada.

—Estoy bien.

Colton cambia de posición y, de alguna manera, se las arregla para levantarse con mis piernas todavía rodeándole la cintura.

—No te muevas de aquí —dice, y me coloca bajo el chorro de agua.

Lo miro confundida mientras se marcha y me pregunto si la muestra de emociones ha sido demasiado para él, tal vez ahora necesita algo de espacio. No estoy segura.

Vuelve rápidamente, el agua sigue cayendo en pequeños riachuelos sobre su piel. Me pilla por sorpresa cuando me coge en brazos, apaga el agua con el codo y me saca de la ducha. Grito cuando el aire frío del baño me golpea.

—Espera —murmura al mismo tiempo que deduzco lo que pretende.

En un momento se mete en la bañera, que está llena de agua, y me deja de pie en medio de la tina. Se hunde en la inmensidad de las burbujas y tira de mí para que lo siga. Me sumerjo en el agua y una maravillosa sensación de calor me rodea mientras me acomodo entre las piernas de Colton.

—Esto es el paraíso.

Me apoyo en él, el silencio nos rodea. Sé que piensa en el sueño y en todo lo que ha pasado después. Distráido, dibuja líneas en mis brazos con los dedos en un intento por hacer desaparecer la piel de gallina que se niega a irse.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto, y su cuerpo se tensa.

—Solo es una pesadilla —responde.

—Ajá. —Como si fuera a creerme que solo ha sido el típico sueño en el que un monstruo cualquiera te persigue por un callejón oscuro.

Abre la boca y la vuelve a cerrar junto a mi cara antes de hablar:

—Solo espanto demonios interiores.

Levanto las manos y las enlazo con las suyas, luego apoyo nuestras manos unidas sobre mi torso. El silencio se alarga unos segundos.

—Joder —suspira—. Hacía años que no me pasaba.

Espero a que diga algo más, pero se queda callado. Me planteo qué decir a continuación y elijo las palabras con cuidado. Sé que si digo algo

inadecuado, acabaremos otra vez en el punto en el que empezamos.

—No pasa nada por necesitar a alguien, Colton.

Se ríe con desaprobación y se queda en silencio mientras mi afirmación queda flotando entre los dos. Ojalá le viera la cara, así podría juzgar si pronunciar o no las siguientes palabras:

—No pasa nada si me necesitas. Todos tenemos nuestros momentos. Las pesadillas pueden ser brutales. Lo entiendo mejor que nadie. Nadie te culpará porque necesites un minuto para recomponerte. No hay nada de lo que avergonzarse. Quiero decir, no voy a salir corriendo a buscar una revista del corazón para contar todos tus secretos —digo, y pienso: «Secretos que ni siquiera conozco».

Distraído, me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

—No estarías aquí si creyese que harías eso.

Me esfuerzo en pensar qué decir a continuación. Está sufriendo, lo sé, pero también me ha hecho daño. Necesito quitarme algo de peso de encima.

—Mira, si quieres apartarme de tu lado, no pasa nada. Dime que necesitas un minuto, que necesitas... —Titubeo, busco algo que le sea familiar—. Una parada en *boxes*. No tienes que hacerme daño y alejarme para que te dé algo de espacio.

Maldice entre dientes contra mi nuca y el calor de su aliento me acaricia el cuero cabelludo.

—No te ibas —suspira exasperado. Estoy a punto de responder cuando continúa—. Necesitaba que te fueras. Me aterra que me cales, Rylee, que veas las cosas que he hecho... No volverías nunca.

Su último comentario es apenas un susurro, tan suave que tengo que esforzarme para oírlo. Las palabras lo despojan de su coraza y exponen la vulnerabilidad que hay debajo. El miedo. La vergüenza. La culpa infundada.

«Así que has intentado que me fuera en tu propio beneficio. No en el mío. Tenías que mantener el control, hacerme daño para que yo no te lo hiciera a ti», pienso.

Sé que es difícil para él confesar en voz alta estas palabras. El hombre que no necesita a nadie, el hombre que echa a la gente de su vida antes de que se acerquen demasiado, tenía miedo de perderme. Se me encoge el corazón por las emociones. Intento encontrar las palabras adecuadas.

—Colton...

—Pero has vuelto.

La sorpresa auténtica de su voz me deshace. La relevancia que esconden sus palabras queda flotando en el aire. Me ha puesto a prueba, ha intentado alejarme, y sigo aquí.

—Oye, me he enfrentado a un adolescente con un cuchillo, esto no es nada —bromeo para intentar relajar el ambiente. Espero a que se ría, pero se limita a tirar de mí y abrazarme más fuerte, como si necesitase la tranquilidad que mi piel desnuda contra la suya le proporciona.

Empieza a decir algo, se aclara la garganta, pero se detiene y entierra la cara en la curva de mi cuello.

—Eres la primera persona que conoce estos sueños.

Ese bombazo de confesión me deja de piedra. Durante todo el tiempo que ha pasado en terapia tratando de lidiar con lo que sea que le ha sucedido, ¿nunca ha hablado con nadie sobre esto? Está tan herido, avergonzado, traumatizado, o lo que sea, ¿que durante casi treinta años ha cargado con esto solo, sin ayuda de nadie? Dios mío. Se me encoge el corazón al pensar en ese niño pequeño y en el hombre sentado detrás de mí, tan perturbado por lo que le sucedió que lo ha mantenido oculto en su interior.

—¿Ni siquiera tus padres? ¿Y tu terapeuta?

Colton no dice nada, tiene el cuerpo tenso e inmóvil y no quiero seguir presionando. Apoyo la cabeza en su hombro e inclino la cara para acariciarle la curva del cuello. Le beso la parte inferior de la mandíbula, luego dejo caer la cabeza con los ojos cerrados y absorbo la silenciosa vulnerabilidad que emana de él.

—Creía... —Se aclara la garganta para recuperar la voz. Traga con dificultad y siento el movimiento de su nuez en mis labios—. Creía que, si se enteraban, si descubrían el origen de las pesadillas, ya no... —Se detiene un instante, la desazón emana por todos los poros de su piel, como si le costase articular las palabras—. Ya no me querrían. —Exhala despacio y sé que le ha costado muchísimo admitirlo.

—Oh, Colton. —Las palabras se me escapan antes de que me dé cuenta, consciente de que lo último que quiere es compasión.

—No —suplica—. No me compadezcas.

—No lo hago —digo, aunque en el fondo lo siento así—. Pero me

imagino lo duro que tuvo que ser para un niño sentirse tan solo, y ni siquiera permitirse hablar de ello, eso es todo. —Me quedo callada, ya he hablado y presionado suficiente sobre un tema que, está claro, no quiere tratar. Sin embargo, soy incapaz de contener las siguientes palabras—: Sabes que puedes hablar conmigo —murmuro. Sus manos se tensan sobre las mías—. No voy a juzgarte ni a intentar arreglarte, pero a veces hablar de algo, deshacerse del odio, la vergüenza o lo que sea que te consume lo hace un poco más soportable. —Hay muchas más cosas que quiero decir, pero me las guardo para otro día, otro momento en el que esté menos sensible, menos expuesto—. Lo siento —murmuro—. No debería...

—No, soy yo quien lo siente —dice con un suspiro nervioso, se inclina y me da un beso en el hombro que me ha golpeado con el codo—. Por muchas cosas. Por mis palabras y mis acciones. Por no hacerme cargo de mis movidas. —El arrepentimiento le tiñe la voz—. Primero te hago daño y luego me porto como un animal contigo en la ducha.

Se me escapa una sonrisa.

—No me quejo.

Se ríe por lo bajo y es un sonido maravilloso después de toda la angustia que nos envolvía hace un momento.

—¿Por lo del hombro o lo de la ducha?

—Eh... la ducha —digo al darme cuenta de que intenta dar pie a mi comentario. Un cambio de tema es justo lo que necesitamos para aliviar un poco el ambiente tan intenso y sombrío de la mañana.

—Me sorprendes cada vez más.

—¿Cómo es eso?

—¿Max te trató así alguna vez?

¿Cómo? ¿Qué pretende? El comentario me pilla por sorpresa. Cuando me giro para mirarlo, tensa los brazos alrededor de mi torso y me acerca más a él.

—¿Qué tiene que ver eso?

—¿Lo hizo? —insiste. Es el maestro de la distracción.

—No —admito, pensativa. Al sentir que me relajo un poco, me suelta las manos y me acaricia los brazos con los dedos. Me miro las manos y empiezo a explotar burbujas distraída—. Tenías razón.

—¿Sobre qué?

—La primera vez que nos vimos. Me dijiste que seguro que mi novio me trataba como si fuese de cristal —murmuro. Siento que estoy traicionando el recuerdo de Max—. Tenías razón. Era un caballero, en todos los sentidos. Incluso en el sexo.

—Eso no tiene nada de malo —reconoce, y con las manos me masajea la base del cuello. No digo nada, me sorprendo a mí misma por sentir lo que siento—. ¿Qué pasa? Te has puesto tensa.

Suspiro temblorosa, avergonzada por mis pensamientos.

—Creía que así es como se suponía que debía ser, que así es como quería que fuera el sexo. Era lo único que conocía. Pero ahora...

—¿Ahora qué? —me apremia con una pizca de diversión en la voz.

—Nada. —Me sonrojo.

—Rylee, por el amor de dios, habla conmigo. Acabo de follarte en la ducha como un animal en celo. Básicamente te he utilizado para mi propio beneficio, ¿y no eres capaz de contarme lo que piensas?

—Exactamente eso. —Dibujo con los dedos, distraída, círculos en sus muslos, que me rodean. Admitirlo arrasa con toda mi modestia y la tira a la basura—. Me ha gustado. Nunca me había dado cuenta de que podía ser diferente. Que podía ser tan salvaje, tan...

Dios, me estoy ahogando. Creo que nunca había hablado con Max así de sexo y estuvimos juntos seis años. Conozco a Colton desde hace menos de un mes y aquí estamos, hablando de que me pone que me trate con dureza. Como diría Colton, «dios bendito».

—Carnal —termina por mí y percibo una nota de orgullo en su tono. Me besa en la sien y me encojo de hombros, avergonzada por mi falta de experiencia y mi confesión sin censura. Al sentir mi incomodidad, Colton me abraza más fuerte—. No hay nada de lo que avergonzarse. A cada uno le gusta a su manera, encanto. Hay vida más allá del misionero y sus palabras de amor al oído. —Respira contra mi oreja y me pregunto cómo logra ponerme a cien solo con lo que dice.

En mi cabeza revolotean los recuerdos de la primera vez que me obligó a pedirle que me follase. Me llevó al límite al hacerlo cada vez más fuerte y rápido. Me susurró palabras de lo más explícitas sobre lo que quería hacerme cuando lo hicimos mientras me sujetaba en el aire, apoyándome contra la



pared, hasta que ambos alcanzamos el clímax. El simple pensamiento de todas y cada una de estas cosas hace que me retuerza con un deseo tan intenso que me turba.

Me sonrojo y agradezco que no pueda verme la cara porque sabría exactamente en lo que pienso. Suspiro temblorosa, intento sofocar la vergüenza que me producen la conversación y mis propias revelaciones.

—Es una de las cosas que me gustan de ti. Lo desinhibida que eres.

¿Cómo? Estoy a punto de mirar a los lados para buscar con quién más habla.

—¿Yo? —grazno.

—Ajá —murmura—. Eres increíble. —Su voz me hace cosquillas en la mejilla y el movimiento de sus labios me roza la oreja.

Sus palabras me dejan de piedra. Se hacen eco de mis pensamientos sobre él, a pesar del caos y el dolor de antes. ¿A lo mejor esta química explosiva que existe entre nosotros se debe a que significa para él algo más que las otras? Me envía todo tipo de señales que reafirman esta idea y, sin embargo, oírsele decir lo significaría todo para mí.

Con las manos recoge una pastilla de jabón y me la pasa por los brazos y el pecho. Contengo la respiración cuando sus dedos se deslizan sobre las cimas de mis pechos y con la boca se abre paso por la curva de mi hombro.

—No creo que nunca me sacie de ti. —Justo lo que he dicho. Palabras que lo dicen, pero no lo dicen de verdad—. Siempre eres tan reservada, pero cuando estoy dentro de ti... —Sacude la cabeza y un zumbido bajo le sube por la garganta—. Te olvidas de todo, te vuelves mía, te sometes completamente a mí.

Sus palabras son una seducción en sí mismas, no me hace falta sentir su polla gruesa contra la hendidura de mi trasero.

—¿Por qué me hace eso desinhibida? —Pregunto e inclino la cabeza hacia atrás para poder frotarme contra la áspera capa de su mandíbula.

Colton se ríe con ganas y el ruido sordo me retumba en la espalda.

—Veamos, usaré analogías de béisbol, ya que te gustan tanto. Casi tercera base en un pasillo público. Dos veces. —Ríe—. Segunda base en una manta en la playa. —A cada palabra me voy sonrojando más y más—. *Home run* contra la ventana de mi dormitorio. —Hace una pausa—. Ventana que da a una playa pública.

—¿Cómo? —jadeo. Joder. Mierda. ¿Qué tiene que me hace perder la cabeza? Tenía el culo pegado a una pared de cristal mientras lo hacíamos; cualquiera podría haber disfrutado del espectáculo. Creo que ahora mismo podría morir de humillación. No me queda otra que culparlo a él. —Es culpa tuya —digo mientras me aparto y le salpico con agua.

Una sonrisa traviesa le ilumina la cara. Un cambio agradable después de la mirada angustiada de antes. El chico malo y misterioso ha vuelto, lo tengo delante de mí, con las rodillas y el torso asomando por encima de las burbujas y con una mirada divertida en la cara. No hay duda de por qué he caído rendida ante un hombre que es una yuxtaposición de características y acciones.

Y he caído sin red o algo a lo que aferrarme. Mierda, estoy jodida de verdad.

—¿Y eso por qué? —Me salpica con agua y me atrapa la muñeca cuando intento devolvérsela. Tira de mí hacia él, juguetón, y me resisto. Se rinde y me recuesto hacia el otro lado, el agua cae de la bañera por los bordes. Los dos estallamos en carcajadas, y el aire provocado por mi repentino movimiento levanta algunas burbujas que quedan flotando en el aire—. He estado con muchas mujeres, encanto, y casi ninguna era tan natural en el sexo como tú, así que no me echas la culpa a mí.

Me alegro de que nos estemos riendo con ese comentario que Colton se saca de la manga, porque veo cómo se tensa a pesar de que sigue sonriendo. Rápidamente, tomo la decisión de seguir entre bromas, a pesar del pinchazo que me provocan sus palabras. La verdad, no me apetece nada oír hablar de las muchas mujeres con las que ha estado, pero tampoco puedo ignorarlas. A lo mejor puedo sacar ventaja del descuido, sacarle más información sobre lo que me espera a la vez que gano puntos.

—Vaya, ¿en serio? —Arqueo una ceja y me acerco más con una sonrisa en los labios—. Muchas mujeres, ¿eh? Me alegra ser capaz de sorprender a un hombre tan experimentado como tú. —Juego con él mientras con el dedo le acaricio la línea de la garganta y entre los pectorales—. Dime —susurro sugerente mientras meto la mano debajo del agua y la arrastro despacio hacia su pene, erecto—. A esas mujeres, ¿cuánto tiempo sueles tenerlas por aquí?

Contiene el aliento cuando le rodeo la base del pene con los dedos.

—Este no es momento para... ¡Ah! —gime cuando le agarro los

testículos y los masajeo con suavidad.

—Nunca es buen momento, pero hay cosas que una chica necesita saber. —Me inclino para chupar uno de sus pezones y tiro de él con cuidado con los dientes. Gruñe y separa los labios cuando lo miro entre las pestañas—. ¿Cuánto tiempo, As?

—Rylee... —suplica antes de que coja su otro pezón entre los dientes al mismo tiempo que aprieto ese placentero punto justo entre los testículos—. Cuatro o cinco meses —jadea como respuesta. Me río seductora y escondo la sacudida que siento en la columna al darme cuenta de que mi tiempo con él pasa. Con la lengua le recorro la línea del cuello y le beso el lóbulo de la oreja—. Ah... —suspira cuando le lamo el borde de la oreja.

—Es bueno saberlo...

Se queda en silencio, no se escucha nada más que su respiración entrecortada.

—Juegas sucio.

—En una ocasión alguien me dijo que a veces hay que jugar sucio para conseguir lo que quieres. —Respiro contra su oreja mientras le devuelvo sus propias palabras. Mis pezones, erectos por el aire, le rozan la piel tensa del pecho.

Él ríe por lo bajo y se le iluminan los ojos con picardía al ver que no es el único afectado. Le deslizo la otra mano por el pecho y la llevo debajo del agua mientras veo que observa cómo desaparece. Me devuelve la mirada y levanta las cejas, intrigado por lo que pretendo hacer. Mientras me observa, le agarro la base del miembro con una mano y recorro toda su longitud arriba y abajo mientras con la yema del pulgar de la otra le acaricio la punta.

—Joder, nena, es increíble —jadea. Me dedica una mirada tan llena de deseo y lujuria que me enciende por dentro.

Le acaricio un par de veces más, disfrutando del juego. Disfruto al ver que puedo provocarle una reacción tan visceral. Dejo de moverme por completo y los ojos de Colton, cerrados por el placer, se abren de golpe para mirarme. Le sonrío despacio.

—Solo una cosa más.

Me mira confundido y tensa la mandíbula mientras en silencio suplica que vuelva el placer. Ahora que he conseguido su atención, vuelvo a moverme, alternando las caricias con el movimiento del pulgar. Colton sisea

por las diferentes sensaciones y apoya la cabeza en el borde de la bañera. Vuelvo a parar y le agarro los testículos con la mano.

—Verás, sé que estabas disgustado, pero si alguna vez vuelves a tratarme como esta mañana —pronuncio cada palabra despacio, no queda ni una pizca de diversión en mi voz y le aprieto con cuidado—, a faltarme al respeto, degradarme o humillarme para que me vaya, no volveré como he hecho hoy, sin importar las razones que tengas, lo que sienta o lo que haya entre nosotros.

Colton me mira a los ojos sin estremecerse ante la amenaza. Esboza una sonrisa.

—Bueno, parece que me tienes cogido por los huevos, literal y figuradamente, ¿no es así? —se burla con mirada divertida.

Aprieto suavemente y contengo la sonrisa que amenaza por escapármese.

—¿Queda claro? No es negociable.

—Clarísimo, encanto —responde y en sus ojos veo que es sincero.

Satisfecha de que entienda lo que digo, cambio de posición en el agua y lo suelto. Le sostengo la mirada, vuelvo a acariciarle la polla y retomo el movimiento que tanto placer le daba hace un momento. Colton suelta un gruñido casi sin respiración:

—No es negociable. —No digo nada porque su reacción me está poniendo a mil—. Dios, mujer —jadea, me coge por las caderas y me atrae hacia él—. Te gusta jugar duro, ¿eh?

Acepto el tirón y me coloco sobre él. Me dejo caer sobre su pene, con los dedos enterrados en su pelo y la mejilla apoyada contra la suya. Mientras me encajo en él a un ritmo lento y tortuoso a pesar de que con las manos me insta a que vaya más deprisa, le susurro al oído sus propias palabras:

—Bienvenido a las ligas mayores, As.

## Capítulo 2

—¿Seguro que puedes con ello? —pregunto.

—Sí —responde divertido desde la cocina.

—Porque si no, puedo organizar algo en un momento.

—La imagen que acabas de sugerir de ti cubierta de nata montada y en tacones, sin nada más, es justo lo que me está impidiendo acabar de preparar el desayuno. —Su risa llega hasta la terraza donde estoy sentada.

—Vale, me quedaré aquí sentada en silencio, disfrutando del sol, y dejaré que te deleites con esas imágenes mientras espero la comida.

Vuelvo a escuchar su risa despreocupada que me ensancha el corazón. Parece haber dejado atrás la pesadilla y lo que vino después, pero, en el fondo, sé que sigue con ello dentro, esperando en silencio volver a recordar las atrocidades que sufrió de niño. Pesadillas. Vergüenza. La imperiosa necesidad de contacto físico con una mujer. Recuerdos tan horribles que le hacen vomitar cuando le vuelven a la mente. No me queda más que desear que las posibles causas que se me ocurren, por mi experiencia con niños con traumas similares, no sean la realidad de Colton.

Me obligo a alejar la tristeza, absorber el calor del sol de la mañana y disfrutar de cómo le hemos dado la vuelta al desastre de cómo ha empezado el día. Lo único que puedo hacer es esperar que, con el tiempo, Colton confíe en mí lo suficiente como para abrirse y sentirse cómodo al hablar conmigo. Pero, de nuevo, ¿quién soy yo para crearme especial y pensar que seré quien logre influir en la vida de un hombre que se ha aislado del mundo de las emociones durante tanto tiempo?

Los altavoces de la terraza cobran vida a mi alrededor y Baxter levanta la cabeza un momento antes de volver a dejarla caer. Tumbada en el diván, observo a los deportistas madrugadores que corren por la playa. Supongo que ya no es tan temprano después del buen rato que hemos pasado en la bañera. No tengo ni idea de qué me ha hecho actuar de esa manera. Yo no soy así, pero he disfrutado al ver a Colton deshacerse entre mis manos. Y, una vez ha quedado todo dicho, mientras el agua se enfriaba a nuestro alrededor, se ha asegurado de que terminase tan agotada como él.

Luego está la parte mala del momento de la bañera, cuando ha reconocido que, de media, el tiempo que suele pasar con una mujer es de cuatro a cinco meses. Mierda. Tawny podría tener razón. Se aburrirá de mí y de mi falta de destreza en la cama. Alejo la sensación de que el tiempo se me echa encima. Pensarlo hace que se me corte la respiración y el pánico me recorre por dentro. No puedo perderlo. No quiero perder la forma en la que me siento cuando estoy con él. Ya significa mucho para mí, incluso aunque intento contener las emociones.

Jared Leto canta sobre estar al límite. Cierro los ojos y pienso en que nosotros ya hemos rebasado más que de sobra ese límite al que Colton especificó con vehemencia que no quería acercarse. Pero ¿cómo no voy a caer rendida cuando hace que me sienta tan bien? Intento racionalizar, pensar que se trata solo de sexo, un sexo increíble que hace que pierda la razón. Me digo que es una locura sentir algo teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace solo tres semanas. Sé que el sexo no es lo mismo que el amor.

Necesito acordarme de todas estas cosas; repetírmelas una y otra vez para evitar perderme.

Pero sus palabras y sus acciones me dicen que soy más que algo pasajero para él. Me bailan en la cabeza diferentes situaciones durante las últimas semanas y soy incapaz de creerme que no vea las posibilidades que tenemos. Si no, me ha tenido engañada.

La voz de Matt Nathanson llena el aire y tarareo *Come on Get Higher* mientras me pierdo en mis pensamientos, extrañamente feliz.

—*Voilà.*

Abro los ojos y observo a Colton dejar un plato sobre la mesa que tengo al lado. Al ver el contenido, suelto una carcajada.

—Es perfecto, señor, aprecio enormemente la profundidad de sus

habilidades culinarias. —Estiro la mano, muerdo el *bagel* tostado con queso de untar y gimo de gusto de un modo bastante teatral—. ¡Exquisito!

Se inclina con dramatismo, claramente satisfecho consigo mismo, y se deja caer a mi lado.

—Gracias, gracias.

Ríe, parte uno de los *bagels* a la mitad y le da un mordisco. Se recuesta apoyado sobre el codo, tiene el torso desnudo y unos pantalones cortos a la altura de la cadera. Su imagen ya me alimenta lo suficiente.

Comemos, nos tomamos el pelo y, en silencio, me pregunto qué viene ahora. No me apetece, pero tengo que volver a casa y poner algo de distancia entre los dos después de la noche que hemos pasado juntos, y tengo que hacerlo antes de que los sentimientos que se han formado dentro de mí se me escapen por la boca.

\*\*\*

—Te dije que lo dejases —dice Colton detrás de mí mientras lavo los platos—. Grace se encargará cuando venga luego a limpiar.

—No es nada.

—Sí que lo es —me susurra en el cuello y me provoca un impulso eléctrico directo al centro de mi sexo cuando me rodea el pecho con los brazos y me atrae hacia él.

Dios, podría acostumbrarme a esto. Agradezco que no me vea la cara, que seguro es de satisfacción absoluta. Adoración. Felicidad.

—Gracias, Rylee. —Habla tan bajo que el ruido del agua casi silencia sus palabras.

—Es solo un plato y un cuchillo, Colton. En serio.

—No, Rylee. Gracias. —Sus palabras están impregnadas de sentimiento, un hombre que se ahoga en emociones desconocidas.

Dejo el plato en el escurridor y cierro el grifo para oírle bien. Para que exprese lo que necesite decir. No tendré mucha experiencia en lo que a hombres se refiere, pero sé lo bastante como para ser consciente de que en las raras ocasiones en las que quieren hablar de sentimientos o emociones, hay que callar y escuchar.

—¿Por qué? —pregunto como si nada.

—Por lo de esta mañana. Por dejarme lidiar con mis movidas de la manera en que necesitaba. Por dejarme usarte, a falta de un término mejor. —Me aparta la coleta de la nuca y me besa suavemente—. Por dejarme terminar y no quejarte cuando tú no lo has hecho.

Sus palabras y sus significados hacen que me muerda el labio para evitar la retahíla verbal que temía antes. Espero un segundo para pensar mi próximo movimiento y no equivocarme.

—Bueno, luego me has compensado con creces en la bañera.

—Ah, ¿sí? —Me acaricia con la nariz en ese punto tan sensible bajo la oreja que me vuelve loca—. Es bueno saberlo, pero sigo creyendo que todavía necesito redimirme.

—¿No me digas?

—Ajá.

—Eres insaciable, Colton.

Me río, me doy la vuelta entre sus brazos y me da un beso tan seductor que me provoca chispas de electricidad hasta en los dedos de los pies. Sus manos recorren mi torso hasta la espalda, y me aprieta contra él.

—Ahora hablemos de esa imagen que no me puedo sacar de la cabeza, tú cubierta de nata y con unos tacones de aguja rojos. —La sonrisa traviesa que esboza me enciende por dentro.

—¡Ejem! —Alguien se aclara la garganta detrás de nosotros y me aparto de Colton de un salto, como si me quemase.

Levanto la cabeza como un resorte y me arden las mejillas cuando escucho a Colton gritar:

—¡Hombre, viejo!

Luego, le da un abrazo de oso al recién llegado. Se abrazan con tanta fuerza que lo único que veo de Colton es su evidente cara de felicidad.

Capto algunas palabras murmuradas mientras se aferran el uno al otro y se palmean la espalda. Cuando creo deducir quién es, me sonrojo todavía más al darme cuenta de que ha debido de escuchar lo que Colton me estaba diciendo. Mis sospechas se confirman cuando se separan y el visitante coloca una mano en la mejilla de Colton y lo mira fijamente; la preocupación le nubla el rostro por algo que ve en sus ojos.



—¿Todo bien, hijo?

Colton sostiene la mirada de su padre un instante, los músculos de la mandíbula se tensan en un intento de refrenar las emociones que asoman en su rostro. Unos segundos después, asiente sutilmente con la cabeza y esboza una tímida sonrisa.

—Sí, estoy bien, papá —concede antes de mirarme de reojo y luego volver a centrarse en su padre.

Se vuelven a dar un abrazo rápido mientras se palmean la espalda sonoramente y, entonces, los claros ojos grises de Andy Westin se fijan en mí y vuelven a Colton. Veo amor, y lo que me parece sorpresa, reflejado en ellos.

—Papá, te presento a Rylee. —Se aclara la garganta—. Rylee Thomas.

La mujer a la que siempre asociaré con un bote de nata y unos zapatos de tacón rojos. Maravilloso. ¿Me puedo morir ya?

Damos un paso al frente a la vez y me tiende la mano. Intento parecer tranquila y hacer como que no tengo delante a una leyenda de Hollywood que, a la postre, me acaba de pillar en una situación comprometida. Me relajo un poco al ver el cariño mezclado con incredulidad de su mirada.

—Encantado de conocerte, Rylee.

Sonríó tímidamente, lo miro a los ojos y le doy la mano.

—Igualmente, señor Westin.

No es tan alto como esperaba, pero tiene algo que lo hace parecer enorme. Es su sonrisa lo que me cautiva. Una sonrisa que podría reblandecer a la persona más dura.

—¡Bah, no seas tonta! —me reprende, me suelta la mano y se aparta el pelo canoso de la frente—. Llámame Andy. —Le sonrío en señal de aceptación mientras él se vuelve a centrar en Colton con una mirada divertida y una sonrisa de satisfacción—. No pretendía interrumpir...

—No lo has hecho —me apresuro a decir. Colton me mira y arquea una ceja ante mi firme negación. Agradezco que lo deje pasar sin corregirme.

—Tonterías, Rylee. Mis disculpas. —Vuelve a mirar a su hijo y le dedica una mirada indiscernible—. He pasado los dos últimos meses en Indonesia por trabajo, volví anoche muy tarde y tenía ganas de ver a mi chico. —Le da a Colton una palmada en la espalda con afecto; el evidente amor que siente

por su hijo hace que me guste aún más. Me parece todavía más dulce que la adoración de Andy sea un reflejo de lo que siente Colton. Su cara se ilumina por la absoluta veneración con la que mira a su padre—. En fin, siento haber aparecido así. Colton nunca... —Se aclara la garganta—. Normalmente está solo en la terraza, recuperándose de los excesos de la noche anterior. —Ríe.

—Está claro que hace tiempo que no os veis, así que no os preocupéis por mí. Cojo mi bolso y me marchó. —Sonríó amablemente, y luego frunzo el ceño al recordar que no tengo coche.

Colton me sonrío al comprender lo que pienso.

—Papá, tengo que llevar a Rylee a casa. ¿Quieres esperar aquí o me paso luego por casa?

—No tengas prisa. Tengo algunas cosas que hacer. Pásate luego por casa si puedes, hijo. —Se gira hacia mí con una cálida sonrisa en los labios—. Ha sido un placer conocerte, Rylee. Espero volver a verte.

\*\*\*

El camino a casa desde Malibú es tan bonito como esperaba, pero a medida que nos acercamos a Santa Mónica, una capa de nubes empieza a cubrir el cielo. Hablamos de algunas cosas, nada importante, pero al mismo tiempo tengo la sensación de que Colton se está distanciando de mí. No es nada de lo que dice, sino más bien lo que no expresa.

No está siendo grosero, solo callado, y se nota. No están esos pequeños toques personales. Las miradas de complicidad y las sonrisas amables han desaparecido. No hay bromas pícaras.

Supongo que está aprovechando el trayecto para pensar en lo que ha soñado, así que lo dejo tranquilo y miro la costa pasar volando por la ventana. La radio está baja y la canción *Just Give Me a Reason* de Pink suena de fondo cuando salimos de la autopista y nos dirigimos hacia mi casa. Canto en voz baja. Las palabras me hacen pensar en lo que ha pasado esta mañana y al llegar al estribillo me doy cuenta de que Colton me mira de reojo. Sé cuándo escucha las letras porque sacude la cabeza y esboza una sonrisa casi imperceptible, un reconocimiento silencioso a mi talento para encontrar la canción perfecta que expresa mis sentimientos.

Seguimos un rato más sumidos en ese silencio contemplativo cuando

finalmente Colton habla.

—Esto, verás, tengo un horario de locos las próximas dos semanas. —Me mira un instante y asiento con la cabeza antes de que vuelva a centrarse en el semáforo que tenemos delante—. Tengo que grabar un anuncio para la campaña de Merit, una entrevista con *Playboy*, eh, voy de invitado a *Jimmy Kimmel Live!*, y un montón de mierdas más —dice cuando la luz cambia a verde—. Por no hablar de los eventos de promoción para vuestro patrocinio.

No me ofendo por el comentario porque a mí tampoco me emocionan mucho ese tipo de eventos estúpidos.

—Eso es bueno, ¿no? La publicidad nunca viene mal.

—Sí. —Sé que la idea le irrita cuando se pone las gafas de sol—. Este año a Tawn se le está dando especialmente bien eso de alimentar a la prensa. Es algo bueno y tal, agradezco la atención, pero cuantas más tonterías tengo, menos tiempo paso en la pista. Y eso es en lo que necesito concentrarme ahora que la temporada está a la vuelta de la esquina.

—Lo entiendo —contesto, no muy segura de qué decir mientras entramos en mi calle. No puedo contener la sonrisa que me curva las comisuras de los labios. He pasado veinticuatro horas muy intensas con Colton. Me ha dejado asomar la cabeza a su mundo personal, y eso es importante. La química sexual que tenemos sigue estando por las nubes y, de hecho, diría que se ha intensificado después de la noche que hemos pasado juntos. Le he hablado de Max y me ha escuchado con compasión y sin juzgarme.

Luego ha pasado lo de esta mañana. Una hora llena de palabras envenenadas y emociones a flor de piel.

No me ha mencionado esa estúpida conclusión suya ni una sola vez. Eso de que él busca menos y yo busco más; nos encontramos en un evidente punto muerto a pesar de que sus acciones me digan lo contrario.

Es posible que mi sonrisa sea un reflejo del optimismo que siento ante las posibilidades que hay entre nosotros. Por el hecho de que las palabras que Colton no dice expresan tanto como las que sí.

Suspiro cuando llegamos a la entrada de mi casa y Colton me abre la puerta del coche. Me ofrece una sonrisa tensa antes de colocar la mano en la parte baja de mi espalda y acompañarme hasta la puerta. Me debato por intentar averiguar qué significa su silencio e intento no darle demasiadas

vueltas.

—Gracias por una noche increíble —digo cuando me giro para mirarle con una sonrisa tímida—, y... —Dejo que las palabras se evaporen mientras pienso en cómo calificar el día de hoy.

—¿Una mañana complicada? —termina por mí con la voz teñida de arrepentimiento y vergüenza en la mirada.

—Sí, eso también —concedo mientras Colton juguetea ausente con el llavero que tiene en las manos—. Pero hemos podido con ello.

Fija la mirada en las llaves, no me mira al hablar.

—Verás, lo siento. —Suspira y se pasa una mano por el pelo—. Es que no sé cómo...

—Colton, no pasa nada —digo y levanto la mano para apretarle el bíceps, dando a entender que ya he dicho todo lo que tenía que decir sobre esta mañana, y que no estoy dispuesta a que vuelva a pasar.

—No, no está bien. —Levanta por fin la cabeza y veo el conflicto emocional en sus ojos, casi siento su indecisión—. No mereces tener que lidiar con esto, con todas mis movidas —murmura muy bajo, casi como si tratase de convencerse a sí mismo de sus propias palabras. Entonces me doy cuenta de que este debate interno no tiene que ver solo con lo de esta mañana.

Me mira arrepentido y, con la mano, me coloca tras la oreja un mechón de pelo suelto. Analizo su cara para intentar entender lo que no me dice.

—Colton, ¿qué estás...?

—Mira lo que te he hecho esta mañana. Las cosas que he dicho. ¡Te he hecho daño y te he echado! Ese soy yo. Es lo que hago. No sé cómo... ¡Joder! —Maldice antes de darse la vuelta y mirar a la calle donde un adolescente patina por la acera.

Me concentro en el ruido de las ruedas al golpear las juntas de los adoquines mientras proceso lo que Colton está diciendo. Se vuelve de nuevo y las marcadas líneas en sus rasgos hacen que cierre los ojos un momento para respirar hondo y prepararme para lo que viene a continuación. Lo que veo escrito en su expresión resignada.

—Me importas, Rylee, de verdad. —Sacude la cabeza y aprieta la mandíbula, los músculos se tensan mientras busca las palabras adecuadas—. Es solo que no sé cómo ser... —Se atasca con las palabras al intentar

expresar lo que quiere—. Te mereces a alguien que intente ser algo por ti.

—¿Intentar ser qué? —pregunto dando un paso hacia él cuando Colton retrocede también un paso. No estoy dispuesta a dejar que rompa nuestra conexión.

El desconcierto que siento por lo que dice no mitiga el malestar que me retuerce el estómago y que se arrastra hasta el corazón. Separo los labios y respiro profundamente.

Es evidente que está incómodo y me muero por levantar los brazos y abrazarlo. Tranquilizarlo gracias al contacto físico que tanto necesita. Baja de nuevo la mirada y respira con frustración mientras contengo el aliento.

—Te mereces a alguien que al menos intente ser lo que tú necesitas. Darte lo que quieres, y no creo que yo pueda hacerlo. —Sacude la cabeza con los ojos fijos en el llavero. La cruda honestidad de lo que dice me provoca un nudo en la garganta—. Gracias por ser tú, por volver esta mañana.

Por fin dice algo a lo que me puedo aferrar, un trampolín del que saltar.

—¡Exactamente! —digo. Imitando uno de sus gestos, le pongo la mano en la barbilla y le levanto la cabeza de modo que se vea obligado a mirarme y se dé cuenta de que no me asusta su forma de ser. Quiero que vea que soy lo bastante fuerte como para lidiar con todos los problemas que le rondan la cabeza—. He vuelto. Por ti. Por mí. Por quienes somos cuando estamos juntos. Por las posibilidades que tendríamos si me dejaras entrar...

Le acaricio la mejilla con la mano y la dejo ahí. Cierra los ojos por el roce.

—Es que es demasiado, demasiado deprisa. —Respira y abre los ojos para mirar los míos. El miedo en ellos me rompe el corazón—. Durante tanto tiempo he... tu abnegación es tan arrolladora que... —se debate, y con la mano cubre la que yo tengo en su mejilla—. No sé cómo darte lo que necesitas porque no sé cómo vivir, sentir o respirar si no estoy roto. Y ¿estar contigo? Te mereces a alguien que esté completo. Simplemente no puedo...

Las palabras de la canción del coche me vuelven a la mente y se me escapan antes de pensar siquiera en contenerme.

—No, Colton, no —digo, asegurándome de que me mira a los ojos—. «No estás roto, solo torcido».

A pesar de que lo digo con total seriedad, Colton suelta una carcajada

ante mi pertinente cursilería de usar letras de canciones para expresarme. Sacude la cabeza.

—¿En serio, Ry? ¿Una canción? —pregunta y me encojo de hombros, dispuesta a intentar lo que sea para sacarlo de ese bucle en el que ha entrado. Observo que su sonrisa desaparece y la preocupación vuelve a sus ojos—. Necesito tiempo para procesar todo esto, a ti, es...

Siento su dolor y en vez de quedarme ahí mirando, opto por darle lo que él entiende a la perfección y que confirma nuestra conexión. Avanzo un paso y rozo mis labios con los suyos. Una vez. Dos. Luego saco la lengua y la enredo con la suya. No escucharé palabras, así que tengo que mostrárselo así. Recorro con los dedos su mandíbula y luego los enredo en su pelo. Presiono mi cuerpo contra el suyo. Muevo la lengua en un beso perezoso y decadente.

Despacio, se va liberando de la tensión de su cuerpo hasta que lo acepta y se rinde a lo que hay entre nosotros. Deseo. Necesidad. Verdad. Con sus manos me acuna la cara y me acaricia las mejillas con los pulgares. La aspereza frente a la suavidad, como nosotros. Me da un último beso en los labios y apoya la frente en la mía. Nos quedamos así un momento, con los ojos cerrados y las respiraciones acompasadas, con nuestras almas expectantes.

Me siento segura. Contenta. Conectada.

—Parada en *boxes* —susurra contra mis labios.

Las palabras salen de la nada y me sobresaltan. ¿Cómo dice? Intento alejarme para mirarlo, pero me sujeta contra él con fuerza, su frente contra la mía. No estoy segura de qué responder. Mi corazón no se siente capaz de seguir el camino que acaba de elegir mientras que mi cabeza va cinco pasos por delante.

—¿Una parada en *boxes*? —digo despacio mientras la cabeza me funciona a doscientas revoluciones por segundo.

Me suelta y me inclino hacia atrás para poder mirarlo, pero se niega a devolverme la mirada.

—Una parada en *boxes* o decirte que Sammy te dejará un juego de llaves de la casa de Palisades y nos encontraremos allí a partir de ahora. — Lentamente, levanta los ojos—. Para evitar que los límites se desdibujen.

Escucho lo que dice, pero no me creo lo que oigo. No lo comprendo. ¿Después de la noche que hemos pasado, y la mañana, me va a venir otra vez

con esta gilipollez? Me va a devolver a la categoría de «arreglo» en su vida.

¿Así es como va a ser? Vete a la mierda, Donavan. Retrocedo un paso, necesito alejarme de su roce y nos quedamos mirándonos en silencio. Miro al hombre que antes se rompió delante de mí y que ahora intenta alejarme para recuperar su solitario estado de autoprotección. La petición me duele, pero me niego a creerle, me niego a creer que no siente nada por mí. A lo mejor es que todo esto le ha asustado, tener a alguien tan cerca cuando está acostumbrado a la soledad. Quizás esta es su garantía, intentar hacerme daño y ponerme en mi lugar para que yo no pueda herirlo en el futuro. Quiero creer desesperadamente que se trata de eso, pero es difícil no dejar que la duda me retuerza las entrañas.

Espero que vea el desconcierto en mis ojos. La sorpresa en mi cara. La temeridad en mi postura. Empiezo a procesar el dolor que empieza a emerger, la sensación de rechazo que se resiste a abandonarme, y entonces lo veo.

Lo está intentando.

Me dice que necesita un descanso, pero lo que de verdad quiere decir es que hay opciones. O le doy el espacio que necesita para procesar todo lo que le ronda la cabeza, o elijo la salida del acuerdo. Me está diciendo que me quiere en su vida, al menos de momento, pero se ve superado por la situación.

Lo está intentando. En lugar de alejarme y hacerme daño para conseguirlo, me lo está preguntando, y de la forma a la que yo misma le dije que podía recurrir.

Intento alejar el dolor y el abatimiento porque, a pesar de lo que sé, sus palabras siguen doliendo. Respiro hondo y espero que la pausa que me pide sirva para cambiar una rueda pinchada y no para llegar a la meta.

—Vale —respondo—. Parada en *boxes*, entonces —le ofrezco y resisto las ganas de abrazarlo y usar el contacto físico para darle tranquilidad.

Levanta la mano y me acaricia el labio inferior, con los ojos llenos de emociones no expresadas.

—Gracias —susurra y, por un segundo, lo veo en sus ojos. Alivio. Me pregunto si se debe a que haya elegido la parada en *boxes* en vez del acuerdo o a que ahora se puede marchar sin que le fuerce más.

—Ajá. —Es todo lo que consigo soltar con las lágrimas acumulándose en

mi garganta.

Colton se inclina hacia mí y cierra los ojos un momento mientras me da un respetuoso beso en la nariz.

—Gracias por anoche. Por esta mañana. Por esto. —Asiento con la cabeza, no confío en ser capaz de hablar mientras me acaricia el brazo y me aprieta la mano. Se aparta un momento con los ojos fijos en los míos—. Te llamaré, ¿vale?

Vuelvo a asentir. ¿Me llamará? ¿Cuándo? ¿En un par de días? ¿Un par de semanas? ¿Nunca? Se inclina y me besa la mejilla.

—Adiós, Ry.

—Adiós —respondo, apenas un murmullo.

Me aprieta la mano una vez más, se da la vuelta y recorre el camino hasta su coche. Siento una pizca de orgullo por el paso que ha dado hoy que se empaña con una punzada de miedo mientras lo veo subir al Range Rover y salir a la carretera. Me quedo ahí hasta que desaparece tras la esquina, fuera de mi vista.

Sacudo la cabeza y suspiro. Taylor Swift tiene razón. Querer a Colton es como conducir un Maserati en una calle sin salida. Y con lo que me acaba de decir, voy de cabeza contra el muro.



## Capítulo 3

Los últimos dos días Haddie y yo nos hemos visto fugazmente, pero se muere de curiosidad por saber más detalles de mi noche con Colton. Sigo confundida por lo que pasó desde que salimos de su casa y llegamos a la mía. Las dos sensaciones contradictorias que me ha dejado me tienen confusa, de mal humor y desesperada por volver a verle. Quiero comprobar si lo que creía que había entre nosotros es real o son solo imaginaciones mías. También estoy enfadada, herida y mi corazón anhela lo que tanto deseo que pase y nunca llegará a ser. Le he dado vueltas hasta la saciedad, a cada segundo que pasamos en el coche de vuelta a casa, y la única conclusión que he sacado es que nuestra conexión le pone nervioso. Que mi voluntad de volver cuando todos los demás se habrían marchado le asusta. E incluso siendo consciente de ello, los últimos dos días han sido de lo más inquietantes. Mis dudas me han hecho llorar un poco mientras escucho Matchbox Twenty una y otra vez en el iPod. También me ha ayudado tener un trabajo con turnos de veinticuatro horas que me mantiene ocupada.

Bebo un sorbo de cola *light* mientras sigo la letra de *Stupid Boy* y termino de preparar la ensalada. Entonces oigo que se cierra la puerta principal. No logro contener la sonrisa que se forma en mis labios al darme cuenta de lo mucho que he echado de menos a Haddie estos últimos días. Ha estado tan ocupada con los proyectos de un nuevo cliente que intenta fichar PRX, que prácticamente ha estado durmiendo en la oficina.

—¡Dios, cómo te he echado de menos! —exclama al entrar en la cocina y envolverse en un cariñoso abrazo.

—Lo sé. —Le paso una copa de vino—. La cena ya casi está. Cámbiate y

vuelve aquí para que nos pongamos al día.

—Más te vale no guardarte nada —me advierte con una de sus miradas antes de salir de la cocina.

Ya hemos cenado y creo que vamos por la segunda o la tercera botella de vino. Haber perdido la cuenta significa que ya he bebido suficiente como para relajarme y contarle todo a Haddie. Responde sin filtros a lo que le cuento y me hace llorar de risa más de una vez.

*Should I Stay* suena de fondo, Haddie se recuesta en la silla y estira las piernas contra el suelo. Me fijo en su perfecta pedicura y en sus uñas de color rosa fucsia.

—¿Así que no has hablado con él desde entonces?

—No. Me ha mandado un par de mensajes, pero solo he respondido con monosílabos. —Me encojo de hombros, no he logrado aclararme después de habérselo contado—. Creo que imagina que hay algo que me molesta, pero no me ha preguntado.

Haddie suelta una risotada.

—¡Venga ya, Ry, es un tío! Lo que significa que, primero, no tiene ni idea y, segundo, no te va a preguntar, aunque crea que estás enfadada.

—Cierto —admito con una risita. El aura de tristeza que me ha acompañado los últimos días se va disipando con las risas.

—Pero eso no quita para que sea un capullo —dice en voz alta mientras levanta el vaso.

—No lo llamaría capullo —rebato, y en silencio me regaño por defender a la única persona responsable de mi actual estado de miseria y confusión. Haddie arquea las cejas y esboza una sonrisa zalamera—. O sea, soy yo la que le dije que hiciese una parada en *boxes* si lo necesitaba, que se tomase un tiempo en lugar de alejarme. Lo que no entiendo es cómo pudo besarme y de repente pedirme una pausa.

—Dame un minuto para pensarlo —dice con una expresión de concentración de lo más divertida en la cara—. Estoy un poco espesa por culpa del vino.

Me río de ella y de su expresión de esfuerzo en su intento por darle sentido a todo.

—Vale, vale, ya lo tengo —exclama victoriosa—. Creo... ¡creo que lo

acojonaste, Rylee!

Echo la cabeza hacia atrás y me carcajeo con ganas. Cuando Haddie está borracha es de lo más divertida.

—Muy astuta, Had.

—¡Espera, espera! —Levanta las manos y, al hacerlo, casi derrama el vino—. Quiero decir que, por lo que me has contado, te abriste a él, hablasteis de cosas... Te ha follado mogollón de veces...

Casi escupo el vino al escuchar lo último que sale de su boca.

—¡Haddie, por Dios!

—Bueno, ¡es verdad! —me grita como si fuera tonta y me sostiene la mirada hasta que asiento con conformidad—. Da igual, volvamos al tema, la cuestión es que tuvisteis tiempo de flirtear, divertirnos y poneros serios. En definitiva, lo pasasteis genial. De repente, vio que le gustaba tenerte cerca. Se sintió cómodo contigo en su territorio. Entonces entra su padre. Que alguien más os viera juntos hizo que todo se volviese más real. Combina todos los factores y comprenderás por qué el señor «No me comprometo» alucinó.

La miro por encima del borde de la copa mientras me abrazo las rodillas, que tengo levantadas contra el pecho. Lo que dice parece bastante cierto, pero no hace que el dolor desaparezca. Mitigar la desazón que nada puede aliviar excepto unas palabras tranquilizadoras de Colton. Debería proteger mejor mi corazón y contenerme más. Tengo que dejar de entregárselo todo tan a la ligera cuando él no me devuelve lo mismo.

—Dios —gimo y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá—. Jamás me he sentido tan insegura con alguien en toda mi vida. Me fastidia quedarme aquí sentada lloriqueando como si fuese una más de sus conquistas; las mismas de las que nos burlamos, algo que me juré que nunca haría. —Suspiro—. ¡Mátame ya!

Haddie se ríe.

—Se te va un poco la cabeza cuando se trata de él. Joder, entre los dos me vais a provocar un infarto.

Me quedo mirando al techo, como distraída, para expresar mi conformidad con la opinión de Haddie, aunque no se la he pedido, luego bajo la cabeza y la miro.

—Probablemente tengas razón, se ha acojonado —medito y bebo lo que

queda en el vaso—, pero, siendo justos, me dijo desde el principio que no me iba a dar nada más.

—¡A la mierda lo justo! —exclama y hace un corte de manga con tantas ganas, que me provoca una carcajada.

—Ya lo sé, la culpa es mía por enamo...

—¡Lo sabía! —grita señalándome con el dedo. Cierro los ojos y sacudo la cabeza mientras me maldigo por bocazas—. Joder, necesito más vino después de esto. —Pasa caminando junto a mí y retrocede para mirarme a los ojos—. Oye, Ry, ¿has llorado por esto? ¿Por él?

¡Peligro! Tiene esa cara de voy a llegar hasta el fondo del asunto. La observo sin decir nada, mi silencio sirve como respuesta.

—Escucha. Sé que es un adonis y que seguramente folla de maravilla pero, cariño, si es lo que quieres, ya es hora de ponérselo un poco difícil.

Gruño.

—Para ti es fácil. Sabes cómo jugar a esto, pero yo no tengo ni puta idea de qué hacer.

—Dale la vuelta a la situación. Sabe cómo es la vida contigo cerca. Ahora que le gustas, tiene que ver cómo sería estar sin ti. Hazle saber que no es lo único que te hace respirar, aunque te cueste horrores. —Se sienta en el brazo del sillón y me mira—. Verás, Ry, todos los tíos quieren ser como él y todas las tías quieren tirárselo. Está acostumbrado a que lo deseen, a que vayan tras él. Actúa como al principio, antes de que te enamoras del muy imbécil, y deja que sea él quien te persiga. —La miro y sacudo la cabeza con franqueza. Me mira de lado y retuerce los labios mientras piensa—. Te ha hecho llorar, ¿vale la pena, Rylee? ¿Vale la pena de verdad?

La miro mientras mis ojos se llenan de lágrimas y asiento con la cabeza.

—Sí, lo vale, Haddie. Tiene un lado opuesto al del *playboy* malo y misterioso que los medios dicen que es. Es dulce y sincero. Quiero decir, es mucho más que sexo. —Me encojo de hombros y se me escapa una sonrisa cuando Haddie levanta una ceja—. Y sí, folla de maravilla.

—¡Lo sabía! —grita y me señala con el dedo—. ¡Me has estado ocultando cosas!

—¡Cállate! —respondo entre risas. Se levanta y se tambalea un poco antes de coger mi copa vacía.

—Venga, cuéntale los detalles a tu amiga pervertida. ¿Cómo se le da el beso australiano? ¿Cuántos orgasmos te provocó cuando estuviste en su casa?

Me pongo roja como un tomate, la quiero y la odio al mismo tiempo.

—¿Beso australiano? ¿Qué es eso?

Suelta una risotada traviesa y me mira con picardía.

—¿Cómo es con la boca ahí abajo? —ríe, y me mira deliberadamente la entrepierna; luego otra vez a la cara con una ceja levantada. Me quedo con la boca abierta y se me escapa una risita sin poder evitarlo—. Déjame disfrutar a través de ti. ¿*Porfi*?

Cierro los ojos avergonzada, incapaz de mirarla.

—Bueno, digamos que habla australiano igual que un nativo.

—¡Lo sabía! —grita y estalla en carcajadas mientras interpreta su baile de la victoria alrededor de la habitación—. ¿Y? —apremia.

—¿Y qué? —Me hago la tonta.

—La resistencia, nena. Quiero saber si es un semental, literalmente... ¿Cuántas veces?

Tuerzo los labios mientras repaso mentalmente las veces y los lugares en los que Colton y yo lo hemos hecho.

—Pues, no sé. ¿Ocho, tal vez? ¿O nueve? Perdí la cuenta.

Haddie se queda parada a medio baile y abre la boca de par en par antes de esbozar una sonrisa pícaro.

—¿Y podías caminar? Serás zorra. ¡Bien hecho! —Se gira y se tambalea antes de ir a la cocina a por otra botella de vino—. Joder, daría cualquier cosa por un tío que rindiese así. Supongo que tenía razón en lo del semental —bromea desde la cocina y emite una especie de relincho que me hace doblarme de risa.

Suena mi teléfono y, por primera vez en días, no me lanzo a contestar. Ya he bebido bastante y, además, llevo suficientes falsas alarmas a mis espaldas como para saber que no es Colton. Por no mencionar que, según Haddie, tengo que hacerle sufrir un poco.

Claro que es más fácil decirlo que hacerlo. La determinación dura dos timbrazos, concretamente el tiempo que tardo en levantarme a por él, por supuesto, tambaleándome por la embriaguez. Me repito que no voy a

contestar. Ni hablar. Haddie me mataría. Pero, aunque no conteste, quiero ver quién es.

—Vaya, vaya, pero si es el rey de Roma —dice Haddie, que alcanza el teléfono antes que yo y me enseña la pantalla. La observo confusa mientras sube la música y descuelga.

Esto no va a acabar bien. Haddie borracha y en plan protector, mala combinación.

—Dame el teléfono, Had —le pido en vano. ¡Mierda!

—Teléfono de Rylee, ¿en qué puedo ayudarte? —grita como si estuviese en un bar, y sube la voz a cada palabra. Me sonrío y levanta las cejas mientras escucha a su interlocutor—. ¿Cómo? ¿Quién? ¡Ah, hola, Colby...! Vaya, lo siento, pensaba que eras Colby. ¿Quién? Ah, ¿qué hay, Colton? Soy Haddie, la compañera de piso de Rylee. Ajá. Bueno, verás, está un poco borracha ahora mismo y muy ocupada, así que no puede hablar contigo, pero a mí me gustaría. —Se carcajea por algo que él dice—. Verás, así están las cosas. No te conozco muy bien, pero por lo que sé, pareces un tío decente. Demasiado famoso por tus travesuras, si quieres saber mi opinión, ya que la gente como tú hace que trabajos como el mío sean un poco más difíciles, pero, oye, no existe la mala prensa, ¿no? Estoy divagando. —Se ríe y suelta un bufido evasivo a la respuesta de Colton—. Vino, para empezar, pero ahora hemos pasado a los chupitos —responde—. Tequila. De todas formas, solo quería decirte que necesitas centrarte y arreglar tus movidas en lo que respecta a Rylee.

Creo que la boca se me acaba de caer al suelo. Ojalá pudiera verle la cara a Colton ahora mismo. O mejor no.

—Sí, estaba hablando contigo, Colton. He dicho que tienes que arreglar tus movidas —enfatisa cada palabra—. Rylee es un premio gordo, nene. Será mejor que no dejes que se te escape entre los dedos o alguien te la quitará delante de las narices. Y, por las caras de todos los moscardones que la rodean esta noche, será mejor que te pongas las pilas.

Me alegro de haber bebido tanto, sino me moriría de vergüenza ahora mismo. Pero el alcohol no disipa el orgullo que siento por Haddie. Esta mujer no se amedrenta ante nada. A pesar de lo que siento, la fulmino con la mirada y con la mano le pido que me dé el teléfono. Me da la espalda y sigue respondiendo a Colton con ruiditos de conformidad.

—Como he dicho, está bastante ocupada eligiendo qué tío le pagará la siguiente bebida, pero le diré que has llamado. Ajá, sí. Ya, pero me pareció que debías saberlo. Premio gordo —articula despacio y se ríe—. Ah, y, ¿Colton? Si haces que se caiga, más te vale estar ahí para recogerla. Hacerle daño no entra en el plan. ¿Lo entiendes? Porque, si lo haces, tendrás que responder ante mí, y ¡puedo ser una cabrona! —Suelta una risotada irregular—. Buenas noches, Colton. Espero verte por aquí una vez que te aclares. ¡Hasta pronto!

Me mira con una sonrisa de suficiencia en la cara y baja la música.

—Haddie Marie, ¡te voy a matar!

—Eso dices ahora —se burla mientras el cuello de la botella de vino choca con el borde de las copas cuando las rellena—, pero espera y verás. Cuando esto acabe besaré por donde pisas.

\*\*\*

Hemos alcanzado nuestro tope de vino de la noche y estamos tiradas en el sofá, tranquilas, relajadas y un poco borrachas hablando de los acontecimientos de la semana. De fondo, las noticias de las once están a punto de acabar y en una esquina se ve un anuncio del programa de *Jimmy Kimmel Live* que empieza a continuación. Estoy escuchando a Haddie cuando las dos oímos que el invitado de esta noche es Colton. Giramos la cabeza de golpe y nos miramos sorprendidas. Había olvidado por completo que me he lo había comentado.

—Vaya, será interesante. —Levanta las cejas y presta atención al televisor.

Vemos el monólogo de apertura y, aunque los gags tienen gracia, no me río. Ya sea por el vino o por el temor a lo que dirá Colton, Jimmy no me hace reír. Sé que mencionará el séquito de mujeres que suelen acompañar a Colton y esta noche no tengo la capacidad mental para oírlo.

—Nuestro próximo invitado es, ¿cómo lo describiría? ¿Un maestro con muchas cualidades? ¿El hombre que ocupa el asiento del conductor? Digamos que es uno de los talentos más brillantes de la IndyCar, considerado uno de los pilotos que ha devuelto a esta competición su antigua fama y uno de los solteros más codiciados de Hollywood. Por favor, un gran aplauso

para el único e irrepetible Colton Donavan.

El público del estudio estalla en un frenesí de chillidos femeninos mezclado con varios «te quiero».

Contengo la respiración cuando Colton entra en el plató con unos vaqueros negros y una camisa verde oscura abotonada hasta el cuello. Me inclino hacia delante en el asiento y cada fibra de mi cuerpo se empapa de él. Lo estudia. Lo echa de menos. La cámara lo enfoca desde lejos, pero sé de buena tinta el efecto que la camisa tendrá en sus ojos. Cómo oscurecerá los círculos esmeralda que le rodean el iris y harán que el centro parezca de un verde casi traslúcido. Saluda al público al entrar con esa arrolladora sonrisa suya.

Haddie suelta un ruidito desde el fondo de la garganta.

—Joder, esa cara es una obra de arte. Si yo fuera tú me aseguraría de enmarcarla entre las piernas siempre que pudiera.

Me atraganto con la bebida, la miro y me guiña el ojo. Estallo en carcajadas.

—¿De dónde narices te sacas esas cosas?

—Tengo mis fuentes. —Se encoge de hombros con una sonrisa traviesa.

Me río y sacudo la cabeza, luego vuelvo a prestar atención a la entrevista. Cuando Colton se acerca a la mesa, uno de los papeles de Jimmy sale volando y se agacha a recogerlo. Las mujeres del público se vuelven locas ante la visión del culo de Colton dentro de sus vaqueros ceñidos y Haddie se carcajea. Colton se da la vuelta y sacude la cabeza a la audiencia por su reacción.

—¡Esa sí que es una gran entrada! —exclama Jimmy.

—¿Estaba planeado? —pregunta Colton mientras bromea con el público.

—No. Los suspiros de tus admiradoras se han transformado en una corriente de aire tan fuerte que han hecho volar el papel.

El público se ríe y una mujer grita: «¡Colton, cástate conmigo!». Me gustaría que alguien le tapase la boca.

—Gracias —ríe Colton—, pero de momento no entra en mis planes.

—Y el público se desploma por el disgusto —se burla Jimmy—. ¿Cómo te va, tío? Me alegro de volver a verte. ¿Cuánto ha pasado? ¿Un año?

—Más o menos —dice mientras se reclina en la silla y apoya el tobillo



derecho sobre la rodilla contraria. La cámara hace un primer plano de su cara y respiro hondo. Creo que nunca me acostumbraré del todo a lo asombroso que es.

—¿Cómo haces para no quedarte mirándolo todo el día cuando estás con él? —pregunta Haddie. Sonrío, pero no contesto. Estoy muy concentrada mirando—. ¡Joder, cómo está! —Suelta un gruñido de apreciación.

—¿Qué tal la familia?

—Les va bien. Mi padre acaba de volver de Indonesia así que tenemos que ponernos al día. Ya sabes que eso siempre es genial.

—Sí, es todo un personaje. —Colton se ríe por el comentario y Jimmy sigue hablando—: Para aquellos que no lo sepan, el padre de Colton es la leyenda de Hollywood Andy Westin.

—Evitemos usar la palabra «leyenda» o se le subirá a la cabeza — comenta Colton mientras Jimmy enseña una foto de él con el brazo de su padre sobre los hombros en alguna gala—. Ahí está. —Sonríe con sinceridad.

—Bueno, ¿qué has hecho últimamente?

—Prepararme para la temporada que está a punto de empezar. La primera carrera es a finales de marzo en San Petersburgo, Florida, así que ahora mismo estamos trabajando al máximo.

—¿Cómo va el coche?

—De momento tiene buena pinta. El equipo se está esforzando mucho para ponerlo a punto.

—¡Qué bien! Ahora, háblame de tus nuevos patrocinadores para este año. Colton enumera los nombres de los anunciantes.

—Además, este año también tenemos una nueva colaboración con ron Merit.

—Un buen ron —apunta Jimmy.

—Sí, no me quejo porque me paguen por beber alcohol de calidad. — Colton sonrío y se acaricia la escasa barba de la mandíbula con el índice y el pulgar.

—Creo que tenemos un trocito del anuncio que has grabado con ellos.

Giro la cabeza como un resorte para mirar a Haddie.

—¿Lo has visto ya?

—No. —Está tan sorprendida como yo—. He estado tan ocupada con este nuevo cliente que no tengo ni idea de lo que ha pasado con las otras cuentas.

—Lo rodamos el otro día —dice Colton.

Colton aparece en la pantalla, conduce su coche de la Indy a toda velocidad por la pista, el logo de ron Merit ocupa el morro del coche. Por encima de la escena se oye el tono *sexy* y raspado de su voz.

—Cuando compito, conduzco para ganar.

La escena cambia y se le ve jugando al fútbol americano en la playa con un grupo de hombres. Mujeres en bikini los animan desde un lateral con bebidas en la mano. Va sin camiseta y lleva unos pantalones cortos de cintura baja. Tiene su torso cincelado cubierto de sudor, algo de arena sobre la piel y una sonrisa arrogante en la cara. Se estira, se lanza a por un pase y lo atrapa mientras cae contra la arena.

—Cuando juego, siempre juego duro.

La siguiente escena es en un club nocturno. Las luces parpadean y la gente baila. Se ve una hilera de chupitos. Colton se ríe, tiene una copa en la mano y bebe un trago mientras se relaja en un reservado rodeado de mujeres preciosas. Luego se ve un plano de lo que se supone que es Colton bailando entre un par de mujeres, aunque lo único que se ve son unas manos sobre unas caderas, unos dedos enredados en el pelo de alguien y dos bocas que se besan. La siguiente imagen muestra a Colton que rodea con el brazo la cintura de una mujer despampanante mientras salen del local. Se gira y mira por encima del hombro con una sonrisa que bien podría decir: «Ya sabéis lo que viene ahora».

La imagen cambia a una botella vacía de ron Merit en la barra del club.

—¿Y cuando salgo de fiesta? —se le oye decir—. Solo bebo lo mejor. Ron Merit. Incomparable.

—Vaya —exhala Haddie—. Ha quedado genial.

Sé que lo aprecia desde el punto de vista de las relaciones públicas, y tiene razón. Es un gran anuncio. Sensualidad, buena imagen del producto y un ambiente que logra que tengas ganas de estar ahí. Te hace querer ser como él.

Y sus labios besando los de otra mujer. Me encojo al pensarlo.

—Un gran anuncio —dice Jimmy cuando los aplausos del público

empiezan a apagarse—. Seguro que te divertiste mucho al hacerlo—. Colton sonríe y trata de contenerse, pero se le escapa una risita que lo dice todo—. La cámara te adora, colega. ¿Cómo es que nunca le has pedido trabajo a tu padre? Seguro que a las damas no les importaría verte en una pantalla gigante.

El público grita para mostrar su acuerdo. Colton solo curva los labios y sacude la cabeza.

—Nunca digas de esta agua no beberé. —Se ríe y el estómago se me retuerce al imaginarme a millones de mujeres viéndolo en acción en alguna escena de amor. Los cines estarían a reventar solo por eso.

—Bueno, Colton, ¿alguna cosa más en la que estés metido?

—Tenemos un pequeño proyecto entre manos. Los abogados no quieren que lo anuncie de forma oficial todavía porque aún estamos ultimando los detalles. —El público exclama un «oh» de decepción y Colton levanta el dedo para pedir un momento—. Sin embargo, ¿desde cuándo le hago caso a mis abogados?

Esboza una sonrisa torcida y traviesa mientras la audiencia se ríe. Contengo el aliento, sorprendida y agradecida de que vaya a hablar en público de mi empresa.

—Lo único que os puedo decir es que estamos trabajando con una institución que se preocupa de verdad —dice, remarcando bien las últimas palabras—, y que trabajamos juntos para recaudar dinero destinado a ayudar a niños huérfanos y mejorar su calidad de vida; ofrecerles un ambiente familiar estable de forma permanente.

—Una causa que es muy cercana para ti.

—Sin duda. —Asiente y no dice nada más.

—Maravilloso. Me muero de ganas de que sea oficial para poder saber más del tema. Aunque sé que no puedes contármelo... —Jimmy pone los ojos en blanco hacia la audiencia y pregunta—: ¿Cómo pensáis recaudar el dinero?

Colton se enfrasca en una larga explicación para responder a las preguntas de Jimmy mientras yo lo observo fascinada e intento encontrar al Colton que conozco en el que tengo en la televisión delante de mí. Es la misma persona, la misma personalidad, pero con algunos matices diferentes. Sé que se contiene. Juega con la audiencia y se le da de cine.

—Se nos acaba el tiempo —comenta Jimmy y el público se queja—, pero seguramente los espectadores me matarían nada más salir del estudio si no te hago la pregunta que más les interesa.

Colton mira alrededor con mi sonrisa favorita de niño pícaro en la cara.

—¿Cuál es? —apremia.

—Verás, siempre que apareces en la prensa o en la televisión, se te ve acompañado de alguna belleza despampanante. —Jimmy enseña un montón de páginas de revistas en las que aparece Colton junto a mujeres preciosas—. ¿En qué situación estás ahora? ¿Sales con alguien? ¿Alguna señorita especial en tu vida? ¿O tal vez varias señoritas?

Colton se carcajea y echa la cabeza hacia atrás; yo contengo el aliento esperando su respuesta.

—Venga, Jimmy, ya sabes cómo es.

—No, la verdad es que no. —El público se ríe—. Por favor, no me digas que sales con Matt Damon —bromea.

Esta vez soy yo la que se ríe ante la expresión perturbada de Colton tras la broma de Jimmy.

—Definitivamente, con Matt Damon, no. —Se ríe y se encoge de hombros—. Ya me conoces. Siempre estoy saliendo con alguien —comenta, se recuesta en el sillón y con las manos dirige un gesto casual al público—. Hay demasiadas mujeres guapas ahí fuera, sería un desperdicio no disfrutar de ellas. —Dedica al público una de sus sonrisas que dejan sin respiración—. O sea, mira todas las preciosidades que hay aquí esta noche.

—Así que, en otras palabras —interrumpe Jimmy—, estás evitando la pregunta.

—No puedes pedirme que confiese todos mis secretos. —Colton sonrío y guiña un ojo al público.

—Lo siento, señoritas. No tenemos tiempo para intentar obtener más detalles. —El público se queja al unísono—. Me ha encantado volver a verte, Colton. Me muero de ganas de verte ganar carreras esta temporada.

—Espero que puedas venir a alguna.

—Cuenta con ello. Mucha suerte.

Colton se levanta, le da la mano a Jimmy y dice algo fuera de micro que le hace reír.

—Señoras y señores, Colton Donavan.

Colton saluda al público con la mano y el programa da paso a la publicidad. Haddie se incorpora y apaga la tele.

—Vaya —musita—. Ha sido interesante.

## Capítulo 4

—**S**uena genial, Avery. Recursos humanos le ha dado el visto bueno al papeleo, así que me encantaría darte la bienvenida al equipo. Nos vemos el lunes. —Cuelgo el teléfono y busco un boli para tachar ese punto de mi lista. Contratar a una chica nueva: hecho.

Si pudiese terminar todo lo que queda en la lista sería genial. Hecho un vistazo al horario de esta semana e ignoro la inevitable cita de mañana. Ya no me quedan más turnos en el Hogar esta semana, así que seguramente pueda terminar todas las tareas.

Aunque primero debo conseguir algo de motivación.

No tengo a nadie a quien culpar del estado de letargo en el que me encuentro esta mañana más que a mí misma. Bueno, y a Haddie, por incitarme a abrir la cuarta, o quinta, botella de vino. Al menos se me ha pasado un poco la resaca y puedo pensar sin que me retumbe la cabeza.

Contemplo el montón de papeles que he estado evitando, gilipolleces de presupuesto que llevan un montón de tiempo y que al final serán rechazadas por los jefazos, pero tengo que ponerme con ello. Suspiro para coger fuerzas cuando alguien llama a la puerta. Podría jurar que los siguientes instantes pasaron a cámara lenta, a pesar de saber que no fue así.

Cuando levanto la vista, grito y salto sorprendida al ver unos ojos iguales a los míos. Rodeo el escritorio y me lanzo con todas mis fuerzas a los brazos de mi hermano. Tanner me abraza, me da vueltas y me estruja tan fuerte que apenas puedo respirar. Todo el miedo que he pasado pensando si estaría a salvo, la angustia al no saber nada de él y la soledad por no tenerle cerca

desaparecen de golpe y se transforman en un mar de lágrimas de felicidad.

Me deja en el suelo y afloja el abrazo, pero yo sigo colgada de él con fuerza y entierro la cara en su pecho. No consigo dejar de llorar, él no me suelta y me besa en la cabeza.

—Si llego a saber que me espera una bienvenida así, habría venido antes —dice antes de cogerme por los hombros y apartarme para estudiar mi mirada—. ¿Qué pasa, Pompas?

Sonrío cuando usa el mote por el que me ha llamado toda la vida. Creo que estoy en *shock*.

—Deja que te vea —consigo decir, doy un paso atrás y le paso las manos por los brazos.

Parece algo mayor y mucho más cansado. Unas finas líneas le marcan las comisuras de los ojos y las arrugas alrededor de los labios se le han vuelto más profundas en los seis meses que llevamos sin vernos. Tiene su pelo cobrizo algo más largo de lo habitual y se le riza en el cuello. Pero está vivo y de una pieza, delante de mí. Tengo que reconocer que las arrugas lo hacen parecer más atractivo, le añaden un poco de dureza a sus dinámicas facciones.

—Sigues igual de feo, ¿eh?

—Y tú cada día estás más guapa —recita, un intercambio que hemos repetido miles de veces con los años. Toma mis brazos para mirarme y sacude la cabeza como si fuese incapaz de creer que esté delante de él.

—Joder, ¡cómo me alegro de verte!

Vuelvo a abrazarlo y se me escapa la risa.

—¿Mamá y papá saben que has vuelto?

Le cojo de la mano y tiro de él dentro del despacho, no tengo ganas de soltarlo todavía.

—Volé a San Diego y me quedé con ellos anoche. Esta tarde me marchó a Afganistán por un encargo repentino y...

—¿Cómo? —Acabo de recuperarlo y ya se vuelve a marchar—. ¿Cómo que te vas otra vez?

—¿Podemos irnos? ¿Comemos juntos y hablamos?

—Pues claro.

\*\*\*

La única condición de Tanner para elegir restaurante es que desde él se pueda ver y oler el mar. Conduzco por la costa con intención de llevarle al lugar junto a la playa al que Colton me llevó en lo que considero que fue nuestra primera cita. Es el sitio perfecto.

Por el camino me explica que en el último momento decidió tomarse una semana libre, volver a casa y visitarnos. Así que volvió de Egipto, donde ha estado destinado para cubrir los disturbios. Una vez en casa, un compañero se ha puesto enfermo, así que ha tenido que acortar el viaje para volver a Oriente Medio en su lugar.

—¿Has venido hasta aquí para vernos cuando solo tienes dos días libres?

Bebo un sorbo de cola light y le miro. Nos hemos sentado en la misma terraza en la que comí con Colton, un par de mesas a la derecha. Rachel no está trabajando, pero la empleada que sí lo está escucha nuestra petición y nos sitúa lejos del alboroto que provocan los clientes del mediodía.

Tanner me mira y sonrío sin más, entonces me doy cuenta de lo mucho que lo echaba de menos y del efecto calmante que tiene sobre mí. Se acerca el botellín de cerveza a los labios y se reclina en la silla mientras observa el movimiento de las olas.

—Da gusto estar en casa. —Sonríe—. Aunque sea por un día.

—Ni me lo imagino —respondo. Me da miedo apartar la mirada de él un solo segundo ya que tenemos tan poco tiempo...

Durante la comida, hablamos de cómo nos van las cosas. Me habla de las condiciones en las que vive y de lo que ocurre en Egipto; aquello de lo que los medios convencionales no hablan. Me comenta que está saliendo con otra periodista, pero que no es nada serio, aunque se le suaviza el gesto al hablar de ella.

Me encanta escucharlo. La forma en que le apasiona su trabajo es tan evidente que, a pesar de que le obliga a alejarse a cientos de miles de kilómetros de casa, no lo imagino haciendo otra cosa.

Le hablo del trabajo, de Haddie y de todo en general. Excepto de Colton. Tanner a veces es demasiado sobreprotector y decido que no merece la pena hablar de algo que ni siquiera sé si es real. Creo que lo estoy haciendo bastante bien, hasta que inclina la cabeza y me mira fijamente.



—¿Qué pasa?

Entrecierra los ojos para estudiarme detenidamente.

—¿Quién es él, Pompas?

Lo miro perpleja, como si no fuera conmigo, pero soy consciente de que sus instintos de investigador han entrado en acción y no va a recular hasta que consiga la respuesta que busca. De ahí que sea tan bueno en su trabajo.

—¿Quién es quién?

—¿Quién es el tío que te tiene embobada?

Da un trago de cerveza. Sin dejar de mirarme en ningún momento, sonrío divertido. Chulo gilipollas. Lo miro fijamente mientras me pregunto cómo lo sabe.

—¡Escúpelo!

—¿Por qué piensas eso?

—Porque te conozco muy bien. —Cruzo los brazos sobre el pecho y se ríe de mí—. Veamos, has evitado el tema a propósito en vez de hablar de ello. No dejas de darle vueltas al anillo, no paras de morderte el labio por dentro, como cuando intentas descifrar algo, y no haces más que mirar aquella mesa como si esperases ver a alguien ahí sentado. O eso, o te acuerdas de algo que los dos hicisteis ahí. —Arquea las cejas—. Además, vuelves a tener ese fuego en la mirada que no había visto desde... antes —reflexiona, me coge la mano y la aprieta un poco—. Me gusta verlo. —Le sonrío, feliz de que esté aquí—. ¿Y bien?

—Hay alguien —respondo despacio—, pero es complicado y todavía no tengo claro qué es. —Doy vueltas al anillo con los dedos sin darme cuenta de que lo hago hasta que Tanner levanta una ceja. Paro al instante y le cuento lo fundamental sin mencionar el nombre de Colton—. Es un tío genial, pero creo que no busca nada serio. —Me encojo de hombros y paseo la mirada por el restaurante antes de volver a mirarlo, con las lágrimas empezando a asomar en los ojos.

—Joder, Ry. Cualquier tío que te haga llorar no merece la pena.

Me muerdo el labio inferior y bajo la mirada hacia la servilleta que retuerzo entre las manos.

—A lo mejor me hace llorar porque vale la pena —comento despacio. Le oigo suspirar y vuelvo a mirarlo—. Al menos es un primer paso —susurro

con voz temblorosa.

La compasión con la que me mira casi me deshace por dentro y destruye el dique que retenía las lágrimas y los sollozos que me quemaban la garganta.

—Ay, Pompas, ven aquí —dice, hace girar mi silla y tira de mí hacia él. Me abraza y me acurruco contra él, la única persona con la que siempre puedo contar.

Cierro los ojos y apoyo la barbilla sobre su hombro.

—Sé por qué estás aquí, Tan. Gracias por venir a asegurarte de que estoy bien.

Me aprieta más fuerte antes de soltarme y apartarme hacia atrás para mirarme con ojos preocupados.

—Te espera una semana difícil, quería estar seguro... Me preocupo por ti. Tenía que estar aquí por si me necesitabas —dice con dulzura—. Si llama, poder encargarme de ella.

Siento un inmenso amor por mi hermano. Acaba de cruzar medio mundo para pasar tan solo un día conmigo y asegurarse de que estoy bien. Es difícil de imaginar que el chico con el que crecí, con el que me peleaba a todas horas, se haya convertido en un hombre tan atento y comprensivo. Tanto que quiere hacerse cargo de las secuelas emocionales de la inevitable llamada de la madre de Max que recibiré mañana.

Levanto las manos y le acaricio las mejillas mientras sonrío.

—¿Por qué he tenido la suerte de que seas mi hermano mayor? —Se me escapan las lágrimas y le beso en la mejilla con suavidad—. Eres el mejor, ¿lo sabías?

Sonríe, incómodo por la muestra de afecto. Me levanto.

—Ahora vuelvo, voy al baño.

Empiezo a marcharme y, de repente, sin pensarlo, me giro para darle un abrazo rápido. Lo rodeo con los brazos desde atrás, él sentado y yo de pie.

—Vaya, ¿eso a qué viene? —Ríe.

—A que te echaré de menos cuando te vayas.

Lo libero tan rápido como lo abracé y cruzo el restaurante. La puerta de la cocina se cierra rápidamente cuando paso por delante de camino al baño, al otro lado del comedor.

Cuando salgo del aseo, me entretengo mirando a un adorable bebé con el

pelito rizado que intenta sin éxito usar un tenedor. Me llevo la mano al bajo vientre de forma instintiva. La punzada de dolor es más fuerte que de costumbre y asumo que se debe a la fecha del día siguiente. El aniversario del día en que lo perdí todo. Cuando me arrebataron lo que más quería en el mundo.

Lo único por lo que daría todo, absolutamente todo lo que tengo, para volver a tener una oportunidad.

Estoy tan absorta en mis recuerdos que no me doy cuenta del alboroto del patio hasta que escucho la voz de Tanner.

—¿Qué cojones haces?

Tardo unos segundos en maniobrar entre las mesas para llegar hasta la nuestra.

—La señorita está conmigo, capullo. Aparta las manos de ella.

Se me para el corazón.

Sé perfectamente de quién es esa voz rasgada. Acelero el paso hacia la salida, con el pulso a mil por hora y expresión de incredulidad. Cuando llego a la terraza veo a Colton agarrar a mi hermano por la camisa con el puño apretado, la mandíbula tensa y los ojos ardiendo. Tanner, que sigue sentado, lo mira, divertido y con chulería. Tiene los hombros tensos y los puños apretados a los lados. La testosterona inunda el aire.

—¡Colton! —grito.

Levanta la vista hacia mí y me atraviesa con una mirada que mezcla rabia, celos y agresividad. Tanner me mira con una ceja levantada a modo de interrogante y la lengua empujando su mejilla desde el interior de la boca.

—¡Colton, suéltalo! —exijo mientras avanzo hacia él a zancadas—. No es lo que crees.

Le tiro del brazo y se sacude de mi agarre, pero finalmente suelta los puños. Poco a poco se normaliza mi ritmo cardíaco. Tanner se levanta y cuadra los hombros delante de Colton y le regala una mirada indescifrable.

—As, te presento a mi hermano, Tanner.

Colton gira la cabeza de golpe y me mira con una mezcla de irritación y hostilidad, que pronto deja paso al entendimiento. Una ristra de emociones le cruzan la mirada: alivio, incomodidad, irritación.

Miro a mi hermano, aún incapaz de saber en qué piensa.

—Tanner, este es mi... —titubeo, no sé muy bien cómo llamarlo—. Te presento a Colton Donovan.

Observo la cara de Tanner cuando encaja las piezas y se da cuenta de quién es el tío que tiene al lado, con quién salgo.

Colton relaja los hombros y esboza una sonrisa de incredulidad. Sin intención de disculparse, le da la mano a Tanner, que desliza la mirada por los ojos de Colton, luego por su mano para acabar en mí.

—Pompas, ¿este es el capullo? —pregunta y, con la mirada, me pregunta si este es el causante actual de mis lágrimas.

Lo miro y esbozo una tímida sonrisa.

—Sí —murmuro, y mi respuesta vale tanto para la pregunta que ha pronunciado en voz alta como para la que no ha hecho; luego miro a Colton.

—Joder —dice Tanner y le da la mano a Colton con energía—. Siéntate, colega —exclama—. Me hace falta una cerveza después de esto.

Los miro, desconcertada por el comportamiento masculino: en un momento están a punto de liarse a puñetazos y al siguiente se llevan de maravilla.

—Me encantaría, pero llego tarde a una reunión. —Se ríe—. De todas formas, encantado de conocerte. ¿Tal vez en otra ocasión? —Se gira para mirarme—. ¿Me acompañas a la salida?

Miro a Tanner que asiente con la cabeza para animarme a ir. Suspiro, no era consciente de que estaba conteniendo el aliento, de pronto estoy nerviosa por quedarme a solas con Colton. Me pone nerviosa hacer el papel de distante y desinteresada.

—Ahora vuelvo —le digo a Tanner. Me siento como una niña pequeña que pide permiso.

—Tanner. —Colton se despide de mi hermano con un movimiento de cabeza antes de ponerme la mano en la parte baja de la espalda y llevarme, a través de la cocina, hasta la puerta de atrás del restaurante.

En el poco tiempo que tardamos en salir pienso en cómo acabaron las cosas la última vez que hablamos. Las dos opciones que me dio: parada en *boxes* o el acuerdo. Le concedí la parada, pero aún me siento insegura. Nada que me tranquiliza y sigo sintiéndome una más en su eterna lista de compañeras de cama.

Alejo la idea, me obligo a salir de ese estado demasiado emocional y superanalítico. Soy consciente de que el éxito se alcanza dando pequeños pasos. Y, a pesar de que Colton no ha mencionado nada sobre querer algo conmigo más allá de un arreglo, yo di un pasito cuando él pidió una parada en *boxes*. «Se acabaron las indecisiones», me digo mientras recuerdo los consejos de Haddie: mostrarme distante e inaccesible, pero deseable.

Colton abre la puerta de salida y me conduce fuera mientras yo me preparo para que me pregunte por qué no le he devuelto la llamada. Me ha llamado dos veces y he tenido que obligarme físicamente para no reaccionar y responder al teléfono.

Cierra la puerta y se gira hacia mí: a la mierda ser inaccesible. Tengo que agotar toda la dignidad que me queda para no empotrarlo contra la pared y besarlo hasta quitarle el sentido. Me vuelve totalmente irracional y desvergonzada.

Cruza los brazos sobre el pecho y me mira fijamente con la cabeza ladeada.

—Así que, ¿tu hermano está en la ciudad?

Suelto un resoplido nada femenino.

—Me parece que eso ya ha quedado claro —respondo con sequedad y contengo las ganas de acortar la distancia entre nosotros—. Somos un poco susceptibles, ¿no?

No consigo descifrar la expresión que asoma en su cara, desaparece tan rápido como ha aparecido.

—Cuando se trata de ti, sí. He visto cómo te abrazaba. —Se encoge de hombros, es la única explicación que recibo—. ¿Se quedará mucho tiempo?

Lo miro un momento, confundida por la indiferencia que muestra después de haber estado a punto de empezar una pelea con mi hermano por nada. Finalmente, echo un vistazo al reloj y apoyo la cadera en la pared que tengo detrás, decido dejarlo pasar, por ahora.

—Bueno, solo hoy. Tiene que irse al aeropuerto en una hora y media.

Me quito una pelusa del jersey para mantener la vista y las manos ocupadas y me aliso los *leggings*.

Colton apoya un hombro en la pared delante de mí y, cuando levanto la mirada, veo que me observa las piernas. Sigue su recorrido por el resto de mi cuerpo y se detiene brevemente al llegar a mis labios antes de acabar en mis

ojos.

—¿Has estado ocupada? —pregunta.

—Ajá —respondo vagamente—. ¿Y tú?

—Sí, pero con la temporada a la vuelta de la esquina, es solo la calma antes de la tormenta. —Me mira fijamente, sus ojos verdes atraviesan los míos—. ¿Te lo pasaste bien la otra noche? —sondea.

Lo miro desconcertada, pero me recupero rápidamente al darme cuenta de que habla de la pequeña actuación de Haddie por teléfono de la otra noche.

—Por lo que recuerdo, sí. —Le dedico una sonrisa descarada y espero que mi actuación sea lo bastante convincente—. Ya sabes cómo es, muchos tíos que se creen los mejores, mucho alcohol y muy poca ropa, todo se vuelve muy confuso.

En sus ojos parpadea una chispa de ira provocada por mi comentario sobre los hombres; me gusta que le moleste la idea. Me gusta que le haya dado las vueltas suficientes como para preguntar y, después del pequeño altercado con Tanner, es obvio que sufre un pequeño ataque de celos.

Pensarlo me pone un poco.

Ladea la cabeza un momento. Por una vez no aparto la vista mientras me estudia. Le sostengo la mirada con expresión de aburrimiento.

—¿Por qué pareces tan distante? ¿Tan inaccesible? —Gruñe, y me sorprende con el comentario.

—¿Yo, inaccesible? No me había dado cuenta. —Finjo inocencia mientras me muero por levantar la mano y tocarlo.

—Pues lo eres. —Suspira con la exasperación visible en el rostro.

—Supongo que intento ajustarme a tus parámetros, As. Ser exactamente lo que quieres que sea. —Le sonrío con dulzura.

—¿Y eso qué significa? —resopla, confundido.

—Emocionalmente distante, sexualmente disponible y libre de dramas. —Veo cómo le palpitan los músculos de la mandíbula al dar un paso hacia mí mientras me mira irritado por mi actitud desafiante—. ¿Qué haces aquí?

Me mira largo y tendido, con tal intensidad que casi me derrumbo y le digo cuánto lo deseo. A la mierda los jueguecitos mentales.

—Tuve suerte y me pude escapar sin que los *paparazzi* me siguieran.

Kelly me dejó subir al tejado para comer lejos de la multitud y tener un poco de paz y tranquilidad. —Arqueo una ceja—. La dueña —dice con un suspiro de exasperación, ya sea por el malestar entre nosotros o por tener que dar explicaciones. Tal vez un poco de cada. Miro hacia abajo y me concentro en mi manicura, deseando desesperadamente acercarme a él. Besar. Abrazarlo —. Es un buen lugar para sentarse y reflexionar sobre las cosas.

—¿Y sobre qué reflexionas exactamente?

—Todas esas movidas que se supone que tengo que arreglar —responde con ironía. Levanto la vista y veo en sus ojos un parpadeo de diversión y sinceridad.

Nos miramos un instante, mi pulso se acelera al tenerlo tan cerca. Intento descifrar la expresión de su cara. ¿Habla en serio? ¿De verdad intenta poner orden en su vida o solo se burla de Haddie? No sabría decirlo.

—Debería volver adentro. No me queda mucho tiempo con Tanner antes de que se vaya. —Me aparto de la pared y me enderezo.

Colton da un paso hacia mí y nuestros cuerpos se rozan brevemente, lo que provoca un chispazo en mis venas. Me muerdo el labio inferior para contenerme y no apoyarme en él.

—¿Podemos vernos luego? —pregunta y con un dedo me acaricia la cara.

¿Quiere decir eso que se acabó la parada en *boxes*? ¿O es que necesita un polvo? Necesito aclararme. Lucho contra el impulso de inclinar la cara ante la sensación de su dedo en mi mejilla.

«Mantente fuerte, mantente fuerte, mantente fuerte», me repito. No sé cómo responder. ¿Qué digo?

—Mandaré a Sammy a buscarte a casa a las seis —responde por mí ante mi indeciso silencio.

Vaya, parece que me considera algo seguro. Entonces, me asalta la idea de que durante todo este tiempo lo único que buscaba era el acuerdo, pero las cosas se le fueron de las manos y usó la parada en *boxes* para volver a ponerme en mi sitio y establecer algo de distancia entre los dos.

Los consejos de Haddie me vienen a la cabeza y, mezclados con la certeza de que voy a retroceder ante esa situación, sin más explicaciones, me dan la fuerza que necesito.

—Lo siento. —Sacudo la cabeza y le evito la mirada para que no sepa

que miento—. Tengo planes.

Se tensa por mis palabras.

—¿Cómo? —pregunta en un tono forzado pero tranquilo. Se nota que el rechazo es algo nuevo para él.

—Tengo planes con Haddie —explico, con miedo a que piense que voy a salir con otra persona y él asuma que está bien si hace lo mismo.

Se me retuerce el estómago al pensarlo y me doy cuenta de que no se me dan bien estos juegos, porque me muerdo de ganas de decirle que sí y verlo esta noche. Decirle que cancelaría cualquier plan para poder verle. Luego le empujaría contra la pared y dejaría salir toda mi frustración mientras cojo todo lo que quiero de él, sin preocuparme de asustarlo ni de cruzar barreras imaginarias.

Colton suelta un gruñido de descontento.

—Solo vamos a cenar en casa —digo—, pero es importante porque últimamente nos vemos muy poco. —Deja de divagar, Rylee, o sabrá que mientes—. No puedo romper mi promesa.

Colton me levanta la barbilla con un dedo y me atraviesa con sus ojos verdes.

—No te esfuerzas demasiado —recrimina, aunque con diversión en la mirada.

Me invade la confusión, no sé de qué habla.

—¿Esforzarme en qué? —Sacudo la cabeza sin entender.

Me sonrío con arrogancia.

—En ser lo que quiero que seas. —Suelto un suspiro audible cuando me clava la mirada—. Porque, si lo intentases de verdad —explica, cerrando el juego que yo misma empecé—, esta noche estarías donde quiero que estés. Húmeda, caliente y debajo de mí.

Le sostengo la mirada mientras pienso qué decir a continuación. Me tiembla todo el cuerpo por lo que ha dicho. Me lleva un par de segundos recuperarme del comentario y, cuando lo consigo, doy un paso atrás para alejarme de él. La distancia es imprescindible cuando se trata de Colton.

—Supongo que tienes razón. —Exhalo y observo su expresión de sorpresa—. ¿Por qué iba a querer ser el perrito faldero de nadie? Lo predecible es aburrido, As. Además, por lo que tengo entendido, te aburres



con facilidad.

Se queda donde está y me mira perplejo. Paso a su lado y me coge del brazo para obligarme a girarme y mirarlo.

—¿A dónde vas? —exige.

—A ver a mi hermano —contesto, le miro la mano y luego a los ojos—. Avísame cuando consigas arreglar tus movidas.

Me libero del agarre y atravieso la puerta de la cocina sin mirar atrás. Antes de que se cierre, oigo a Colton reír y maldecir al mismo tiempo.

# Capítulo 5

## Colton

¡Caprichosa de mierda!

Me arden los pulmones. Me duelen los músculos. Piso la cinta de correr como si quisiera hacerle daño. Da igual. No importa lo fuerte que corra, sigo hecho un puto lío. No me saco a Rylee de la cabeza. Nunca.

¿Qué cojones me pasa? Yo le pedí la dichosa parada en *boxes*. Tuve la oportunidad de volver a la situación con la que estoy cómodo. Entonces, ¿por qué me siento como si fuera ella la que me deja atrás?

Malditas mujeres. Complicadas. Caprichosas. Necesarias. ¡Joder!

La música me retumba en los oídos a través de los auriculares. El ritmo intenso de Good Charlotte me anima a seguir, pero la presión del pecho no se me va. Cuando corro, cuento los pasos hasta completar noventa y nueve, y empiezo otra vez. Juro que he vuelto a empezar más de cien veces y no me ha servido de nada.

Nunca he entrado en juegos estúpidos con las mujeres y no pienso empezar ahora. Yo digo cuándo y con quién. Pongo las condiciones.

Tomo lo que quiero, cuando quiero.

Todas y cada una de mis anteriores amantes acataron mis parámetros sin siquiera pestañear. Sin hacer ni una puñetera pregunta, más allá de: «Cariño, ¿cómo me quieres esta noche? ¿De rodillas o por detrás? ¿Esposas o cuerdas? ¿Boca o coño?

Todas, excepto Rylee.

Joder, es frustrante. Primero, casi me lío a golpes con su hermano y luego ella se marcha y se niega a quedar conmigo esta noche. Sé que me desea. Mierda, lo lleva escrito por todo el cuerpo, ese cuerpo suyo tan *sexy*. Me lo dicen esos ojos tan impresionantes que me absorben y me tragan por entero. Joder, que me parta un rayo si no la deseo cada minuto de cada hora. Pero ¿qué cojones? Se marchó, me dejó ahí plantado y ni siquiera dudó cuando dijo que no podría estar conmigo esta noche.

¿No? ¿Me tomas el pelo? ¿Cuándo fue la última vez que lo escuché? Ah, ya, claro. De Rylee. Joder. Ahora solo pienso en ella. En verla, oírla, ensartarme en ella hasta que se le escape ese sonidito que hace justo antes de correrse. Es tan *sexy* que hasta resulta ridículo.

¿Me he vuelto un calzonazos? Ni de coña. Imposible.

Entonces, ¿por qué no llamo a alguien para echar un polvo rápido y sin complicaciones? ¿Por qué la idea no me resulta atractiva? Has perdido la cabeza, Donavan. Me parece que he metido la polla demasiadas veces en la olla de las locas y me ha afectado el cerebro.

Paso el dedo por la pantalla y aumento la inclinación de la cinta de correr mientras me obligo a dejar de pensar. El reproductor salta a la siguiente canción, *Desperate Measures*, pero el sarcasmo de la letra que normalmente me encanta me resulta indiferente.

¡Me cago en la puta! Nada funciona. Ni la música, la inclinación, la velocidad, ¡nada! Sigo viéndola en la bañera, con mis pelotas en la mano y esa mirada tan intensa mientras me explica cómo merece que la traten. Lo que no piensa volver a tolerar.

Es la primera vez que alguien me pone las condiciones, ¡a mí! ¿Se ha congelado el infierno y nadie me lo ha dicho? Me tenía agarrado por los huevos y lo único en lo que pensaba es en lo mucho que la deseo. En la cama, en la oficina, en la pista, en mi vida.

Y no solo para follar.

Debe de tener un coño mágico, o algo así, que logra tambalearme y engancharme sin que me dé cuenta. Solo estoy cachondo. Por eso estoy tan gilipollas. Llevo una semana sin sexo. ¡Joder! No me acuerdo de la última vez que tuve una sequía como esta.

Entonces, ¿por qué le pediste hacer una pausa el otro día, imbécil? Hoy la tendrías debajo de ti si no lo hubieras hecho. ¿Por qué eres tan bocazas?

Suelto un gruñido, frustrado por lo imbécil que soy. Y encima esta cinta de mierda no me está ayudando nada a relajarme.

No dejo de recordar aquella mañana. ¡Joder! Ya es oficial. ¿Repasando tonterías? Me he convertido en una tía. En algún momento de la semana pasada debí de perder los huevos.

Lo de repasar escenas es cosa de tías y, sin embargo, sigo acordándome de Rylee de pie en el porche. Yo intentaba hacer lo correcto, alejarla de mí para protegerla de todas las movidas que tengo en la cabeza. Quería darle la oportunidad de encontrar a alguien que la merezca, pero fui incapaz de articular las palabras adecuadas. Entonces dio un paso adelante y me besó. Me besó de forma tan sincera y segura que me dejó sin respiración. Lo único que podía hacer era sentir. Fue un momento demasiado real. Demasiado intenso. Demasiado cercano.

Vale. Me ha crecido un coño entre las piernas, ya no tengo ninguna duda.

Joder, solo con probar su sabor me di cuenta de que había pasado hambre toda la vida. Entonces asumí que tenía que alejarme de ella y de ese sentimiento extraño de necesidad que me atravesaba. La necesidad de tenerla. Protegerla. Cuidarla. Tenía que alejarme de la única cosa que sabía seguro que no quería.

Amor. El amor y todo lo que conlleva.

Pedir una parada en *boxes* fue como dar una falsa alarma. Intentar convencerme a mí mismo de que necesito espacio para volver a la situación en la que me siento cómodo. De vuelta al acuerdo. Tal vez haya usado su término para suavizar el golpe, pero lo único en que pensaba era en que, si volvíamos al punto de establecer parámetros, entonces recuperaría el control que sentía que se me escapaba. Así recuperaría la necesidad de no depender de nadie más que de mí.

Pulso un botón de la pantalla y espero a que la cinta se detenga. Me quedo ahí, con la respiración acelerada, sudando; sigo sin sentirme mejor que antes de esta hora de autocastigo que acabo de agotar. Echo un vistazo a través de la pared de cristal al taller de abajo, donde los chicos se dedican a acabar algunos ajustes del motor que decidimos ayer, y me paso la toalla por la cara y el pelo húmedo.

Me tiemblan un poco las piernas al bajar al suelo después de pasar tanto tiempo en la cinta. Me dirijo a la puerta de mi izquierda y entro en el baño

que conecta el gimnasio con la oficina. Me doy una ducha rápida, me miro en el espejo y decido pasar de afeitarme y de ponerme algún fijador en el pelo.

¿Sabrá lo jodido que estoy? ¿Tiene idea de lo capullo que puedo ser? ¿Qué cojo lo que quiero y después adiós muy buenas? Tengo que decírselo. De alguna manera. Tengo que advertirle de lo podrido que estoy por dentro.

Me estoy poniendo la camiseta cuando se me ocurre lo que necesito para dejarme de tonterías deprimentes. Entro en la oficina y voy directo al escritorio a coger el móvil para hacer algunas llamadas y ponerlo todo en marcha. Pero antes tengo que mandar un mensaje. Voy a advertirle de la única forma en que me hará caso.

Busco su nombre en el teléfono y escribo: «*Push, Matchbox Twenty*». Le doy a enviar mientras repaso la letra una y otra vez: «Quiero pensar en ti como algo seguro. Y lo haré».

—¿Qué pasa contigo?

A pesar del sonido familiar, la voz me sobresalta. Me giro y encuentro a Becks sentado en una de las sillas delante del escritorio y los pies subidos en la otra.

—Me has dado un susto de muerte —gruño y me paso una mano por el pelo—. ¡Que te jodan, Becks!

—Por la pinta que tienes, a ti sí que te hace falta un polvo, colega. No te vendría nada mal relajarte un poco —comenta divertido mientras entrecierra los ojos y me observa intentando adivinar qué me pasa.

Se me escapa un amago de risa mientras mi ritmo cardíaco se empieza a acompañar. Me dejo caer en la silla y subo los pies a la mesa, imitándole. Nos quedamos mirándonos, todos estos años como compañeros hacen que estemos cómodos en silencio mientras yo pienso qué decir y él calcula hasta dónde presionar. Al final Beckett decide romper el silencio.

—Te saldría mucho más barato buscar a alguien para desfogarte que cargarte la puta cinta, ¿sabes? —No le respondo más que con un leve asentimiento de cabeza y luego vuelvo a echar un vistazo al garaje, es una obsesión que tengo—. ¿Te vas a poner en plan imbécil y no vas a abrir la boca?

Cuando vuelvo a mirarlo, está observando a los chicos de abajo e ignora la mirada asesina que le dedico.

—¿O me vas a explicar por qué has estado tan serio toda la reunión de antes? No has soltado prenda y, básicamente, te has comportado como un capullo. Por no hablar de que has decidido ponerle fin sin haber tomado una decisión para venir a machacarte corriendo.

Despacio, vuelve a posar la vista en mí. Su ceja arqueada es claramente un interrogante y su mirada, escrutadora. Dejádselo a Becks. El único capaz de ponerme en mi sitio y al único al que le permito hacerlo. El único que me conoce lo bastante para saber que estoy cabreado y para preguntarme qué coño me pasa en nuestro particular lenguaje de tíos.

—No es nada. —Me encojo de hombros.

Casi se atraganta al soltar una carcajada, y sacude la cabeza.

—Ya, claro, lo que tú digas. —Se levanta de la silla sin dejar de mirarme —. Puesto que estás tan hablador, mejor me marchó.

A la mierda. Antes de que llegue a la puerta, me meto la cartera en el bolsillo, cojo el teléfono y le alcanzo de una zancada.

—Vámonos —refunfuño entre dientes al pasar a su lado y sin necesidad de girarme para saber que me sigue. Efectivamente, le oigo reírse detrás de mí. Esa sonrisa que dice: «efectivamente, tenía razón».

\*\*\*

Le hago el gesto universal para pedir otra ronda a la camarera con el nombre «Connie» grabado en una placa. Si lo único que va a hacer es quedarse mirando, que al menos haga algo para ganarse el espectáculo gratuito. Joder. El alcohol empieza a hacerme efecto y por fin me relajo un poco. No estoy lo bastante borracho como para perder el mal humor, pero algo es algo.

Connie contonea las caderas al traernos las bebidas. Se inclina para dejarlas sobre la mesa y se asegura de dejar el escote a la vista. No hay duda de que está buena de todas las formas posibles. Sin duda me la tiraría; en otro momento y otro lugar, tal vez. Me ahorro el comentario de listillo sobre cómo su escote ha crecido y su falda ha encogido en el intervalo de tiempo que va desde que pedimos las bebidas hasta que vino a servir las.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes, caballeros? —Pregunta en un tono de lo más sugerente mientras se pasa la lengua por los labios.

—Gracias, estamos bien —responde Beckett, inexpresivo, sacudiendo la cabeza y poniendo fin a su intento de flirteo. Ya está acostumbrado a estas gilipolleces y es un santo por aguantar todos estos años a su manera sutil y pensativa.

Me llega un mensaje y cojo la botella nueva mientras lo leo.

—Smitty se apunta —le digo. Debería estar contento de que Smitty venga a Las Vegas con nosotros. Hemos pasado muchas noches de desenfreno en el pasado. Seguro que me ayuda a mejorar este humor de mierda.

Si me hace tanta ilusión, ¿por qué me decepciona que el nombre que aparece en la pantalla no sea el de Rylee?

—De puta madre. Casi toda la pandilla —comenta Beckett, mientras se deja caer sobre el respaldo de la silla y da un trago a la cerveza. Siento cómo me mira, esperando pacientemente a que hable.

Me inclino hacia adelante y apoyo la cabeza en las manos un momento, intento dejar de pensar en lo mismo. Puñetera Rylee.

—¿Me vas a contar qué coño hacemos aquí, a las seis de la tarde de un viernes? ¿Quién te tiene así de jodido?

Sacudo la cabeza mientras con la uña arranco la etiqueta del botellín de cerveza.

—Puñetera Rylee —mascullo entre dientes, consciente de que acabo de abrir la caja de Pandora al admitirlo.

—¿No me digas? —reflexiona.

Levanto la cabeza despacio y lo miro a los ojos, sorprendido de que no haga ningún comentario burlón como sería lo normal en él. Me observa por encima de la botella mientras bebe otro trago y asiento.

—¿Qué cojones le has hecho?

—Gracias por el voto de confianza, Becks. —Me río—. ¿Por qué tendría que haber hecho algo?

Me mira como si fuese lo más obvio del mundo.

—A ver...

—Nada. Absolutamente nada, joder —espeto y bebo un chupito de un trago para esconder el hecho de que le estoy mintiendo a mi mejor amigo—. Es frustrante.

—Menuda novedad. Hablamos de una mujer, ¿no?

—Ya lo sé. Se me ha metido en la cabeza y se está haciendo la difícil. Eso es todo. —Suspiro y me vuelvo a apoyar en el respaldo para mirarlo a los ojos.

—¿Te dijo que no? —Se atraganta de la sorpresa—. Te dijo que no, ¿de verdad? ¿Me tomas el pelo?

—No. —Le hago un gesto a Connie para pedir otra ronda.

—Joder, Wood. Venga, nos vamos a la ciudad del pecado en un par de horas. Seguro que encuentras alguna tía con culo cojonudo que te ayude a pasar la noche y olvidarte de ella. O, ya que estamos, a un par. —Se encoge de hombros y esboza una ligera sonrisa—. Puesto que lo único que haces con Rylee es follar, ¿no? Te la tiras y ya está, sin ninguna relación ni compromiso que romper. Ningún coño mágico que te tenga idiotizado.

Sé que intenta buscarme las cosquillas. Provocar una reacción que evidencie en qué punto estoy con Ry, pero por alguna razón no pico. Será el alcohol que llevo en el cuerpo. En vez de eso, me encojo de hombros para darle la razón en lo de buscar a alguien con quien pasar la noche, aunque en realidad no me apetece. Nada. ¿Y por qué cojones me molesta el comentario de que solo me la estoy tirando? Estamos hablando de Beckett. Mi mejor amigo, mi hermano a todos los efectos, el hombre con el que hablo de todo, absolutamente todo. Entonces, ¿por qué me molesta ese comentario tan espontáneo?

Es como si Rylee me tuviese agarrado por los huevos.

Joder.

—Tiene una amiga que está buena.

Becks me mira como si tuviera dos cabezas.

—¿Perdona? No te sigo.

—A ver, podemos pasarnos por su casa de camino al aeropuerto y recogerlas a las dos —pronuncio las palabras antes de que siquiera me dé tiempo a pensarlas.

Beckett se atraganta con la cerveza y empieza a toser. Me mira estupefacto. Al parecer sí que me ha crecido una segunda cabeza.

Lo ignoro y me concentro en la etiqueta de la cerveza. ¿A qué coño ha venido eso? ¿Llevar a Rylee a Las Vegas conmigo? ¿El único lugar donde



podría olvidarme de ella? El lugar perfecto para enterrar el dolor en placer. Llevar a una chica a Las Vegas es como llevar a tu mujer a la casa de tu amante. Por eso no lo he hecho nunca. Ni siquiera me lo había planteado. Lo he evitado a toda cosa. Mis compañeras, amigas, lo que sean, siempre se quedan en casa. Ni siquiera saben que me voy. Sin excepciones. Entonces ¿por qué cojones lo he sugerido? Y lo más importante, ¿por qué me apetece que venga más que ninguna otra cosa?

Habré perdido la cabeza. Joder, maldito coño mágico.

—Hostia puta —deja escapar Beckett—. Nunca creí que viviría para ver a Colton Donovan decir algo así. —Suelta un silbido y soy capaz de escuchar como las piezas encajan dentro de su cabeza—. Folláis a pelo, ¿verdad?

Levanto la vista de golpe por el comentario. En el lenguaje universal masculino significa que sales con una sola mujer. Cuando hay algo más que sexo sin compromiso. Cuando follas a pelo porque confías totalmente en la otra persona.

Para ser un calzonazos.

Ninguno de los dos lo habíamos hecho nunca. Jamás. Una especie de solidaridad silenciosa que había entre nosotros. Ninguno, hasta ahora.

—¡Joder! —Se levanta de un salto—. ¡Es verdad, lo hacéis, cabronazo!

—Cierra la boca, Beckett —gruño, me termino el resto de la cerveza y levanto el vaso de chupito vacío para enseñárselo a Connie, que no se ha alejado más de metro y medio sin dejar de mirarnos. Beckett me mira en silencio hasta que llega la nueva ronda de chupitos. Le devuelvo la mirada un rato más y dejo que el comentario se asiente para empezar a sentirme cómodo con la idea, entonces lo entiendo.

Joder, quiero que Ry venga con nosotros. ¿Qué coño significa eso? Me bebo el chupito, siseo cuando me quema la garganta y me froto la cara con la mano cuando se me adormecen los labios. Beckett me sigue mirando como si fuese un mono de circo. No tengo duda de que se está mordiendo la lengua para no burlarse de mí y soltar las gilipolleces que le reconcomen por dentro.

Se lleva una mano a la oreja y se inclina sobre la mesa.

—Perdona, no te he oído bien. ¿Qué es lo que has dicho?

Soy incapaz de contener la sonrisa que se me forma en los labios. Para Beckett, esto es portarse bien, así que le agradezco que se contenga ante mi evidente incomodidad.

—¡A la mierda! —dice mientras cambia de postura en la silla para seguir mirándome un rato más con cara de asombro. Echa un vistazo al reloj—. Bueno, si queremos salir a tiempo, será mejor que nos vayamos, casanova.

—¿Es todo lo que vas a decir? —pregunto incrédulo.

—¡Ni siquiera he empezado, Wood! Todavía lo estoy procesando, ¡el infierno no se congela todos los días!

A mí me vale. Si me puedo librar solo con lo que ha dicho hasta ahora, me parece bien. Asiento con la cabeza y tecleo algo en el móvil.

—Le digo a Sammy que venga a buscarnos —explico. La música de fondo del bar suena y me río al reconocer la canción. Por supuesto que es Pink. Rylee y su puñetera Pink. Le mando el mensaje a Sammy y luego la busco en la agenda. Antes de darme cuenta, le he mandado otro mensaje a ella.

Si he llegado hasta aquí, ¿por qué no seguir hasta el final?

## Capítulo 6

—¿De verdad le dijiste eso? —me pregunta Haddie incrédula y con una expresión de lo más exagerada y divertida.

—¡Te lo juro! —exclamo y levanto la mano formalizando el juramento.

Bajo la vista al teléfono cuando me llega un mensaje. Es de Colton: «*Get this Party Started, Pink*». Haddie no se da cuenta de la cara rara que pongo al leerlo porque está concentrada en limarse las uñas. ¿Qué cojones? Primero el mensaje con la canción de Matchbox Twenty, que me dejó de piedra, ¿y ahora esto? Está fuera de lugar y es confuso.

—¡Joder, me encantaría haberle visto la cara cuando lo dejaste plantado!

—Lo sé. —Me río—. Me sentó muy bien ser yo la que lo dejase flipado por una vez.

—¡Lo ves, te lo dije! —afirma y me da un golpe suave en la rodilla.

—Bueno, aparte del festival de testosterona de Colton, ¿lo pasaste bien con Tanner?

—Sí —Sonrío con dulzura—. Me encantó verlo. No me daba cuenta de lo mucho que lo echaba de menos hasta que...

Un golpe en la puerta me interrumpe. Miro a Haddie y con un gesto le pregunto quién puede ser a las siete de la tarde de un viernes.

—Ni idea. —Se encoge de hombros y se levanta a abrir la puerta; yo tengo un montón de papeles del trabajo esparcidos en el regazo y otros tantos en el sofá a mi lado.

Momentos después escucho risas y voces y Haddie grita:

—¡Pero a quién tenemos aquí!

Con curiosidad, empiezo a recoger los papeles cuando Haddie entra en la sala de estar con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mira quién ha venido a verte —me dice con una mirada cómplice.

Antes de que me dé tiempo a preguntar quién es, Colton entra disparado en la habitación tambaleándose de una manera muy poco digna y con Beckett muerto de risa a la espalda. Le pasa algo raro y no sé muy bien qué es hasta que me mira. Esboza una sonrisa de atontado que no casa mucho con la intensidad de sus rasgos. Por suerte, he recogido todos los papeles porque se deja caer en el sofá justo a mi lado sin miramientos.

—¡Rylee! —exclama entusiasmado, como si llevase semanas sin verme.

Estira la mano, sus dedos ásperos me rozan la piel, me agarra y tira de mí para sentarme en su regazo. Lo único que consigo hacer es reírme al darme cuenta de que Don siempre guay y bajo control está un tanto borracho. No, va camino de estar bastante borracho. Antes de poder reaccionar a su repentina aparición, sus labios están sobre los míos.

Al principio me resisto, pero cuando su lengua entra en mi boca y pruebo su sabor, estoy perdida. Se me escapa un gemido de conformidad y rozo mi lengua con la suya. Solo han pasado unos días, pero, joder, cómo echaba esto de menos. Como lo echaba de menos. Me olvido de las demás personas de la habitación cuando Colton enreda la mano en mi pelo y toma el control, sujetándome para que no pueda hacer nada más que reaccionar. Solo puedo absorber la sensación de su cuerpo contra el mío. Sabe a cerveza y a menta y es todo lo que quiero. Todo lo que anhelo, lo que necesito. Arqueo la espalda para presionar el pecho contra el suyo y se me erizan los pezones al chocar con la firmeza de su torso. Colton devora el gemido de placer que se me escapa cuando siento el roce de su excitación a través de la fina tela del pantalón del pijama.

—¿Os dejamos solos? —pregunta Haddie y después se aclara la garganta en voz alta, lo que me devuelve a la realidad.

Separo la cabeza ligeramente de Colton, pero me sigue agarrando con fuerza del pelo, con mis rizos como prisioneros. Apoya la frente en la mía y los dos respiramos con dificultad para recuperar el aliento.

Un momento después, deja caer la cabeza sobre el respaldo del sofá, suelta una carcajada que hace que le tiemble todo el cuerpo y exclama:

—¡Joder, lo necesitaba!

Me levanto de su regazo, consciente de pronto de que llevo puesta una camiseta de tirantes muy fina que me transparenta los pezones erizados y Beckett, a quien solo he visto una vez, está sentado delante de nosotros y nos observa con intensidad en silencio, pero con expresión divertida. Me dispongo a cruzar los brazos sobre el pecho, pero Colton me agarra por detrás y tira de mí para volver a sentarme sobre él.

—¡Oye! —grito.

—¡Ya lo sé! —exclama divertido—. Habilidoso sinvergüenza.

¿Qué? Cambio de posición para mirarlo a la cara.

—¿Perdón?

Se ríe con una risa tan infantil y despreocupada, tan en contraste con la intensidad que emana de él, que me derrito por dentro al oírla.

—As —afirma convencido—, significa astro sinvergüenza.

Vuelve a estallar en carcajadas y soy incapaz de no reírme con él.

—Claro que no.

Antes de que pueda decir nada más, Beckett me interrumpe.

—Vas peor de lo que pensaba. «Habilidoso» se escribe con «h», capullo. ¿La ortografía no es lo tuyo?

Colton le dedica un corte de mangas y vuelve a soltar esa risa infantil.

—Lo que tú digas, Becks. ¡Sabes que me quieres! —dice mientras me acerca otra vez a él—. Volvamos al asunto —anuncia en voz alta—. Os venís con nosotros.

Haddie levanta las cejas, divertida ante mi cara de confusión total.

—¡Colton, suéltame! —espero entre risas, intentando liberarme de su agarre de oso. Me sujeta con más fuerza como si nada y apoya la barbilla en mi hombro.

—¡No! No hasta que aceptes venir con nosotros. Haddie y tú os vais a hacer un viajecillo con Beckett y conmigo.

Me empiezo a reír otra vez, entonces con la mano libre Colton me agarra un pecho por encima de la camiseta y me acaricia el pezón con el pulgar. Contengo el aliento y me sonrojo avergonzada.

—Nena. —Me provoca y su aliento me hace cosquillas en la mejilla—. Cuanto más te resistas, más pienso tocarte. —Me da un mordisco en el hueco entre el hombro y el cuello, siento su erección bajo el regazo—. Así que, por

favor —suplica—, por favor, resístete.

Pongo los ojos en blanco a pesar del latigazo de deseo que me atraviesa al escuchar su voz de sexo y rompo a reír. Haddie y Beckett se unen a mí. El Colton borracho es de lo más juguetón, y me encanta.

—Típico de los tíos —bromeo—. Siempre pensando con lo que tienen entre las piernas.

Me aprieta más contra él, con un brazo me rodea los hombros y con el otro el pecho.

—Pues, entonces, que no te preocupe estrujarme el cerebro —murmura con un tono bajo y seductor en mi oído que me hace reír por la idiotez de la frase, aunque también por lo sugerente.

—¡Moved el culo, preciosas, a prepararse! —ordena de pronto, rompiendo la conexión entre nosotros y haciendo que me levante con él pegado a mi culo.

—¿Qué dices? —pregunto, al mismo tiempo que salta Haddie:

—¿A dónde vamos?

Beckett se ríe con ganas ante la disposición de Haddie y se acerca una botella de cerveza a los labios.

—¡Eh! —grita Colton—. No te bebas mi cerveza o te mato.

—Relájate, Wood —bromea—. Te dejaste la tuya en la mesa de la entrada.

—¡Mierda! —refunfuña—. Necesito una cerveza y que las mujeres se pongan en marcha. ¡El tiempo es oro!

—¿De qué narices hablas? —Me giro hacia él con los brazos cruzados sobre el pecho.

Me mira y, despacio, esboza una sonrisa llena de picardía.

—¡Las Vegas, nena!

Ya comprendo el mensaje misterioso.

—¿Qué? —gritamos Haddie y yo al unísono, aunque de formas totalmente distintas. Ni de coña voy a marcharme a Las Vegas ahora. ¿Nos hemos vuelto locos?

Colton levanta el teléfono y se muerde el labio al tratar de concentrarse en la pantalla, intenta discernir qué hora es en su actual estado de embriaguez.

—Volveremos por la mañana, pero despegamos en una hora, Rylee, ¡así que será mejor que muevas ese culito tuyo!

¿Cómo? ¿Vamos en avión? ¿En qué estoy pensando? Yo no voy a ninguna parte.

—¡No puedes hablar en serio!

Se levanta del sofá y se tambalea un poco antes de recuperar el control. Me clava la mirada, tiene un mechón de pelo rebelde en la frente y la camisa por fuera en el lado derecho.

—¿Tengo que cargarte al hombro y arrastrarte al dormitorio para que veas que voy en serio, encanto?

Miro a Beckett en busca de ayuda. Se encoge de hombros y se ríe en silencio ante nuestras bromas.

—Yo me rendiría, Rylee —dice arrastrando las palabras y me guiña un ojo—. Cuando está así no hay quien lo pare. Te sugiero que vayas a cambiarte.

Abro la boca para decir algo, pero no me salen las palabras. Miro a Haddie a quien los ojos le brillan de emoción.

—Venga, Ry —me anima—. No te vendrá mal un descanso con todo lo que se te viene encima mañana. —Se encoge de hombros—. Diviértete un poco y olvídate de todo. —Asiento con la cabeza y ensancha la sonrisa. Suelta un chillido de celebración—. ¡Nos vamos a Las Vegas, nena!

Beckett se levanta y pregunta por el baño. Haddie se ofrece a enseñarle el camino y luego se dispone a prepararse. Me giro a mirar a Colton, que me pillá por sorpresa cuando me agarra y me carga sobre el hombro. Me da un azote mientras me lleva por el pasillo, más vacilante de lo que me gustaría.

—¡Colton, para! —grito mientras le devuelvo los azotes.

La única respuesta que recibo es su risa.

—¿Cuál es tu habitación? —Me retuerzo cuando me hace cosquillas en los pies—. ¡Dímelo, mujer, o tendré que torturarte para averiguarlo!

Definitivamente me gusta el Colton borracho y desenfadado.

—La última puerta a la derecha.

Grito mientras me sigue haciendo cosquillas, antes de que me tire sobre la cama sin ningún miramiento. Me he quedado sin aliento de tanto reír y, sin darme tiempo a hablar, Colton se tumba sobre mí. La sensación de tener el

peso de su cuerpo contra el mío, presionándome íntimamente, hace que se tambalee mi determinación. Adiós a guardar las distancias. Esa carta ha volado en el momento en que entró tambaleándose en mi sala de estar con esa sonrisa juguetona y cautivadora.

Sus labios asaltan los míos y su lengua entra en mi boca. Deslizo las manos por debajo del dobladillo de su camiseta y acaricio los músculos de su espalda. El beso está lleno de avidez, miedo y pasión, soy consciente de que estoy perdida. Por él. Sus manos vagan por mi cuerpo y recorren cada centímetro de piel que pueden encontrar, como si necesitase conectar conmigo para asegurarse de que todo va bien entre nosotros. Como si estar unidos fuese una forma de confirmarle que lo que sea que hay entre nosotros sigue ahí.

Me quedo de piedra cuando alguien golpea el marco de la puerta con los nudillos.

—Venga, casanova. —Beckett se ríe incómodo—. Contrólate. Dejadlo para después, ahora tenemos que coger un avión.

Colton rueda sobre la cama lejos de mí, gruñe al recolocarse la erección en los pantalones.

—¡Eres un cortarrollos, Becks!

—¡Por eso me quieres, colega! —Se ríe y se marcha por el pasillo, dejándome algo de privacidad para arreglarme.

Colton pone las manos bajo la nuca y cruza los pies a la altura de los tobillos mientras yo me levanto de la cama.

—Joder, estás muy *sexy* ahora mismo —murmura sin apartar la mirada de mis pezones, que se transparentan a través de la fina camiseta de algodón.

—Lo estará todavía más en unos veinte minutos, Donavan, si te largas de una vez y nos dejas ponernos manos a la obra —comenta Haddie en tono desenfadado al entrar en mi habitación con un puñado de vestidos escasos de tela para que me los pruebe.

—Vale, vale —dice Colton y se levanta del colchón—. Me ha quedado claro. ¿Beckett? —grita mientras cruza el pasillo—. ¡Hora de otra cerveza!

\*\*\*



Distraída, juego con un mechón de pelo rebelde de Colton y lo observo mientras duerme apoyado en mi regazo. Acaba de quedarse dormido y muevo la cabeza sonriendo al ver la paz de su cara. Todavía no he procesado del todo lo que ha pasado. Vuelvo a sonreír y rememoro la cara de Colton cuando Haddie y yo entramos en el salón con nuestros despampanantes modelitos de Las Vegas. La botella de cerveza que se estaba llevando a la boca quedó suspendida a medio camino cuando me vio. Me recorrió todo el cuerpo con la mirada sin ninguna prisa y una sonrisa diminuta le bailó en los labios antes de encontrarse con mis ojos. Lo que vi en su mirada fue todo lo que necesitaba oír de sus labios y no había escuchado en los últimos dos días.

Deseo. Necesidad. Ansia.

Cuando Colton mencionó lo de volar, no me imaginaba que se refería a hacerlo en un jet privado que nos esperaba en el aeropuerto municipal de Santa Monica. Haddie y yo nos miramos alucinadas y sorprendidas por la ostentación. Cuando embarcamos, además de Sammy que estaba sentado en silencio en la parte trasera del avión, había una azafata dispuesta a ofrecernos cualquier cosa que quisiésemos beber o comer. Mientras que Haddie, Beckett y yo aceptamos la invitación a una bebida, Colton lo rechazó todo y se recostó en el sofá a mi lado, apoyó la cabeza en mi regazo y declaró que necesitaba una siesta rápida para estar listo para esta noche.

Sacudo la cabeza al recordar lo que ha pasado hace unos minutos y contengo una sonrisa al ver a Haddie y a Beckett en medio de una animada conversación frente a mí. Haddie se ha quitado los tacones y está sentada sobre los pies. Beckett se sienta con sus largas piernas estiradas hacia delante y con dedos distraídos dibuja líneas en la condensación de la botella. Es bastante guapo, aunque de una forma poco común. Lo observo, sin duda tiene un atractivo especial, más allá de su aspecto. Tiene el pelo rubio rojizo bastante corto y peinado con gomina. Sus ojos azules son claros como el cristal, los enmarcan unas espesas pestañas. Son de esos ojos que lo observan todo en silencio y de forma reservada. Sus hombros son anchos y su cuerpo delgado, igual que Colton.

Lo miro fijamente, el mejor amigo de mi amante, hay muchas cosas que me gustaría preguntarle sobre Colton. Muchas cosas que seguro él me podría ayudar a aclarar, pero sé que jamás traicionaría a su amigo.

No sé si por casualidad o por sentir el peso de mi mirada, Beckett levanta la vista y se encuentra con mis ojos, quedándose a media frase en su conversación con Haddie. Ladea la cabeza y retuerce los labios como si estuviera intentado decidir si decir algo o no.

—Sabes por qué estamos aquí, por qué Wood se emborrachó esta noche, ¿verdad? —Se le escapa el acento sureño cuando baja la vista y niega con la cabeza al observar a su amigo antes de volver a mirarme.

—No —contesto.

Beckett se inclina hacia adelante, apoya los codos en la rodilla y me mira directamente a los ojos.

—Porque le dijiste que no. —Sacude la cabeza y esboza una sonrisa—. Y nadie, aparte de mí, le dice que no.

—Qué tontería —respondo y miro a Haddie, que arquea las cejas ante el giro que ha dado la conversación y luce una sonrisa de satisfacción. Comprendo lo que Beckett me está diciendo: soy la primera mujer que le dice a Colton que no. La primera que no acepta gustosa todo lo que le pide. Miro a Colton de reojo y vuelvo a centrarme en Beckett—. Seguro que alguna de sus muchas amigas le habrá dicho que no al menos una vez.

Cavila un momento en silencio antes de responder.

—No que yo sepa —dice y se lleva la botella a los labios—, y, si lo han hecho, nunca he visto que le importase así. —Vuelve a apoyarse en el respaldo y a estirar las piernas e intento descifrar el significado de su mirada—. Ha vuelto de la comida totalmente encabronado. Me he sentido mal de verdad por la gente con la que nos reunimos después. —Sonríe al recordarlo—. Luego, lo siguiente que sé es que se ha puesto a correr en la cinta hasta el agotamiento para liberar la frustración, me ha arrastrado al bar para desahogarse y ha empezado a llamar a los chicos. A hacer planes. Decirles que a las diez estaremos en Las Vegas, que muevan el culo y que nos vemos donde siempre.

¿Donde siempre?

—¿Hacéis esto a menudo?

—Cada par de meses, más o menos. —Se encoge de hombros para restarle importancia—. La cosa es, Rylee, que nunca, jamás, no importa con quién esté, le he visto traer con nosotros a la mujer con la que sale, o lo que sea que haga. —Me apunta con la botella—. Deberías pensar en ello.

Me sostiene la mirada hasta que se asegura de que lo he entendido. Hay algo diferente entre Colton y yo que no había visto antes. Asiento con la cabeza. Se inclina de nuevo hacia adelante.

—Hace mucho que lo conozco, Rylee. Sé que puede ser un capullo y un cabezota, pero es un buen tío. Muy bueno. —Percibo la sinceridad en su voz y el cariño que siente por Colton. Mira a su amigo que duerme como un bebé y de nuevo a mí—. Seguramente no siempre hará las cosas bien, a veces ni siquiera sabrá cómo, pero suele tener buenas intenciones. —Como no digo nada asiente y continúa—: Te cuento esto porque le importas. Más de lo que está dispuesto a admitir, más de lo que se ha dado cuenta todavía, pero es importante que lo sepas, porque si él te importa de verdad, como creo que lo hace, más allá del reconocimiento que supone estar con él, sino por quien es, entonces tienes que oírlo. ¡Joder! —maldice, se pasa la mano por la mandíbula y se echa hacia atrás sacudiendo la cabeza—. Debo de estar borracho si te cuento esto. Joder. —Suspira—. Me mataría si supiera lo que te he dicho.

—Gracias —digo en apenas un murmullo mientras intento digerirlo todo. Son las cosas que quería preguntarle pero me daba miedo hacerlo. Intento procesar lo que me ha confesado. Quiero mantener a raya la esperanza y las posibilidades que florecen dentro de mí. Le importo lo suficiente como para que su mejor amigo haya notado la diferencia. Pero debo recordar que, a menos que Colton lo reconozca, estos sentimientos aún no significan nada.

Haddie me mira y sonrío, consciente de lo mucho que necesitaba oír las palabras de Beckett; algo que justificase todo lo que siento por Colton.

Él le da las gracias a la azafata cuando le sirve otra cerveza.

—Si ya he llegado hasta aquí, mejor seguir —farfulla para sí con una sonrisa avergonzada. Colton se mueve y se da la vuelta hacia mí, acurruca la cabeza en mi abdomen y me dan ganas de inclinarme para besarlo—. Intentar controlar a Colton es como tratar de atrapar el viento. No te molestes. —Sacude la cabeza—. La va a cagar, Rylee. Va a cometer un montón de errores y decir una cantidad enorme de gilipolleces porque no sabe cómo hacer las cosas más allá de como las ha hecho siempre.

Da un trago a la cerveza y suspira.

—Nunca lo admitirá. Y, a no ser que seas una de las pocas personas lo bastante cercanas a él, no te darás cuenta de que vive atormentado por la

oscuridad de su pasado. Para ser capaz de aceptar que entre vosotros hay algo más que un simple acuerdo, y, viendo que estás aquí, lo hay, probablemente te arrastre con él a esa oscuridad. —Cambia de posición en el asiento sin dejar de mirarme a los ojos—. Cuando eso pase, va a necesitar más que nunca que seas su salvavidas. Estará tan consumido y obsesionado con impedir que su pasado afecte a su futuro que necesitarás toda tu fuerza para mantenerlo a flote.

Me sostiene la mirada un minuto más y vuelve a dejarse caer en el asiento con una tímida sonrisa.

—Lo quiero muchísimo, Rylee, pero a veces lo mataría. —Se encoge de hombros—. Así es Colton.

Levanto la vista hacia Beckett y sonrío, es mi forma silenciosa de mostrar mi conformidad con todo lo que ha dicho.

—Empiezo a entenderlo —murmuro.

La azafata vuelve a rellenar nuestras bebidas una última vez y nos informa de que pronto aterrizaremos en Las Vegas. Miro a Colton y siento el calor que crece dentro de mí al darme cuenta de lo mucho que me importa, de lo mucho que he llegado a quererle. Sí, lo quiero. Sacudo la cabeza y me encuentro con la mirada de Haddie, sus ojos están llenos de felicidad por mí.

## Capítulo 7

**H**an pasado años desde la última vez que vine a Las Vegas y me cuesta creer lo mucho que ha cambiado la ciudad del pecado desde entonces. Han construido nuevos hoteles para sustituir a los que han demolido. Los más antiguos los han renovado y acicalado para que estén a la altura de los nuevos.

Me muero por tener un momento a solas con Haddie. Desde que empezó toda esta aventura no hemos tenido ninguno y quiero me que aconseje sobre cómo actuar tras la revelación de Beckett. Tuvimos un instante en el avión mientras nos refrescábamos en el baño, pero no lo suficiente como para tener una conversación de verdad sobre los eventos de la noche.

Las luces y el ruido nos rodean y nos asaltan los sentidos en cuanto bajamos de la limusina. Sammy le dirige un discreto asentimiento de cabeza a Colton y dirige el paso mientras subimos las escaleras que llevan a la entrada del hotel Venetian. Poco después entramos en el restaurante TAO que se encuentra en su interior. Colton coloca la mano en la parte baja de mi espalda y me doy cuenta de que Beckett hace lo mismo con Haddie. Me pregunto si solo está siendo un caballero o si hay algo más. Interesante.

La gente se nos queda mirando y aquellos que se juntan los viernes por la noche con la esperanza de ver a algún famoso murmuran el nombre de Colton. Nos rodean los flashes de las cámaras y levanto la vista para ver cómo reacciona. Es todo sonrisas con la gente, pero cuando me mira, su mirada es más cálida que la que utiliza como imagen pública. La siesta le ha ayudado a bajar un poco la borrachera, pero el Colton jugueteón sigue ahí listo para salir.

Rodeamos la cola de personas que espera para entrar. Al acercarnos a la recepción, una mujer se acerca a nosotros y por señas nos indica que la sigamos. Qué bonita es la vida cuando eres Colton Donovan. Sin colas y con todas las mujeres a tu disposición.

Colton me lleva de la mano mientras pasamos junto al enorme Buda de camino a nuestra mesa privada. Las cabezas se giran y los flashes estallan a nuestro alrededor iluminando la tenue atmósfera de la sala. Escucho el nombre de Colton entre susurros un par de veces más hasta que se para y se gira a mirarme.

Lo miro confundida cuando da un paso hacia mí y, por sorpresa, atrapa mi boca con la suya. Al principio me quedo paralizada, estamos en el centro de un restaurante de lo más chic y rodeados de gente, pero Colton profundiza el beso, con los dedos me acaricia la cara y me sujeta la cabeza, y yo me dejo llevar. Su sabor y el magnetismo que ejerce sobre mí me resultan irresistibles.

El ruido de los clientes del restaurante se desvanece. Colton me besa como si estuviese a punto de exhalar su último aliento y yo fuese una bocanada de aire. Es apasionado, posesivo y excitante. Joder, es tan adictivo que me supera y me hace perder el control. Vuelvo a la realidad cuando se empiezan a oír los gritos y silbidos de los espectadores.

La multitud que nos rodea se va haciendo más ruidosa cuando empiezan a animar nuestra demostración pública de afecto. Colton sigue con las manos en mi cara, pero se separa de mis labios. Me mira con verdadera lujuria, pero la sonrisa que me dedica es arrogante y traviesa. Apenas puedo pensar, lo único que se me viene a la cabeza es «guau», pero me ha dejado sin aliento de tal manera que ni siquiera puedo articular esa mísera palabra. Lo miro interrogante.

Ladea la cabeza y un flash le ilumina el verde de los ojos.

—Ryles, si van a mirar, ¡al menos démosles un buen espectáculo!

Mueve las cejas y me da un casto beso en los labios, luego me coge de la mano y seguimos a la recepcionista que espera a nuestra izquierda. La cara de estupefacción de la mujer refleja exactamente cómo me siento.

El Colton juguetón ha vuelto.

Los vítores nos persiguen desde la sala principal hasta nuestro comedor privado, donde por fin capto el aturdimiento en la expresión de Haddie. La

miro, me encojo de hombros y me sonrío, con los ojos abiertos como platos y los hoyuelos marcados en las mejillas.

Buscamos nuestra mesa y Colton me atrae hacia sus brazos antes de que pueda sentarme en la silla que ha separado para mí.

—Todavía no te he dicho lo deslumbrante que estás esta noche —me susurra al oído—. Y ahora todos los hombres de este restaurante saben que eres mía —afirma, en caso de que la exhibición de antes no fuera suficiente. Presiona los labios en ese lugar exacto justo bajo mi oreja—. No puedes estar más *sexy* con ese vestido, pero debo confesar que lo único en lo que pienso es en quitártelo. —Ríe, un sonido tan seductor que se me aferra a las entrañas y hace que sienta una punzada de deseo en la parte baja del estómago—. Gracias por venir esta noche, Ryles.

La cena es deliciosa y de lo más tranquila comparada con el remolino del último par de horas. La conversación fluye con facilidad entre los cuatro y entiendo por qué a Colton le cae bien Beckett: es divertido, ingenioso y tiene los pies en la tierra. Además, no se lo piensa dos veces a la hora de poner a Colton en su sitio. Se toman el pelo igual que dos ancianas, pero el afecto que sienten el uno por el otro es evidente.

Sammy se sienta en una mesa cercana y nos observa con cautela todo el tiempo. Ha evitado un par de veces que nos interrumpiesen mujeres que venían buscando una foto con Colton, o algo más.

Me sorprende a mí misma mirándole de vez en cuando durante la cena. Su carisma y entusiasmo son contagiosos y me encanta ver cómo se le ilumina la cara cuando nos cuenta alguna historia o anécdota. Es amable y atento con todos durante la cena, se asegura de que nos sintamos a gusto. Me roba algún beso rápido aquí y allá al mismo tiempo que me aprieta la mano o me acaricia el hombro desnudo con la yema de los dedos. Me pregunto si es consciente de cómo me hace arder por dentro con estas demostraciones de cariño casuales.

Doy un último sorbo de mi Tom Collins y me noto ligeramente achispada cuando a Colton le llega un mensaje.

—¿Tienes una cita, As? —le tomo el pelo con una sonrisa.

Levanta la vista del móvil hacia mí al mismo tiempo que a Haddie se le escapa una risotada al oír el apodo. Colton levanta las cejas y esboza esa sonrisa traviesa que tanto adoro. Mientras me mira, capto el momento exacto

en que se le enciende la bombilla y se da cuenta de por qué Haddie se ríe.

—Tú —dice hacia el otro lado de la mesa y la señala con el dedo.

—¿Yo? —pregunta esquivando mientras da un sorbo de su vaso con la pajita.

—Tú sabes qué significa «as» —afirma entusiasmado mientras claramente le da vueltas a cómo debe jugar sus cartas.

—¿Por qué piensas eso? —Haddie sacude las pestañas con fingida inocencia.

—Escúpelo, Montgomery —exige divertido. Haddie me mira y sonrío, pero no dice nada—. ¿Qué quieres a cambio?

—Verás —le responde con su voz más provocativa—, hay algunas cosas que podrían hacerme cantar. —Respira despacio, se lame el labio inferior y hace una pausa—. A Ry y a mí nos gusta pasarlo bien las dos solas —dice, sensual, y lo mira de arriba abajo. La mirada de Colton es una mezcla de desconcierto total y, siendo el hombre que es, de pura lujuria. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no estallar en carcajadas—. Si quieres que hable, puedes unirme a nosotras —sugiere—, y jugar un poco.

Colton traga saliva y alterna la mirada entre las dos, luego esboza una sonrisa lasciva.

—Muy convincente, Haddie. Pero, por mucho que mi polla disfrute con la idea, no voy a picar, encanto —responde, y Beckett rompe a reír.

—Joder, Haddie. —Sacude la cabeza—. ¡Por un momento me has engañado!

Todos nos reímos y Haddie le tira la servilleta, luego se gira hacia mí con una sonrisa.

—Nunca lo adivinará.

—«Atractivo y seductor» —prueba Colton, luego se sopla los nudillos y los frota contra el pecho.

—No. —Le sonrío mientras jugueteo con la pajita de mi bebida.

—Más bien «arrogante y sinvergüenza» se burla Beckett.

—No —repito, respuesta estándar.

—¡Salvadas por la campana! —exclama Colton cuando el camarero deja los postres, auténticas creaciones de chocolate, en la mesa.

Disfrutamos del postre y las bromas continúan, pero da igual a dónde



mire, al final siempre acabo con los ojos fijos en Colton. Levanta la mirada mientras me dedico a admirar sus rasgos endiabladamente atractivos y me sonrío.

—¿Lista?

Le devuelvo la sonrisa y asiento.

—Haddie, Becks, ¿jugáis?

Los dos responden que sí y recogen sus cosas. Empiezo a levantarme y termino siendo arrastrada al regazo de Colton. Veo su sonrisa juguetona un segundo antes de que me bese. Desliza la lengua entre mis labios y juega con la mía, despacio y con movimientos de lo más tentadores. Sabe a menta y a ron, pero, por mucho que los disfrute, estos besos esporádicos no van a ser suficiente para saciarme toda la noche. Son un juego cruel ahora que ya he probado el paquete completo y sé que es infinitamente mejor. Con las manos me acaricia la cara exterior de los muslos y pasa los pulgares bajo en dobladillo de mi vestido, masajeándome la piel con la rugosidad de las yemas de sus dedos.

Me provoca.

Sin que me dé tiempo a formar un pensamiento coherente, se aparta y me besa la punta de la nariz. Suspiro con frustración, necesito mucho más que esto para aliviar el ansia que ha provocado dentro de mí.

Se ríe por mi reacción.

—Vamos —dice y con la cabeza señala a la puerta.

\*\*\*

Hemos pasado la última hora y media pululando por el casino con aire extravagante. Para desesperación de Sammy, Colton decidió que quería jugar a los dados. Después de un par de pérdidas iniciales, acabó rodeado de un pequeño grupo de gente mientras tiraba una y otra vez entre vítores de aliento, y para beneficio de su cartera.

Sigue con la adrenalina a flor de piel y siento como emana de su piel mientras el coche aparca a la entrada del Palms Casino poco después de la medianoche. Todos hemos bebido mucho y me muero de ganas de descargar algo de energía en la pista de baile.

—¡Ahora empieza la diversión, señoritas! —exclama antes de acabar lo que le queda de bebida y cogermela mano.

Salimos del coche y nos dirigen a la puerta lateral del hotel, hacia la entrada trasera del club Raim. El ritmo enérgico de *Animal* llena la sala y resuena a través de mí. Un empleado nos guía escaleras arriba y aparta una cuerda de terciopelo rojo junto a un cartel donde se lee «reservado» para que podamos entrar a la zona VIP.

Es una sensación muy extraña que nos traten como si fuésemos los únicos clientes en una sala que está hasta los topes de gente a solo unos metros de distancia.

Nos llevan al entresuelo y, cuando entramos, un estallido de vítores me sobresalta. Colton no parece sorprendido y caigo en la cuenta de que las más de treinta personas que tengo delante son las mismas con las que Colton se ha estado organizando toda la noche. De repente, lo arrastran a la multitud mientras recibe palmadas en la espalda de los hombres y abrazos demasiado largos de las mujeres.

Doy un paso atrás y dejo que disfrute de las atenciones de sus amigos mientras miro a mi alrededor. Hay seis salas en este piso encima de la pista de baile y parece que Colton las ha reservado todas para esta noche. Me acerco a la barandilla y observo la masa de personas que bailan y giran a mis pies al ritmo de la música.

—¿Todo bien?

Miro a Haddie, aliviada de tenerla aquí conmigo, y sonrío.

—Sí, es solo que no estoy acostumbrada a tanto.

—Tal vez un poco exagerado, ¿eh?

—Solo un poco. —Me río—. Así que, ¿Beckett? —pregunto y arqueo las cejas.

—Es muy mono. —Se encoge de hombros—. Pero ya sabes cómo va. —Se ríe de esa forma despreocupada tan típica suya. Si quisiera, lo tendría comiendo de la palma de su mano al final de la noche. Así es Haddie—. ¿Quieres bailar?

Miro a Colton para decirle que vamos a bajar a la pista, pero está en medio de una conversación muy animada. Ya se dará cuenta. En unos instantes hemos bajado las escaleras y nos hemos abierto paso entre la multitud. Qué bien sienta dejarse llevar por la música, pasar de todo por un

momento y olvidarse del aniversario que comenzó en el mismo minuto en que dieron las doce.

Después de un par de canciones, miro al balcón que hay encima de nosotros y veo a Colton apoyado en la barandilla. Busca entre la multitud y tarda unos segundos en encontrarme. Vivo un momento de *déjà vu* cuando nuestros ojos se cruzan, es un club diferente, pero la intensidad del calor de las miradas es la misma. La oscuridad le cubre el rostro por un instante y recuerdo cómo en nuestra primera cita me pregunté si era un ángel luchando contra la oscuridad o un demonio abriéndose paso entre la luz. Ahora mismo, al mirarlo desde abajo y totalmente maravillada por él, para mí es sin duda un ángel luchador. Aun así, sé que el demonio siempre está ahí, oculto bajo la superficie.

Sigo bailando a pesar de nuestra innegable conexión, esa que me deja sin respiración y me acelera el corazón cada vez que me mira. Sonrío y le hago señas para que baje. Asiente con la cabeza mientras valora lo que sea que esté pensando y sonrío antes de salir de mi campo de visión.

La canción cambia y suenan las primeras notas de *Scream* de Usher. Levanto los brazos y balanceo las caderas con el ritmo, dejando que la música me invada. Canto mi verso favorito: «No bebo nada, pero estoy borracho, borracho de pensar en verte desnuda». Abro los ojos de golpe tras las últimas palabras cuando siendo unas manos en las caderas que tiran de mí. La sonrisa de Haddie me dice que se trata de Colton así que me relajo y me apoyo en él mientras veo a Beckett y algunos de los amigos que estaban arriba unirse a nosotros.

Las suaves curvas de mi cuerpo encajan con los duros bordes del suyo y cierro los ojos mientras empezamos a movernos juntos. Con cada movimiento, nuestra piel se roza y me quemo por dentro. Cada fibra de mi cuerpo está en sintonía con el suyo. Sus fuertes manos me recorren el torso, provocan, agarran y tientan. Nuestras caderas se mueven al unísono y, con cada giro, me provoca con el roce de su erección. Los dos sentimos el mismo deseo irrefrenable, la misma necesidad.

Me da la vuelta para ponerme frente a él, la exigencia de sus manos al obligarme a darme la vuelta me encienden todavía más. A la mente me vuelven imágenes de sus habilidosos dedos acariciándome el sexo antes de abrirme y clavarse en mí. Gimo al recordarlo y, de alguna manera, me oye a

pesar de la música, porque esboza una sonrisa sensual y me dedica una mirada que me deja claro que siente lo mismo. Igual que yo, necesita algo más que este placentero, pero frustrante jugueteo con la ropa puesta.

## Capítulo 8

Bailamos un par de canciones más. Cada caricia hace que la necesidad crezca dentro de mí. Un juego de seducción, tentador y sensual, al que ambos jugamos sin que hagan falta las palabras. Las primeras notas de *Pony* de Ginuwine salen de los altavoces y el tono sugerente de la canción hace que Colton llegue al límite. Me coge de la mano y tira de mí con un claro propósito para guiarme entre la gente de la pista de baile. Irradia impaciencia, necesidad y determinación cuando nos paramos al pie de las escaleras. Tengo todo el cuerpo en tensión cuando apoya la mano en mi espalda para instarme a subir los escalones. Solo he llegado al primero cuando me da la vuelta y me atrapa los labios en un beso lleno de urgencia.

Me asalta la boca con un claro propósito, destruyendo por completo cualquier esperanza de autocontrol por su parte. Pero, antes de que pueda dejarme llevar por la tentación y reaccionar por completo, termina el beso de manera tan repentina como lo empezó, y me deja ansiosa de más, al borde de la súplica.

Colton sube las escaleras y yo le sigo agarrada a su mano. Cuando llegamos arriba nos encontramos con Sammy. Colton se inclina para decirle algo al oído que la música me impide escuchar. Sammy asiente y gira sobre los talones, Colton y yo le seguimos.

Llegamos a la sexta y última sala VIP del anfiteatro y sigo a Colton, parando un momento a observar el club que tengo debajo. Miro por encima del hombro y veo a Sammy sacando a la gente de la sala, luego vuelvo a mirar a Colton. Tiene la mirada fija en la gente de la pista de baile, la mandíbula tensa y me pregunto qué habré hecho para cabrearlo.

Estoy algo desconcertada. ¿Qué narices he hecho? ¿Elige este momento para enfadarse? Supongo que ya tendría que haberme acostumbrado a sus confusos y repentinos cambios de humor, pero no lo he hecho. Esperamos en silencio a que Sammy termine de hacer lo que sea que esté haciendo y me resigno a que es probable que me espere una pelea. ¿No podemos pasar una sola noche en paz?

Sammy le dice algo a Colton al oído y nos volvemos a poner en movimiento. Me lleva de la mano al interior de la sexta sala VIP, ahora vacía. En el momento en que despejamos la pared y quedamos fuera de la vista de nadie, el cuerpo de Colton choca con el mío casi al instante y me empotra contra el muro.

Solo me da tiempo a tener un pensamiento antes de que el sabor de su boca me nuble la mente: no está enfadado. Ni de lejos. Está consumido por el deseo.

El calor y la urgencia del beso de las escaleras se intensifica. Nuestros dientes chocan y nuestros cuerpos se enredan mientras su lengua se cuele entre mis labios y me acaricia el interior de la boca. Me toca por todas partes a la vez y cada roce hace crecer el ansia y dispara el deseo con una línea directa hasta mi sexo.

Lo necesito dentro de mí, necesito que me llene, sentir su movimiento en mi interior, lo necesito como respirar.

Su lengua sigue el tortuoso asalto a mi boca y con las manos busca mi piel desnuda mientras las palabras de la canción alimentan la lujuria que palpita entre nosotros. Me coge la pierna para subirla a su cadera y pasa las manos por debajo de la tela del vestido. Unos dedos desesperados en busca de mi deseosa carne. Sus manos están tan cerca y a la vez tan lejos del lugar en que las necesito que gruño en una mezcla de frustración y excitación. Me muerde el labio inferior para después lamerlo con suavidad, lo que me incita a tirar de su pelo con más fuerza. Me agarro a él en un silencioso intento de hacerle saber cuánto me hace falta. Con cuanta desesperación lo deseo.

Aquí y ahora.

Se separa de mí, con la respiración acelerada y la mirada fija en la mía a pesar de estar nublada por un manto de lujuria.

—No me gusta ver a tantos hombres bailando a tu alrededor —dice con voz juguetona a pesar del violento deseo con que me mira.

—He captado tu atención, ¿no? —le provoco casi sin aliento, sorprendida por el arranque de celos.

—Encanto, si lo que quieres es mi atención... —Sonríe, me agarra del culo y me aprieta contra él, la curva de su erección presiona de forma deliciosa el punto exacto entre mis piernas—. No tienes más que pedirla.

—¿Y alejarte de tu tropa de amigos aduladores? —bromeo y arqueo las cejas, sarcástica.

—¿Así que prefieres irte a bailar entre una tropa de desconocidos?

Contengo el aliento cuando me recorre el torso con las manos y se detiene a la altura de mis pechos. Tengo el cuerpo tan contenido, tan al borde de estallar que responde al instante cuando recibe el tacto que anhela. Sus pulgares conectan con mis pezones y estos se endurecen al instante cuando los frota. Echo la cabeza atrás y cierro los ojos, me dejo llevar por la sensación que me provocan sus dedos. Se me nubla la mente, intento pensar en algún comentario ocurrente sobre este juego previo que nos traemos entre manos.

—Te pillé ahí afuera, ¿eh? —provoco y le paso la lengua por el labio inferior—. Piensa en ello como en un medio para un fin, As.

Colton me frota con el pulgar arriba y abajo, asegurándose de captar mi atención.

—Nena —murmura—, el único fin que se va a clavar en tus medios es el mío. —Se inclina para mordirme el labio inferior, luego se aparta y me mira a los ojos mientras me aprieta una teta con posesión—. Mío.

La intensidad con que me mira evita que me ría, acerco la mano al bulto de su entrepierna, lo acaricio y lo agarro por encima de los pantalones. No sé muy bien de donde sale esta confianza descarada, pero le acerco los labios a la oreja y susurro:

—Demuéstralo.

Colton ahoga un gemido, en un instante me agarra de la cabeza para que no me mueva mientras estrelló su boca contra la mía, para después romper el beso demasiado pronto.

—Ven —dice y tira de mí mientras camina hacia atrás en dirección a uno de los sillones del fondo de la sala. Se sienta y me acerca a él—. Separa las piernas —ordena y, tan consumida por el deseo como estoy, obedezco sin rechistar. Me remango el vestido por encima de los muslos y coloco una

rodilla a cada lado de sus piernas, dejando mi centro sobre su regazo.

Me mira con una sonrisa pícaro que hace que me entren deseos de merecer la sonrisa que me dedica. Sin apartar la mirada, coloca las manos en mis rodillas desnudas y empieza a subir. Cuando llega a la tela del vestido, la empuja y sigue subiendo. Separo los labios para respirar atenta a la evolución de sus manos y, en un momento de modestia, miro por encima del hombro hacia la puerta para asegurarme de que nadie nos mira.

—No te preocupes —susurra con la voz teñida de lujuria—. Sammy vigila la puerta. No dejará entrar a nadie.

Me siento aliviada e incómoda a la vez ante la idea de que Sammy sabe, o es capaz de adivinar, lo que estamos haciendo. La preocupación se desvanece cuando las manos de Colton me aprietan los muslos e instintivamente los abro más cuando el deseo me atraviesa por dentro.

—Llevo toda la noche con ganas de follarte —me dice al oído—. Desde que te vi los pezones duros rozando la camiseta de tirantes. Desde que te vi bailar, provocándome con ese cuerpo tuyo tan *sexy*. —Con los pulgares me aparta la ropa interior empapada, y me estremezco, es como si un rayo me golpease en el sexo—. Quiero sentirte. Quiero que te corras sobre mi polla. Quiero escuchar ese sonido que haces cuando te dejas llevar. Y ya no puedo esperar más —afirma mientras me provoca con besos.

Entonces, por fin me da lo que anhelo. Captura mi boca con la suya, me separa los labios con la lengua y reclama mi reacción. Al mismo tiempo, con un pulgar me aparta las bragas y con el otro me presiona el clítoris. Una explosión de placer indescriptible me atraviesa cuando me toca y mi gemido se pierde entre sus labios.

Le clavo los dedos en los hombros, me da igual si le deajo las uñas marcadas. Con la lengua me explora la boca, un recorrido a conciencia y seductor mientras con los dedos me abre los pliegues y me acaricia con habilidad hasta que todo mi cuerpo se tensa de deseo. Lleva las manos a la separación de mis piernas y humedece los dedos con mi evidente excitación antes de volver a acariciarme. Cuando vuelve a bajar, en vez de parar, me introduce dos dedos.

Doy un suspiro entrecortado por la maravillosa sensación, desesperada por esto y la anticipación de lo que está por venir. Sus dedos comienzan a moverse dentro de mí y flexiono las caderas lo mejor que puedo, abriéndome



para darle acceso completo. Cierro los ojos y echo la cabeza atrás mientras el placer me domina.

—Joder —gruñe contra la suave piel de mi garganta—. Nena, estás muy mojada. Estás lista para mí. Me pones muy duro. Córrete para mí. Córrete para que pueda hundirme en ti cuando todavía sigas disfrutando el orgasmo.

Sus descaradas palabras me seducen y me llevan al límite. Las sensaciones que sus dedos me provocan hacen que me olvide de que estamos en un lugar público, pero al mismo tiempo, soy consciente de ello y la emoción de estar en un sitio en el que nos pueden pillar fácilmente aumenta mi excitación; hace que sea consciente de cada roce y cada movimiento de su cuerpo contra el mío. La sensación de la carne contra la carne.

Sus labios juegan con la curva de mi cuello mientras con la otra mano me da la fricción que necesito en el clítoris para hacerme cruzar la línea de la cordura. La intensa oleada de calor me golpea, me hunde bajo sus olas mientras me deshago en un millón de sensaciones. Dejo caer mi cabeza en el hombro de Colton, tengo el corazón acelerado y el cuerpo me palpita por el placer del orgasmo. Respiro con dificultad mientras Colton retira los dedos y se pelea con la cremallera de su pantalón bajo mis piernas.

Antes de que me dé tiempo de recuperarme, me levanta por las caderas y se coloca en mi entrada. Estoy tan absorta en el momento, en el placer, en Colton, que el mundo exterior deja de existir.

Ahora mismo solo estamos los dos y la necesidad carnal que arde entre nosotros. Cuando estamos así, conectados como uno solo y absortos en el otro, me olvido de todo lo demás. Su sabor, su olor, la forma en que domina mis sentidos, es lo único en lo que pienso.

Despacio, me hundo en él y siento cada centímetro de grosor mientras descendo hasta estar totalmente llena. El áspero gruñido de Colton y sus dedos clavados en mis caderas son la única reacción que necesito. Me inclino hacia delante y asalto su boca mientras me muevo lentamente sobre él, su cuerpo se tensa cuando el mío se aprieta a su alrededor gustoso. Continúo moviéndome, deslizándome arriba y abajo sobre su maravillosa erección. Paso las manos sobre los músculos de su espalda, y con la lengua lo excito y exijo que coja de mí todo lo que necesite, porque yo lo único que quiero es todo de él.

Sus manos me empujan y tiran de mí a cada embestida. Estoy tan

concentrada en darle todo de mí, todo lo que quiera, que ni siquiera me doy cuenta del líquido caliente que me llena por dentro. Colton tensa la cara y abre las fosas nasales, una señal clara del gran placer que siente y del inminente clímax. El grosor de su miembro crece dentro de mí, y se extiende al clavarse en mí la siguiente vez, provocando una explosión de sensaciones. Arremete dentro de mí un par de veces más y luego me agarra las caderas con fuerza para sostenerme mientras el orgasmo lo atraviesa. Echa la cabeza atrás, con la boca abierta mientras deja escapar un gemido de placer que llena el espacio antes de verse ahogado por la cacofonía de sonidos del club.

Observo su rostro y las consecuencias del orgasmo que parpadean en sus rasgos cuando de pronto soy consciente de lo que acabo de hacer. ¡Mierda! ¿En qué cojones pienso? ¿Quién me ha secuestrado y me ha cambiado por esta mujer sin nada de pudor? Me dispongo a salir de Colton cuando me detiene para no romper la conexión. En cambio, me rodea con los brazos y me acerca a él, me sostiene durante un dulce e inesperado momento antes de besarme la parte superior de la cabeza y luego la punta de la nariz.

Nos limpiamos y nos adecentamos un poco sin decir nada. Empiezo a inquietarme y a sentirme un poco incómoda cuando Colton me agarra la mano y la aprieta hasta que lo miro a los ojos. Una lenta sonrisa curva las comisuras de sus labios mientras me acerca a él y me da un beso casto en la boca. Sacude la cabeza.

—Estás llena de sorpresas, Ryles.

Y tú eres la mayor sorpresa de todas.

\*\*\*

Doy un sorbo a mi bebida, sentada con Haddie en el salón de la zona VIP mientras balanceo ligeramente el cuerpo al ritmo de la música de abajo. Necesito un descanso de estar de pie, los tacones empiezan a pasarme factura. Sammy vigila las escaleras y le evito la mirada, avergonzada de lo que haya podido pensar del momento nada inocente de antes entre Colton y yo.

Oigo un chillido agudo cuando Sammy intenta evitar que alguien suba las escaleras. Colton, inmerso en una conversación, gira la cabeza por el alboroto. Retrocede para ver de quién se trata y sonrío antes de pedirle a

Sammy por gestos que deje pasar a quien quiera que sea. Me ha picado la curiosidad cuando uno de los tíos con los que habla le da un codazo de complicidad.

Haddie y yo nos giramos justo a tiempo para encontrarnos con las piernas más largas que nunca hayamos visto en la falda más corta jamás diseñada caminando hacia Colton. El resto de la mujer es igual de espectacular cuando sacude la cabeza y la larga melena rubia le cae por la espalda hasta llegar a su culo perfectamente esculpido.

Le da a Colton un abrazo más largo de lo necesario y lo besa en la comisura de los labios al apartarse con una ancha sonrisa en su perfecta cara. Entonces la reconozco y se me corta la respiración. Haddie la reconoce al mismo tiempo y nos miramos estupefactas. Cassandra Miller, la niña bonita de Hollywood del momento y el último póster central del *Playboy*. A pesar de que ya se hayan saludado, sigue con las manos en los bíceps de Colton y restriega el cuerpo contra el de él, que tiene la mano apoyada en la parte baja de su espalda.

Me sorprende la punzada que siento en el estómago al verlos. Nunca había sido celosa, pero, claro, nunca había estado con alguien tan absorbente como Colton Donavan.

No me gusta que lo toque. No me gusta nada.

Es mío. Él me lo dice todo el tiempo. Es una de esas afirmaciones posesivas que me resultan extrañas y excitantes a la vez. Ahora mismo, me muero por colarme entre los dos y dejarlo claro igual que hizo él antes en el restaurante.

Sin embargo, no me muevo. Me siento a observar cómo se desarrolla la conversación, a verla reír como una idiota y batir las pestañas ridículamente deprisa sin apartar la mano de él. ¿Por qué no me muevo?

Entonces lo entiendo. Juntos son despampanantes. Absolutamente deslumbrantes, es lo que muchos esperan: una rubia explosiva, la fantasía de cientos de hombres con un *playboy* arrolladoramente guapo, deseado por todas las mujeres. Sí, ha venido conmigo y se irá conmigo, pero, como toda mujer, tengo mis inseguridades sobre mi aspecto y atractivo.

Ahora mismo, al compararme con esa belleza rubia, esas inseguridades han salido a escena. Expuestas a la vista de todos. Incluso aunque yo sea la única que les hace caso.

Me llevo los dedos a los labios y esbozo una sonrisa nerviosa.

A la mierda las inseguridades.

A la mierda las rubias perfectas de piernas interminables.

A la mierda lo de ir sobre seguro.

Cierro los ojos un momento y recuerdo la sensación de la barba de Colton al rozarme el cuello, sus dedos agarrándome las caderas para ayudarme a cabalgarlo, su mirada al correrse, la efímera desesperación con la que me abrazó después en la sala contigua a donde estamos ahora.

Me acuerdo de la advertencia de Beckett, que intentar controlar a Colton es como intentar atrapar el viento. La reputación de *playboy* es por algo. El poco tiempo que llevamos juntos no va a cambiar eso. Las mujeres siempre se van a sentir atraídas por él, siempre van a desearlo.

Desde luego, Cassandra lo desea. La forma en que no deja de tocarlo y la forma en que monopoliza su atención la delatan. Cómo se inclina a hablar con él, cómo le pone la mano en el pecho y la deja ahí mientras él le responde al oído.

No voy a ser irracional y negar que estoy un poco celosa, el alcohol no me ayuda a combatir las inseguridades. O a lo mejor son las hormonas, a saber. Soy una mujer, la inseguridad es parte de la vida.

Me rio en voz alta. Haddie me mira como si me hubiera vuelto loca.

—¿Te parece bien? —Levanta la barbilla en dirección a Colton y Cassandra.

Los miro un instante y después asiento con la cabeza.

—No es que me tenga que preocupar porque la vea desnuda —bromeo, refiriéndome a su póster central en *Playboy*—. Buena parte de la población masculina ya la ha visto, y seguramente se la ha cascado con su foto.

Haddie suelta una carcajada y sacude la cabeza. Me parece que le sorprende mi reacción.

—Cierto, al menos tú no te tienes que preocuparte por tener grapas en el cuerpo.

—Exacto —Me río—. Yo tengo restos de Colton dentro de mí. —Me encanta la cara de sorpresa que pone mientras me acabo la bebida—. Necesito un chupito y bailar un rato. ¿Te vienes? Salgo de la sala sin comprobar si me sigue o no.

Después de tomarnos nuestros habituales chupitos de tequila, bajamos las escaleras al caos de la pista de baile. Las canciones empiezan y terminan mientras bailamos y, después de un par, miro al balcón a ver si Colton me observa. Sé que no. No siento el habitual cosquilleo en la piel que me causa su presencia.

Tengo sed y necesito un respiro, así que le indico a Haddie por señas que voy a pedirme una copa. Algo que me ayude a acallar la inseguridad que todavía me atormenta.

Me escurro entre la multitud y me abro paso hasta la barra, donde me preparo para esperar un buen rato cuando veo a toda la gente que hace cola. El tío que tengo al lado intenta hablar conmigo con una voz pastosa, pero le sonrío con amabilidad y le doy la espalda. Me centro en captar la atención de los camareros mientras sirven las bebidas que les van pidiendo.

El tío de antes lo vuelve a intentar, me agarra del brazo y tira de mí para acercarme a él mientras insiste en invitarme a una copa. Subo los hombros para liberarme de su mano y lo rechazo algo irritada, pero con educación. Creo que lo ha entendido, pero me demuestra que no cuando me coge por la cadera y me obliga a pegarme a él.

—Vamos, preciosa. —Respira en mi oreja y el olor a alcohol de su aliento me da arcadas. Cada vez estoy más incómoda y se me eriza el pelo de la nuca—. Nena, te voy a enseñar a pasarlo bien.

Le pongo la mano en el pecho y lo empujo para intentar separarlo de mí, pero solo consigo que me agarre más fuerte. Recorro la sala en busca de Haddie para pedir ayuda cuando de pronto el brazo del tío me suelta de repente.

—¡Aparta las manos de ella, gilipollas!

Oigo el grito de Colton justo antes de ver cómo le da un puñetazo en la barbilla al otro tío. La cabeza le sale disparada hacia atrás, se tambalea y tropieza con la pierna de alguien. Acaba en el suelo. A pesar de que rechazo la violencia, siento una oleada de alivio al ver a Colton.

—¡Colton, no!

Es lo único que me da tiempo a decir antes de que uno de los amigos del tío le dé un puñetazo en la cara. Le acierta en la mejilla. Trato de correr hacia él, pero estoy clavada en el suelo. La adrenalina, el alcohol y el miedo me paralizan. A la velocidad del rayo, Colton se prepara para lanzar otro golpe

con una mirada asesina y sin expresión en la cara. Antes de que le dé tiempo a contraatacar, Sammy lo rodea con los brazos y tira de él. La rabia de Colton es evidente. Una vena le palpita en la sien, tuerce la cara de tensión y los ojos le brillan amenazantes.

—¡Hora de irnos, Colt! —grita Beckett, con una mirada resignada y expresión calmada—. No vale la pena la demanda que te intentarán colar.

En ese momento veo a Haddie de reojo y a varios de los amigos del grupo. Los hombres cogen a Colton, algo más calmado, pero todavía furioso, por los brazos y lo separan de Sammy. Una vez que comprueba que se ocupan de Colton, Sammy se gira hacia los otros hombres y los mira desde su imponente altura con una mirada de desprecio que parece animarlos a que se atrevan con él. Lo miran, luego intercambiar una mirada entre ellos y desaparecen a toda velocidad cuando los encargados de seguridad se abren paso hasta nosotros.

Yo me quedo donde estoy, temblando, hasta que Sammy me rodea los hombros con el brazo y me saca del local.

## Capítulo 9

Cuando Sammy abre la puerta, el aire frío de la noche me refresca y contrasta con el aire cargado y el olor a humo del club. Me conduce a la salida del aparcamiento donde la limusina está aparcada lejos de los demás coches. Cuando nos acercamos, veo la espalda de Colton, con las manos extendidas sobre el muro que rodea el aparcamiento, apoyando el peso en ellas y la cabeza inclinada hacia delante. Desde donde estoy soy capaz de sentir la ira que irradia de él.

Beckett, inclinado ante la puerta abierta del coche, me mira a los ojos cuando nos acercamos, claramente dubitativo, antes de asentir con la cabeza y meterse en el coche con Haddie. Sammy se para, pero yo sigo avanzando hacia Colton.

El ruido que hacen mis tacones contra el asfalto le avisa de que me acerco, pero sigue dándome la espalda. Recorro las líneas de la silueta de su cuerpo recortadas en el destello de Las Vegas, su imponente figura dibujada sobre el sorprendente contraste del brillo de las luces del fondo. Me detengo a unos pocos metros de él y veo cómo sube y baja los hombros rápidamente mientras poco a poco la tensión desaparece.

Cuando por fin me mira, tiene el cuerpo rígido, los ojos le arden y aprieta la mandíbula por la tensión. Me equivocaba al pensar que no seguía cabreado.

—¿Qué cojones crees que hacías? —pregunta con la voz fría como el hielo.

Sus palabras son como un latigazo, me pillan totalmente por sorpresa.

Pensaba que estaba enfadado con el hombre al que le dio un puñetazo, no conmigo. ¿A qué narices viene que se enfade conmigo? Si le hubiera prestado atención a su cita, sabría la respuesta.

—¿Qué crees tú que hacía exactamente, Colton? Acaso crees que...

—Te he hecho una pregunta, Rylee.

—Y yo he intentado responder tu puñetera pregunta antes de que me interrumpieras —escupo, sin ningún reparo a enfrentarme con él esta noche. A lo mejor me había pasado un poco con el alcohol, porque no me intimidaba su intensidad. Sus ojos atraviesan la oscuridad y se clavan en los míos. Por otra parte, tal vez no—. Intentaba pedir una copa, Colton. Una copa. ¡Eso es todo!

Levanto las manos en alto mientras le grito, mi voz reverbera en las paredes de hormigón. Él me mira mientras le palpita el músculo de la barbilla.

—¿Pidiendo una copa, Rylee? ¿O coqueteando para conseguir que alguien te invitara? —acusa y da un paso hacia mí. A pesar de la falta de luz, noto como le arden los ojos y siento la rabia que alimenta la tensión de su cuello. ¿A qué viene esto?

¿Qué cojones? ¿Cómo se atreve a acusarme de prestarle atención a otros mientras él estaba absorto con doña Conejita del mes? Había estado calmada, sin cabrearme por la actitud tan cercana de Cassandra con él y había intentado ignorar las emociones adolescentes que me provocaba. ¡A la mierda! Si se va a cabrear porque un tío se ofreciera a invitarme a una copa y me tocara, aunque le dijera que no, pienso cabrearme por la evidente atracción que ella sentía por él. Una atracción que está claro que no rechazó.

Paso de seguir hablando. El alcohol y la ira solo pueden dar como resultado palabras que luego no puedes retirar. Y los dos hemos pasado ya nuestro límite; ya no somos racionales.

—Como quieras. Lo dejamos aquí —bufo mientras me giro sobre los tacones, con la intención de meterme en la limusina.

—Respóndeme —ordena y me agarra del brazo, parándome en seco. Veo a Beckett salir de la limusina, con una mirada cautelosa en la cara mientras observa fijamente la mano de Colton en mi hombro. La silenciosa advertencia es obvia, pero el mensaje que esconde no está claro.

—¿Qué piensas tú?



—Sigo esperando —dice, sin soltarme el brazo, pero da la vuelta para bloquearme el camino hasta el coche.

—Fui a por una copa para mí. Eso es todo. ¡Menuda locura! —Me libero de su agarre de un tirón y el agotamiento de los sucesos de la noche me golpean de repente como un bate en la nuca.

Los ojos de Colton se clavan en los míos como si buscara una traición o una confesión de haber obrado mal.

—Había un montón de alcohol arriba. ¿No era lo suficientemente bueno para ti? —Se burla—. ¿Tenías que arrastrarte para que algún tío cualquiera te invitase?

Sus palabras son como una bofetada y me dejan de piedra. ¿Pero qué problema tiene? Para empezar, no me puedo creer que lo primero que se le ocurra sea eso; pero también, me sorprende cómo le tiembla la voz, de una forma que indica inseguridad.

Como si pudiera tener ganas de más después de estar con él.

Doy un paso hacia delante y en voz baja, pero en un tono implacable siseo.

—No necesito ni un hombre ni una barra libre para ser feliz, Colton.

Arquea una ceja.

—Ya —resopla en tono burlón, claramente ha decidido no creermelo. Está claro que ha debido de salir con mujeres maravillosas.

Suspiro, frustrada ya por la conversación.

—Ya te has gastado suficiente dinero esta noche. En mí. En todo —bufo—. Tal vez estés acostumbrado a que todas las mujeres con las que estás lo necesiten para estar satisfechas, pero yo no.

—Por supuesto que no —resopla con sarcasmo.

—Ya soy grande. —Hago caso omiso de su frívolo comentario—. Puedo encargarme de mis puñeteras copas y pagar mi propia cuenta, sobre todo si el hecho de pagar te otorga alguna especie de derecho sobre mí.

Abre los ojos como platos.

—No seas ridícula.

¿De verdad no se da cuenta de lo que hace? ¿Que todo lo que ofrece de manera tan generosa es a cambio de que la gente lo aprecie y lo quiera?

—Escucha, Colton, eres un tío muy generoso. Más que casi toda la gente

que conozco, pero ¿por qué? —Le pongo la mano en el brazo y aprieto—. A diferencia de la mayoría de los que están ahí, yo no espero que lo pagues todo.

—Ninguna nov... Ninguna persona con la que esté pagará nada mientras esté conmigo.

—Muy caballeroso de tu parte. —Le paso la mano por el brazo y la apoyo en su mejilla. Se me suaviza la voz, aliviada porque parece que hemos evitado la discusión—. Pero yo no necesito ninguna de estas extravagancias para querer estar contigo. —Se me queda mirando, intentando descifrar si soy sincera—. Tienes mucho que ofrecer más allá de las cosas materiales.

Creo que mis palabras dan en el blanco, pues Colton se queda en silencio, en sus ojos se libra una batalla emocional antes de apartarlos de los míos y mirar hacia la ciudad del pecado. Le tiembla el músculo de la mandíbula mientras aleja los demonios con los que se bate en su interior. Percibo la tensión en su postura cuando me aparta la mano de su cara y sé que se siente incómodo por la dirección que ha tomado la conversación.

—Dejaste que un hombre te pusiera las manos encima —dice en un tono alarmanamente tranquilo.

Al principio me siento dolida por la acusación, pero cuando lo miro a los ojos, lo entiendo. Veo la verdad que esconde lo que Beckett me reveló sobre los sentimientos de su amigo por mí. Veo el miedo que le dan y la inseguridad sobre cómo lidiar con ellos. Veo cómo busca una razón para pelearnos y así negar lo que siente.

¿Busca pelea? Le daré una, porque en el fondo temo ser lo que necesita y puede que nunca llegue a reconocerlo. Que él sea justo lo que necesito y que alguien como Cassandra pueda alejarlo de mí. Me vuelven a la cabeza las imágenes de cómo le puso las manos encima.

—¿A dónde quieres llegar? —respondo con más confianza de la que siento—. No voy a pedir disculpas porque alguien me encuentre atractiva. —Me encojo de hombros—. Desde luego, tú no me prestabas atención.

Ignora el comentario de esa forma que tan bien se le da, dándole la vuelta para que la culpa sea mía.

—Ya te lo he dicho, Rylee, no comparto.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Sí? Pues yo tampoco.

—¿Y eso qué se supone que significa? —La expresión de desconcierto que pone me indica que de verdad no tiene ni idea de a qué me refiero. Típico de hombres, no se enteran de nada.

—Venga ya, Colton, la mayoría de las mujeres de ahí dentro te desean y tú no pones ninguna pega en recibir sus atenciones. —Levanto los brazos con frustración cuando me mira como si estuviera loca, así que decido darle un ejemplo más específico—. Se te veía muy a gusto dejando que Cassandra te tocara —lo acuso e imito la forma en que sacudía el pelo, le ponía la mano en el pecho y batía las pestañas.

—¿Cassie? —balbucea, incrédulo—. Venga ya.

—¿De verdad? Era evidente para todos los que estábamos allí que te desea. Pon los ojos en blanco todo lo que quieras y finge que no te diste cuenta, pero sabes que disfrutaste de cada minuto. Colton, el centro de atención, el alma de la fiesta, el *playboy* —lo acuso, le doy la espalda, cuadro los hombros y sacudo la cabeza. Cruzo la mirada con Beckett un instante, que sigue de pie junto a la limusina, con los brazos cruzados sobre el pecho y gesto sereno e inexpresivo. Me vuelvo para enfrentar a Colton—. ¿Por qué no pasa nada si lo haces tú? ¿No jugamos en las mismas condiciones? Al menos, yo le dije al tipo ese que me quitara las manos de encima. No te vi pedirle a Cassie que te dejara.

Colton da un paso hacia mí, las luces contrastan con las sombras en su cara. Una vez más, el diablo sale a la superficie e intenta arrastrarme con él a la oscuridad.

—Creo que es a ti a quien me follé ahí arriba. Y no a ninguna de ellas.

Su voz es implacable y se mantiene en tensión mientras espera una respuesta. Me estremezco al darme cuenta de que Beckett lo ha oído.

—Sí, tienes razón. Estabas conmigo, ¡pero minutos después estabas con ella, qué gracia! —grito—. Le diste un puñetazo a alguien porque me tocó mientras tú dejaste que Cassandra se restregase contra ti sin tan siquiera hacer un intento de apartarla. Bueno, a mí tampoco me gusta compartir. Menuda ironía, ¿eh?

Colton tensa la mandíbula, levanta las cejas y esboza un amago de sonrisa.

—No creía que fueras celosa.

—¡Y yo no creía que fueras mi tipo! —espeto con la voz fría y

contenida.

—Cuidado —advierde.

—¿O qué? —desafío y cojo aire—. Como ya he dicho, sé cuidar de mí misma. Ese tío se ofreció a invitarme a una copa. Estaba a punto de decirle «no, gracias» cuando apareciste para salvarme la vida. —No sé por qué siento la necesidad de mentir. A lo mejor quiero demostrarle que sí que puedo cuidarme sola. Que no necesito demostraciones de machito. No estoy segura, pero ahora que ya he empezado, mejor seguir. No tiene por qué saber que la situación empezaba a incomodarme—. No merecía llevarse un puñetazo.

Colton retrocede como si el puñetazo se lo acabasen de dar a él.

—¿Ahora lo defiendes? —Se lleva las manos al cuello y lo frota con frustración—. ¡Eres increíble, joder! —grita al aparcamiento vacío.

—¡Y tú irracional, estás borracho y fuera de control! —grito también.

—Nadie toca lo que es mío sin consecuencias —sisea.

—Primero tienes que tenerme, Colton —digo mientras sacudo la cabeza—. Y has dejado bien claro que lo único que buscas es un polvo rápido cuando te venga bien —afirmo con firmeza, pero la voz me empieza a fallar en las últimas palabras.

—Sabes que no es verdad —habla con voz tranquila y un tinte de desesperación.

—¿Lo sé? ¿Cómo? —Levanto las manos, exasperada—. Cada vez que las cosas se ponen serias o se salen de tus dichosas normas, te aseguras de ponerme en mi sitio.

—Joder, me cago en todo, Rylee —bufa entre dientes, se pasa la mano por el pelo y me da la espalda para alejarse unos pasos.

—Esta vez no te vas a salvar con una parada en *boxes* —afirmo con voz calmada. Quiero que tenga claro que no va a poder evitar el resto de la discusión. Necesito respuestas y me merezco saber lo que piensa.

Maldice en voz alta y suspira mientras abre y cierra los puños. Nos quedamos en silencio durante un rato, él observando la ciudad y yo su espalda. Al cabo de unos minutos, se da la vuelta y levanta los brazos con una mirada cargada de una emoción que no consigo descifrar.

—¡Así es como soy, Rylee! —grita—. ¡Un puto desastre, en todo mi

esplendor! No soy Max, absolutamente perfecto, sin cometer ni un solo error. No puedo intentar compararme con él, con el listón inalcanzable que dejó, ¡con el pedestal al que lo subiste!

Contengo el aliento, sus palabras dan justo en el blanco. Cómo se atreve a usar lo que Max y yo teníamos. No proceso lo que pienso. No puedo articular palabras. Las lágrimas se me acumulan en los ojos cuando pienso en Max y en quién era, y en Colton y lo que es para mí. La confusión me supera. Me hunde. Me ahoga.

—¿Cómo te atreves? —gruño, herida y me dejo llevar por la ira antes de sucumbir a la pena.

Sin embargo, Colton aún no ha terminado. Da un paso hacia mí y se señala el pecho con el dedo.

—Pero yo estoy vivo, Rylee ¡Y él no! —Sus palabras me rompen por dentro. Se me escapa una lágrima y le doy la espalda para esconderme de sus palabras, tal vez si no veo la súplica y el dolor en su mirada, no tendré que aceptar la verdad de lo que dice—. Soy quien tienes delante, de carne y hueso, quien te necesita, así que acepta que eres tú a quien deseo. A nadie más —despotrica, su voz reverbera en el cemento que nos rodea, como si quisiera reforzar sus palabras—. Tienes que aceptarme por lo que soy, con defectos y todo... —Se le quiebra la voz—. O sal de mi vida, porque, en este momento, ahora mismo, ¡esto es todo lo que puedo darte! ¡Todo lo que puedo ofrecerte!

Percibo el dolor en su voz, la agonía en sus palabras, y me rasgan el alma hasta que se me escapa un sollozo. Me llevo una mano a la boca mientras con la otra me abrazo el abdomen.

—¡Ya vale, Colton! —El grito de Beckett atraviesa el aire de la madrugada cuando ve lo angustiada que estoy—. ¡Se acabó!

De reojo, veo a Colton darse la vuelta hacia él con los puños apretados, sobrepasado por las emociones. Beckett no se amedrenta ante la mirada penetrante de Colton, sino que avanza otro paso hacia él y lo taladra con la mirada.

—Adelante, Wood —desafía con voz firme como el hierro—. Ven aquí y te partiré esa bonita cara en un suspiro.

Miro a Beckett a los ojos un instante y la frialdad de su mirada me sorprende, luego miro a Colton. Tiene la cara tensa y el pelo negro le cubre

la frente. Le arden los ojos de rabia. Lo observo mientras taladra a Beckett con la mirada. Me mira un momento y cualquiera que sea la expresión de mi cara hace que no aparte la vista. Noto el dolor y la incertidumbre en sus pupilas y me doy cuenta de que, por mucho daño que me haga, lo que dice es cierto.

Max está muerto y no va a volver. Colton está aquí, está vivo y me quiere en su vida de una forma u otra a pesar de ser incapaz de verlo o aceptarlo. En su mirada percibo una súplica para que lo elija, lo acepte. Sin los fantasmas de mis recuerdos. Solo a él. Incluso las partes que están rotas.

La elección es muy fácil, ni siquiera es una elección.

Doy un paso para acercarme a esos ojos que revolotean frenéticos en todas direcciones como un niño asustado. Miro a Beckett y le dedico una sonrisa insegura.

—No pasa nada, Becks. Tiene razón —susurro y me vuelvo hacia Colton—. Tienes razón. No puedo esperar que seas como Max o comparar lo nuestro con aquello. —Doy otro tímido paso hacia él.

—Y yo no quiero que pienses que tienes que ser como Cassandra —dice, lo que me coge por sorpresa al acercarse tanto a la inseguridad que siento.

Levanto la mano hacia él, una ofrenda de paz, y él la coge para acercarme hacia sí. Aterrizo sobre la firmeza de su pecho y me abraza con sus fuertes brazos, un gesto tranquilizador después de los horribles y dañinos insultos que nos hemos dedicado. Entierro la cara en su cuello y siento su pulso en los labios. Me acaricia la espalda y enreda los dedos en mi pelo. Me besa la cabeza mientras yo inhalo su aroma.

—Tú. Esto —murmura en un suspiro entrecortado—, me asusta muchísimo. —Se me para el corazón y me quedo sin aliento cuando se calla, lo único que escucho además de mis pensamientos es su latido—. No sé cómo... No sé qué hacer.

Si no lo hubiese sabido ya, la cruda emoción de su voz me habría dejado de piedra. El corazón me vuelve a latir, se me para y se me sale del pecho. Espero que él lo recoja. Me agarro a su camiseta, su confesión me llena de esperanza y posibilidades. Nos da una oportunidad. Cierro los ojos y me doy un minuto para grabar este instante en la memoria.

—Yo tampoco, Colton —murmuro contra la piel de su cuello—. A mí también me asusta.

—Mereces mucho más de lo que soy capaz de darte. No sé cómo ni qué hacer para darte lo que necesitas. No...

Aprieto más el puño, el miedo es tan evidente en su tono que me encoge el corazón.

—No pasa nada, cariño —le digo y le beso en el cuello—. No necesitamos tener todas las respuestas ahora.

—Es solo que... —Se atraganta con las palabras y me abraza más fuerte mientras la vorágine de ruidos de Las Vegas nos envuelve. En esta ciudad de pecado e inmoralidad he encontrado la belleza y la esperanza en el hombre que me sostiene—. Es demasiado. No sé cómo...

—No hay prisa. Podemos hacer las cosas con calma y ver a dónde nos llevan. —La desesperación se esconde entre mis palabras.

—No quiero darte falsas esperanzas si no... —Sacude la cabeza y suspira para terminar la frase.

Levanto la cabeza y miro al hombre que me ha robado el corazón. Un corazón que creí que nunca sería capaz de curarse y volver a querer.

—Solo inténtalo, Colton —suplico—. Por favor, dime que lo intentarás.

Las emociones se debaten en su expresión con su resistencia a necesitar a otra persona. Hay demasiadas cosas sin decir en sus ojos. Se inclina y me da un beso suave en los labios antes de enterrar la cara en la curva de mi cuello y permanecer así.

Nos quedamos quietos, sin movernos, en el suelo de cemento del aparcamiento. Dando todo de nosotros hasta consumirnos.

Y no se me escapa que no ha llegado a responder.

\*\*\*

Empieza a amanecer cuando bajamos del avión y subimos a la limusina que nos espera en Santa Mónica. Estamos agotados del torbellino de la noche anterior. Miro el perfil de Colton mientras esperamos a que Sammy se suba al vehículo. Tiene la cabeza apoyada en el asiento y los ojos cerrados. Recorro la silueta de su nariz hasta la barbilla y la nuez. Se me encoge el corazón solo con verlo y pensar en lo importante que se ha vuelto para mí en tan poco tiempo. Me está ayudando a superar algunos de mis miedos y

espero que, con el tiempo, confíe en mí lo suficiente para compartir conmigo los suyos.

Beckett tenía razón sobre él. Provoca emociones muy intensas. Es fácil quererlo y odiarlo al mismo tiempo. Esta noche hemos hecho un gran avance, al admitir que lo nuestro lo asusta, pero no sé si eso significa que está enamorado de mí o que no vaya a hacerme daño al final.

Que no me respondiera me dice que sus palabras y su corazón siguen en conflicto. Y que no está seguro de poder reconciliarlos. Quiere estar conmigo. Lo veo en sus ojos, en su actitud y en la dulzura de sus besos.

Sin embargo, también soy consciente del miedo, de la ansiedad y la incapacidad de confiar en que no le abandone, en que amar no significa perder el control.

Es como si cada vez que nos acercásemos demasiado, me alejase más de él. Mantenerme a una distancia segura le ayuda a controlar un poco el miedo. Le ayuda a desterrarlo. Bueno, ¿y si no me dejo acobardar por los comentarios? ¿Si dejo de preocuparme por su silencio distante? ¿Y si en vez de dejar que me afecte, lo ignoro y sigo como si no hubiera dicho nada? ¿Entonces qué?

Colton mueve la cabeza y me mira con una dulzura que hace que me entren ganas de acurrucarme con él. ¿Cómo iba a ser capaz de abandonar esa cara? Lo único que podría alejarme de él es que me pusiera los cuernos. Está adormecido y feliz, pero sigue algo alterado.

Haddie tararea la canción que suena en los altavoces. Me esfuerzo por escuchar y la miro a los ojos cuando reconozco *Glitter in the Air*. De todas las canciones que existen, ¿cómo no iba a sonar esta?

—Puñetera Pink —gruñe Colton con una voz sensual y adormecida que me hace sonreír.

Haddie suelta una risita en el asiento de enfrente.

—Podría dormir un día entero —comenta mientras deja caer la cabeza en el hombro de Beckett.

—Ajá —murmura Colton, cambiando de postura para tumbarse en el asiento y apoyar la cabeza en mi regazo—, y yo voy a empezar ya. —Ríe.

—Te hace falta un buen sueño reparador, princesa.

—Que te den, Becks —dice en mitad de un bostezo. Tiene la voz tomada por la mezcla del alcohol y el agotamiento—. ¿Quieres acabar lo que



empezamos antes? —Se ríe a la vez que intenta abrir los ojos. Está tan cansado que apenas levanta un párpado.

Beckett suelta una carcajada que resuena en el silencio del coche.

—No sería justo. En el sur sabemos pelear.

—No te haces una idea de los golpes que he soportado. —Colton me acaricia el abdomen con la nuca.

—¿De verdad? Cuando una tía te da una bofetada al descubrir que no es más que un rollo de una noche no cuenta —responde Beckett mientras me mira a los ojos y sacude la cabeza para asegurarme que solo está de broma para picar a Colton. Tengo la sensación de que podría estar mintiendo.

—Ya —murmura y se queda en silencio. Damos por hecho que se ha quedado dormido, pues se le acompasa la respiración, cuando de repente vuelve a hablar en un tono casi juvenil, irreal—. Prueba a que tu madre te dé con un bate. —Respira—. O que te rompa el brazo con tal fuerza que haga que el hueso atraviese la piel —gruñe. Levanto la vista de golpe hacia Beckett, que tiene la misma cara de sorpresa que yo—. ¿Qué te parece? Eso es mucho peor que el único puñetazo que te daría tiempo a darme antes de que te dejase en el suelo. —Suelta una especie de risa—. Es peor que cualquier puñetazo que puedas darme, capullo —repite, antes de que se le escape un suave ronquido.

Automáticamente recuerdo la cicatriz que tiene en el brazo que le vi la semana pasada. Ahora entiendo por qué cambió de tema cuando le pregunté por ella. La compresión que sentía en el corazón minutos antes a causa de mis sentimientos por Colton se intensifica por algo que apenas puedo empezar a comprender.

La mirada de Beckett me deja claro que también es nuevo para él. Incluso él, que conoce a Colton desde hace tantos años, no conoce ni una pizca de los horrores que tuvo que pasar de niño.

—Como he dicho —susurra—, salvavidas. —Levanto la vista de golpe y asiente con intensidad—. Creo que eres su salvavidas.

Intercambiamos un silencio de complicidad y entendimiento, luego vuelvo a mirar al hombre que ambos queremos y que ronca plácidamente en mi regazo.

## Capítulo 10

La casa está tranquila y en silencio; la luz del sol entra por las ventanas de la cocina. Es casi mediodía, pero todos siguen durmiendo excepto yo. Me he despertado, muerta de calor, con una sensación de claustrofobia y el peso muerto de Colton aplastándome todo el cuerpo. Por muy maravillosa que fuera la sensación de tener su cuerpo sobre el mío, por mucho que intenté obligarme a dormir un poco más, no pude. Así que, a pesar de tener a Colton apoyado en la almohada a mi lado, me escabullí como pude lejos de él, salí de la cama y fui a buscar un ibuprofeno para el dolor de cabeza.

Me siento a la mesa de la cocina y escucho el ligero ronquido de Beckett que duerme en el sofá. Bebo un largo trago de agua a ver si consigo despejar el aturdimiento del alcohol. Bostezo y apoyo la cabeza en los brazos doblados sobre la mesa. Dios, qué cansada estoy.

A lo lejos, oigo el timbre de mi móvil que se cuele en mis sueños. Intento ayudarlo. A ese niño de pelo negro y ojos asustados que se aleja de mí cuando una fuerza desconocida tira de él. Le tengo cogido de la mano, pero nuestros dedos se van soltando lentamente. Me suplica ayuda. Entonces, el timbrado del teléfono me sorprende, así que le suelto y se me escapa mientras grita de terror. Grito por la pérdida y me despierto del sobresalto, desorientada, en la mesa de la cocina.

El corazón me late a toda velocidad y respiro acelerada mientras intento calmarme. Solo ha sido un sueño. Un sueño sin importancia. Dejo caer la cabeza sobre las manos y me aprieto los párpados con los dedos para intentar borrar la imagen del niño que no pude salvar.

Escucho la voz raspada de recién levantado de Colton desde el

dormitorio. Me levanto y empiezo a caminar en su dirección cuando el tono de su voz se eleva.

—¡Cómo se atreve, señora! —Su voz resuena por el pasillo.

Tardo unos segundos en entender lo que pasa. ¡Qué día es hoy! El teléfono interrumpiendo el sueño. Aparto la silla de un empujón y salgo corriendo hacia el dormitorio.

—¡Colton, dame el teléfono! —grito, el corazón se me acelera y se me bloquea la garganta por el pánico al cruzar el umbral de la puerta.

Tiene el móvil en la oreja. Me fijo en su cara de absoluto asombro. El corazón me da un vuelco, consciente de las palabras llenas de odio que está escuchando. Rezo porque no le diga nada.

—Por favor, Colton —suplico y levanto las manos para que me pase el teléfono. Me mira a los ojos en busca de una explicación a lo que está oyendo. Sacude la cabeza cuando ve que sigo con la mano extendida.

Suspira en voz alta y cierra los ojos antes de hablar.

—Señora, ¿señora? —dice con energía—. Ya ha dicho lo que tenía que decir, ahora me toca a mí. —La voz de la mujer a través del altavoz desaparece ante la severidad de Colton. Se pasa la mano libre por el pelo y la V de músculos de su cadera que desaparece bajo las sábanas se flexiona cuando se pone tenso—. Siento muchísimo la pérdida de su hijo, pero sus acusaciones son repulsivas. Rylee no hizo nada malo, solo sobrevivió a un terrible accidente. Que ella esté viva y Max no, no significa que lo haya matado. No, me va a dejar acabar —dice con firmeza—. Entiendo que está sufriendo, que siempre lo estará, pero eso no convierte a Rylee en culpable de nada. Fue un accidente horrible provocado por circunstancias que escapan al control de cualquier persona.

Escucho una letanía de susurros que se corresponden con las palabras que no puedo escuchar y que conforman la respuesta que no puedo descifrar, se me tensa el cuerpo cuando me imagino lo que le habrá revelado.

—¿Y no cree que ya se siente lo bastante culpable por sobrevivir? Usted no es la única que lo perdió aquel día. ¿De verdad cree que pasa un solo día sin que piense en Max o en el accidente? ¿Que no desearía haber muerto ella en su lugar?

Los ojos se me llenan de lágrimas, las palabras de Colton son tan ciertas que no puedo contenerme. Me ruedan por las mejillas y me vienen a la

cabeza imágenes que nunca podré borrar. Max luchando por seguir con vida. Max luchando por sobrevivir. Las miles de promesas que hice a Dios aquel día suplicándole que nos dejase salir con vida.

A todos.

Algo que no entiendo aparece por un instante en los ojos de Colton provocado por lo que oye; mis lágrimas ganan fuerza. Pasan un rato en silencio mientras procesa lo que le acaba de revelar. Me mira y soy incapaz de comprender la enigmática mirada que me dedica antes de pasar a concentrarse en el exterior a través de la ventana.

—Siento mucho su pérdida, pero esta ha sido la última vez que llama a Rylee para acusarla de nada. ¿Lo entiende? —dice, autoritario—. Le contesta porque se siente culpable. Deja que la ataque, que la acuse y la degrade porque quería a su hijo y no quiere que usted sufra más de lo que ya lo hace. Pero se acabó. Le hace daño y no pienso permitirlo. ¿Entendido?

Colton respira largamente y tira el teléfono sobre la cama. Se queda mirándolo un rato sin decir nada. El corazón me late muy deprisa y los latidos me retumban en los oídos cuando lo miro, sobrepasada por las emociones mientras espero.

Finalmente, después de lo que me parecen horas, sacude la cabeza y apoya las manos en el regazo.

—Eres la mujer más generosa que conozco, Rylee. Cargas con tu propia culpa, le permites a ella que descargue el sufrimiento contigo, das a los chicos todo lo que tienes...

Me tiembla el cuerpo expectante por lo siguiente que dirá, el motivo por el que no me mira a los ojos. Las emociones me recorren el cuerpo y me devoran mientras espero a que termine de poner las ideas en orden.

Me mira despacio, con una mezcla de confusión y compasión.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta, en tono amable mientras busca una explicación en mi mirada.

Me encojo de hombros y le evito la mirada, intento mantener la compostura. Fallo estrepitosamente, me rompo en mil pedazos y las lágrimas se convierten en gemidos cuando levanta una mano para tirar de mí y acercarme a él. Me hundo en la cama mientras me abraza y me mantiene cerca de él. Me acaricia el pelo y apacigua el dolor con palabras tranquilizadoras mientras lloro. Me suelta un momento para colocar unas

almohadas detrás, recostarse y llevarme hacia él para que mi cabeza quede apoyada sobre su pecho desnudo.

El ritmo de sus latidos me calma. Me doy cuenta de que estar con Colton alivia un poco el dolor del día de hoy. No es que duela menos, pero es más fácil. Por primera vez, pienso en Max y recuerdo los buenos tiempos, no solo las imágenes finales destrozado, sangrando y al borde de la muerte. Sonrío al acordarme del adolescente del que me enamoré como una colegiala y en el hombre con el que había decidido pasar el resto de mi vida. Me acuerdo de lo nervioso que estaba el día que me pidió que me casase con él y de la sorpresa, el amor y la emoción de sus ojos cuando le dije que estaba embarazada. Me daba tanto miedo contárselo, tenía miedo en general, pero cuando me abrazó y me dijo que estaba entusiasmado y que todo saldría bien, me permití ceder a la esperanza y el asombro que hasta entonces había contenido.

Colton me besa con dulzura en la cabeza.

—¿Quieres contármelo?

Casi me río. Las palabras resultan tan hipócritas para alguien que nunca habla de su pasado. Se me escapa alguna que otra lágrima que cae sobre su pecho y la limpio rápidamente.

—Perdona —me disculpo y lo miro—. Después de anoche, creo que lo único que te apetece es aguantar a una idiota llorona.

Levanta el brazo y me pasa la mano por el pelo mientras suspira en voz alta.

—No se me dan bien estas cosas, Rylee. Joder, no sé qué hacer ni qué decir.

Siento lo incómodo que está con una mujer que se derrumba entre sus brazos. Odia el drama. Lo sé. Le acaricio el pecho.

—No tienes que hacer nada. Que estés aquí y me hayas defendido ante de Claire es suficiente. —Suspiro.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Noto una punzada de dolor en su voz y me sorprende.

Sé que se refiere al bebé. Mi bebé. La parte de mí que murió para siempre aquel día. El hueco de mi corazón que siempre permanecerá vacío.

—No es que tú seas muy abierto con el pasado —digo y las palabras se quedan flotando en el silencio—. Eres tan firme en lo de no querer niños que

no pensé que fuese importante. Creí que te daría igual.

Contiene el aliento.

—Joder, Rylee. —Tiene la voz tomada y aprieta los puños detrás de mi espalda—. ¿Tan mala opinión tienes de mí? Que no quiera críos no significa que no comprenda tu situación, tu pérdida.

Giro la cabeza y la apoyo sobre la barbilla. Le evito la mirada y con el dedo dibujo las líneas del tatuaje que le cubre parte del costado.

—Estaba... —Me detengo e intento poner en orden los recuerdos—. Me quedé muy sorprendida al descubrir que estaba embarazada. Vamos a ver, acababa de terminar la universidad. Lo veía todo blanco o negro por aquel entonces. Tenía un plan: primero la universidad, después casarme y, luego, formar una familia —sonríó ligeramente—. Pero ya sabes lo que dicen, los mejores planes son los que no se planean. —Suspiro temblorosa—. Tenía mucho miedo a la reacción de Max. Cuando se lo dije, me miró asombrado. Todavía lo recuerdo. Admitió que estaba asustado pero me dijo que no importaba porque todo saldría bien. Me pregunté cómo podría estar tan seguro cuando todo estaba a punto de cambiar en nuestras vidas.

Me callo un momento, los recuerdos me vienen a la memoria sin parar. Me doy la vuelta y giro la cabeza para mirar a Colton mientras una lágrima se me escapa de la comisura del párpado.

—Niña —cuento con la respiración entrecortada—, el bebé era una niña. —Asiente y me limpia la lágrima—. Seguía aterrorizada por lo de tener un bebé, pero entonces me dio una patada. —Me quedo en silencio y se me tensa el pecho al recordar esa sensación que nunca volveré a experimentar—. Me enamoré de ella al instante. Todas las dudas se desvanecieron. —Me aclaro la garganta mientras Colton espera paciente, sin apartar la mirada—. Estaba de siete meses y medio cuando pasó el accidente. La primera noche supe que no había sobrevivido, pero me negaba a creerlo. Estaba sangrando mucho y el dolor era indescriptible. Le supliqué que se moviera. Que me diese una patada una vez más.

Me estremezco y recuerdo todo lo que recé aquella noche.

—En cierto modo, la esperanza de que siguiera con vida fue lo que me hizo seguir luchando.

—Lo siento mucho, Rylee —susurra.

—Tardaron tanto en rescatarme que cogí una infección. Por lo que dijo el

médico, el daño se había extendido lo suficiente como para destruir la posibilidad de volver a quedarme embarazada. —Me aclaro la garganta antes de seguir—. La madre de Max, Claire, me culpa de todo.

—Eso es una locura —interviene.

Me encojo de hombros, estoy de acuerdo, pero aún dejo que la culpa me convenza de lo contrario.

—Cree que si no nos hubiésemos estado acostando antes de casarnos nada de esto habría pasado.

Colton resopla.

—Estuvisteis juntos, ¿cuánto? ¿Seis años?

Le sonrío.

—Casi siete.

—¿Y esperaba que fueseis célibes todo ese tiempo?

—A cada cual con sus creencias. —Me encojo de hombros—. Hicimos ese viaje porque era la última oportunidad que teníamos de escapar de todo. Estaba muy estresada y el médico se empezaba a preocupar por mi presión arterial. Max quería ayudar a que me relajara. Pasar un poco de tiempo juntos antes de que llegase el caos. Así que me culpa por matarlos a él y a su nieta.

—Sabes que no es verdad, Rylee.

—Lo sé, pero no hace que la culpa desaparezca. En el aniversario de su muerte y en su cumpleaños me llama para descargar la ira y la tristeza. —Cierro los ojos un momento e intento alejar las horribles imágenes que me aterran en sueños—. Supongo que es su terapia y, aunque me destroza por dentro, escucharla es lo mínimo que puedo hacer. —Me atrae más hacia su pecho y me abraza para reconfortarme mientras apoya la barbilla en mi cabeza—. Por muy raro que parezca, conocerte y pasar tiempo contigo me ha ayudado a darme cuenta de que poco a poco empiezo a aceptar lo que pasó. Con el tiempo, he podido recordar a Max y cómo era antes del accidente, no solo después. Creo que la peor parte es lo del bebé. —Suspiro—. Es muy posible que nunca vuelva a tener la oportunidad de ser madre. —Me acomodo en el hueco de su cuello—. Ahora tendría dos años.

Contengo el sollozo antes de que se me escape, pero Colton lo percibe. Me aprieta más fuerte, que me escuche y oírlo respirar es todo lo que necesito. Es como si me hubiesen quitado un peso de encima. Todo ha salido

a la luz. Ahora lo sabe. Todo. Me agarro a él porque, por algún motivo, tenerlo aquí completa la transformación que estoy experimentando.

Ya no quiero estar sola y estoy harta de ir por la vida como si estuviera dormida. Quiero volver a sentir de las maneras extremas que Colton me hace sentir.

Estoy lista para volver a vivir. Vivir de verdad. Y, en este momento, Colton es el único con el que imagino compartir estos recuerdos. Cierro los ojos y me acomodo en su pecho, el sueño que antes me evitaba parece volver a mí. Empiezo a dejarme llevar cuando su voz me hace abrir los ojos de golpe.

—Cuando tenía seis años —habla tan bajo que, si no fuese por la vibración de su pecho, ni me habría dado cuenta. Para un momento y se aclara la garganta—. Cuando tenía seis años, la mujer que me dio a luz me dio una paliza tan fuerte que acabé en el hospital, inconsciente. —Suspira en voz alta y yo contengo el aliento.

¡Joder! Está hablando de su pasado y el dolor de su voz me advierte de que las heridas siguen abiertas, infectadas. ¿Cómo superar el dolor de que tu propia madre te pegue? ¿Cómo vas a aceptar el amor de nadie cuando la persona que se supone que debía protegerte fue la que más daño te hizo? No tengo palabras, así que lo abrazo con fuerza y le doy un beso en el esternón.

—¿El hospital llamó a la policía? ¿A servicios sociales? —pregunto con timidez, insegura de cuánto piensa compartir conmigo.

Siento que asiente con la cabeza.

—Mi madre fue la que llamó a emergencias. Les dijo que había sido mi padre y que ella era quien lo había parado. —Hace una pausa y dejo que se tome un minuto para recomponerse y controlar las emociones—. Nunca conocí a mi padre así que estaba demasiado asustado de lo que me haría si le llevaba la contraria, era demasiado pequeño para saber que la vida podía ser de otra manera. Después de eso me sacó del colegio. No dejamos de mudarnos para que los servicios sociales no pudiesen comprobar cómo iba todo.

Se le apaga la voz. Tengo tantas cosas en la cabeza que quiero decir para consolarlo: que no fue culpa suya, que el amor no tiene por qué ser así, que es un superviviente por salir de aquello y prosperar... Pero sé que mis palabras no servirán de nada ante los años de abuso que tuvo que soportar, ni



aliviarán la carga psicológica que estos provocaron. Además, seguro que lo ha escuchado una y otra vez de cientos de psiquiatras.

Lo miro y la angustia de su mirada me da a entender que lo que me ha contado solo es una de las múltiples pesadillas que tuvo que soportar de niño. ¿Le digo lo que confesó anoche en la limusina? Me debato sin saber qué hacer y al final decido que no. Cuando comparta su pasado debe ser según sus condiciones. Abro la boca para hablar, pero me corta antes de que empiece.

—Rylee, por favor, no sientas pena por mí.

—No, no lo hago —tartamudeo, sé que es lo último que quiere, pero es evidente que miento. ¿Cómo no voy a sentir pena por ese niño que una vez fue?

—Fue hace una eternidad. Ese niño... ya no soy esa persona.

Y una mierda. Es quien es por lo que le pasó. ¿Es que no lo ve? Le beso en el pecho.

—¿Sabes qué le pasó a tu madre? —pregunto, vacilante; casi me da miedo preguntar pero quiero saber tanto como pueda mientras siga con ganas de hablar.

Se queda un rato en silencio. Quita la mano de mi espalda y se la pasa por la mandíbula mientras suspira.

—Después de que mi padre me encontrase en el plató aquel día, me llevó al hospital. Se quedó conmigo —rememora con una voz de absoluta adoración—. No tenía ni idea de que fuera un director famoso. Ni siquiera habría sabido lo que eso significaba. Mucho después, supe que malgastó un día entero de rodaje en el estudio para estar conmigo en el hospital. Por aquel entonces, recuerdo pensar que tenía una voz y unos ojos amables. No me miraron con malicia ni cuando me estremecí cuando me tocó... —Se pierde en los recuerdos y dejo que se evada un momento—. Hizo que me trajeran todo tipo de comida a la habitación del hospital. Nunca olvidaré la cara con la que me observaba mientras comía cosas que nunca había probado. Cosas que cualquier niño de mi edad debería haber probado ya muchas veces. Recuerdo fingir que dormía cuando la policía le dijo que habían encontrado a mi madre y que iban a interrogarla, que las radiografías y los exámenes habían puesto en evidencia años de... —Hace una pausa para buscar la palabra adecuada y yo contengo el aliento pensando cuál de las horribles

opciones elegiré—. Negligencia. Ha sido la única vez en toda mi vida que le vi hacer uso de su estatus para conseguir lo que quería. Les preguntó a los policías si sabían quién era. Les dijo que lo arreglasen con quien hiciera falta, pero que a partir de ese momento estaba bajo su custodia. Que contrataría un equipo de abogados si hacía falta, pero así es como iba a ser. —Sacude la cabeza y ríe en voz baja.

—Vaya... —No tengo palabras. No quiero ensuciar el recuerdo diciendo lo que no debo, así que me callo.

—Sí. —Suspira—. Volví a ver a mi madre una vez, pero fue en el juzgado. Sé que fue a la cárcel, pero no supe nada más. Nunca quise. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo me preguntaba cómo había acabado. A lo mejor si supieses lo que le pasó, si rellenases los huecos, podría ayudar a que las pesadillas desaparecieran y...

—Creo que por hoy se acabó lo de compartir —me corta y cambia de postura repentinamente de forma que quedo tumbada sobre la espalda y el medio tumbado encima de mí con las piernas entrecruzadas con las mías.

—Ah, ¿sí? —Sonríe cuando veo cómo relaja la expresión de la cara y el dolor de sus ojos desaparece—. ¿Así es la única forma de hacerte hablar, un intercambio? ¿Lo tuyo por lo mío?

—Bueno... —Sonríe con picardía y me empuja contra el colchón con las caderas—. Ya has visto lo mío. —Levanta las cejas, sugerente—. Lo justo sería...

El repentino cambio de tema no me pasa desapercibido; su tendencia a pasar al plano físico cuando las cosas se ponen demasiado serias entre nosotros. Normalmente, me mostraría reticente a usar la intimidad para aliviar la tristeza, pero esta mañana quiero que me ayude a olvidar, aunque sea un poco, el dolor que tengo arraigado en el alma desde aquella noche dos años atrás.

Me retuerzo debajo de él, con el cuerpo palpitante por la necesidad de sentirlo dentro. Me encanta que su lado juguetón haya reaparecido para iluminar la oscuridad de la mañana.

—Pensaba que habías dicho que se acabó lo de compartir.

El sonido de su risa me enciende por dentro mientras su pecho vibra contra el mío. Levanto la cabeza, le atrapo el labio inferior entre los dientes y

tiro de él. El gruñido bajo de deseo que se le escapa desde el fondo de la garganta me vuelve loca.

Me recorre el torso con las manos y coloca una palma sobre uno de mis pechos. Me acaricia el pezón con el pulgar y me provoca una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Se inclina y me besa suavemente en los labios.

—Vamos a ver lo tuyo —murmura con una sonrisa en los labios. Me aprieta el pezón con el índice y el pulgar y doy un grito ahogado que se pierde entre sus labios.

—¿Alguna vez me saciaré de ti? —pregunta contra mis labios. Y yo me pregunto lo mismo. ¿Alguna vez tendré suficiente? ¿De esto? ¿De su sabor? ¿Del roce de su cuerpo o sus gruñidos que me demuestran cómo lo hago sentir al tocarlo? ¿Siempre será capaz de llevarme a este estado de excitación que roza la locura? En algún momento se me tendrá que apagar el deseo. Cuando me toca, todos mis pensamientos desaparecen y solo queda uno que me cruza la mente.

Nunca.

## Capítulo 11

Avery me sonrío mientras repaso los horarios y las normas y procedimientos básicos.

—Sé que es mucha información de repente, pero una vez que te acostumbras, no tendrás ni que pensarlo.

Asiente y mira a Zander. Está sentado en el sofá, abrazado a su perrito de peluche mientras ve la tele.

—¿Cuál es su historia? —pregunta en voz baja.

Miro a Zander por encima del hombro y sonrío. Aunque sigue sin hablar mucho, solo alguna palabra suelta de vez en cuando, parece estar mucho mejor desde el día en el circuito de carreras. Se relaciona más con los chicos y veo rastros de emoción en su cara, que antes parecía impertérrita. La terapeuta dice que empieza a participar, a interactuar con ella.

Es un comienzo. Los progresos llevan su tiempo.

Protejo a mis chicos como una mamá gallina y no suelo contar a los empleados su pasado hasta que llevan un tiempo aquí.

—Es Zander. No habla mucho, pero estamos en ello. Ha pasado por una situación difícil y lo está sobrellevando. Pero lo conseguirá.

Me dedica una mirada burlona, pero hago caso omiso de su interés y paso a lo siguiente. Suena el timbre y la repentina interrupción me sobresalta. Jax está en el entrenamiento de béisbol con Shane y Connor, así que me levanto para abrir la puerta.

Cuando miro por la mirilla, me pilla por sorpresa ver a la hermana de Colton. Abro la puerta con cautela, vencida por la curiosidad.

—¡Menuda sorpresa! Hola, Quinlan.

Trato de sonreír mientras el corazón me late a toda velocidad. Me maravilla que una mujer tan hermosa y de aspecto tan dulce sea capaz de ponerme tan nerviosa.

—Rylee. —Asiente con la cabeza sin sonreír—. He venido a echar un vistazo al lugar antes de hacer una donación para el nuevo proyecto. Quiero saber exactamente para qué se va a usar mi dinero.

¡Hola a ti también! Sonrío con tirantez y la invito a pasar. Al menos podría ser un poco más amable, un poquito menos fría. ¿Qué le he hecho para merecer un trato tan distante?

—Me encantará hacerte de guía —me obligo a decir. Desearía pasarle el muerto a algún otro cuidador pero mi educación y profesionalidad no me lo permiten. Además, algo me dice que esta visita no tiene mucho que ver con conocer el lugar para hacer una donación. Esbozo una sonrisa falsa—. Por favor, sígueme.

Le digo a Avery que se quede a cargo de vigilar a los chicos y me dedico a enseñarle a Quinlan todo el lugar y a explicarle los beneficios que supone. Seguramente estoy divagando, pero no me ha hecho ninguna pregunta. En vez de eso, me ha mirado fijamente todo el tiempo con apariencia tranquila pero crítica. Unos veinte minutos después, caigo en que la inspección que está haciendo no es del Hogar ni de lo que hacemos por los chicos. Solo me inspecciona a mí.

Ya he tenido bastante.

Echo un vistazo para asegurarme de que los chicos siguen fuera con Avery antes de girarme para enfrentarme a ella.

—¿Qué haces aquí, Quinlan? —Mi tono combina con las pocas ganas de gilipollices que tengo.

—Ver si las instalaciones son dignas de una donación —responde, con demasiada dulzura como para que sea verdad. Me sostiene la mirada y veo que algo escapa a su coraza de reina del hielo.

—Te aseguro que las instalaciones y los chicos lo merecen —le digo—, pero seamos sinceras, ¿a qué has venido? ¿A ver si las instalaciones son dignas de una donación o a ver si yo soy digna de tu hermano? —Quinlan abre los ojos: he dado en el clavo. Una cosa es ser protectora con su hermano. Eso lo entiendo. Pero portarse como una cabrona es otra cosa—.

¿Y bien?

Ladea la cabeza y me mira.

—Intento averiguar tu objetivo.

—¿Mi objetivo?

—Exacto. —Su voz es implacable y sus ojos emiten la misma intensidad que los de Colton—. No eres la típica muñequita idiota con la que mi hermano suele salir. Intento averiguar qué es lo que quieres sacar de esto. De él. —Frunce los labios y me mira fijamente. Sin duda, la cara de asombro que se me queda es digna de ver.

—¿Perdona? -espeto, muy ofendida.

—¿Eres una fanática de las carreras? ¿Quieres conseguir un papel en la próxima película de papá? ¿Una aspirante a modelo que busca llegar a las pasarelas saltando de cama en cama? Me muero de ganas de oírlo.

—¿Cómo? —Me la quedo mirando un rato, alucinada, hasta que el asombro deja paso al enfado—. ¿Cómo te atreves?

—Espera, ¡ya lo entiendo! —Sonríe sarcástica y me entran ganas de estrangularla—. Necesitas el dinero para este proyectillo tuyo —explica, y señala con la mano a nuestro alrededor—. Le usas para ganar notoriedad con esto.

—Eso está fuera de lugar.

Doy un paso adelante, ya me da igual que sea la hermana de Colton. Me gustaría decirle cosas mucho peores pero estoy en el trabajo y nunca se sabe cuándo habrá oídos impresionables escuchando. Sin embargo, tengo un límite en el que me olvido de mis modales y está muy cerca de superarlo.

—¿Sabes qué, Quinlan? He intentado ser amable, he intentado ignorar tu actitud de mierda y tus comentarios condescendientes, pero se acabó. Colton vino a por mí, no al revés. —Arquea una ceja como si no me creyera—. Sí. —Río—. A mí también me cuesta creerlo, pero así es. No quiero nada de tu hermano más que hacerle entender que se merece mucho más de lo que se ha permitido tener hasta ahora. —Retrocedo y sacudo la cabeza—. No tengo porqué darte explicaciones ni justificarme ante tus ridículas acusaciones. Gracias por tu falsa intención de hacer una donación, pero no quiero tu dinero. No a cambio de que me juzgues. Creo que deberías irte. —Señalo el pasillo, temblando de ira.

Me dedica una amplia sonrisa, baja la guardia y su expresión se relaja por

primera vez desde que la conozco.

—Todavía no. No hemos acabado.

¿Cómo? Genial, me muero de ganas de disfrutar del resto de esta conversación tan estimulante.

—Sabía que eras de verdad. —Sonríe y respira hondo—. Tenía que asegurarme de que tenía razón.

¡Zas!

¿Me he perdido algo? Estoy tan confusa que abro la boca y la miro como si se le hubiera ido la olla. Lo de cambiar de tema cual esquizofrénico debe ser cosa de familia. Como me quedo mirándola con desdén sin decir nada, continúa:

—Nunca había visto a Colton así en la pista. Alguna vez se ha traído a sus amiguitas, las lleva colgadas del brazo como un adorno, pero no les hace ni caso. Nunca había dejado que nadie le distrajera cuando está conduciendo. Tú lo hiciste. Nunca le había visto tan... —Se para a buscar la palabra correcta— embelesado con alguien. —Cruza los brazos sobre el pecho y se apoya en la pared—. Luego, papá me cuenta que se encontró contigo en la casa de Broadbeach. ¿Y entonces Becks me dice que fuisteis juntos a Las Vegas?

¿Por qué las mujeres de la vida de Colton tienen esa manía de controlar todo lo que hago y juzgarme?

¿Embelesado? Puede que Colton me hubiera dicho que le daba miedo, pero no ha hecho ninguna referencia al amor ni a algo por el estilo. Desde luego, no ha mencionado que esté embelesado. Soy diferente al tipo de chicas con las que suele salir, esas que buscan algo de él o quieren presumir de acompañante. Yo lo quemo. Lo asusto. Pero, por algún motivo, a pesar de todo, no consigo que quiera intentar algo más allá de lo que está acostumbrado. No soy suficiente para que cambie su forma de actuar. No se va a enfrentar a sus demonios por mí, ni siquiera está dispuesto a hablar de ellos. Y, en mi opinión, es la única manera en la que podría dejar entrar las emociones que veo rebosar en sus ojos y que percibo cuando me toca.

Aparto esos pensamientos y me concentro en Quinlan. Me sigue mirando. Tan fijamente que hace que me estremezca ante su escrutinio.

—¿Qué me quieres decir, Quinlan?

—Escucha, por mucho que Colton se haga el inalcanzable y crea que ni

yo ni nadie de la familia sabe nada de sus pequeños acuerdos —pone los ojos en blanco asqueada— no es ningún secreto para nosotros. Sus estúpidas normas y su actitud sexista causan estragos. Por muy en desacuerdo que esté con él y sus métodos, sé que cree que es la única forma en la que puede tener una relación, necesita manejarlo así.

Me sostiene la mirada como si me pidiese perdón por su hermano. Por lo que él piensa que no puede darme. Sin contar que le asusta el mero hecho de intentarlo.

—¿Tan horrible fue? —susurro, pero ya sé la respuesta.

Por fin una dulzura real le cubre el rostro cuando los ojos se le llenan de tristeza. Asiente sutilmente.

—Apenas habla de ello y estoy segura de que hay cosas que nunca le ha contado a nadie. Experiencias que no puedo ni imaginar. —Baja la vista y se mira las uñas pintadas de rosa mientras entrelaza los dedos—. Cuando te adoptan, ya se sufre bastante por pensar que tus padres no te quieren. Colton ha tenido que superar mucho más. —Niega con la cabeza y percibo cómo se debate en decidir cuánto contarme. Levanta la vista, ya con la mirada despejada, aunque todavía algo dudosa—. Era un niño de ocho años que tenía tanta hambre que, mientras su madre estaba ocupada en sus cosas, consiguió de alguna manera escapar por la ventana y, gracias a Dios, se derrumbó en la puerta de mi padre.

Contengo el aliento, se me encogen el alma y el corazón; y mi fe en la humanidad se tambalea.

—Es solo una pequeña parte del infierno que vivió, pero la historia es suya y tendrá que contártela él, Rylee. No yo. Solo te he contado esto para que te hagas una ligera idea de lo que ha pasado. De la paciencia y la perseverancia que vas a necesitar.

Asiento, aunque no sé muy bien qué decirle a una mujer que hace apenas unos minutos me insultaba y ahora me da consejos.

—Así que...

—Así que tenía que asegurarme de que eras de verdad. —Me ofrece una sonrisa resignada a modo de disculpa—. Y, si lo eras, quería echar un vistazo a la mujer que podría completarlo otra vez.

Sus palabras me dejan de piedra.

—Ahí me has pillado por sorpresa —admito, sin saber qué más decir.



—Es posible que me esté pasando, que haya sido mala idea venir aquí, pero quiero a Colton más que a nada en el mundo. —Sonríe al pronunciar su nombre—. Solo cuido de él. Quiero lo mejor para él.

Eso lo entiendo.

Se separa de la pared y se estira delante de mí.

—Verás, si miras más allá del atractivo y duro envoltorio, dentro hay un niño que tiene miedo al amor. Por alguna razón, asocia el amor con expectativas horribles y, además, no se considera digno de vivirlo. Creo que tiene miedo de querer a alguien porque sabe que podrían dejarlo. Seguramente te hará daño para probar que lo harás. —Sacude la cabeza—. Solo por eso, te pido disculpas porque, por lo que veo, te mereces más que eso.

Sus palabras me llegan a lo más hondo. Entiendo a ese niño asustado que Colton lleva dentro, tengo el jardín de atrás lleno de ellos, todos con sus propios problemas. Ojalá contasen con el mismo amor incondicional que Colton recibe de Beckett y Quinlan. Alguien que cuidase de ellos y los defendiese porque solo quieren lo mejor para ellos. Ese amor, ese sentimiento protector, lo entiendo.

Quinlan levanta la mano para apoyarla en mi brazo y me da un apretón.

—Quiero mucho a mi hermano, Rylee. Algunos incluso dirían que beso por donde pisa. —Busca dentro del bolso y saca algo, evitando mi mirada—. Siento la intrusión. La verdad es que no debería estar aquí, no debería interferir. —De repente, parece avergonzada mientras camina hacia la puerta. Levanta la mano y me entrega un cheque. Levanta la mirada y, por primera vez, me mira con aceptación—. Gracias por tu tiempo. —Pasa a mi lado y, después, dubitativa, se gira a mirarme—. Si tienes la oportunidad, cuida de mi hermano.

Asiento con la cabeza y apenas consigo articular un «adiós» vacilante mientras la cabeza me funciona a mil por hora ante las inesperadas revelaciones.

## Capítulo 12

El grito me despierta en mitad de la noche. En un súplica ahogada y salvaje que no se detiene; resuena una y otra vez antes de que me dé tiempo a alcanzar la puerta de la habitación. Cruzo la casa corriendo hacia el lugar del que proviene el grito de puro terror, con Dane y Avery pisándome los talones.

—¡Mamááááááá! —grita Zander. Entro en su cuarto como una exhalación mientras ese ruido ensordecedor que me encoge el alma retumba en las paredes. Se remueve en la cama con violencia—. ¡No! ¡No!

Oigo la voz asustada de Shane en el pasillo, que intenta ayudar a Dane a calmar a los más pequeños, que se han despertado y tienen miedo. Me doy cuenta de lo triste que es que los terrores nocturnos sean algo tan común en esta casa que a Shane ya no le afecten. Me concentro después en Zander; sé que Dane se ocupará de los demás. Le oigo decirle a Avery que me ayude si lo necesito. Bienvenida a tu primera noche en el Hogar, Avery.

Con cuidado, me siento en la cama de Zander. No deja de moverse y retorcerse bajo las sábanas. Tiene la cara bañada en lágrimas, las sábanas empapadas de sudor, y se le escapan gemidos de terror. El inconfundible olor del miedo inunda la estancia.

—Zander, cielo —canturreo suavemente, con cuidado de no levantar la voz y que no se sume a su pesadilla—. Estoy aquí. Estoy aquí.

No deja de llorar. Me acerco para sacudirlo un poco e intentar despertarlo, pero me aparto de golpe cuando se sacude con violencia y su puño se estrella contra mi mejilla. Siento dolor debajo del ojo pero me olvido

de ello; tengo que despertar a Zander para evitar que se haga daño.

—¡Papi, no! —gime con tanto dolor que se me llenan los ojos de lágrimas.

A pesar de que un sueño no sirve como prueba legal, Zander acaba de confirmar las sospechas de que fue su padre quien mató a su madre. Delante de él.

Forcejeo para rodearlo con los brazos. A pesar de lo pequeño que es, la adrenalina inducida por el terror hace que tenga mucha fuerza. Me las arreglo para sujetarle los brazos y acercarlo a mi pecho, sin dejar de murmurar. Le hago saber que estoy aquí y que no le haré daño.

—Zander, no pasa nada. Vamos, Zand, despierta —susurro una y otra vez hasta que abre los ojos sobresaltado.

Se retuerce para sentarse y librarse de mi abrazo, mientras recorre con ojos tristes la habitación para recordar dónde está.

—¿Mamá? —grazna con una desesperación que me rompe el corazón en mil pedazos.

—No pasa nada, estoy aquí, colega —lo tranquilizo mientras le paso la mano por la espalda.

Me mira, con los ojos rojos e hinchados por el llanto, y se deja caer en mis brazos. Se agarra a mí con desesperación. Si pudiera, haría cualquier cosa para borrar el recuerdo de esa noche.

—Quiero a mi mamá —llora y lo repite una y otra vez.

Es la primera frase completa que le he oído pronunciar, pero no hay cabida para la emoción en este momento. No hay nada que alentar ni celebrar.

Nos quedamos abrazados sin movernos largo rato hasta que su respiración acompasada me convence de que se ha quedado dormido. Despacio, lo tumbo en la cama, pero cuando intento separarme de él, sus bracitos me agarran con más fuerza.

Cuando los primeros rayos de sol empiezan a colarse entre los huecos de las persianas, por fin los dos nos quedamos profundamente dormidos.

# Capítulo 13

## Colton

La vibración del motor me atraviesa el cuerpo cuando tiro de la palanca de cambios al entrar en la cuarta curva. Mierda. Algo no va bien. Algo pasa. Reduzco más de lo necesario y atravieso la pista de un lado a otro al salir de la curva.

—¿Qué pasa? —me pregunta la voz embotada de Becks por el auricular.

—Mierda, no lo sé —contesto enfadado mientras vuelvo a acelerar para intentar descifrar qué le pasa al coche. Cada temblor. Cada sonido. Cada sacudida de mi cuerpo. Me concentro en intentar localizar el fallo, ese detalle que explique por qué no funciona como debería. No consigo entender qué se me escapa, qué se me pasa por alto y que podría costarnos una carrera.

O hacer que acabe estampado contra el asfalto.

Las sienes me palpitan por el estrés y la concentración. Paso la línea de meta, la tribuna de la derecha no es más que un borrón de colores. Igual que mi vida.

—¿Es...?

—¿Cuánta precarga hay en el diferencial? —pregunto mientras vuelvo a cambiar de marcha al acercarme a la primera curva.

La parte trasera del coche empieza a deslizarse cuando aprieto el acelerador y el coche aumenta la velocidad. Me desplazo automáticamente para compensar la presión impuesta por la fuerza y el ángulo del lomo de la pista.

—¿Es posible que sea el disco de embrague? El culo no deja de resbalarse —digo mientras lucho por mantener el coche bajo control cuando paso por la rampa antes de lanzarme a la segunda vuelta.

—No puede s...

—¿Conduces tú, joder? —le ladro al micrófono y aprieto el volante con frustración.

Beckett se percata de mi humor, porque no contesta. Empiezo a recordar las pesadillas de anoche. No conseguí hablar con Rylee cuando la llamé esta mañana. Necesitaba oír su voz para despejar la mente.

Mierda, Donavan, concéntrate en la pista. Estoy cabreado, conmigo mismo, con Beckett, con el coche de los cojones, y piso el acelerador más de lo que debería al entrar en la recta. Es mi intento de mierda de usar la adrenalina para aclarar las ideas.

Ahora mismo Becks debe estar de los nervios creyendo que voy a quemar el coche. A tomar por culo todo el tiempo y esfuerzo que hemos puesto en el motor. Me acerco a la tercera curva y una parte de mí desearía no estar allí. Ojalá estuviese en una recta en la que pudiera seguir conduciendo, poner el turbo, cortar el viento y dejar atrás todos estos pensamientos de mierda; el miedo que me atenaza el corazón.

Perseguir las oportunidades que soy incapaz de alcanzar.

Pero no hay ninguna recta. Solo otra puñetera curva. Soy como un hámster en la rueda.

Tomo la curva con demasiada potencia, no tengo la cabeza en la pista. Tengo que corregirme de forma consciente y no intentar rectificar la dirección cuando la parte trasera patina demasiado, se va a la derecha y pierdo el control. Un escalofrío de miedo me recorre la columna, no estoy seguro de poder recuperar el coche a tiempo y evitar comerme la barrera.

Beckett maldice por la radio cuando me libro por un pelo y yo hago lo mismo. Es la única manera de reaccionar al momento de miedo que acabo de sentir. La adrenalina, mi droga por elección, me domina hasta que me doy cuenta de la estupidez que acabo de cometer. Siempre tardo unos segundos.

Mierda. Se acabó. No debería conducir ahora mismo. Es una gilipollez que lo haga cuando tengo la cabeza en otra parte. Entro en la curva cuatro y reduzco la velocidad hasta llegar a *boxes* donde el equipo espera detrás del muro de contención. Paro el motor y respiro hondo. Se quedan quietos, nadie

da ni un paso mientras me suelto el casco y desencajo el volante. Me quito el casco y alguien me lo arranca de las manos.

—¿Intentabas matarte? —me grita Beckett mientras me deshago del pasamontañas y los auriculares. Ya sé por qué todo el equipo se quedó detrás de la pared. Están acostumbrados a la volatilidad y la sinceridad brutal que hay entre Becks y yo. Saben cuándo quedarse al margen—. ¡Pues hazlo en tu tiempo libre, joder! ¡No bajo mi supervisión! —Está cabreado y tiene todo el derecho a estarlo, pero ni de coña voy a decírselo.

Lo miro y esbozo un amago de sonrisa. Un intento de provocarlo para que no se fije en cómo me tiemblan las manos. Una manera segura de que se dé cuenta de lo que me he acojonado y de echar más leña al fuego. ¿Qué coño pensaba al subirme al coche con la cabeza metida en el culo? Me mira fijamente, con la mandíbula tensa y los hombros alineados mientras niega con la cabeza, luego me da la espalda y se marcha.

En cuanto Becks gira la esquina, el resto del equipo sale de detrás del muro y se pone a trabajar. Me alegro de que me dejen tranquilo, a estas alturas ya todos saben de qué humor me pongo cuando las pruebas no salen bien.

Me paso la mano por la cara y el pelo empapado en sudor. Sigo a Beckett, ya le habrá dado tiempo de tranquilizarse y podremos hablar. Puede. Mierda. No lo sé. Cuando estamos a malas el resto del equipo lo nota. No podemos permitirnoslo con la temporada a punto de empezar.

Lo sigo hasta la caravana y subo los escalones. Está sentado en el sillón reclinable que hay frente a la puerta, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Me mira con desaprobación, lo que me provoca una punzada de culpa por quitarle años de vida con mis maniobras descuidadas.

—¿Qué cojones ha sido eso? —pregunta con una voz demasiado calmada, como un padre decepcionado con su hijo.

Me abro el traje hasta la cintura y dejo colgar las mangas, luego me quito la camiseta y me dejo caer en el sofá. Cierro los ojos y me giro para apoyar la cabeza en un reposabrazos y los pies en el otro. Estoy muy cansado. Necesito dormir sin soñar todas las mierdas que no me dejan en paz desde aquella mañana con Rylee. Estoy hecho un desastre. No pienso con claridad. Así no puedo conducir.

—No lo sé, Becks. —Suspiro—. No tengo la cabeza en su sitio, no

debería...

—Joder, ¡pues claro que no deberías haberlo hecho! —me grita—. Ha sido una gilipollez, si vuelves a hacer algo así, subirte al coche sin las ideas claras, mejor que te busques otro jefe de equipo.

El chirrido de la silla me indica que se ha levantado. La caravana se balancea con el movimiento de sus pasos y da un portazo cuando sale del vehículo.

Sigo con los ojos cerrados y me hundo en el sofá. Quiero olvidar, quiero hablar con Rylee, pero seguramente siga durmiendo después de la noche que pasó.

No sé por qué me asusté tanto cuando no la localicé esta mañana. De un modo automático empecé a imaginarla envuelta en un accidente. Atrapada en un coche destrozado. Sola y asustada. El pecho se me tensó al pensarlo hasta que conseguí hablar con Haddie para que me diera el número fijo del Hogar. Me sentí mejor, y peor al mismo tiempo, después de hablar con Jackson sobre la pesadilla de Zander.

Pobre chiquillo. Las pesadillas pueden ser horribles. Te paralizan y te joden aún más los recuerdos. Los hacen peores. Te obligan a revivirlos de la peor forma posible y recordar cosas que preferirías olvidar. Que deberías olvidar. Cosas que no quieres recordar. Al menos tiene a Rylee para consolarlo, para estar con él y mantener los demonios a raya con su dulce voz y su tacto tranquilizador.

Justo lo que yo necesitaba anoche. Lo sigo necesitando.

Suspiro al pensar en ella, la necesito de la peor manera. De la mejor manera. Me río de mí mismo en voz alta en la caravana vacía. No sé de qué tengo más ganas, de dormir sin sueños o de oír la voz de Rylee.

Mierda, si lo único que quiero de ella es oír su voz, sí que estoy jodido. Sacudo la cabeza y me froto la cara con las manos, me siento un calzonazos. Lo que daría por retroceder un par de meses en el tiempo y volver a la época en la que dormir era sencillo.

Cuando tenía los huevos pegados al cuerpo y era dueño de mis pensamientos. Cuando ni siquiera me plantearía elegir entre dormir, follar u oír la voz de una mujer determinada; unas horas de sexo sin complicaciones para luego dormir profundamente. Dos pájaros de un tiro. ¿Y la voz de la mujer? ¿A quién le importa si habla o lo que haga con la boca siempre que

sepa abrirla y tragar sin sentir arcadas?

La imagen de Rylee aparece en mi cabeza. Su pelo oscuro sobre la almohada conmigo encima. Su mirada, sus labios abriéndose, sus pupilas dilatadas y sus mejillas sonrojándose mientras me hundo en ella. La forma en que se tensa a mi alrededor cuando se corre. ¡Puñetero coño mágico!

La polla se me despierta al pensarlo, la deseo, no, la necesito, pero el agotamiento me supera y me absorbe hacia el olvido.

\*\*\*

«Spiderman, Batman, Superman, Ironman».

«Spiderman, Batman, Superman, Ironman».

Me despierto sobresaltado por la pesadilla, desorientado y sin saber cuánto tiempo ha pasado. El corazón me palpita en los oídos. Tengo el estómago revuelto. Me olvido de los detalles casi al instante, pero el miedo que sentía en la pesadilla se aferra a mí en contra de mi voluntad y me hace recordar recuerdos envenenados.

—¡Mierda! —grito en la caravana vacía, luego me obligo a tranquilizarme y respirar. Intento olvidar el miedo que nunca me abandona. El miedo deja paso a la ira cuando agarro el objeto más cercano, una pelota antiestrés de alguien del equipo, y lo lanzo por el pasillo con todas mis fuerzas. El ruido sordo que provoca no me sirve para aplacar los sentimientos que me amargan y se aferran a cada fibra de mi cuerpo, pero es todo lo que puedo hacer. La única manera de desahogarme.

Estoy indefenso y soy rehén del veneno que tengo dentro. El sudor me recorre las mejillas. Joder, estoy empapado. El olor a miedo se me pega a la nariz y me revuelve el estómago. ¡Mierda!

Me levanto del sofá y me quito el traje ignífugo como si me quemara. Necesito una ducha. Tengo que librarme de la suciedad de la pista y del rastro no deseado de sus manos imaginarias sobre mi piel.

El agua quema. El jabón no sirve para quitarme de encima los recuerdos. Apoyo la frente en los azulejos y dejo que el agua me abraza la piel mientras me baja por la espalda. Ojalá pudiera desconectar el cerebro y descansar cinco putos minutos, disfrutar de un poco de silencio.



No dejo de recordar las palabras de Rylee, me acosan y me hacen preguntarme si existirá una solución a este veneno constante que temo acabe por consumirme. Doy un puñetazo a la pared y el ruido retumba por encima de mis pensamientos. Salgo de la ducha, me enrolló una toalla a la cintura y alcanzo el teléfono. Tengo que hacerlo antes de perder el valor. Antes de que me acobarde y me dé por pensar en las repercusiones. En las respuestas que me da miedo oír. Esa verdad que temo que me destroce. Marco el número y me trago la bilis que amenaza con subirme por la garganta, me voy preparando con cada tono.

—¿Colton? ¿No tenías hoy una sesión de prueba?

El calor me invade al oír su voz y la preocupación que la tiñe. ¿Cómo manejará las preguntas que tengo que hacerle? Las que Rylee cree que me ayudarán, que quizás alivien el peso que llevo en el alma y los pensamientos que me atormentan.

Reúno fuerzas para preguntarle al hombre que me ofreció todas las posibilidades por la mujer que me lo quitó todo: la juventud, la inocencia, la confianza, la capacidad de amar... Todo.

Con el pretexto de amor incondicional.

—¿Hijo? ¿Va todo bien? —La preocupación de su voz aumenta por mi silencio—. ¿Colton?

—Papá... —Me trabo, siento que me ahogo.

—Me estás asustando, Colt.

Muevo la cabeza para controlarme.

—Perdona, papá. Estoy bien. No pasa nada.

Oigo como suspira a través del auricular, pero se queda callado y me da un segundo para poner en orden las ideas. Sabe que pasa algo.

Me siento como si tuviera trece años y acabase de liar una buena. Ese miedo adolescente me invade y también la ansiedad por si me paso y vuelvo a cagarla y entonces me devolverán a los servicios sociales. Ya no me querrán. Lo divertido es que pensaba que había superado esos miedos hace mucho, pero con las preguntas quemándome la lengua, todo ha vuelto: el miedo, la inseguridad, la necesidad de que me quieran.

El miedo estrangula mi voz.

—Solo... verás... quería preguntarte algo. En realidad, no sé muy bien

cómo...

Nos quedamos en silencio y sé que mi padre intenta averiguar qué cojones me pasa. Por qué me porto como el niño asustado que solía ser.

—Pregunta y ya está, hijo —dice, pero su tono tranquilizador y de aceptación pase lo que pase, me dice que es consciente de que algo me ha devuelto atrás en el tiempo. Y, aunque estoy lleno de miedo e inseguridad, lo que percibo es paciencia, amor y entendimiento.

Suspiro y tomo aire tembloroso.

—¿Sabes qué le pasó... a ella? ¿Dónde está? ¿Qué fue de ella? —Los dedos me tiemblan y me paso la mano por el pelo. No creo que se preocupe ni crea que quiero encontrarla ni... lo cierto es que no sé qué es lo que quiero. ¿Reconciliarnos? Y una mierda. Ni hablar.

Sin embargo, me acojona la idea de que, solo con pensar en ella, pueda estar así de jodido. Me destroza incluso más que las pesadillas.

—No importa, solo...

—Colton, no pasa nada —dice con voz tranquilizadora.

—Es que no quiero que pienses que...

—No pienso nada —me consuela de la forma en que solo un padre sabe—. Respira, Colt. No pasa nada. He esperado mucho tiempo estas preguntas.

—¿No estás enfadado? —El único miedo que tengo me explota en la boca.

—No, nunca. —Suspira, resignado a que una pequeña parte de mí siempre se preocupará a pesar del tiempo que pase.

Es como si me quitasen un peso de encima y me liberasen del miedo a preguntar.

—¿De verdad?

—Es normal sentir curiosidad —asegura—. Es normal que quieras saber de tu pasado y...

—Sé todo lo que necesito del pasado —susurro antes de poder contenerme. El silencio espesa el aire—. Es solo que... ¡puñetera Rylee! —mascullo exasperado.

—Han vuelto los sueños, ¿no es así?

Me debato en mi interior por elegir la respuesta correcta. Quiero decirle que me siento obligado a ser honesto después de todo lo que ha hecho por mí

y, al mismo tiempo, quiero mentir para que no se preocupe por los recuerdos que me atormentaban de niño. Para que no se acuerde de los devastadores que eran. Para que nunca descubra todo lo que pasó.

—Lo noté en tus ojos al volver de Indonesia. ¿Estás bien? ¿Necesitas...?

—Estoy bien, papá. Es que Rylee cree que, a lo mejor, si descubro lo que le pasó a ella, tal vez pueda curar algunas heridas. Cerrar algunas puertas para siempre.

Se queda en silencio un momento.

—Le seguí la pista una temporada. Quería asegurarme de que, al salir de la cárcel, no vendría a buscarte ni a causar problemas cuando empezabas a salir adelante. Paré hace unos diez años —admite—, pero puedo llamar al investigador privado que contraté; conocía sus hábitos mejor que nadie, veremos lo que puede averiguar. Si es lo que quieres.

—Sí, gracias. Solo...

—No tienes nada que explicar, Colton. Haz lo que necesites para llenar ese hueco que siempre has tenido dentro. Tu madre y yo sabíamos que este día llegaría y queremos que hagas todo lo necesario para estar en paz. Nos parece bien.

Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos para contener la quemazón que siento en ellos.

—Gracias, papá. —No tengo nada más que decirle al hombre que me devolvió a la vida después de haber estado muerto los primeros ocho años de mi existencia.

—De nada, hijo. Te llamaré cuando sepa algo. Te quiero.

—Gracias, papá, y yo a ti.

Estoy a punto de colgar cuando habla de nuevo.

—¿Colton?

—¿Sí?

—Estoy orgulloso de ti. —Tiene la voz teñida de emoción y se me forma un nudo en la garganta.

—Gracias.

Cuelgo el teléfono, lo tiro sobre la mesa y apoyo la cabeza en la pared.

Respiro hondo, pero las emociones que me embargan no desaparecen. Me quedo sentado un rato. Sé que tengo que pedirle perdón a Beckett y me

muerdo por estar con Rylee. Necesito despejarme.

La idea se me ocurre de pronto y, en menos de cinco minutos, me he levantado, vestido y salido de la caravana. Veo a los chicos trabajando en el garaje a mi derecha, pero ahora no puedo pararme a hablar. No quiero. Salgo al aparcamiento descubierto donde descansa uno de mis bebés favoritos: *Sexo*.

No pierdo el tiempo apreciando las elegantes líneas del F12 y la impecable perfección del vehículo color rojo fuego, pero seguro que voy a disfrutar en cuanto lo arranque, dentro de un segundo. Me siento al volante y, cuando enciendo el motor, es como si me devolviesen una parte de mí. Recupero la chispa de la vida.

Salgo disparado del garaje, sin que se me pase desapercibido que Beckett evita mirarme a los ojos, maldito cabezota, y salgo a la carretera. Subo el volumen mientras *The Distance* suena por los altavoces. Qué canción. Cuando llego a la autopista 10, está sorprendentemente vacía para la hora que es, así que piso a fondo el acelerador y vuelo. Voy más rápido de lo que se considera seguro, pero la sensación de placer, la perfección en las manos y el motor, que me habla, me aclaran las ideas y despejan la tensión autoinfligida que tira de mí en todas direcciones.

*Sexo* nunca me decepciona cuando lo necesito.

Cuando me acerco al tráfico, tengo la cabeza más despejada y se me han aclarado las ideas. Cojo el teléfono y hago una llamada.

## Capítulo 14

Mientras miro a Zander y a su tutora al otro lado de la cocina, oigo la puerta principal. La cháchara emocionada de los chicos llena el pasillo. Suelen estar muy animados cuando llegan a casa, pero hoy se les oye más alterados de lo normal. Tanto que Zander levanta la vista del papel y me mira con las cejas arqueadas.

Zack aparece por la esquina disparado, tan emocionado que tartamudea; siempre le pasa cuando se excita demasiado.

—Ry-Rylee, Za-Zander, ¡daos prisa y coged vuestras cosas!

—En casa no se corre, Zack —regaña—. ¿Qué pasa?

Los demás entran a toda pastilla en el salón antes de que le dé tiempo a responderme. Los miro para regañarlos por correr en la casa, pero de pronto me falla la voz.

En la entrada de la habitación está Colton. *Sexy*. Temerario. Devastador. Los tres adjetivos me vienen de golpe a la mente al verlo.

Sé que es una tontería, solo han pasado cuatro días desde que nos hemos visto o hablado por última vez, pero ahora que lo tengo delante soy consciente de lo mucho que lo echaba de menos. De las ganas que tenía de verlo, estar cerca de él, oír su voz y conectar. Menos mal que necesitaba espacio para aclararme.

Me empapo de él y recorro su cuerpo con la mirada. Cuando llego a sus ojos, esboza una sonrisa ladeada y lenta que le provoca ese hoyuelo que me resulta tan irresistible. El corazón me da un vuelco. Trago saliva para recuperar el control que él acaba de hacer desaparecer de un plumazo.

Nos miramos y el ruido de los chicos desaparece mientras hablamos sin decir nada. Kyle me coge la mano y tira de mí, sacándome del trance.

—¡Colton nos lleva a montar en kart! —exclama con los ojos brillando de emoción.

—Ah, ¿sí? —pregunto y miro a Colton con las cejas levantadas.

—Sí, así es —responde y da un paso hacia mí, ahora sonriendo ampliamente—. Id a dejar las cosas y subid a la furgoneta, chicos. Jackson nos espera. —Abro los ojos de golpe, ¿cómo lo habrá organizado todo?

Colton se gira a mirar a Zander.

—Oye, Zander, me parece que os vendrá bien un descanso de tanto estudiar. Sé que es importante, pero a veces nos hace falta un respiro, ¿qué me dices? —Zander abre los ojos como platos y esboza una enorme sonrisa. Es un pequeño milagro la facilidad con la que una sonrisa puede aligerar los efectos de la pesadilla en su carita—. Vamos a ponerte unos zapatos y nos reunimos con los demás en la furgoneta. ¿Te apuntas? —pregunta al tiempo que se vuelve hacia mí.

Zander se levanta de un salto y sale corriendo a su habitación. Yo me muerdo el labio para no repetir la norma de no correr en casa. Me disculpo con la tutora, que tiene la mirada perdida por la presencia de Colton y le indico que puede irse. Pobre mujer.

Cuando sale de la habitación, oigo a los chicos volver a la puerta de entrada. En ese momento Colton se acerca y me acorrala contra la encimera de la cocina. Me besa y atrapa mi boca con la suya en un beso que me aturde y deja sin respiración. Cómo lo echaba de menos. El beso es demasiado corto para compensar los cuatro días que llevo echándolo de menos. Cuando nos separamos, me rodea en un estrecho abrazo en el que podría perderme con facilidad, teñido de una desesperación silenciosa. Me sostiene contra él, con la cara enterrada en la curva de mi cuello y siento su respiración en la piel.

—Hola —murmuro mientras sus manos me presionan la espalda—. ¿Todo bien?

—Sí. —Suspira—. Ahora sí.

Su confesión entre murmullos me descoloca. Choca de frente con esos recovecos de mi interior que siguen llenos de esperanza y posibilidades.

Finalmente me suelta cuando oye ruido en el pasillo. Lo miro y observo más allá de los hermosos rasgos que me dejan sin aliento. Noto unas

manchas oscuras bajo sus ojos cansados y cautos. No duerme. ¿Más pesadillas? No lo sé y no quiero preguntar. Me lo contará si quiere. Cuando esté listo.

Lo miro e intento averiguar qué ha cambiado. Cuando ladea la cabeza para cuestionar mi silencio, me doy cuenta. Se ha afeitado. Levanto la mano y le acaricio la mejilla, él inclina la cara hacia mi mano. Hay algo en ese pequeño gesto, combinado con la confesión de antes, que hace que se me encoja el corazón.

—¿Y esto? —pregunto y le evito la mirada para que no capte lo que siento—. Tan suave y afeitadito.

—No queda muy bien anunciar una cuchilla de afeitar con barba de tres días —bromea y me acaricia los costados con las manos, lo que me provoca latigazos de deseo detrás del ombligo.

Me río en voz alta.

—Es muy razonable. Aun así, me gusta —le digo y vuelvo a acariciarle la mejilla cuando frunce el ceño—. No pasa nada, As, sigues pareciendo un chico malo. Además, así podré acostarme con alguien distinto a ese tipo desaliñado con el que he estado perdiendo el tiempo.

Sonríe con picardía.

—Perdiendo el tiempo, ¿eh? —Da un paso adelante con una mirada que mezcla diversión y lujuria.

Cada fibra de mi cuerpo se tensa ante su actitud de depredador. Madre mía. «Tómame», me entran ganas de decirle. «Toma todo lo que queda de mí que no hayas robado o reclamado ya».

—Desde luego, es un rebelde. —Arrugo la nariz, siguiendo el juego—. Además, no me van los chicos malos.

—¿No? —Se humedece los labios con la lengua—. Y, exactamente, ¿qué chicos te van? —Dibuja una sonrisa lasciva y me acaricia la cara, entonces la sonrisa desaparece de golpe. Fija la mirada en el moratón de mi mejilla, provocado por Zander. El maquillaje ha debido de desaparecer—. ¿Quién te ha hecho esto? —exige, y con las manos me agarra del cuello para ladearme la cabeza y comprobar la gravedad del golpe—. ¿Fue Zander anoche?

Me sorprendo.

—Sí, cosas del oficio. —Me encojo de hombros—. ¿Cómo lo sabes?

—Joder, pobre crío. —Sacude la cabeza—. Te llamé esta mañana. Seguías dormida después de pasar la noche con Zander. No sabía nada de ti así que me preocupé. —Hace una pausa y sus palabras, la admisión de que se preocupa por mí y que me demuestra de muchas formas que me necesita, me encienden por dentro y me hacen sonreír—. Llamé al Hogar y Jackson contestó. Me contó lo que había pasado. —Me ladea la barbilla para volver a mirarme la mejilla—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. —Muevo la cabeza, su preocupación es adorable.

—Pensé que a los chicos les vendría bien despejarse un rato después de lo de anoche. —Se acerca y me besa en los labios—. Además, me moría por verte —murmura sin respiración, sus palabras me llegan directas al corazón y se quedan ahí.

¿Cómo puede decir que no le va el romanticismo y después soltar cosas así cuando no me las espero?

—Tengo un acto de trabajo esta noche, así que no tengo mucho tiempo, pero quería divertirme un rato y liberar un poco de estrés. —Mueve la cabeza y percibo un atisbo de tristeza en su mirada—. Además, ha sido un día duro y necesitaba alejarme de todo. Relajarme un poco.

—¿Va todo bien?

—Nada de lo que tengas que preocuparte. —Fuerza una sonrisa tensa, se inclina y me besa la punta de la nariz—. Pensé que a los chicos también les gustaría.

—Seguro que sí —respondo—. Tengo que coger el bolso.

Me dirijo hacia la sala de personal cuando oigo a Zander llamarme desde el otro lado de la casa. Me paro, sonrío sin poder evitarlo cuando me llama por mi nombre como todos los demás chicos de la casa. Me hace feliz.

—¿Qué pasa, Zand? —pregunto.

—Zapato.

No es más que una palabra, pero es una palabra. Se está comunicando, así que las cosas empiezan a mejorar. Esbozo una amplia sonrisa y Colton me acompaña al comprenderlo.

—Ve a por el bolso —me dice—. Yo le ayudo.

—¿Seguro? —pregunto, pero ya se ha ido por el pasillo.

Guardo mis cosas, cierro la puerta de atrás y me preparo para irnos.



Cuando me acerco por el pasillo hacia la habitación de Zander, escucho voces. Doy unos pasos y me paro en seco cuando me doy cuenta de que son Colton y Zander hablando de anoche.

No debería poner la oreja, debería irme y dejarlos solos, pero la curiosidad me vence. Entonces, Colton habla y sé que no voy a ir ninguna parte.

—¿Sabes? Yo también tenía pesadillas de pequeño, Zander.

No los veo, pero tengo la sensación de que Zander responde con algún gesto porque Colton continúa.

—Cuando era niño, también me pasaron cosas malas. Y tenía miedo, mucho miedo. —Colton suspira—. Cuando me asustaba mucho, ¿sabes lo que hacía para intentar alejar el miedo? Me repetía: «Spiderman. Batman. Superman. Ironman». Lo decía una y otra vez. Y, ¿sabes qué? Si cerraba los ojos muy, muy fuerte, así, me ayudaba.

Me quedo en el pasillo. El corazón se me derrite al escuchar a ese hombre al que han hecho tanto daño y que se ha jurado nunca tener hijos, pero que es increíblemente bueno con ellos. Sobre todo, con los que están heridos. Los que más lo necesitan. A los que entiende mejor que nadie. Siento un pinchazo en el abdomen y alejo la idea de lo que nunca será. Ni para mí, ni con él.

Entonces, el sonido más maravilloso del mundo me saca del pozo de la autocompasión. Es apenas audible, pero es una risa que me reconforta por dentro. Ojalá pudiera ver lo que Colton ha hecho para que se ría. Qué barreras ha conseguido derrumbar para lograr esa risa de Zander.

—¿Sabes qué? Te voy a contar otro secreto, incluso ahora que soy adulto, cuando tengo un mal sueño, sigo diciéndolo. Te lo prometo. —Colton ríe y doy un paso hacia el pasillo. Lo que veo me deja sin respiración. Colton sentado en la cama con Zander en el regazo que lo mira con admiración y una tímida sonrisa. Colton levanta un momento la vista al percatarse de mi presencia y ensancha la sonrisa, luego se vuelve a centrar en Zander—. Y me sigue ayudando. Ahora, ¿listo para conducir un kart y darme una paliza?

Zander me mira y sonrío.

—Muy bien, ¡ve a la furgoneta! —le digo.

Mira a Colton una última vez y asiente con la cabeza antes de levantarse de un salto y correr hacia la puerta principal.

Colton se queda sentado un momento y nos miramos. Es un intercambio silencioso en el que percibe que lo he oído todo y se alegra por ello. Verlo con Zander ha hecho que el muro que me protege el corazón estalle en mil pedazos; ahora el amor fluye en oleadas desde los escombros. Sacudo la cabeza para despejar todas las cosas que quiero decirle y, en vez de eso, le tiendo la mano.

Se levanta despacio y me dedica media sonrisa.

—Vamos. —Me coge la mano—. ¿Crees que puedes ganarme en la pista?

—Sé cómo dejarte para el arrastre —respondo, sugerente.

Ríe por el comentario.

—Por mucho que me guste lo que estás pensando, Ry, vamos a estar rodeados de gente.

Suelto su mano y le rodeo el torso con los brazos, quiero sentir su cuerpo contra el mío. Ahora soy yo la que necesita sentirlo cerca. Se ríe por el repentino asalto.

—Creía que portarte mal cuando estás rodeado de gente te ponía —le susurro al oído.

—Dios santo, mujer —gruñe—. Sabes cómo ponerme a cien.

Le doy un beso en la línea de la barbilla.

—Lo sé. Qué pena que vayamos a estar acompañados por siete niños pequeños que veneran todo lo que dices, sino dejaría que me ayudases a librarme de este picor que no se me va.

—Mira que eres mala. —Se ríe mientras salimos de la casa. Me suelta para que pueda cerrar la puerta y me observa con deseo.

—¿Eso crees? —murmuro con timidez mientras agito las pestañas, él asiente—. A lo mejor te tengo que demostrar lo mala que puedo llegar a ser —bromeo mientras me contoneo por el camino de entrada delante de él, meneando las caderas. Sé que el sexo está descartado esta tarde, porque tiene que irse en cuanto acabemos con los karts y la próxima vez que nos veremos será el sábado.

Me giro a mirarlo y retrocedo un paso.

—Qué pena que te hayas afeitado —digo y me contengo para no sonreír—. Me gustaba cómo me raspabas entre los muslos. —Levanto una ceja y

Colton contiene el aliento.

Va a ser divertido. Un poco de juego previo. Puedo pasar la semana provocándolo y hacer crecer las expectativas, así el sábado no nos quitaremos las manos de encima ni un segundo. Como si necesitásemos más motivación.

\*\*\*

—¡Venga, Rylee! Tienes que ganarle. ¡Eres nuestra última esperanza! —me grita Shane desde detrás de la verja mientras espero junto al kart para cobrarme la revancha.

Las últimas dos horas han sido geniales. Disfruto las carreras y las risas de los chicos por el pique constante entre Colton y yo. No se me habría ocurrido una manera mejor para relajarlos después de la pesadilla de Zander la noche anterior.

Después de una hora corriendo todos contra todos, los chicos me suplicaron competir uno a uno contra Colton. Aceptó encantado y así es como he acabado en esta situación. Les ha ganado a todos menos a mí. Lo acusé de dejarse ganar, lo que le hizo pedir la revancha automáticamente. La segunda carrera la ganó él, así que nos toca desempatar.

—Al mejor de tres, Thomas. El que gane la siguiente tiene derecho a pavonearse —me grita divertido y con una sonrisa desafiante. Dios, lo quiero. Sobre todo, cuando tiene este aspecto: seguro, despreocupado y redomadamente *sexy*.

—Hablas mucho, Donavan. Ganaste de chiripa. —La sonrisa arrogante que esboza me incita aún más—. Eres conductor profesional y chico malo, tienes una reputación que mantener. ¡No puedes dejar que novatas como yo te dejen en ridículo! Sobre todo, una mujer.

—Ya me conoces, nena. A una mujer le dejaría hacer conmigo lo que quiera. —Sonríe con picardía y levanta una ceja sugerente.

Me carcajeo y recorro los pasos que nos separan. Miro a los chicos por encima del hombro y les guiño un ojo para demostrarles que estoy de su parte, cuentan conmigo. Cuando me acerco, Colton se gira a mirarme, con el casco apoyado en la cadera como si fuese la postura más natural del mundo para él y se frota los dedos de la otra mano como si le costase mucho no

tocarme.

Bien, funciona. Los sutiles roces. Los comentarios sugerentes al oído aquí y allá. El lento escrutinio de su cuerpo para que se dé cuenta. A pesar de que tengo que hacerlo todo ante los atentos ojos de nuestro pequeño público, me alegro de que ninguno se le haya pasado por alto. Lo veo en sus ojos y en la forma en que le palpita la barbilla mientras me acerco.

—¿Te preocupa perder, As? —Sonrío.

Estoy de espaldas a las gradas, así que me agacho a atarme los cordones, dejando el escote a la vista a propósito. Cuando miro arriba, las pupilas de Colton están dilatadas y se pasa la lengua por el labio.

—Sé lo que intentas —murmura con voz suave sin dejar de sonreír—, pero por mucho que tus jueguecitos hayan hecho que me muera de ganas de empotrarte contra ese muro y follarte lo más rápido y fuerte posible, sin importar quién mire, no va a funcionar. —Me dedica una sonrisa deslumbrante—. Te voy a dar una paliza.

—Bueno, por mucho que disfrute de un buen azote —musito mientras lo miro entre las pestañas y capto su respiración entrecortada—, solo venía a ver si necesitabas ayuda para poner el motor a punto. —Le sonrío inocentemente, aunque mi lenguaje corporal diga todo lo contrario.

Observo como traga saliva, retuerce los labios para evitar sonreír.

—El motor funciona perfectamente, encanto —provoca mientras me recorre el cuerpo con la mirada—. Preparado y listo para salir. ¿Necesitas que te hecho una mano antes de empezar la carrera?

Me muerdo el labio inferior y lo miro fijamente ladeando la cabeza.

—La verdad es que va un poco tenso en la parte de atrás. Nada que un poco de lubricante no arregle —suelto por encima del hombro mientras camino de vuelta a mi coche, ojalá pudiera verle la cara.

Los chicos siguen gritando y silbando mientras nos ponemos los cascos y nos subimos a los karts. Miro a Colton y asiento con la cabeza mientras piso el acelerador. Allá vamos. Conducimos uno junto al otro por las curvas y los giros de la pista. Mi naturaleza competitiva sale a la superficie cuando me adelanta. No puedo oír cómo los chicos me animan por culpa del ruido del motor, pero de reojo alcanzo a vislumbrar cómo agitan los brazos en el aire. Damos la siguiente curva y consigo ponerme por delante por muy poco, dando el giro a toda velocidad. Recorremos la recta final; nos adelantamos el

uno al otro varias veces. Cuando por fin cruzamos la meta, estoy bastante segura de haber ganado por los gritos histéricos de los chicos y de Jackson que me llegan desde el lateral.

Derrapo hasta que el kart se detiene y salgo de un salto, incapaz de contener la sonrisa. Me quito el casco a la vez que Colton y, cuando me giro a mirarlo, juraría que su sonrisa es casi más ancha que la mía. Hago un ridículo baile de la victoria a su alrededor para divertir a los chicos que lo celebran a su manera. Colton sacude la cabeza, se ríe con sinceridad y despreocupado.

—¡Ja! —Le sonrío—. ¿Qué te ha parecido? —me burlo mientras lo sigo hasta la pequeña oficina situada al borde de la pista y fuera de la vista de los espectadores.

En el momento en que salimos de la línea de visión de los chicos, Colton me da la vuelta y me empotra contra la pared. Su cuerpo largo y esbelto presiona cada curva del mío, encajando a la perfección.

—¿Tienes idea de lo cachondo que estoy, Rylee? —gruñe—. ¿Las ganas que tengo de disfrutar de lo que llevas enseñándome toda la tarde?

Necesito de toda mi concentración para no parecer afectada. Hasta la última gota. Arqueo las cejas con indiferencia.

—Bueno, tengo la sensación de que eso que noto en la pierna es una señal.

—Joder, te quiero follar ahora mismo.

Sus palabras ponen mis músculos en tensión. Nunca me había dado cuenta de que la seducción podía provocar a ambas partes por igual.

Se me endurecen los pezones al sentir la firmeza de su pecho contra ellos. Su aliento acaricia mi cara y él clava en mí su mirada. Inclina la cabeza hacia adelante y se encuentra con mis labios, los lame y enreda su lengua con la mía. El beso esconde una pasión silenciosa y me quejo cuando se aparta, dejándome con ganas de más.

—Estoy de acuerdo, Ryles, pero me tengo que ir. Además, tengo la sensación de que tu club de fans va a entrar por la puerta en cualquier momento.

Me quita el casco de la mano y lo deja en la mesa al mismo tiempo que la puerta se abre y los chicos entran disparados por ella. Colton me mira y arquea las cejas, un gesto que dice: «te lo dije».

Contengo una risita cuando veo que todos los chicos tienen un algodón de azúcar. Recuerdo la noche que Colton y yo nos lo pasamos muy bien con uno de esos. Colton suelta un gruñido, es su manera de recordar, y hace que retuerza los labios en una mueca traviesa.

—¡Un momento, chicos! —grito por encima del griterío mientras cojo un poco del algodón de Ricky.

Doy un paso hacia Colton y, deliberadamente, me paso la lengua por los labios antes de llevarme el dulce a la boca. Cierro los ojos y finjo saborearlo. Cuando los abro de nuevo, los ojos de Colton se han oscurecido y le tiembla la mandíbula de frustración y deseo; justo la reacción que buscaba.

Me inclino cerca de su oído, evitando a propósito que su cuerpo y el mío se toquen, y, con voz seductora, susurro para que solo él me oiga:

—Oye, ¿As? —Me mira y arquea una ceja—. No llevo bragas —sonrío.

Da un grito ahogado mientras me alejo de él moviendo las caderas un poco más de lo normal.

«Lo que no sepa, no le hará daño», pienso mientras imagino las braguitas de algodón blancas que llevo bajo los vaqueros.

## Capítulo 15

Colton me mira mientras escucha las indicaciones de su publicista sobre los eventos de esta noche. Cruzamos Los Ángeles en limusina en dirección a una gala benéfica. El primero de muchos actos a los que tendremos que asistir en las próximas semanas para promocionar de manera oficial la colaboración entre nuestras empresas y, con suerte, reclutar a algún participante para el programa de patrocinio del coche.

Lo observo descaradamente mientras tarareo *Hero/Heroine*, que suena de fondo a través de los altavoces. Absorbo cada uno de sus rasgos, que se han vuelto tan familiares y tan adictivos en tan poco tiempo. Está tan arrebatador con el esmoquin negro (algo que ya ha confesado varias veces que detesta) que no puedo dejar de pensar en la suerte que tengo. Vuelve a estar afeitado y, a pesar de no llevar su habitual barba de tres días, sigue haciendo alarde de esa aura de chico malo y despreocupado.

Es algo natural en él independientemente de lo que lleve puesto. Esta noche está incluso más *sexy*, porque sé que debajo de ese aspecto sofisticado se esconde un corazón rebelde.

Colton me mira al sentir mi mirada y esboza una sonrisa juguetona. Sus ojos se encuentran con los míos y sé que tiene tantas ganas de tocarme como yo a él. Después de aquella tarde que pasamos juntos en la pista de karts, nos hemos pasado la semana intercambiando correos electrónicos y mensajes de texto en los que nos hemos explicado en profundidad lo que planeamos hacernos el uno al otro cuando acabe la noche. Dios, solo con palabras este hombre es capaz de ponerme a cien y volverme loca de deseo, casi de hacerme suplicar de maneras que nunca habría imaginado. Sin embargo,

estoy bastante segura de que el deseo insatisfecho es mutuo, teniendo en cuenta cómo me miró cuando le abrí la puerta con mi sensual vestido rojo.

—Vale, llegaremos en unos cinco minutos. Saldré antes de que te llamen y me colocaré mientras el coche da la vuelta a la manzana —explica Chase mientras nos mira a los dos por encima de sus gafas de montura negra.

Me llevo una mano al estómago para controlar los nervios de que me vayan a fotografiar en la alfombra roja delante de tanta gente. ¡Uf! Pensaba que era un acto pequeño. No sabía que iba a ser una gala de Hollywood en toda regla con entrevistas de la prensa. La publicidad le irá bien a la empresa, pero ¿puedo escabullirme por la puerta de atrás y evitar los focos?

Claramente, si estoy con Colton, esa no es una opción.

Me da la mano y me la aprieta.

—No estés nerviosa. —Me guiña el ojo—. Yo te cubro.

—Eso es lo que me preocupa.

Le sonrío y nuestros ojos hablan sin necesidad de palabras. La tensión sexual llena la limusina y casi se puede tocar la electricidad. Chase baja la mirada y se pone roja ante nuestro evidente intercambio silencioso.

—Bueno, yo me bajo aquí —farfulla y recoge el papeleo mientras Colton me acaricia el dorso de la mano con el pulgar.

—Gracias, Chase. Nos vemos en unos minutos —le dice sin apartar la vista de mí.

En cuanto la puerta de la limusina se cierra, Colton cambia de posición y me acorrala contra el asiento. Enreda los dedos en mis tirabuzones sueltos y arquea el pecho, deseando sentir el calor de su cuerpo, pero se detiene a centímetros de mi cara. Separa los labios y se me acelera la respiración al mirarlo a los ojos. La intensidad del silencio, combinada con ese color verde me desarma.

Me desata.

Me alimenta.

—¿Tienes idea de las veces que he querido hacer esto toda la semana?

Acerca los labios a los míos extremadamente despacio, apenas un roce que me hace gemir de desesperación.

—Colton —murmuro y sus labios se separan unos milímetros, dejando que mi cuerpo se concentre exclusivamente en cómo su mano se desliza



suavemente por mi caja torácica hasta justo debajo de uno de mis pechos y luego empieza a descender. Doy un suspiro ahogado que le hace esbozar una sonrisa, y se le arrugan las comisuras de los ojos.

—¿Quieres algo? —susurra contra mis labios mientras me aparta el pelo con cuidado para dejarme el cuello expuesto.

Lo recorre con la lengua, dejando libre toda la anticipación que hemos construido en los últimos días, pero tengo tantas ganas de sentirlo que lo quiero dentro de mí. Ya. Quiero que llene el vacío que siento por él.

—Te necesito dentro, Colton, ahora. —La voz se me parte mientras me pasa la lengua por la clavícula.

Suelta una risotada grave que me llena los oídos y alimenta el fuego que me abrasa por dentro hasta que su lengua deja mi piel. Abro los ojos y lo miro con ojos llenos de deseo y me encuentro con su mirada fija en mí.

—No creerás que voy a calmar tu deseo así de fácil, ¿verdad? —Sonríe y me mira con regocijo. ¡Mierda! Mi cuerpo, ya tenso de deseo, se atiranta más—. Me has tenido con la polla dura toda la semana, creo que lo justo es darle la vuelta al tablero. —Sonríe—. Según tus propias palabras.

Por mucho que me gustaría pavonearme de que acabe de admitir que le he vuelto loco con éxito, saber que no va a aliviar mi deseo en ningún momento cercano me hace gruñir de frustración. La sonrisa de Colton se ensancha y la mirada pícaro que me dedica hace que lo fulmine.

—Casi me matas toda la semana, Rylee, entre sugerencias y provocaciones, ahora te toca saber lo que se siente.

¡Joder! ¿En serio? ¿En qué piensa?

—Ya sé lo que se siente. —Trato de enfatizar las palabras, pero solo consigo que suenen entrecortadas. Desesperadas—. Tus reacciones provocaban lo mismo en mí.

—Lo dudo, Rylee —murmura con los labios en mi oído—. ¿Sabes lo difícil que es concentrarse en una reunión mientras intento disimular una erección porque no puedo sacarme tus mensajes de la cabeza? ¿Lo idiota que parezco cuando me quedo en blanco ante una pregunta sobre los ajustes del alerón del coche, porque lo único en lo que puedo pensar es en volver a probar el sabor de tu coño? —Levanta una mano y me coge por la nuca, sujetándome la cabeza para que no me mueva, de manera que no tengo más remedio que enfrentarme a su mirada—. ¿Fue igual para ti, Rylee?

Me muerdo el labio inferior y sacudo la cabeza diciendo que no, nuestras miradas se enfrentan, violeta contra verde, en un intercambio silencioso.

—Dilo.

—No. —Respiro con dificultad, completamente bajo su hechizo. Cautivada. Hipnotizada.

—Entonces, esta noche te lo mostraré —me dice mientras se arrodilla en el suelo de la limusina para colocarse entre mis piernas y me atrapa la boca. Su lengua lame y se mueve lentamente con la mía mientras desliza la mano por la parte exterior de mi muslo, levantándome el vestido a medida que avanza—. Dios santo.

Suspira mientras con los dedos acaricia las correas de la liga que me he puesto específicamente para seducirlo. Sin embargo, por algún motivo, parece que ahora la situación ha dado la vuelta.

Es él quien me seduce a mí.

—Voy a pensar en desnudarte toda la noche hasta que estés delante de mí solo con los tacones y con esto, nada más —dice y tira de la correa de una de las ligas para que restalle contra mi muslo.

El ligero escozor me envía una sacudida directamente al sexo, ya palpitante.

—Me parece que llevas demasiada ropa.

Sonríe, con una mirada traviesa y diabólica en el rostro. Lo miro con miedo, totalmente centrada en el matiz carnal de sus ojos, hasta que siento sus dedos en la seda empapada de mi ropa interior. La pequeña barrera de tela ahoga su roce e instintivamente levanto las caderas, pidiendo más.

—Colton —exclamo.

—Y yo demasiado poca —murmura, con voz burlona.

Solo tengo un segundo para preguntarme a qué narices se refiere, y entonces el aire frío de la limusina me golpea la piel caliente cuando me aparta las bragas a un lado y se me olvida la pregunta. Le sostengo la mirada, con el cuerpo vibrando de necesidad de manera incontrolable mientras me acaricia lentamente con un dedo y después lo introduce entre mis labios hinchados. Y me dejo llevar, mis pensamientos se pierden en el roce de las yemas de sus dedos, en el calor abrasador del deseo y la implacable necesidad.

Se inclina y me provoca con un suave y tentador beso. Penetra en mi boca con tal reverencia, que me sacude por dentro desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Asalta todos mis sentidos, lo que dificulta cualquier pensamiento coherente y manipula mi cuerpo con un objetivo claro y concreto.

Grito contra sus labios cuando introduce tres dedos dentro de mí, para que acaricien las sensibles paredes de mi interior. Echo la cabeza atrás sin vergüenza y emito un gemido ahogado, sus dedos invaden las profundidades de mi sexo y me rozan de la manera que tan desesperadamente necesito. Empujo las caderas hacia arriba para intentar acercarme más y que sus dedos profundicen, necesito liberarme. La conexión.

El calor sube. El cuerpo se me tensa con la anticipación del orgasmo inminente. Estoy tan cerca de llegar al éxtasis que no puedo contener el gemido que se me escapa de entre los labios.

Y, de pronto, estoy vacía.

—¿Qué? —grito, parpadeo y abro los ojos para encontrarme con la mirada divertida de Colton, teñida de lujuria.

—No hasta después, Ry. —Esboza una sonrisa lasciva—. Cuando me pueda tomar mi tiempo contigo; llevarte a lugares que ni siquiera sabes que existen todavía —dice, repitiendo la promesa de la primera noche que nos conocimos, excepto que ahora no tengo una respuesta ingeniosa para él. Solo lo deseo. Ya. De cualquier manera posible.

Porque esta vez sé que puede cumplir la promesa. Y mucho más.

Cuando empiezo a protestar, me pasa un dedo por el labio inferior y lo humedece con mi propia excitación antes de besarme. Su lengua se abre paso hasta la mía y el gruñido que le sube por la garganta me hace perder la cabeza. Rodea mis mejillas con las manos y se aparta un instante para morderme el labio inferior mientras se retira. Me mira a los ojos y se le escapa un nuevo gruñido.

—Mis dos cosas favoritas del mundo.

Gimo de frustración. ¿Me toma el pelo? No puede hablarme así y creer que no voy a asaltarlo y hacer con él lo que estoy deseando hacer.

—Chsss —murmura—. Te dije que ahora te toca sufrir a ti. —Cierro los ojos un momento y me resigno a soportar la sensación de ansia por el momento—. Tengo intención de enseñarte lo intensa que puede ser la tortura

toda la noche, encanto.

La oscura promesa de sus palabras hace que todo mi cuerpo vibre por un deseo no correspondido y que la vagina me palpite de excitación. Va ser una noche muy larga y frustrante.

—A partir de ahora —murmura y me dedica una sonrisa maliciosa mientras lentamente se mueve hacia abajo por mi cuerpo, y acerca la boca para dar un lento y dulce lametazo a mi entrepierna. Gimo con violencia cuando siento el roce de su lengua, que me deja indefensa y a su merced.

Desliza la lengua adelante y atrás y con los dedos me acaricia la piel hinchada.

—Colton —digo entre gemidos; la sensación hace que me vibre todo el cuerpo cuando introduce la lengua dentro de mí. Apenas puedo respirar. Ni siquiera puedo centrarme. Me clavo los dedos en los muslos, desesperada, anhelante, deseando que llegue la liberación que siento tan cerca.

—Eso es todo, Ry. —Me sopla el clítoris, lo que me hace echar la cabeza atrás en el asiento, con los ojos cerrados y el cuerpo lleno de deseo—. Así es como te quiero toda la noche.

Más que sentirlo, oigo cómo se rompe la tela cuando Colton se vuelve a poner en pie. Estoy tan dominada por la negación del orgasmo que ni siquiera me parece divertido que se haya adueñado de otra de mis bragas. El gruñido bajo que emite hace que levante la vista justo a tiempo para ver cómo se limpia los restos de mi deseo con mis bragas rojas. Lo miro con los labios entreabiertos, los ojos como platos, la respiración acelerada y el corazón latiendo con fuerza.

Y frustrada.

—¿Quieres algo? —Sonríe burlón.

Estoy cegada por el deseo. A la mierda el juego. Lo quiero ya. Con urgencia.

—Sí, por favor, Colton, por favor —suplico y no me importa hacerlo.

El silencio se rompe cuando recibe un mensaje. Lo mira y después me clava la mirada divertido.

—Justo a tiempo. Nos toca.

Sacudo la cabeza mientras permanezco en un estado de frustración por la negación del placer. Colton sonrío, me baja el vestido, sin bragas y se sienta

en el asiento a mi lado.

En ese momento lo veo en sus ojos. La fina línea en la que hace equilibrios su autocontrol. Cómo su cuerpo se ve arrastrado por una necesidad y un deseo intensos. Este juego de seducción le está costando tanto como a mí.

—Solo una palabra —dice, despacio y con una mano cubre mi mejilla. Me acaricia el labio inferior con el pulgar—. Expectación.

Esa simple palabra me provoca una punzada por todo el cuerpo. Roza sus labios tiernamente contra los míos antes de apartarse unos centímetros. Me inclino hacia adelante con el deseo de profundizar el beso y ahogarme en el sabor que tanto anhelo, pero se aparta, me regala una sonrisa seductora y veo un brillo travieso y juguetón en sus ojos.

Por alguna razón, escojo ese momento para recordar el comentario que hizo antes.

—¿Demasiada ropa? —pregunto y entrecierro los ojos pensativa, intentando averiguar lo que quería decir.

Sujeta mis bragas en alto y se lame los labios mientras piensa qué palabras usar para provocarme.

—Verás, estas llevan toda la semana donde yo me moría por estar, y, como yo no he podido estar ahí, ellas tampoco podrán. —Se inclina para darme un beso verdaderamente tierno y apoya la frente en la mía—. Esta noche, Rylee —murmura contra mis labios—, quiero que pienses en mí todo el tiempo. O, más bien, en todo lo que planeo hacer contigo más tarde cuando estemos a solas.

Exhala, su voz es un susurro seductor que hace que el deseo de mi interior explote en llamas.

—Dónde te voy a lamer. Dónde te voy a tocar. Dónde te voy a chupar. Dónde te voy a penetrar. Cómo voy a deleitarme con cada centímetro de tu piel.

Le aprieto los bíceps con las manos mientras se me seca la boca y noto como me empapo por sus palabras. Tiene que saber cómo me afecta, la desesperación que siento porque me toque ya, pero continúa.

—Quiero saber que mientras hablas con todos esos donantes potenciales, mientras se te ve tan profesional, tan elegante y tan despampanante, por debajo de ese vestido estás empapada por mí.

Ahogo una respiración entrecortada, casi no puedo soportar sus palabras en mi estado actual.

—Que estés tan cachonda que duela. Que el coño te palpите solo de pensar en cómo me voy a enterrar en ti más tarde. Durante horas.

Noto el dolor en su voz en las últimas palabras y siento cierta satisfacción al saber que sufre tanto como yo. No puedo evitar el gemido de deseo que se me escapa y Colton sonrío por mi reacción.

—Cada vez que te mire quiero saber que te estoy volviendo loca por dentro mientras por fuera se te ve tan perfectamente arreglada. —Inclina la cabeza hacia adelante y me da el beso que me estaba negando. Cuando nos separamos, apenas puedo respirar—. Y soy consciente de que yo tendré tantas ganas como tú.

Se aleja de mí y pasa al asiento de al lado. No he dicho nada todo este tiempo y, sin embargo, me siento exhausta y totalmente superada por la conversación.

—Poca ropa —dice con una sonrisa lasciva mientras sujeta mis bragas en alto y empieza a doblarlas—. Así ya no llevas demasiada. —Se mete el trozo de seda roja en el bolsillo de la chaqueta y me guiña un ojo—. Y yo estoy perfecto.

Lo miro preguntándome qué niveles de deseo alcanzaré esta noche. Me ruborizo y sonrío, consciente que estoy más que dispuesta a jugar. Sacudo la cabeza suavemente.

—Eres muy malo, ¿lo sabías?

Algo se refleja en sus ojos un instante, parece miedo, pero no puede ser. ¿A qué podría tener miedo?

—No te haces una idea, Rylee.

Aprieta la mandíbula mientras me mira, de pronto está serio y no sé por qué. Nos sentamos mirándonos el uno al otro en silencio por un momento antes de que se vuelva a mirar el paisaje por la ventanilla. Su voz es extrañamente suave y contemplativa cuando finalmente habla.

—Si fueras lista... Si yo pudiera... te diría que te alejaras.

Le miro la parte posterior de la cabeza, desconcertada. ¿Qué le hace pensar que es tan horrible que no me merece? Que después de todo este tiempo siga sintiendo que está contaminado por lo que vivió de niño me mata. Si me dejara ayudarlo. Extiendo la mano y la apoyo en su espalda.

—Colton, ¿por qué dices eso?

Me mira, comedido.

—Me gusta demasiado tu forma de ser, ingenua, como para explicarte los detalles escabrosos.

¿Ingenua? ¿No es consciente de los horrores que he vivido en el Hogar?  
¿O es otra excusa para huir del pasado?

—Sea lo que sea, Colton, no afecta a lo que siento por ti. Necesito que lo sepas.

—¿Colton?

Me sobresalto cuando una voz entra zumbando a través del altavoz de la parte delantera del coche.

—Déjalo, Ry —advierde en voz baja—. ¿Sí, Sammy?

—Dos minutos para llegar.

Baja el cristal que nos separa de la cabina del conductor que nos da privacidad. Sammy vuelve la cabeza hacia Colton.

—Sammy, tráeme a *Sexo*. Esta noche me apetece conducir.

¿Sexo? ¿Conducir? ¿De qué narices habla?

—Por supuesto —dice Sammy, con una media sonrisa que le ilumina el rostro antes de volver a subir el cristal.

—¿Sexo?

Lo miro como si estuviera loco, feliz por cambiar de tema para aligerar un poco la repentina tirantez de la conversación.

—Si. Mi F12. Mi bebé. Así lo llamo.

Se encoge de hombros como si fuera la cosa más normal del mundo, pero me perdí en F12, bebé y sexo.

—A ver, ¿lo puedes explicar en un idioma comprensible para los que tenemos dos cromosomas X? —Me río desconcertada.

Me dedica una sonrisa infantil que derretiría mi ropa interior si la tuviera puesta.

—El F12 es mi favorito de todos los coches de mi colección. Es un Ferrari Berlinetta. La primera vez que Beckett lo condujo, me dijo que la sensación era equivalente al mejor sexo del mundo. Al principio no era más que una broma, pero se le quedó el nombre. Así que... —Se encoge de hombros y yo ladeo la cabeza—. *Sexo*.

—¿De tu colección?

—Las mujeres tienen zapatos. Los hombres tienen coches. —Es la única explicación que me da. Estoy a punto de seguir preguntando cuando anuncia —: Ya hemos llegado. —Se remueve en el asiento para quedar más cerca de la puerta y las mariposas me vuelven a revolotear en el estómago—. Hora del espectáculo.

Antes de que pueda prepararme mentalmente, la puerta de la limusina se abre. Aunque el cuerpo de Colton bloquea parcialmente el flash de las cámaras, su intensidad me ciega por un momento.

Colton saluda a los *paparazzi* con una sonrisa casual mientras se abotona la camisa antes de girarse para ayudarme. Respiro profundamente, le doy la mano y dejo que me saque de la limusina. Salgo del vehículo y lo miro, con su sonrisa tranquilizadora. El chico melancólico de hace un momento ha desaparecido. Hola, *playboy* de Hollywood.

—¿Estás bien? —pregunta y asiento sutilmente, abrumada por la avalancha de gente que nos grita y por los flashes de las cámaras. Tira de mí hacia él y acerca la boca a mi oído—. Recuerda sonreír y seguirme —murmura—. Estás increíble esta noche.

Se aleja, me aprieta la mano y me dedica una de sus sonrisas despampanantes antes de echar a andar por la alfombra roja.

El único pensamiento que se hace oír por encima del alboroto que nos rodea es que, a partir de este momento, ya no seré anónima para la prensa.



## Capítulo 16

Sigo viendo puntitos brillantes, pero he sobrevivido a la alfombra roja. Me siento desorientada y algo violentada por las preguntas invasivas de los periodistas y las incesantes fotos. No tengo ni idea de cómo Colton puede estar tan relajado en una situación así. Años de práctica, supongo. Calmado y amable, ha evitado responder las preguntas que le hacían. (¿Hay algo entre vosotros? ¿Cuánto lleváis juntos? ¿Cómo me llamo?). Ha distraído a la prensa con una sonrisa: la foto perfecta para la portada.

Colton me aprieta la mano con compasión.

—A veces me olvido de lo devastador que puede ser esto para alguien que no lo ha hecho nunca. —Me da un beso rápido y casto en los labios antes de guiarme al salón de fiestas—. Perdóname. Debería haberte preparado.

—No te preocupes —le digo y me relajo al sentir el calor de su mano en la espalda—. Estoy bien.

Una cosa es la alfombra roja, pero creo que nada me hubiese preparado para lo que siento al entrar en una habitación con Colton. Es como si todas las cabezas se girasen a mirarnos mientras caminamos por el pasillo, todas las miradas puestas en el hombre que me acompaña. Es magnético en todos los sentidos de la palabra: aspecto, actitud, carisma y personalidad. Me tambaleo ante la repentina atención. Colton percibe mi indecisión y me acerca más a él, una demostración nada sutil de posesión ante las miradas indiscretas. La inesperada acción me sorprende y me emociona a la vez. Acerca la boca a mi oreja.

—Respira, nena —murmura—. Vas muy bien. Y me muero de ganas de

follarte después. —Lo miro de repente y la sonrisa que me dedica me calma un poco los nervios.

La siguiente hora pasa volando. Colton y yo nos mezclamos entre la multitud y me siento intimidada por la cantidad de personas que conoce y con las que tiene relación. Es tan modesto que al final termino por olvidarme de las circunstancias en las que creció, donde los famosos son amigos de la familia y el esmoquin es el uniforme diario.

Es realmente encantador, siempre tiene el comentario correcto y sabe cuándo hacer una broma que aligere la conversación. Publicita sutilmente el programa de patrocinio en cada conversación y responde con paciencia a las mismas preguntas de un modo tan relajado que hace que la gente se comprometa con la causa sin sentirse acosada o engañada.

Lleva mi ropa interior en el bolsillo de la americana, un recordatorio constante de nuestro pequeño intercambio en la limusina y de las seductoras promesas que me hizo.

Echo un vistazo alrededor y veo a varias mujeres hablando y mirando en nuestra dirección. Al principio supongo que están mirando a Colton porque, seamos realistas, es difícil no mirarlo sin quedarse boquiabierto. Luego, al volver a fijarme, me doy cuenta de que no admiran a Colton, sino que más bien juzgan a su cita, es decir, a mí. Me miran con malicia y se burlan en mi cara antes de volverse a mirar entre ellas para seguir con sus comentarios. Para criticarme, sin duda. Trato de evitar que me moleste y de dejarme vencer por las inseguridades, pero sé lo que piensan. Leo, como si fuera un eco, los comentarios de Tawny en sus miradas.

Estoy tan inmersa en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Colton me ha llevado detrás de una mesa alta de cóctel. Le da la espalda a la sala y me besa para renovar mi necesidad torturadora de él. Se separa para mirarme mientras que, con su mano, que tapa de la vista de los demás con el cuerpo, me toca entre las piernas.

—¿Rápido y duro? ¿O suave y lento? ¿Cómo debo follarte primero? —murmura en voz baja, el timbre de su voz me vibra en los oídos.

Se me corta la respiración cuando aprieta los dedos entre mis pliegues a través de la tela del vestido. No ejerce presión suficiente como para que me corra, pero sí lo bastante como para provocar que una corriente de sensaciones me atravesase todo el cuerpo.

—¿Colton?

Nos interrumpe una voz por encima del hombro de Colton. Me sobresalto, consciente de lo que estaba haciendo, mientras esboza una suave sonrisa y se vuelve para mirar a su conocido.

Saluda al caballero y me presenta, a pesar de que sabe que necesito un minuto para recuperar la compostura. Estoy segura de que el rubor de mis mejillas dice mucho, pero cuando lo miro, está inmerso en una conversación sobre algún acontecimiento al que asistieron juntos en el pasado. Sus ojos saltan hacia mí un instante y esboza un amago de sonrisa, su mirada brilla sugerente.

Miro a Colton, escuchando solo a medias lo que dice, hasta que lo llaman desde otro lugar de la habitación. Mi cuerpo vibra de deseo. Tenerlo tan cerca, al alcance de la mano, ¿y no poder tocarlo? ¿No poder deslizar las manos por debajo de la camisa hasta su esculpido pecho? ¿Ni pasar mi lengua por la V de sus caderas y degustarlo? Una absoluta tortura. Se inclina hacia mí, seguramente adivinando el hilo de mis pensamientos y con la cara me roza el pelo.

—Qué *sexy* estás cuando te excitas —susurra y me da un beso en la sien.

—No es justo —digo y con una mano le empujo el pecho con una sonrisa tonta.

Mi sonrisa flaquea un momento cuando capto por el rabillo del ojo la mirada desagradable de una mujer que pasa a nuestro lado. Me entran ganas de preguntarle cuál es su problema. ¿Qué le he hecho?

—¿Quieres otra copa? —pregunta Colton, distrayéndome de los pensamientos sobre el desconocido bombón descerebrado número uno.

Imagino que no me irá mal numerarlas, seguramente nos encontremos con más de una esta noche. Asiento en respuesta a su pregunta, consciente de que la noche acaba de empezar y que necesito un poco de coraje líquido si voy a seguir a merced del Colton sexual.

—Ahora vuelvo —dice, aprieta mi mano y se marcha hacia el bar.

Observo a varios actores importantes; se acercan a Colton, lo paran y lo saludan dándole la mano y palmeando su espalda. Una rubia escultural se coloca a su lado e intenta llamar su atención. Observo a Colton con curiosidad, me interesa ver cómo interactúa con ella. Percibo que se conocen (la forma en que lo toca, su lenguaje corporal, el modo en que él la mira...,

aunque al mismo tiempo parece molesto por su presencia) y me pregunto si se habrán acostado. No puedo separar los ojos de la escena porque, en el fondo, conozco la respuesta.

Sé que ha estado con muchas mujeres y lo acepto, pero saberlo no quiere decir que no me moleste. No me apetece verlo con mis propios ojos. Se libra de la rubia y sigue el camino hacia el bar. Cuando por fin llega, lo rodea un grupo de gente, todos ansiosos por captar su atención, jóvenes y mayores, hombres y mujeres.

—No estará mucho contigo —dice una voz con un acento que no distingo detrás de mí.

—¿Perdona? —Me doy la vuelta para encontrarme con una guapísima mujer y que cumple con el requisito principal: ser rubia.

«Hola, bombón descerebrado número dos», pienso.

Me sonrío y niega con la cabeza demostrándome su desaprobación mientras me evalúa.

—Lo que acabo de decir —afirma—. Nunca pasa demasiado tiempo con ninguna de nosotras.

¿Nosotras? Lo dice como si yo quisiera formar parte de algo con ella, menos si se trata del Club de desterradas de Colton Donavan. ¡Maravilloso! Otra de sus mujeres despechadas.

—Gracias por el aviso —digo, sin molestarme en disimular el desdén—. Lo tendré presente. Ahora, si me disculpas.

Cuando empiezo a caminar me coge del brazo. La sangre me hierve. Cada fibra de amabilidad de mi cuerpo se rebela para impedir que me dé la vuelta y le enseñe que debajo de este glamuroso vestido hay una luchadora dispuesta a pelear por lo que es mío. Y, ahora mismo, Colton es mío. Me entran ganas de apartarle la mano de un golpe. O de darle una bofetada y punto.

—Para que lo sepas, cuando acabe contigo y pase de ti, estaré esperando para ocupar tu lugar.

Con estas palabras, me libero de su mano con éxito y me giro para mirarla. Le dedico una mirada helada, algo sorprendida por el atrevimiento.

—¿No sabías que a Colton le gusta repetir con sus ex mientras busca la siguiente conquista?

—¿Y qué? ¿Te sientas a esperar sin más? Me parece patético —digo y sacudo la cabeza para ocultar que lo que dice me inquieta.

—Es así de bueno —replica.

«A mí me lo vas a contar», pienso.

Me doy cuenta de que sus palabras son el motivo de que todas sus ex sean tan posesivas con él, incluso con su recuerdo. Es el paquete completo en más de un sentido. Menos en la capacidad para comprometerse, claro. De pronto, la sonrisa burlona del rostro de la rubia desaparece y deja paso a una sonrisa deslumbrante. La postura de su cuerpo cambia y sé que Colton está detrás de mí, incluso antes de que mi cuerpo empiece a vibrar por su cercanía.

Me doy la vuelta y le sonrío, agradecida por que llegue a salvarme de las garras de esta mujer.

—Teagan. —Asiente en su dirección a modo de saludo y le dedica una sonrisa cautelosa, con voz indiferente añade—: Tan guapa como siempre.

—Colton —borbotea sin aliento, su comportamiento ha cambiado por completo—. ¡Qué gusto volver a verte!

Da un paso hacia adelante para besarlo en la mejilla, pero Colton, como quien no quiere la cosa, da un paso a un lado, me coloca la mano en la cintura y tira de mí para apretarme contra él. Puedo ver cómo a ella le molesta la falta de atención, así que vuelve a la carga sin éxito.

—Si nos disculpas, tenemos trabajo que hacer —le dice Colton educadamente y la despide al alejarse en otra dirección.

Saluda con la cabeza a otro conocido y se acerca para decirme algo cuando ella ya no puede oírnos.

—Es un mal bicho —dice antes de dar un sorbo de su bebida—. Siento no haberte rescatado antes.

—No pasa nada, solo me comentaba que, cuando pases de mí, ella se encargará de complacerte hasta que encuentres a alguien nuevo. Ya que siempre vuelves con tus exnovias mientras buscas una nueva conquista.

Pongo los ojos en blanco y trato de sonar desenfadada, como si no me hubiera molestado lo que ella ha dicho, pero sé que más tarde, cuando menos me lo espere, volverá para atormentarme.

Porque estoy segura de que decía la verdad.

Colton echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¡Cuando los cerdos vuelen! —exclama, quitándole importancia a sus comentarios—. Recuérdame que luego te hable de ella. Es lo peor.

—Bueno es saberlo. Me aseguraré de mantenerme las distancias.

Interactuamos con la gente un poco más, hablamos de nuestro proyecto en común en una sala atiborrada de bolsillos llenos de dinero. Nos separamos aquí y allá cuando las distintas conversaciones nos llevan en direcciones opuestas. En los momentos en que estamos separados, no puedo evitar mirar por encima del hombro a Colton y dedicarle una sonrisa suave en respuesta a la suya, pícara.

En un momento que estoy sola decido ir al bar a rellenar la copa. En la cola, que es bastante larga, escucho a tres mujeres que cuchichean a unos pasos por detrás de mí. Al principio, no creo que se den cuenta de que puedo oírlas. Comentan con grosería mi mal gusto para la ropa. Después, que si no soy el tipo de Colton porque no tengo buena talla. Que no me irían mal una rinoplastia y una liposucción. Que no sabría qué hacer en la cama con Colton ni aun teniendo un mapa. Y siguen así un rato hasta que confirmo que hablan en voz alta a propósito, para tratar de afectarme.

Da igual que sepa que están celosas y tratan de hacerme daño, definitivamente lo están consiguiendo. Han conseguido que me afecte a pesar de que soy yo la que está con Colton esta noche. Decido que una copa, por muy bien que me venga ahora mismo, no vale la angustia que siento por culpa de esas zorras.

Salgo de la cola y respiro hondo para recuperar fuerzas. Decido que lo mejor es ignorarlas. Pero no puedo hacerlo. No puedo dejar que sepan que tuvieron éxito. En vez de alejarme, me detengo mientras paso a su lado y me doy la vuelta. Da igual cómo me siento por dentro, no voy a dejar que los bombones descerebrados tres, cuatro, y cinco sepan que han conseguido afectarme. Levanto la vista para mirar sus críticos ojos, ignoro sus gestos de condescendencia y hago caso omiso de sus miradas de desaprobación.

—Hola, señoritas. —Sonrío y me inclino en su dirección—. Para vuestra información, el único mapa que me hace falta es el gemido de Colton cuando paso la lengua por su estómago para llegar a su maravillosa polla. Pero gracias por preocuparos. —Les dedico una sonrisa maliciosa y después me alejo sin mirar atrás.

Me tiemblan las manos mientras camino y me dirijo al baño más cercano para recomponerme. ¿Por qué he dejado que me alteren? Si estoy con Colton, ¿no es esa la única respuesta que necesito? Pero ¿estoy de verdad con él? Lo veo en sus ojos, lo percibo en las palabras que no dice y lo siento en su habilidosa manera de tocarme. En Las Vegas me dijo que me elegía a mí, pero cuando le pedí que lo intentase y que me ofreciese algo más que ese estúpido acuerdo suyo, no llegó a responderme, no me dijo nada. Un simple «sí, lo intentaré» habría bastado.

A lo mejor solo estoy nerviosa por ver a las que probablemente son su grupo de mujeres despechadas, ver que lo siguen deseando, aunque él no les haga caso, y cómo se pavonean delante de mí. Al menos podría haberme advertido.

Entonces el pensamiento me estrangula como una serpiente constrictora. ¿Seré yo una de ellas en un par de meses? ¿Una de las muchas mujeres despechadas por el famoso Colton Donavan? Quiero pensar que no, pero después de verlas aquí esta noche, ¿por qué creí que tendría siquiera una oportunidad de domar al indomable? ¿Por qué iba a cambiar por mí cuando la multitud que vino antes que yo ni siquiera se lo planteó?

Puedo pasar el resto del día pensando que soy diferente, pero lo que yo piense no tiene importancia: son sus palabras las que podrían significarlo todo.

Suspiro, me tranquilizo y me vuelvo a alterar con la mirada perdida en el vaso vacío. Se me escapa un chillido cuando unas manos me agarran por la cintura desde atrás.

—Aquí estás —me susurra la voz de Colton al oído y sus labios me rozan la curva del hombro hasta el cuello—. No te encontraba.

—Vaya. Hola, As —respondo, el susurro de sus labios me calma las dudas por un momento.

—As, ¿eh? —se ríe, yo trato de girarme, pero él mantiene su cuerpo pegado al mío con los brazos rodeándome el torso.

Empieza a caminar hacia adelante y mis piernas se mueven por instinto con su impulso. A cada paso, siento cómo se va endureciendo contra la zona baja de mi espalda. La punzada de necesidad, que en realidad nunca desapareció del todo, se reaviva.

La risa de Colton que resuena en mi oído me hace pensar en lo que

quiero, o más bien necesito, que me haga ahora mismo. Que nuestros cuerpos se toquen desde el muslo hasta los hombros es más de lo que puedo soportar. Me planteo suplicar si hace falta.

—¿Armario sexual? —pregunta, y tardo un instante en comprender que es otro penoso intento de adivinar el significado de «As».

—No. —Me río—. ¿De dónde has sacado...?

—Joder, pues es perfecto.

Lo miro en el mismo momento en que las palabras salen de su boca. Me ha llevado hasta el rincón más apartado de la conserjería e, irónicamente, nos encontramos delante de una puerta donde se lee almacenamiento.

Me echo a reír, pero antes de poder siquiera pensar en escapar, me da la vuelta y me empotra contra la pared y presiona su cuerpo contra el mío. Colton coloca las manos a ambos lados de mi cabeza e inclina su rostro sobre el mío, deteniéndose a milímetros de mis labios. Nuestros pechos chocan desesperados por probar el sabor del otro, saboteando nuestra capacidad de respirar y robándonos la razón en el proceso.

A pesar de lo cerca que estamos, seguimos con los ojos abiertos, la conexión es inquebrantable. Eléctrica. Inflamable.

—¿Tienes idea de lo desesperado que estoy por follarte? —murmura y sus labios rozan ligeramente los míos al moverse.

Me ahogo en el calor que sus palabras me provocan, en mi fuero interno suplico para que me levante y me folle aquí mismo, pero lo único que consigo es suspirar con dificultad. Se inclina y me tantea. Me duelen las manos de apretar los puños contra su chaqueta, conteniendo las ganas de arrancarle la camisa, ¡a la mierda los botones!

Colton se aparta de mí al oír el ruido de unos tacones, pero tira de la puerta del armario y me empuja al interior. En cuanto la puerta se cierra y nos quedamos a oscuras, Colton me inmoviliza los brazos por encima de la cabeza. La única luz que entra en el armario es la que se cuela por la rendija del marco de la puerta. Ni siquiera me acuerdo de la claustrofobia que me atormenta desde el accidente y que me ataca en cuanto me veo encerrada en algún sitio. Solo pienso en Colton. El miedo desaparece. Tiemblo de expectación, esperando que su cuerpo choque con el mío, me aplaste contra la puerta y haga lo que los dos necesitamos tan desesperadamente.

Liberación. Conexión. Intensidad.



Pero no lo hace. La única conexión entre nosotros la provocan sus manos que sujetan mis muñecas sobre la cabeza. Está demasiado oscuro para intuir la silueta de su cuerpo, pero siento su aliento caliente en la cara. Nos quedamos así un rato, tan cerca que se me eriza la piel de los brazos y cada nervio de mi cuerpo se muere por sentir su tacto, me siento flotar en un estado constante de necesidad.

—La anticipación es sofocante —susurra y, en ese momento, podría ser la definición de As. Sin ninguna duda. Pero no tengo tiempo para comprenderlo y mucho menos para responder, porque sus labios, finalmente, se encuentran con los míos. Y esta vez, hacen más que probarme. Me devoran. Me asaltan sin preguntar.

El mundo al otro lado de la puerta deja de existir. Las dudas que invaden mi cabeza se acallan. Todo se pierde en la sensación de su boca sobre la mía.

Nuestras lenguas bailan. Nuestros suspiros se funden. Nuestros cuerpos se rinden, pero sin llegar a tocarse. Además de nuestros labios y sus manos en mis muñecas, él no permite que ninguna otra parte de nuestros cuerpos se acerquen.

Necesito tocarlo desesperadamente. Sentir cómo se endurecen mis pezones al rozarse contra su pecho. Notar sus dedos escalando por mis muslos para centrarse en mis partes más íntimas.

Pero me niega lo que tanto ansío en silencio, mientras controla por completo la satisfacción de mi deseo.

—Dios, mujer —maldice—. Me estás poniendo muy difícil que me separe de ti.

—Pues no lo hagas —jadeo mientras ardo de lujuria al tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos de tan diversas maneras.

Gruñe por toda respuesta y, tan rápido como entramos en el armario de almacenaje, salimos de él. Cierro los ojos un momento para protegerme de la repentina luz. Cuando vuelvo a abrirlos, Colton está a unos pasos de mí, con los hombros tensos por el pequeño desliz de autocontrol que acaba de tener.

Me mira por encima del hombro, con la mandíbula tensa y los ojos demostrando su conflicto interior.

—¿Colton? —pregunto, intentando averiguar lo que piensa. Me mira y niega con la cabeza.

—Voy al baño. ¿Nos vemos fuera?

Lo miro y tartamudeo un «vale» en voz baja.

Empieza a caminar, pero se para y vuelve hacia mí. Sin preámbulos, me coge del cuello y me acerca a él para darme un casto beso en los labios antes de irse. Me habla por encima del hombro:

—Necesito un minuto.

Yo necesito una eternidad.

\*\*\*

Me encuentro inmersa en una conversación sobre los éxitos de mi organización y las posibilidades de las nuevas instalaciones cuando me interrumpen.

—¡Rylee! —brama una voz a mi espalda.

Cuando me doy la vuelta, me veo atrapada en el abrazo de oso de Andy Westin. Le devuelvo el abrazo, contagiada por su afecto y entonces se aparta y me sujeta las manos para mirarme. Silba.

—¡Vaya! Estás deslumbrante —alaba, y yo pienso: «de tal palo, tal astilla».

—Señor Westin, me alegro de volver a verle —digo, y me sorprende porque es verdad. En una sala llena de pretensiones, es como un soplo de sinceridad y vitalidad.

Agita una mano en el aire.

—Ya te lo dije, llámame Andy.

—Andy, es verdad. ¿Sabe Colton que estás aquí? ¿Quieres que te traiga una copa?

—No te preocupes. En un rato iré yo mismo a por una —responde, y me palmea el brazo mientras busca entre la gente—. Todavía no lo hemos visto, pero hemos estado ocupados saludando a viejos amigos y escuchando hablar de esta maravillosa causa.

—Sin duda, Niños Ahora lo es —reflexiono.

Esboza una ancha sonrisa.

—Hablando de causas nobles, tengo entendido que mi chico y tú estáis trabajando en un pequeño proyecto para tu organización.

—¡Así es! —exclamo emocionada al darme cuenta de que está pasando de verdad. Estoy aquí para promocionar la nueva instalación y su puesta en marcha—. Gracias a Colton...

—Aquí estás —me interrumpe una seductora voz.

Me giro para descubrir a su legítima dueña y me encuentro de frente con Dorothea Donovan-Westin. Es despampanante y derrocha tanta gracilidad al moverse y sonreír que logra que solo quieras quedarte mirando y admirarla.

—¡Dottie, querida! No sabía dónde te habías metido —dice Andy mientras le besa la mejilla.

Dorothea me mira con sus ojos azules de color zafiro teñidos de diversión.

—Siempre me pierdes. —Se ríe.

—Dottie, querida, esta es Rylee...

—Thomas —termino por él.

—Thomas, eso —dice y me guiña un ojo, agradecido por la ayuda—. Te presento a mi esposa, Dorothea. —Se gira hacia ella—. Es la chica que trabaja con Colton en lo de...

—Ya lo sé, querido. —Le palmea el brazo con cariño—. Después de todo, estoy en la junta. —Se gira hacia mí y me ofrece una mano con una manicura perfecta—. Me alegro de conocerte por fin, Rylee. He oído cosas maravillosas sobre tu trabajo en el comité.

Le doy la mano, sorprendida por los nervios que me asaltan. Mientras que Andy es amable y abierto, Dorothea es reservada y regia. De ese tipo de personas de las que quieres conseguir su aprobación sin necesidad de decir nada. Dominante.

—Gracias. Encantada de conocerte. —Le sonrío con afecto—. De hecho, tu marido y yo hablábamos de eso. La generosa donación de Colton ha hecho que las instalaciones se conviertan en una realidad tangible. Una vez que su equipo acabe de calcular la suma de los patrocinios, podremos empezar a solicitar permisos.

El orgullo tiñe el rostro de Dorothea cuando menciono a su hijo y veo el amor incondicional en sus ojos.

—Parece que ponerme enferma y obligarlo a asistir en mi lugar fue algo positivo. —Ríe—. A pesar de las continuas protestas que tuve que escuchar

por obligarle a ponerse un esmoquin.

Sonríó sin poder evitarlo, antes he tenido que escuchar las mismas protestas.

—Estamos abrumados por su generosidad. No puedo expresar con palabras cuánto se lo agradezco. Por no hablar de su esfuerzo por conseguir patrocinadores para terminar de reunir fondos... —Me llevo la mano al corazón—. Nos deja, me deja, sin palabras; sobrecogida, la verdad.

—¡Ese es nuestro chico! —exclama Andy mientras coge una copa de champán de la bandeja de una camarera que pasa a nuestro lado y se la tiende a Dorothea.

—Deberíais estar muy orgullosos de él. Es un buen hombre. —Las palabras se me escapan antes de darme cuenta y me avergüenzo un poco. Mi inesperada confesión se convierte para sus padres en una pista de lo que siento por su amado hijo.

Dorothea ladea la cabeza y me observa mientras bebe un sorbo de champán.

—Y dime, Rylee, ¿estás aquí con Colton esta noche a nivel profesional o personal?

Como un cervatillo asustado alterno la mirada entre Andy y Dorothea. ¿Qué se supone que debo responder? ¿Estoy enamorada de vuestro hijo, pero él me considera una mujer a la que se folla porque se niega a admitir que siente algo por mí? No creo que sea una respuesta válida para los padres de alguien, sea o no verdad. Abro la boca para decir algo cuando Andy interviene.

—¡No le des la lata, Dottie! —dice divertido, y me guiña el ojo. Yo se lo agradezco en silencio.

—Bueno. —Se encoge de hombros como disculpa, aunque dudo que se arrepienta realmente—. Una madre necesita saber estas cosas. De hecho, me parece...

—¡Qué sorpresa! —Oigo la voz de Colton detrás de mí y respiro aliviada por no tener que responder a la pregunta.

—¡Colton! —exclama Dorothea, y se vuelve hacia él.

Me sorprende cuando atrapa a su madre en un abrazo y le da vueltas en el aire antes de besarla en la mejilla. Se le ilumina la cara por el amor que siente por ella, que acepta el afectuoso gesto abiertamente y le pone las

manos en las mejillas para mirarlo a los ojos.

—Déjame que te mire. ¡Tengo la sensación de que llevo una eternidad sin verte!

Colton le sonríe con evidente adoración.

—Solo han pasado un par de semanas. —Sonríe, y le palmea la espalda a su padre como saludo—. ¿Qué hay, papá?

—Hola, colega —dice Andy mientras rodea los hombros de Colton con el brazo y lo aprieta un momento—. ¿Y esto? —pregunta, y señala las mejillas de Colton—. ¿De verdad te has afeitado para la ocasión? Tu madre se sorprendió al ver tu foto en el evento de la otra noche con...

—Estabas muy guapo, Colton. Bien afeitado —interrumpe a su marido con una mirada de advertencia, y sonríe a su hijo con adoración—. Ya sabes cuánto me gusta que te afeites. ¡Te queda mucho mejor!

Colton me mira con una sonrisa torcida, su mirada indica que se acuerda de mi comentario sobre lo mucho que me gusta sentir el roce de su barba entre las piernas.

—Ya veo que has conocido a Rylee —dice al tiempo que me rodea la cintura con el brazo y me acerca a él para besarme en la sien. Me inclino contra él instintivamente, sin perderme la mirada de sorpresa que intercambian sus padres. No sé exactamente por qué, pero la mirada que Andy le dedica a Dorothea parece decir: «A esto me refería».

—Sí, hablábamos del nuevo proyecto de su compañía —responde su madre, estudiándolo con atención sin ocultar su desconcierto.

—Rylee ha hecho un gran trabajo —cuenta, con un orgullo en la mirada que me sorprende—. Si conociérais a los chicos, los que están ahora mismo a su cargo, si viéis lo increíbles que son, entenderíais al instante porque no tuve que pensármelo dos veces para implicarme. El proyecto tiene que salir adelante. —Su entusiasmo es genuino y me llega al corazón—. Pero eso ya los sabes, ¿verdad, mamá?

Seguimos hablando un rato hasta que Andy se disculpa para ir a buscar una copa y yo hago lo propio para escabullirme al baño. Tan solo me he alejado unos pasos cuando Colton me pone la mano en la parte baja de la espalda y me detiene al tiempo que susurra mi nombre. Presiona su cuerpo contra el mío y encajamos como dos piezas de puzle.

—Ni se te ocurra tocarte en el baño —me ordena al oído, y me provoca

una corriente eléctrica en todo el cuerpo—. Sé que estás tan desesperada como yo por tenerme dentro. Sé que lo deseas tanto que duele. Pero, nena, soy el único que puede dártelo—. Me acaricia el costado—. Ni tus dedos, ni ningún juguetito. Ni ningún capullo de esta sala. —Exhala y envidio su capacidad de respirar ahora mismo—. Solo yo. Y no he terminado contigo. —Me besa la parte de atrás de la cabeza—. Mía. ¿Entendido?

Trago saliva, intentando encontrar la voz. Sus palabras son tan provocativas que casi puedo sentir cómo la humedad resbala por mis muslos. Asiento con la cabeza y, cuando me alejo varios pasos y puedo pensar con claridad, respiro.

Cuando entro, el baño está vacío y me dirijo a la puerta más alejada. Necesito un momento. Termino de hacer mis cosas cuando oigo que la puerta se abre, dos pares de tacones chocan contra el suelo y unas risas rebotan contra las paredes de azulejo.

—¿Has visto con quién ha venido? Parece ir en serio con ella, no está tan distraído como de costumbre.

La otra mujer se ríe con voz ronca, hay algo que me resulta familiar y acerco la oreja a la puerta para escuchar mejor.

—Vamos, ¿esa? No es nada de lo que preocuparse.

Escucho el ruido de unos labios de alguien que acaba de pintárselos, esa especie de chasquido.

—Según la página 6, me da que tienes razón.

—¿Viste eso? —dice la chica de la voz ronca.

—¡Sí! Colton y tú estabais geniales juntos. Joder, sois la pareja perfecta. —Me enfurezco por lo que dice y entonces reconozco a la chica de la voz ronca, la que dice que no soy una preocupación; es Tawny.

—¡Gracias, tía! Eso pienso yo. Fue una noche increíble. Colton estuvo tan atento como siempre.

¡Un momento! ¿De qué cojones habla? ¿Noche? ¿Cómo siempre? La conversación con los padres de Colton me vuelve con rapidez a la memoria. Andy le dijo a Colton que su madre vio una foto suya con alguien, pero Dorothea lo cortó. ¿La foto era con Tawny? Trago la bilis que me sube por la garganta, intento calmarme para evitar que se disparen las ideas y me entretenga en interpretar los comentarios. Intento calmar los latidos que me palpitan en los oídos, desesperada por seguir escuchando. Siento náuseas, así

que vuelvo a sentarme, totalmente vestida, en la taza del váter.

—¡No puedo creer que dejases que se te escapara!

—Lo sé. —Suspira—. Pero es un hombre difícil de convencer una vez se ha decidido por algo. Me he asegurado de que ya no pueda usar la excusa de que me ve como a una hermana. —Se ríe sugerente—. Y de estar a su lado a cada paso del camino para que al final vuelva a mí.

—¡Cállate! ¿En serio?

—Alguien tiene que meterlo en cintura. —Se me revuelve el estómago.

—Bueno, por lo que vi en esa foto, no creo que tarde mucho —dice la amiga y mentalmente imagino su sonrisa.

—Lo sé —responde Tawny—. Ella no puede darle lo que necesita. Es demasiado ingenua. Son como Caperucita y el Lobo Feroz. Se la va a comer viva, la escupirá y a otra cosa mariposa.

—Sí que tiene un gran apetito sexual. Lo de Lobo Feroz le va al pelo. El mejor sexo que he tenido, sin duda.

¡Un momento! ¿También se ha acostado con la amiga? Respira Rylee. ¿Cuántas de sus puñeteras ex hay aquí esta noche? Respira.

Oigo la cremallera de un bolso al cerrarse.

—No tardará mucho en cansarse de ella. Vamos a ver, mírala, no tiene ni un centímetro de atractivo en ese cuerpo. Es demasiado aburrida, demasiado plana, demasiado poca cosa como para que le siga prestando atención. Y si es así por fuera, imagínate lo mediocre que será en la cama. Ya sabes cómo es, no tolera lo predecible. —Ríe—. Además, La otra noche le dejé caer que seguía disponible y más que dispuesta a ser o hacer lo que me pida.

La amiga se muestra de acuerdo.

—¿Quién no lo estaría cuando se trata de él? Joder, es un dios en la cama.

—Lo sé mejor que nadie. —Tawny ríe, y el tintineo se me clava en la columna—. Además, soy paciente. El tiempo está de mi parte.

—¿Lista?

Oigo la cremallera de un segundo bolso que se cierra y el taconeo de un par de zapatos que salen del baño, después la puerta se cierra y me deja en silencio.

¿Qué cojones? Frenética, busco el móvil en el bolso. Entro en Google y

escribo: «Colton Donovan, página 6». Hago clic en el primer enlace que aparece y me preparo para la imagen que se carga en la pantalla. Es una foto de Colton saliendo del Chateau Marmont. Tiene la mano en la espalda de Tawny, que lleva un vestido rojo *sexy* y despampanante. Ella está girada hacia él, con la mano en su solapa, y lo mira con adoración y una sonrisa sugerente. Colton la mira a su vez, se ríe como si acabasen de compartir alguna broma privada. Cuando consigo contener las lágrimas por la evidente química que hay entre ellos, miro la fecha de la foto.

Es del pasado miércoles. El mismo día que nos llevó a los chicos y a mí a la pista de karts. Suelto un gruñido al darme cuenta de que me pasé la tarde provocándolo y luego lo mandé a punto de caramelo a una fiesta con Tawny.

¡Maravilloso! Vuelvo a mirar el móvil, quizás es una foto de archivo para rellenar, pero me fijo mejor y veo que Colton está afeitado. Nunca se afeita. El miércoles fue la primera vez que lo he visto así desde que lo conozco. Siento un dolor agudo en el estómago y sigo mirando la foto. Colton me dijo que tenía un acto de trabajo. ¿En el Chateau Marmont con Tawny? ¿Qué tipo de acto de mierda es ese? ¿Y por qué se marcharon juntos tan acaramelados?

Respiro hondo, la cabeza me va a mil por hora mientras las pullitas de Tawny penetran en mi mente y echan raíces.

Empiezo a sofocarme en el interior del baño. Salgo a los lavabos y paso a toda velocidad junto a ellos. Me miro en el espejo y me sorprende la apariencia calmada y serena que tengo, cuando por dentro me retuerzo por culpa de lo que acabo de descubrir.

Me obligo a calmarme y no sacar conclusiones precipitadas. Tawny es una amiga de la familia y su socia. Es de lo más normal que acudan a actos juntos. La foto debió ser tomada en el momento justo para conseguir una imagen que diera que hablar. Que diese pie a las suposiciones. Es probable que haya otras veinte fotos de la misma escena que sean aburridas y de las que no valga la pena hablar. Además, que Tawny siga sintiendo algo por Colton no me sorprende, ya me lo dijo en el circuito.

Cuando salgo del baño, sigo intentando convencerme de no dejar que me dominen las inseguridades. No encuentro a Colton, así que me dirijo al bar, necesito otra copa para calmar los nervios. Hago un esfuerzo por recordarme que ya sabía que Colton ha estado con muchas mujeres, pero que en Las Vegas me dijo que quería estar conmigo. Sería más fácil aceptarlo si me



ofreciese algo más, si admitiese que somos exclusivos, cualquier cosa que me confirme que las emociones son parte de la escena. Que soy algo más que un entretenimiento físico.

¡Sácatelo de la cabeza, Rylee! Tengo que aceptar que me lo demuestra con actos, no palabras. Es lo que está dispuesto a darme y tengo que aceptarlo y dejarlo estar. Suspiro frustrada. Creí que me parecía bien. De verdad que sí, pero cuando añades un ejército de bombones descerebrados a la mezcla las inseguridades resurgen. Además, enfrentarme esta noche a Tawny, a Reagan, y a las memas tres, cuatro y cinco lo hace mucho más difícil. Colton tiene el paquete completo. Debería sentirme halagada de que las mujeres lo deseen.

«Sigue diciéndote eso y, a lo mejor, acabas por creértelo», pienso.

Pido una copa en el bar y me doy la vuelta para alejarme. Veo a Colton hablando con unos hombres al otro lado del salón. Sonrío, al verlo se me despejan todas las dudas. Mientras empiezo a caminar hacia él, la conversación termina y, antes de que se aleje, una mujer se le acerca y le da un abrazo más largo de lo que me gustaría. Por supuesto, es rubia, de una belleza impresionante, como la suya. Cuando se gira, la veo, es nada menos que el bombón descerebrado número cinco de la cola de antes.

La irritación me arde en las venas.

Allá vamos otra vez. Me paro en seco y observo la interacción. Mientras que el encuentro de Colton y Teagan fue agradable pero distante, la conversación con la mema número cinco no es para nada distante. Cuando veo que le sonrío con sinceridad y le deja la mano en la parte baja de la espalda, tengo que tragarme los celos.

No ha hecho nada malo o incorrecto, pero la familiaridad entre ellos es evidente. Me obligo a mirar hacia otro lado y entonces mis ojos se encuentran con Tawny al otro lado de la sala. Me sostiene la mirada con sus ojos azules, con desprecio y condescendencia. Cruza los brazos sobre el pecho mientras se gira para mirar a Colton y luego de vuelta a mí. Sonríe burlona mientras niega con la cabeza. Finge mirar el reloj de su muñeca y le da unos golpecitos a la esfera antes de volver a mirarme a mí. «El tiempo corre, Rylee. Tu tiempo casi acabó».

Me vuelvo hacia Colton, cuidando de no dejar que la ira que siento se refleje en mi expresión. No hay alcohol suficiente en la sala para hacerme

hablar con ella. Ahora mismo, no me vendría nada mal una charla alentadora con Haddie. ¿Dónde coño está cuando la necesito?

Empiezo a avanzar hacia Colton cuando la rubia levanta la vista y se encuentra con mis ojos. Me dedica la misma mirada rápida de evaluación de antes, pero esta vez la acompaña de una sonrisa arrogante. Otra mujer que me quiere quitar de en medio para mover ficha. Aunque no creo que nadie esté esperando en realidad. No parece importarles hacer sus jugadas delante de mí.

Necesito un respiro de tanto drama y tanta irracionalidad que me absorben el oxígeno. Decido salir a tomar el aire y recuperar el control sobre las emociones que me han chupado poco a poco entre tanta rubia.

La mirada de Colton se aparta de la mema número cinco y se encuentra con la mía. Esboza una sonrisa mientras me acerco, pero la borra cuando ve la expresión de mi cara.

—¿Estás bien?

—Ajá —murmuro y, a propósito, ignoro a su acompañante—. Necesito tomar el aire —digo y paso por su lado sin detenerme a responder la pregunta que adivino en su rostro.

Me apresuro a cruzar el salón hacia la salida más cercana. Abro la puerta e inhalo una bocanada del fresco aire nocturno. Hace frío, pero me alegro. Lo necesito después de aguantar la cargada atmósfera del interior. Camino a toda prisa hasta los jardines que recuerdo haber visto cuando llegamos, espero que a estas horas estén vacíos.

Necesito estar sola.

## Capítulo 17

—¡Rylee! —Colton me llama, pero sigo caminando, necesito distanciarme de él un momento—. ¡Rylee! —repite.

Oigo el eco de sus pasos en el camino detrás de mí y me confirman cómo me siento: no importa cuánto me aleje, Colton siempre estará allí, en mi pensamiento, en mi memoria, en todas partes. Ya no puedo ser de nadie más. No me queda otra opción que detenerme cuando se acaba el sendero.

—¡Deja de correr! —jadea cuando me alcanza—. Cuéntame qué pasa.

Técnicamente, esta noche no ha hecho nada malo, pero toda la angustia y la inseguridad provocada por las diferentes mujeres de la noche hierven en mi interior. Incluso la mujer más segura del mundo se habría visto afectada por todas sus admiradoras. Sé que debería confiar en que ha venido conmigo y se marchará conmigo esta noche, pero ¿acaso Raquel no pensaba lo mismo la noche del lanzamiento de ron Merit?

Necesito que me hable. Necesito oírlo. Y todavía no me ha dado lo que lleva toda la noche prometiéndome. Las acciones se pueden malinterpretar. Las palabras no. Admitámoslo, soy una mujer, ¿no estamos programadas para leer entre líneas?

Cuando levanta la mano para tocarme el brazo, todo me viene de golpe. Salto.

—¿Cuántas, As? —le grito y mi aliento se condensa al mezclarse con el aire frío.

—¿Qué? —Me mira entre sorprendido y confuso—. ¿Cuántas qué?

—¿Cuántas de tus ex están aquí esta noche?

—Rylee...

—Nada de Rylee —grito, y doy un paso atrás para conseguir el espacio que necesito para mantener la mente despejada—. Si me ibas a traer aquí esta noche y desfilar delante de mí con tu ejército de rubias perfectas, todas las mujeres a las que te has tirado, ¡al menos podrías haberme avisado! — Cuando empieza a interrumpirme, lo miro a los ojos logrando que se calle—. Ya es bastante malo que siempre tengas cerca a Tawny, la chica comodín que todavía te desea, trabajando contigo, pavoneándose delante de ti con sus tetas perfectas, asegurándose de que sepas que estará disponible cuando te canses de tu conquista del mes.

Su mirada de absoluta sorpresa no tiene precio. Me mira como si le hubiera dicho que el cielo es verde. ¿De verdad nunca se ha dado cuenta? Una parte de mí se relaja al saber que no ve a Tawny de esa manera, pero ¿qué pasa con todas las demás de la noche?

—Luego me traes aquí y me encuentro con muchas más. Lo menos que podías haber hecho era avisarme, prepararme para el constante ataque de miradas de desdén y comentarios maliciosos. Así que, ¿cuántas As? —exijo—. ¿O mejor que no lo sepa?

Colton me mira y sacude la cabeza mientras curva los labios con timidez.

—Venga ya, Rylee, no es para tanto. Tawny no es más que una vieja amiga, trabaja para mí, joder, y las demás... Nos movemos en los mismos círculos. Es imposible que no nos crucemos de vez en cuando. —Da un paso hacia mí con una sonrisa lasciva—. Estás frustrada porque estás cachonda. —Se acerca más y habla con voz sugerente—. Tienes necesidades. Estás frustrada sexualmente.

Lo miro con la boca abierta. ¿Acaba de decir eso de verdad? ¿Esa es su respuesta a las razones que le he dado para estar molesta? ¿Porque estoy al límite? ¿Que necesito correrme para luego sentirme mejor? ¿Después todas esas zorras desaparecerán y volverán a meterse en el agujero del que han salido?

—Ven aquí, déjame que te ayude.

Levanta la mano, ajeno a lo cabreada que estoy por la insensibilidad de su comentario e intenta acercarme a él. Por mucho que me gustaría dejarme llevar y aliviar el deseo que me quema por dentro, por mucho que estar con él pueda acallar las dudas que siento, el enfado y la dignidad son más fuertes.

Me encojo de hombros para liberarme de su agarre y retrocedo.

Colton se queda pálido de sorpresa, con la boca abierta mientras me mira.

—¿Me dices que no? —pregunta, incrédulo.

Resoplo, enfadada.

—Un concepto nuevo para ti, seguro, pero sí. —Suspiro—. Te digo que no.

Me mira con los ojos entrecerrados y su gesto se suaviza con entendimiento.

—Tienes más autocontrol que yo. Ya veo lo que intentas —murmura, sacude la cabeza y, por algún motivo, cree que estoy jugando con él. Que le digo que no para hacerme la difícil.

—El sexo no va a arreglar las cosas, Colton —siseo y me froto los brazos para apaciguar el frío.

—Puede que un poco —bromea, intentado hacerme sonreír.

Lo sigo mirando, sacudo la cabeza y suspiro. Él maldice y se aleja unos pasos. Se lleva una mano al cuello y levanta la cabeza para mirar al cielo.

—¡Joder! —exclama y luego se queda un rato en silencio—. No puedo cambiar el pasado, Rylee. Soy quien soy, no puedo cambiar eso. Sabías dónde te metías cuando empezaste a darme la brasa con que no podías aceptar lo único que yo puedo darte.

—¿Otra vez con estas? ¿El acuerdo? No soy una de tus zorras, Colton. Nunca lo he sido y nunca lo seré. —Mi voz suena cortante en el silencio de la noche.

Avanza hacia mí con la cabeza gacha y la mirada puesta en el suelo y tensa la barbilla mientras medita sus siguientes palabras. Cuando finalmente habla, lo hace con voz firme.

—Te dije que lo jodería.

Sus palabras, o más bien excusas, seguidas de los eventos de la noche, me enajenan.

—¡No te hagas el mártir! —grito—. ¡Crece de una puta vez y deja de usar tu mecanismo de defensa como una excusa de mierda!

Las palabras se me escapan antes de pensarlas siquiera, la rabia supera al sentido común. Levanta la cabeza de golpe y me mira con los ojos llenos de ira. Retrocede un paso y la distancia física no hace más que reflejar el

desapego emocional que vivimos ahora mismo. Seguramente estoy reaccionando de forma exagerada, pero saberlo no ayuda a refrenar el torrente de emociones que albergo dentro.

—A la mierda —musito—. Si ya has acabado conmigo y ya no me deseas, si prefieres alguna de tus rubias perfectas de dentro, ¡sé un hombre y dímelo!

No dice nada, se queda ahí, mirándome, con la mandíbula apretada, los hombros tensos y los ojos fijos en mí, mientras por su cara desfilan un cúmulo de emociones. No sé muy bien qué espero que diga, pero estaría bien que al menos dijera algo. Que luche un poco por conservarme, para probarme que me equivoco.

Si voy a darle un ultimátum, será mejor que me prepare para mantenerme firme. Siento coletazos de miedo en la columna vertebral cuando no dice nada. Lo miro instándole a que hable, a que me demuestre que me equivoco. Nada.

No dice nada. Es una concha vacía que me mira con ojos sin vida y los labios quietos; se me agota la paciencia.

Me lleno de ira. El dolor me consume. El arrepentimiento me aplasta. Sabía que esto pasaría. Lo predijo y lo ignoré. Pensaba que podría cambiar el resultado.

—¿Sabes qué, Colton? ¡Que te den! —grito, las únicas palabras que soy capaz de articular para reflejar cómo me siento. No son lo más ocurrente de mi repertorio, pero es lo que siento—. Solo quiero que me contestes a una cosa antes de que pases a la siguiente candidata, aparte de lo obvio, ¿de qué te sirve acostarte con esas mujeres?

Doy un paso hacia él, quiero ver la reacción de sus ojos para percibir algún tipo de respuesta por su parte.

—¿Qué necesidad que te niegas a reconocer te ayudan a cumplir? ¿No quieres más? ¿No mereces más que la conexión temporal de un cuerpo caliente y un orgasmo pasajero? —Como no me responde, aunque me mira irritado, continúo—: Vale, no contestes, pero dime una cosa: ¿No crees que yo merezco más?

Percibo el dolor en sus ojos de color esmeralda y una pizca de algo más oscuro, más profundo, y sé que he acertado. Le he hecho daño. Pero él a mí también. Sigue en silencio, lo que me cabrea aún más.

—¿Qué pasa? ¿Eres demasiado cobarde para contestar? —provoco—. ¡Pues yo no! Sé que merezco más, Colton. Me merezco mucho más de lo que tú ni siquiera estás dispuesto a intentar. Te pierdes lo mejor de estar con alguien. Todas las pequeñas cosas que hacen que una relación sea especial.

Levanto los brazos para resaltar lo que digo y él me sigue mirando, con la expresión de piedra y la mandíbula apretada. Me paseo adelante y atrás mientras me mira para tratar de contener la frustración.

—El límite de cuatro o cinco meses no te da nada de eso, As. No te da el consuelo de saber que a alguien le importas tanto que se queda contigo incluso cuando eres irracional. O un capullo —espeto con desdén, me hierve la sangre y los pensamientos se suceden tan deprisa que apenas tengo tiempo de recitarlos uno detrás de otro—. Te niegas la posibilidad de saber lo que es entregarte a alguien, en cuerpo y alma. Quedar totalmente desnudo, expuesto e indefenso, delante de otra persona, sin quitarte la ropa. No entiendes lo especial que es —despotrico, consciente de lo triste que es—. Bueno, pues yo sí. Y es lo que quiero. ¿Por qué lo nuestro siempre se ha basado en lo que tú quieres? ¿Qué pasa conmigo? ¿No me merezco sentir lo que siento sin tener que reprimirme por miedo a romper alguna norma?

Continúa mirándome con el cuerpo en tensión, en silencio, y siento que lo pierdo. Una lágrima me cae por la mejilla, tengo la respiración acelerada después de la diatriba verbal que acabo de soltar. No me siento mejor porque no se ha resuelto nada. Los muros tras los que se esconde, de los que no ha hecho más que echar un vistazo por encima, se refuerzan.

Lo miro, al hombre que amo, y se me retuerce el corazón de dolor. Esto es lo que me daba miedo. A lo que me resistía con todas mis fuerzas. Y, sin embargo, aquí estoy, dolida y dañada, pero sigo luchando por él, porque Teagan tiene razón. Es así de bueno. Sus palabras vuelven a mi cabeza:

Me quemas, Rylee.

Tú. Esto. Me asusta, Rylee.

No me canso de ti.

Doy un paso adelante, anhelo tocarlo. Permanezco deseosa de cualquier tipo de conexión con él para recordarle las chispas que saltan cuando nos tocamos y evitar que se me escape entre los dedos. Es como intentar atrapar el viento. Levanto las manos temblorosas, que él sigue con la mirada, y las apoyo en su pecho. Siento cómo se tensa y es como si me diesen una

bofetada que me empuja al vacío.

Lo miro y sé que es consciente del daño que me ha hecho cuando se estremece, un rechazo silencioso que es como un grito. Instintivamente levanta los brazos para abrazarme, para intentar aplacarme y no puedo dejar que eso pase. No puedo dejar que me arrastre al lugar donde deseo estar porque nada ha cambiado entre nosotros. Sé que, si me rodea con sus brazos, volveré a sucumbir para no perder lo que más temo: a él. Pero merezco tenerlo del todo y él no puede, no, no quiere, concederme eso.

Lo empujo, pero sus manos me agarran los hombros con fuerza. Trata de acercarme a él, pero me resisto. Cuando no reacciona, estallo.

—¡Lucha, joder! ¡Pelea, Colton! —grito, con la voz quebrada por la desesperación y lágrimas en los ojos. —Por ti, por nosotros. Por mí —suplico—. No te permito que te alejes de mí. No te permito que te vayas sin pensarlo dos veces. —Sigo intentando resistirme a su abrazo, pero me rompo y las lágrimas me empiezan a brotar—. Importo, Colton. Me merezco más, tanto como tú. ¡Lo que tenemos no es intrascendente!

Sobrepasada por las emociones, rompo a llorar y los miedos y la soledad me invaden. Dejo de resistirme y me refugio en sus brazos, sus manos me acarician la espalda y el cuello. La sensación es agridulce, porque sé que será pasajera. Sé que esas palabras que necesito oír desesperadamente, que somos algo, lo que sea, para él, no van a llegar.

Grabo este momento en la memoria.

El calor.

El roce de sus dedos sobre mi piel desnuda. La manera en que tensa la mandíbula junto a mi sien. El sonido de sus murmullos silenciosos. Su olor.

Cierro los ojos y lo absorbo todo, porque sé que lo he asustado. Le he pedido demasiado cuando muchas otras están dispuestas a entregarse a él por menos.

—Rylee... —susurra mi nombre por encima de mis sollozos.

Me quedo en silencio, lo único que se escucha es mi respiración agitada. Me inclino hacia atrás, y con las manos en mis hombros me separa para mirarme a la cara. Reúno fuerzas antes de mirarlo a los ojos. En ellos veo miedo, confusión e incertidumbre, y espero a que verbalice lo que piensa. Su lucha interna se hace visible en su gesto. Me duele el pecho al respirar y me preparo porque lo que veo me da pánico. Me resigno a mi destino, porque sé



que se está preparando para irse.

Para decir adiós.

Para partirme en dos.

—Me merezco más, Colton.

Suspiro y sacudo la cabeza mientras una única lágrima rueda por mi mejilla. Sus ojos la siguen antes de volver a mí y, por un momento, se suavizan preocupados. Traga saliva y asiente. Levanto una mano y la llevo a su mandíbula, sus ojos siguen mis movimientos de cerca. Siento cómo se tensa bajo mi mano.

—Sé que por esto tienes tus normas y directrices, pero no puedo ajustarme a ellas, ya no. No puedo ser esa chica.

Bajo la cabeza para evitar su mirada porque no puedo soportar ver su reacción. Querer y no recibir nada o querer y verme rechazada: cualquiera de las dos opciones me rompería el corazón todavía más. Suspiro con la mirada fija en el «pañuelo» del bolsillo de su chaqueta y pienso en lo sencillo que era todo hace apenas un par de horas, cuando él llevaba poca ropa y yo demasiada.

Tensa los dedos alrededor de mis brazos y me obligo a mirarlo. Me alegro de hacerlo, porque su mirada me deja sin respiración. Mi chico malo parece un niño, asolado por el miedo y paralizado. Me debato para encontrar las palabras justas porque, con esa mirada, se parece demasiado a uno de mis chicos. Tardo un segundo, pero por fin lo consigo.

—Lo siento, Colton. —Sacudo la cabeza—. No has hecho nada malo esta noche, pero la persona que eres... ver cómo todas tus ex te siguen deseando... —Suspiro—. No quiero ser como ellas en tres meses. Observando desde fuera. No puedo soportar obedecer ciegamente tus parámetros. Quiero tener voz.

Sacude la cabeza, rechazando la idea, y ni siquiera estoy segura de que lo haga conscientemente. Me agarra con más fuerza, pero no dice nada para refutar mis palabras.

—No te pido amor, Colton —digo apenas en un susurro, aunque por dentro la conciencia me grita que sí lo hago. Que quiero que me quiera como yo lo quiero. Abre los ojos sorprendido por mi confesión y exhala en voz alta—. Ni siquiera te pido un compromiso a largo plazo. Solo quiero explorar lo que sea que hay entre nosotros sin preocuparme de cruzar barreras

imaginarias que ni siquiera sé que existen.

Lo miro fijamente, dándole tiempo a procesar las palabras. A que entienda de verdad lo que digo, no solo lo que quiere oír.

—Te pido ser tu amante, Colton, no un final feliz, o un arreglo acordado. Lo que quiero es una oportunidad... —Pierdo la voz, sé que pido lo imposible—. Quiero que me digas que lo intentarás.

—Lo nuestro nunca fue un acuerdo.

—Llamemos a las cosas por su nombre. —Arqueo las cejas, e intento recuperar el fuego que hace unos instantes me ardía en las venas y que ahora se ha visto sustituido por la desolación—. Tienes una extraña manera de ponerme en mi sitio cada vez que sobrepaso alguna de tus ridículas barreras.

Nos miramos, con palabras sin decir en los labios. Colton es el primero en apartar la vista y romper la conexión. Se quita la chaqueta del esmoquin y me la pone sobre los hombros. Siempre un perfecto caballero, incluso en plena pelea, pero cuando sus dedos me rozan la piel, se retira de manera casi instantánea.

—Nunca quise hacerte daño, Rylee.

La voz se le quiebra con una vulnerabilidad que nunca le había visto. Jamás la habría esperado. Agacha la cabeza, la sacude y maldice entre dientes. Tengo un *déjà vu* de la noche en el hotel y siento que se me escapa todo el aire de los pulmones.

—No quiero hacerte más daño.

Se acabó.

Va a terminar con todo ahora mismo, aquí mismo. Va a hacer lo que yo no soy capaz de hacer por mí misma. Me llevo la mano al pecho para intentar aliviar el dolor que siento. Se pasa la mano por el pelo y tiemblo expectante, esperando a que continúe, aunque prefiero que no lo haga. Levanta la vista y me mira a los ojos a regañadientes. Las emociones de su mirada son tan transparentes que me cuesta no apartar los ojos.

Entonces, me doy cuenta. Le he reprendido por no luchar por mí, cuando en realidad nunca nadie ha luchado por él, además de sus padres. No por lo que tiene y por su fama, sino por ese niño asustado y por el hombre que es ahora. Por los años de abuso y negligencia que sé que ha pasado. ¿Alguna vez alguien le ha dicho que le quería no a pesar de ello, sino por ello? Que todas esas experiencias le han hecho mejor persona. Mejor hombre. Que le

aceptan a pesar de todo, con cada parte de él, las confusas, las que sacan de quicio y las que calientan el alma.

Apuesto a que no.

Por mucho que sufra y que quiera desahogarme con él, una parte de mí quiere darle algo que nadie más le haya dado antes de que todo acabe. Algo por lo que me recuerde.

—Por ti, Colton... —Hablo en voz baja, resignada a lo que nos espera, pero soy totalmente sincera— me arriesgaré.

Veo cómo se le tensa el cuerpo ante mi confesión. Separa los labios levemente y relaja la mandíbula, como si le sorprendiese que esté dispuesta a arriesgarme por él. Que crea que vale la pena el riesgo.

Da un paso hacia mí y levanta la mano para sujetarme la barbilla. Me mira a los ojos con intensidad y separa los labios varias veces para decir algo, pero al final se queda callado. Cojo aire cuando me toca mientras me acaricia el labio inferior con el pulgar, la rudeza de sus dedos contra la suavidad de mi piel. Una profunda tristeza me abrumba al darme cuenta de que somos rudeza contra suavidad en muchos aspectos.

—Por ti, Rylee —susurra con voz rota. Sus manos, normalmente firmes, tiemblan contra mis mejillas y me parece leer el miedo en sus ojos antes de que parpadee para alejar las lágrimas que se le empiezan a formar—. Lo intentaré.

¿Lo intentará? Tengo que procesar sus palabras tan deprisa que me desoriento. Hablando de cosas imposibles.

—¿Lo harás? —pregunto con la voz rota, sin creer lo que oigo.

Esboza un atisbo de su sonrisa torcida que me resulta irresistible, pero noto cómo le tiembla voz.

—Sí —repite.

Sus ojos me abrasan hasta que cierro los párpados cuando se inclina y me da el beso más reverente que jamás me han dado. Luego besa la punta de mi nariz y apoya la frente en la mía. Su aliento me hace cosquillas en los labios y su corazón late frenético contra mi pecho mientras por dentro me siento radiante de alegría y esperanza.

¡Joder! Va a intentarlo. Va a luchar por nosotros. Por mí. Por él. Hay tantas cosas detrás de esa afirmación. Tantas promesas, miedos, vulnerabilidad y voluntad de superar lo que sea que le acecha en sueños y le

atormenta en sus recuerdos, para intentarlo y estar conmigo.

Baja la cabeza y me besa de nuevo. Un beso suave y lento donde labios y lenguas se mezclan, cargado de palabras no dichas que hace que me vuelvan las lágrimas. Vuelve a terminar el beso en mi nariz y después me acerca a él para darme un abrazo demoledor. Suspiro y agradezco el calor, la fuerza de sus brazos, y disfruto del tacto de su cuerpo y cómo encaja a la perfección en mis curvas. Inhalo su olor y me pierdo en los latidos de su corazón. Agacha la cara, con la mejilla apoyada en mi sien, y emite un gemido, como un suspiro, que parece una maldición silenciosa. Juraría entender algo parecido a «coño mágico», pero cuando lo miro, sacude la cabeza y sonrío.

—¿Qué voy a hacer contigo, Rylee? —me abraza más fuerte y siento un escalofrío—. ¿Qué voy a hacer?

Suspira de nuevo y contiene una risita cuando me estremezco contra él. La mezcla de su cuerpo con el mío, el alivio de saber que lo intentará y la expectación que hemos construido a lo largo de la noche me llevan al borde de la desesperación y me hacen desear mucho más que un abrazo platónico en el jardín.

¿Cómo puede una afirmación tan simple dejarme sin aliento, desesperada por que me toque, emocional y físicamente? Me acaricia la línea del cuello con un dedo y sigue bajando por mi caja torácica hasta el final de mi vestido para llegar a mi sexo hipersensible. Sus hábiles dedos me encuentran anhelante y deseosa y, cuando me toca, estoy a punto de estallar de placer. Doy un grito ahogado.

Apoyo mi frente contra su pecho y con las manos agarro sus bíceps. No estoy segura de si mi reacción se debe a su intención de intentarlo o a la avalancha de sensaciones, pero me acerco al borde del orgasmo mucho antes de lo normal. Estoy muy cerca. Tan cerca que le clavo las uñas en los brazos.

Colton desliza los dedos arriba y abajo una vez más y emite un gruñido salvaje.

—Todavía no, quiero estar dentro de ti cuando te corras, Rylee —murmura contra la parte de arriba de mi cabeza—. Me muero por hundirme en ti.

Contengo el aliento, los músculos tensos y los nervios a flor de piel al sentir su cuerpo tan cerca que apenas puedo contenerme. Me lanzo contra él

como una adicta en busca de su dosis. Con una mano le agarro la base del cuello y me enredo en su pelo. Colton inclina su cara hacia mí para que pueda alcanzar su boca. Con la otra mano bajo por su cuerpo hasta llegar a frotarle la erección que crece en sus pantalones. El gemido gutural que articula me dice que está tan ansioso como yo.

Lo beso con desesperación y la pasión se desata entre nosotros, mientras suelto en el beso todo lo que he estado conteniendo. Con las manos me acaricia por todas partes entre la chaqueta y el vestido, dibujando las líneas de mi espalda y mis caderas, provocándome una necesidad tan fuerte que me hace perder la razón y me deja sin aliento.

—Colton —gimo mientras me besa el cuello, provocándome punzadas de placer por todo el cuerpo.

—Coche. Aparcamiento. Ahora —dice entre besos con desesperación, sin contenerse ni un ápice.

Acepto con un gemido incoherente, pero no quiero soltarlo. Me agarra del pelo y tira hacia abajo de manera que me veo obligada a levantar la cara. El deseo que le nubla los ojos me hace apretar los muslos, deseando liberarme.

—¿Ry? Si no empezamos a caminar ya, vas a acabar inclinada sobre aquel banco de allí, a la vista de todos los clientes del hotel. —Su ronca advertencia me hace tragar con fuerza. Se inclina, me da un beso casto y me acaricia el labio interior con la lengua—. Has acabado con mi autocontrol, encanto. Al ascensor. Ya —ordena.

Tira de mí a su lado y me rodea la cadera con el brazo mientras avanzamos. Con la mano libre, se saca el iPhone del bolsillo.

—¿Sammy? ¿Dónde está *Sexo*? —Espera la respuesta—. Perfecto. Eso funcionará. —Se ríe a carcajadas, que rebotan contra las paredes de cemento entre las que nos movemos—. Como si me leyeras la mente, joder. Eres el mejor, Sammy. Sí, te avisaré.

Se guarda el móvil en el bolsillo mientras yo lo miro perpleja por la conversación que acaba de tener. Colton mira a la izquierda y luego a la derecha, valorando las opciones con urgencia antes de girar a la derecha.

En pocos instantes, estamos en un ascensor a la salida de un aparcamiento de cemento. Las puertas grises se cierran y la presencia de Colton inunda el pequeño espacio. Antes de que el ascensor comience a

subir, me empotra contra la pared con las caderas y asalta mi boca con una reverencia carnal. Ni siquiera me da tiempo a recuperar el aliento antes de que llegemos arriba. Se separa de mi boca y tiemblo con un deseo que me consume.

## Capítulo 18

**A**l salir del ascensor se me escapa una risita. ¿En qué me he convertido estando con Colton? ¿Quién es esta descarada tan segura de su sexualidad? Desde luego, hace una hora no era así. Es el efecto Colton.

Me sobresalto al encontrarnos a Sammy de frente cuando giramos la esquina.

—Hola, Sammy —digo tímidamente, pues una vez más me encuentra con Colton de camino a la indecencia.

Asiente con la cabeza, con gesto estoico, mientras le entrega un juego de llaves a Colton.

—Gracias. ¿Todo despejado? —pregunta Colton.

—Todo despejado —afirma antes de meterse en el ascensor.

—Vamos —dice Colton y tira de mi mano para que aterrice contra él y pueda volver a besarme con avidez.

Lo aparto un momento a pesar de que protesta y miro a nuestro alrededor para asegurarme de que no tenemos público indiscreto. Me fijo en un coche deportivo rojo increíble, de lo más *sexy*, aparcado en la esquina más alejada. No me van mucho los coches, pero puedo afirmar que el nombre le va como anillo al dedo.

Cuando dejo de mirar el coche, me sorprendo al encontrar el garaje monocromático completamente vacío.

—¿Cómo...? —Colton me dedica esa sonrisa de cómo mola ser yo y sacudo la cabeza—. ¿Sammy?

—Ajá.

Me sube la mano por la cintura y me agarra un pecho por encima del vestido. Doy un gemido por la sensación, lo deseo, desnudo y encima de mí. Dentro de mí.

—Colton... —Suspiro y me derrito entre sus manos mientras con los dedos me pellizca a través de la tela—. Ese hombre se merece un ascenso —murmuro mientras avanzamos sin dejar de tocarnos por el garaje vacío.

Colton se ríe en voz alta y su risa, mezclada con el taconeo de mis zapatos, se hace eco en las paredes de hormigón. Acalla la duda de qué más cosas habrá visto Sammy trabajando para Colton. Eso está en el pasado. Su pasado.

Ahora es mi futuro. Lo único que importa es que está dispuesto a intentarlo.

Llegamos al coche, me siento aliviada porque por fin vamos a salir de aquí. Estoy siendo egoísta. No pienso en la gala de abajo ni en la organización ni en nada. Lo único en lo que me puedo concentrar es en las sensaciones que me dominan. Las que necesito cumplir con urgencia, por lo que dirijo nuestros cuerpos hacia el asiento del pasajero.

Pero Colton no mueve ni un músculo, se queda inmóvil sin soltarme las manos y con los brazos estirados para no separarnos. Lo miro, alterna su mirada entre el capó de coche y yo. Entonces esboza una sonrisa lasciva que pone mi mundo patas arriba.

—No, no —me dice y me confunde. Capta el instante en el que entiendo lo que pretende y añade—: Tú. Aquí. —Señala el rojo y deslumbrante capó del coche. Me sonrojo y dudo, recordando el comentario que le hice en Starbucks sobre que me gustaría follarle encima de su coche. Parece que hayan pasado años desde aquello.

—¡Ahora! —ruge.

Seré bocazas. Miro alrededor y trago saliva antes de volver a mirarlo. Siempre vuelvo a él.

—¿Aquí?

—Aquí. —Sonríe y me provoca un escalofrío—. Voy a corromperte.

—Pero...

—No lo pienses, Rylee. Nena, «si obedeces todas las reglas, te pierdes toda la diversión».



Solo Colton podría citar a Katharine Hepburn en un momento así y conseguir que suene *sexy*. Los ojos le brillan por la emoción de lo que estamos a punto de hacer. Ni de coña voy a dejar pasar la oportunidad de estar con él. Después de todo lo que ha pasado esta noche, la limusina, la anticipación, que lo vaya a intentar... Nada podría impedírmelo.

No tengo ni un segundo para preocuparme por dónde estamos, pues tira de mí y estrelló sus labios con los míos. Siento su deseo. Su ansia. La impaciencia. La disposición. La mezcla es una combinación embriagadora que me provoca escalofríos en la columna y me pone la piel de gallina mientras me hace caminar de espaldas. Nos separamos un segundo y me susurra al oído las cosas que quiere hacerme. Lo fuerte que va a follarme. Lo mucho que voy a gritar. Cuántas veces piensa hacer que me corra. Lo deslumbrante que soy. Las ganas que tiene de probarme.

La parte de atrás de mis rodillas choca con el parachoques del coche y Colton me quita la chaqueta de los hombros. La coloca del revés sobre el capó del coche mientras me apresuro a bajarle la cremallera de los pantalones, con dificultad a causa de la excitación.

—Date prisa —pide con la voz teñida de deseo.

Me río, una mezcla entre la histeria y la desesperación. Con las manos tensas, nos separa para mirarme a los ojos. La calma antes de la tormenta. Me acaricia la mejilla con los dedos y sonrío con incredulidad, me mira como si no se pudiese creer que fuera real. Que esto es real. Sacude la cabeza y esboza media sonrisa, lo que hace que se le marque el hoyuelo. Con la mirada clavada en mí, me pasa las manos por el pelo y agarra un mechón grande con el puño para ladearme la cabeza y dejar expuesta la curva de mi cuello.

Entonces la necesidad y el deseo toman el mando cuando lleva la boca mi piel desnuda. Los sentimientos, las sensaciones y la emoción me sobrepasan, me consumen.

Cierro los ojos. El cuerpo se me relaja y se calienta al mismo tiempo. Siento cómo Colton palpita contra mis manos y estas por fin despiertan, de manera que consigo bajarle los pantalones lo suficiente como para liberar su gloriosa polla. Sisea una letanía de palabras de gusto incoherentes cuando mis dedos la rodean y acarician la carne hinchada.

—Rylee. Por favor. Ya —jadea entre besos. Sigo torturándolo con

caricias hasta que Colton me sube el vestido y me agarra el culo con ambas manos.

Siento el calor de las yemas de sus dedos cuando me separa las piernas y me tenso, sé que en cuanto me toque estaré al borde del orgasmo. Me acaricia con suavidad y con dedos hábiles encuentra el punto de placer. Grito cuando empieza a acariciarlo y a atormentarme.

Le clavo las uñas en los hombros cuando me empiezan a temblar las piernas.

—Colton —jadeo mientras el placer me embriaga y suelto un gemido bajo, su nombre es lo único que soy capaz de articular mientras me lleva más y más cerca del límite.

Su boca captura la mía cuando levanto la cabeza y el calor de sus dedos me atraviesa y activa cada nervio de mi cuerpo. Estallo cuando introduce dos dedos en las profundidades de mi sexo mientras con la otra mano me agarra las caderas con posesión. Estoy tan excitada, tan cerca del límite, que no pasa mucho tiempo hasta que exploto de placer.

Toda la expectación, las provocaciones y los altibajos de la noche intensifican las sensaciones. Colton me agarra del cuello con una mano y apoya el pulgar bajo mi barbilla cuando abro los ojos. Ese simple roce es como echar un cubo de gasolina sobre un incendio. Vuelvo a tensarme cuando nuevos latigazos de placer me recorren mientras él no aparta la vista de mí.

Los ojos de Colton brillan con lujuria cuando empiezo a recuperar algo de equilibrio después de que el mundo se haya desplazado bajo mis pies. Antes de que me dé tiempo a pensar en lo que pasa, Colton toma el control y me empuja sobre su chaqueta encima del capó frío y metálico del coche. Me agarra las caderas y me levanta el vestido, de manera que quedo desnuda de cintura para abajo excepto por la liga y las medias. Levanta mis caderas para dejarlas a la altura de las suyas y solo mis hombros y mi cuello quedan apoyados sobre la seda fresca de la chaqueta.

Recorre mi piel desnuda con la mirada.

—Dios santo, mujer —murmura con la voz ronca de deseo.

Cierro los ojos para deleitarme con la necesidad que está a punto de cumplir pues, incluso después de haberme corrido, sigo desesperada por tenerlo dentro, porque me llene y me dilate hasta la locura.

—Abre los ojos, Rylee —ordena mientras coloca su dura verga en mi entrada. Doy un grito ahogado, necesito más. Siempre necesito más, nunca es suficiente—. Quiero verte mientras te follo. Quiero ver cómo tus ojos se nublan de deseo.

Le clavo la mirada. Se me seca la boca al ver la cruda lujuria que encuentro en sus ojos. En ese momento, la calma antes de la tormenta, soy irrevocablemente suya. Grito al mismo tiempo que él gruñe cuando entra en mí de una sola embestida que llega a lo más profundo de mis cavidades mientras nuestras caderas se frotan. Le clavo los tacones de los zapatos en la espalda cuando me tenso por la invasión y mis paredes internas se agarran a él con cada movimiento.

—Dios, Rylee —gruñe con la cabeza echada hacia atrás, los labios separados y la cara tensa de placer.

Empieza a moverse. A moverse de verdad. Encajándose en mí y devastándome los sentidos. Lo único que puedo hacer es disfrutar de las sensaciones imposibles que me provoca con cada estocada.

La chaqueta que tengo debajo actúa como una especie de tobogán. Con cada embestida, me deslizo hacia atrás sobre el capó para luego caer sobre él en un delicioso descenso, y vuelta a empezar. El movimiento me provoca un millar de sensaciones abrumadoras que hacen que el orgasmo se acerque cada vez más rápido. Más fuerte. Más deprisa.

Mis músculos internos se tensan a su alrededor y levanto la cabeza para ver el punto en que nos unimos. Veo los jugos de mi excitación sobre su erección cuando sale de mí para volver a encajarse. Ver lo que hace, lo que me hace, es increíblemente excitante.

—Colton —gimo entre respiraciones entrecortadas cuando lleva un dedo a mi clítoris. Todo mi cuerpo se estremece.

—Eres mía, Rylee —gruñe entre embestidas—. Dímelo. Dime que eres mía —exige.

—Colton —exhalo mientras mi cuerpo se hunde en el placer. Me clava los dedos en las caderas mientras tensa los músculos y consigo recuperarme por un momento—. Sí, tuya —jadeo—. ¡Soy tuya! —grito y me dejo llevar por el calor líquido del éxtasis al mismo tiempo que él se corre y emite un gruñido que dibuja mi nombre en sus labios.

Pasa el tiempo, pero seguimos con la respiración acelerada. Nuestros

cuerpos siguen palpitantes de adrenalina por el encuentro. Abro los ojos primero. Colton sigue agarrado a mis caderas, con la polla aun dentro de mí, pero completamente vestido. Es imponente. No cabe duda de por qué domina mis pensamientos y mi corazón. Todo.

Todo mi mundo.

Sus ojos revolotean y se abren lentamente, mirándome a través de los pesados párpados; una sonrisa gatuna se extiende perezosamente por sus labios. Suspira y ambos hacemos una mueca de dolor cuando sale de mí y me baja las piernas despacio. Me coge los brazos para ayudarme antes de que la chaqueta se deslice y me tire del capó. Mi vestido hace un ruido extraño contra la impecable pintura cuando me levanta y jadeo en voz alta. En mi estado de irrefrenable deseo por Colton, no se me pasó por la cabeza que podría rayar o, peor, abollar el coche. Un coche que probablemente cuesta más de lo que gano en varios años.

—¿Qué pasa, Rylee? —pregunta mientras mira por encima del hombro, creyendo que alguien nos ha visto, pero vuelve a mirarme al no ver a nadie.

—El coche... *Sexo*. —Me estremezco y me siento ridícula al llamar a un coche por ese nombre—. Espero no haberlo arañado.

Colton ladea la cabeza y me mira como si estuviera loca, luego echa la cabeza hacia atrás y se carcajea. Se mete la polla en la ropa interior y se sube la cremallera.

—Relájate, nena, no es más que un coche.

—Pero vale una fortuna y...

—Y se puede arreglar o sustituir si le pasa algo. —Se inclina y me da un beso rápido, luego se separa sonriendo—. Además, si le queda algún arañazo, puede que no lo arregle y lo deje como recuerdo. —Levanta las cejas mientras se estira el chaleco y se arregla la pajarita.

—Menudo recuerdo —bromeo y me aliso el vestido por dejado de las caderas.

Ladea la cabeza y mira el coche detrás de mí.

—El mejor de todos, cariño. —Silba entre dientes con una mirada lasciva—. Ahora el nombre ha ganado un significado totalmente nuevo.

—Pues sí.

Sonrío tímidamente como respuesta cuando me atrae hacia él y me rodea

con los brazos. Me mira, aún con esa sonrisa pícaro que me resulta irresistible iluminando su cara y con los ojos llenos de emoción. Se inclina y me besa con dulzura, un beso de esos que solo son labio sobre labio, tan suave que hace que me estremezca de la mejor manera posible.

Colton retrocede y me pone la chaqueta sobre los hombros, luego me tiende la mano.

—Ven. Deberíamos volver o todos empezarán a preguntarse qué hemos estado haciendo.

Resoplo de forma nada femenina. Como si el rubor de mis mejillas y el brillo de mis ojos no lo dejase claro. Me aprieta la mano y caminamos hasta el ascensor, todavía estoy aturdida por la intensidad de lo que acaba de pasar. Colton me acerca a él y ríe.

—¿Qué pasa?

—Automóvil sexual —dice y levanta las cejas.

Sin ninguna duda.

—No, ni de lejos —bromeo y me río por el intento creativo, aunque inútil.

\*\*\*

Por un golpe de suerte, volvemos a la gala justo en el momento en que se anuncia la cena. Colton me conduce hasta nuestra mesa donde ya hay otros patrocinadores sentados. Me separa la silla y me quita la chaqueta de los hombros para dejarla en el respaldo. Capto la sonrisa obscena en su cara cuando sacude la cabeza y se inclina para susurrarme al oído:

—*Home run*. —No puedo contener la risita que se me escapa.

Durante la cena observo a Colton interactuar con los demás invitados de la mesa, la forma en que defiende varias de las causas que apoya al tiempo que responde preguntas sobre la inminente carrera. Las mujeres mayores de la mesa están embelesadas y los hombres celosos de su aspecto y su tren de vida.

Es una mezcla de contradicciones: emocionalmente aislado pero al mismo tiempo abierto y generoso cuando se trata de las causas que le importan. Es arrogante, confiado, y al mismo tiempo vulnerable de una

manera velada que empiezo a vislumbrar cuando no se cierra en banda. Se codea sin problemas con la mayor parte de la gente que se encuentra en el salón y también es capaz de entender a un niño de siete años traumatizado. Es desenvuelto y dinámico, al mismo tiempo que compasivo y considerado. Y es capaz de enfurecerme y al minuto siguiente hacer que me tiemblen las rodillas.

Sonrío al mirar los gemelos a cuadros, como la bandera de meta; solo Colton podría hacer que algo tan extravagante parezca elegante y sofisticado. Pero, sobre todo, miro sus manos y me pregunto qué es lo que las hace tan *sexis*. Observo cómo juguetea de un modo distraído con el fuste de su copa y desliza los dedos para eliminar la condensación de agua. Me pierdo en pensamientos sobre la maestría de esos dedos en otras situaciones.

Cuando levanto la vista, Colton me mira divertido y sé que es consciente de que mis pensamientos no son nada inocentes. Se lleva la copa a los labios y da un sorbo sin apartar la mirada. Se inclina hacia mi oreja.

—Cada vez que bebo, noto tu olor en los dedos. Cuento los minutos para poder tomarme tiempo contigo, sin prisas —susurra y me vibra todo el cuerpo—. Quiero explorar hasta el último centímetro. —Me besa la mejilla—. Y luego voy a follarte hasta dejarte sin sentido —gruñe.

El coño me da una sacudida.

—Ten cuidado —murmuro, y Colton echa la cabeza hacia atrás para reírse, lo que atrae la atención del resto de comensales.

Pasamos el resto de la cena entre risas hasta que llega el discurso del anfitrión sobre la causa de la noche. Colton suspira aliviado cuando los aplausos marcan el final y la gente empieza a levantarse.

—¡Menos mal! —masculla entre dientes y sonrío. Al menos no soy la única ansiosa por continuar la experiencia del garaje—. ¿Lista, Ry?

—Lista y dispuesta —admito y disfruto de cómo se para en seco al oír mis palabras.

—Dispuesta está bien —murmura—. Mojada, aún mejor.

—Así llevo toda la noche, As —murmuro y sonrío para mí cuando contiene la respiración mientras me sigue entre el laberinto de mesas.

—¡Colton! ¡Eh, Donavan! —grita una voz a nuestra derecha.

Colton maldice entre dientes y se da la vuelta.

—Será rápido —promete antes de darme un beso casto en los labios. Cruza la habitación para encontrarse con otro hombre—. ¡Vincent! —saluda mientras se dan la mano y se palmean la espalda como dos hombres que son más que conocidos casuales.

Observo el intercambio desde lejos con una sonrisita en la cara mientras me maravillo por Colton y por los inesperados eventos de la noche.

—Esa sonrisa no durará —dice una voz detrás de mí.

Se me eriza la piel. Ya vienen a aguarne la fiesta.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —digo en tono sarcástico. Sigo mirando al frente, hacia Colton—. ¿Te lo pasas bien, Tawny?

Ignora la pregunta y pasa directa al ataque.

—Ya se empieza a aburrir de ti, lo sabes, ¿no? Ya ha empezado a buscar al siguiente trozo de carne. —Se ríe con malicia y de reojo veo que me mira esperando una reacción que me niego a ponerle en bandeja—. Y sabes tan bien como yo que hay cientos de mujeres dispuestas a ocupar tu lugar.

Estoy en una nube de felicidad por las revelaciones de Colton esta noche, pero también puedo ser descarada y estoy hasta las narices de las gilipolleces de Tawny.

—Créeme, lo sé. —Sonrío—. Pero no te preocupes, no soy tan ingenua como crees en lo que respecta a las necesidades de Colton. No soy para nada Caperucita Roja.

Tawny deja escapar un grito ahogado al darse cuenta de que escuché su conversación en el baño. Colton aparta la vista de su interlocutor y me mira interrogante al ver quién está a mi lado. Le sonrío con cariño para indicarle que todo está bajo control.

Al menos, pronto lo estará.

—Se te acaba el tiempo, Rylee —provoca.

Doy un sorbo de champán y escojo cuidadosamente mis siguientes palabras, que pronuncio en voz baja y con desdén.

—Verás, me parece que es hora de que busques un nuevo pasatiempo, Tawny; vives anclada en el pasado. Necesitas despertar y ver el presente, porque, cuando lo hagas, serás consciente de que no tienes nada que decir sobre la vida personal de Colton.

Hincha el pecho y me mira enfurecida. Me entran ganas de decirle que, si

siente ira, no se imagina lo que siento yo. Y no he hecho más que empezar.

—Debe ser una mierda que lo único que esperas en la vida sea ser el segundo plato de Colton. Creer que solo eres lo bastante buena para que vuelva contigo después de que lo haya intentado con todas las demás que podrían ser mejor. Menudo golpe para tu ego.

—¡Zorra! —escupe—. No puedes hacerlo feliz. Eres...

Me giro y mi mirada hace que se le atasquen las palabras.

—Muñeca, acabo de hacerlo. ¿O eres tú a la que se ha follado en el aparcamiento, encima del capó de *Sexo*, antes de cenar? Me parece que no —espeto con condescendencia y sonrío, aunque con los ojos le dejo claro que es mío y que se retire de una puta vez.

La expresión de su cara no tiene precio: los ojos como platos, la boca abierta mientras digiere lo que acabo de decir.

—Colton nunca... —musita mientras trata de recomponerse—. Ese Ferrari es su niña. Nunca se arriesgaría a rayarlo.

—Supongo que no lo conoces tan bien como crees. —Le dedico la misma mirada desdeñosa que ella me ha brindado tantas veces—. Eso, o que tú no significabas para él más que su coche. —Hago una mueca y disfruto viendo como su ego trata de procesar lo que digo—. Hemos acabado —le digo entre risas mientras me alejo para ir a buscar a Colton.

¡Qué bien me ha sentado esto! Se lo merece.

Cuando llego junto a Colton, me rodea la cintura con el brazo y me atrae hacia él mientras termina su conversación con Vincent. Se despiden y, mientras nos alejamos, se inclina y me besa suavemente.

—¿De qué iba todo eso? —me pregunta, cauteloso.

Ladeo la cabeza, lo miro y acaricio su mandíbula con los dedos.

—Nada, algo intrascendente —contesto y arrugo la nariz por el término.



## Capítulo 19

—¿Seguro que no tienes frío?

—Ajá —murmuro, mientras Colton me frota los brazos. Siento gélida la brisa del océano contra mi piel desnuda, pero no quiero estropear el momento. Esta noche, después de la discusión del jardín, será inolvidable.

Algo ha cambiado en Colton a medida que ha avanzado la noche. No sé identificar exactamente qué, más bien son varias diferencias sutiles. Las cortas miradas que me dedica. Los roces casuales aquí y allá sin ninguna razón aparente más allá que hacerme saber que está a mi lado. La sonrisa tímida que solo me ha dedicado a mí esta noche. Tal vez siempre han estado ahí y soy yo quien ve las cosas diferentes ahora que sé que va a intentarlo y que tenemos una oportunidad. Está dispuesto a romper ese patrón que jura que lleva grabado en la piel. Por mí.

La oscuridad de la noche solo se ve iluminada por la luna de plata que cuelga en mitad del cielo. Cierro los ojos y tarareo en voz baja *Kiss Me Slowly*, que suena por los altavoces. Levanto la cara cuando la brisa salada se cuele en la terraza en la que estamos. Colton apoya la mejilla en mi hombro y me rodea la cintura con los brazos desde atrás. Me derrito por su calor, no quiero que me suelte nunca. Nos quedamos ahí, cada uno inmerso en sus pensamientos, disfrutando de la atmósfera de la noche y totalmente conscientes de la corriente de deseo entre nosotros.

Baxter le ladra a la puerta, quiere bajar a la playa, y Colton, de mala gana, me suelta para dejarlo salir.

—¿Quieres algo de beber? —pregunto. Se me pone la carne de gallina en

cuanto dejo de sentir su calor.

—Una cerveza, por favor.

Entro en la cocina a por las bebidas. Cuando salgo, Colton está apoyado en la barandilla con las manos, observando la noche vacía, totalmente perdido en sus pensamientos. Sus anchos hombros se recortan contra el cielo negro que contrasta con el blanco de su camisa, y una vez más me recuerda a un ángel que batalla contra la oscuridad.

Dejo la copa de vino en la mesa del patio y me acerco a él desde atrás; el romper de las olas ahoga el ruido de mis pasos sobre la madera. Deslizo las manos por sus brazos y torso y lo abrazo. Al segundo de tocarlo, se da la vuelta con violencia y da un grito que retumba en el silencio de la noche. La botella de cerveza se me cae y se rompe en mil pedazos. Como consecuencia de su brusco movimiento, caigo hacia un lado y me golpeo la cadera contra la barandilla. Cuando me aparto el pelo de la cara y levanto la vista, tengo a Colton delante. Aprieta los puños y rechina los dientes de rabia con los ojos llenos de furia, o miedo, con la respiración acelerada.

Me clava la mirada y me quedo paralizada con la cadera ladeada y la mano presionando donde duele. Un millar de emociones parpadean en sus ojos mientras me mira y, finalmente, la máscara de miedo que le tiñe el rostro desaparece. He visto esa mirada antes. La mirada de puro miedo de alguien traumatizado cuando revive un recuerdo. Sigo mirándolo sin decir nada; es la única manera que se me ocurre de dejarlo salir de la niebla que lo retiene. Me acuerdo de la mañana que pasé en su casa y de lo que pasó cuando lo abracé por detrás. Ahora sé, en el fondo, que lo que sea que le pasó, lo que sea que le oscurece el alma, tiene relación con esto. La acción, la sensación de que le abracen, que le cojan por detrás, activa un recuerdo y le provoca una sensación momentánea de terror.

Colton respira hondo, aún algo acelerado, antes de apartar la vista. Mira al suelo y después grita con todas sus fuerzas.

—¡Mierda!

Me sobresalto. Su grito se hace eco en la inmensidad de la noche. Esa única palabra está teñida de tanta angustia y frustración que me entran ganas de acunarlo entre mis brazos y tranquilizarlo, pero en vez de mirarme a mí, está girado hacia la barandilla, otra vez encerrado en sí mismo. Los hombros, que hace un momento admiraba, ahora se hunden por el peso de una carga

que no puedo siquiera imaginar.

—¿Colton? —No responde y sigue sin mirar—. Colton, lo siento, no pretendía...

—No vuelvas a hacerlo, ¿vale? —espeta. Intento no sentirme afectada por la intensidad de su voz, pero veo que sufre y me muero por ayudarlo.

—¿Qué ha...?

Se gira a mirarme de pronto.

—Mira, no todos hemos tenido una puñetera infancia perfecta, en una casita a las afueras, con una bonita verja blanca... tan perfecta como la tuya, Rylee. ¿Tanto te importa saber que me pasaba días solo y sin comer? Que mi madre me obligaba a... —Se detiene, aprieta los puños y por un momento se queda con la mirada perdida antes de volver a mí—. ¿Que me obligaba a hacer lo que fuera con tal de asegurarse el siguiente chute? —Su voz está vacía de emociones excepto por la rabia.

Contengo el aliento, se me rompe el corazón por él y los recuerdos que lo atormentan. Quiero acercarme. Abrazarlo. Hacerle el amor. Dejar que se pierda en mí. Cualquier cosa que le ayude a olvidarlo todo por un rato.

—Joder, lo siento. —Suspira, arrepentido, y se frota la cara con las manos mirando al cielo—. Me paso la vida disculpándome. —Me mira y mete las manos en los bolsillos—. Lo siento, Ry, no quería...

—No tienes que disculparte por sentirse así.

Doy un paso hacia él y poso mi mano en su mejilla. Él inclina la cara y la aprieta contra mí; se gira para darme un beso en la palma, luego cierra los ojos y se deja llevar por las emociones que está intentando procesar. Que haya aceptado sentirse cómodo conmigo me calienta el alma. Me hace tener la esperanza de que algún día me lo contará. Su vulnerabilidad me encoge el corazón. Cuando abre los ojos, los miro con profundidad.

—¿Qué pasó, Colton?

—Ya te lo he dicho. No intentes arreglarme.

—Solo intento entenderte.

Le acaricio la mejilla una vez más antes de mover mi mano para posarla sobre su corazón.

—Lo sé. —Exhala—. Pero no me gusta hablar de ello. Joder, nadie debería tener que hablar de algo así. —Sacude la cabeza—. Te lo dije, mis

primeros ocho años fueron una puta pesadilla. No quiero llenarte la cabeza con los detalles. Fue... ¡joder! —Golpea la barandilla con la mano, sorprendiendo tanto a Baxter como a mí—. No estoy acostumbrado a dar explicaciones a nadie. —Aprieta la mandíbula y el músculo del mentón le palpita. Nos quedamos un momento en silencio antes de que me mire con una sonrisa triste—. ¡Te juro que eres tú!

—¿Yo? —tartamudeo, atónita. ¿Qué tengo que ver yo con lo que acaba de pasar?

—Sí —murmura y me mira fijamente—. Nunca bajo la guardia. Nunca me abro. —Sacude la cabeza, la confusión y la claridad se mezclan en su expresión—. He bloqueado las cosas demasiado tiempo. He ignorado lo que siento. Lo he ignorado todo, ¿pero tú? Derrumbas los muros que ni siquiera me había dado cuenta de haber construido, Rylee.

Es como si me sacasen todo el aire de los pulmones. Sus palabras me dejan la mente en blanco y al mismo tiempo me invaden cientos de pensamientos. Las posibilidades aparecen y se iluminan. La esperanza se asienta. Mis propios muros se derrumban. Se me hincha el corazón.

Aprieta esos labios perfectamente esculpidos, lleva una mano a mi hombro y con el pulgar me acaricia la clavícula.

—Estoy acostumbrado a pasar por la vida medio aturdido y ahora sentir esto... me obliga a recordar cosas del pasado, fantasmas que creía haber enterrado hace mucho.

Con la otra mano me agarra de la cintura y me acerca a él. Acaricio su cuello con la cara e inhalo su excepcional olor, del que nunca me canso. Me rodea con fuerza con sus brazos, como si necesitase sentirme para librarse de los recuerdos.

—He pasado mucho tiempo intentando aislarme de los demás. De este tipo de sensaciones... Rylee, ¿tienes idea de lo que me haces?

Sus palabras alimentan el amor que ya empieza a florecer en mi corazón, pero sé que se siente incómodo con la inesperada confesión y no quiero que se asuste de repente cuando se dé cuenta. Que me pida otra parada en *boxes*. Siento la necesidad de hacer algo, de aliviar un poco la tensión y ahuyentar los demonios, aunque solo sea por una noche. Me apoyo en él y le doy un beso lento en los labios hasta que siento cómo su erección empieza a crecer y me río.

—Me parece que lo siento —murmuro contra su cuello.

Su risa hace vibrar su pecho y el mío.

—Eres preciosa.

Me levanta la barbilla con la mano y roza mis labios con los suyos, pronuncia mi nombre casi con reverencia. Nuestras lenguas se acarician en un baile seductor y de absoluta rendición. Nunca creí que fuera posible hacer el amor con solo besarse, pero Colton me demuestra que me equivoco.

Agita su lengua suavemente contra la mía.

Me acaricia despacio y la suavidad de sus firmes labios me hacen desear más, ansiar cosas que nunca creí posibles pues no sabía que podrían volver a existir. Esta ternura es tan inesperada, tan sobrecogedora, que se me llenan los ojos de lágrimas y me pierdo en él.

—Eres despampanante, Ry. No te merezco, pero eres lo que necesito. — Exhala en mi boca y me coge del cuello—. Déjame que te lo demuestre.

Como si tuviera que preguntar.

Me pongo de puntillas y enredo los dedos en los rizos de su cuello. Lo miro, a esos ojos enmarcados por sus gruesas pestañas y rebosantes de todas las palabras no dichas que sus acciones tratan de expresar. Me inclino hacia delante y me acerco a sus labios.

Me río mientras se inclina y coloca el brazo por detrás de mis rodillas, me toma en brazos y camina por encima de los cristales rotos de la botella de cerveza que están esparcidos por toda la terraza. Entra en casa y me sube por las escaleras hacia la habitación. Acciona un interruptor con el codo y un fuego aparece en la chimenea de la esquina.

Se detiene al borde de la cama y me deja en el suelo.

—¿Esta es la parte en la que te tomas tiempo conmigo? —susurro, repitiendo sus palabras.

Sus ojos echan chispas por mis palabras. Se inclina e introduce la lengua entre mis labios entreabiertos.

—Nena, voy a disfrutar de cada centímetro de ese cuerpo tuyo tan *sexy*.

Lleva las manos hacia la cremallera de mi espalda y luego siento frío en la piel cuando la baja despacio. Me cuenta las cosas que quiere hacerme. Su voz rasgada me acaricia la piel, al mismo tiempo que se me pone la carne de gallina en la parte que la cremallera ha dejado al descubierto. Siento el tirón

de la tela, la desliza hacia abajo y cae alrededor de mis tacones.

—Joder, mujer, pones a prueba el control de un hombre —maldice, con las pupilas dilatadas mientras disfruta de la vista de mi ropa interior, de la que hasta ahora solo ha visto algún atisbo.

Muevo las manos sobre el encaje negro, a juego con un sujetador de color rojo fuego, y continúo por la tela hasta llegar a los ligeros que lleva enganchados.

—¿Te gusta? —pregunto tímidamente, con una sonrisa en los labios.

—Dios, nena. —Coge aire y recorre la distancia que nos separa mientras me devora con los ojos. Me rodea con el brazo, tira de mí para pegarme a él y nuestros labios quedan a milímetros de distancia—: Mucho más que gustar. Lo deseo. —Gruñe mientras nos conduce de espaldas hasta la cama y me empuja para que me acueste sobre la espalda.

Inclino el cuerpo hacia delante, me apoyo en los codos y lo miro de pie frente a mí mientras se desabrocha el resto de la camisa. Se me hace la boca agua cuando alcanzo a ver un atisbo de lo que hay debajo. El hambre de sus ojos es una promesa de lo que quiere hacerme y me hace sentir oleadas de deseo. Se deshace de la camisa, los duros músculos de su pecho y abdomen quedan al descubierto y me muero por alargar los dedos y tocarlo. Se arrastra sobre la cama y con las rodillas me separa las piernas para colocarse entre ellas. Con los dedos traza líneas por mis muslos que me calientan la piel. Se me tensan los músculos y tiemblo de expectación.

—Colton —gimo por lo que su toque provoca dentro de mí.

La necesidad es tan intensa que bajo las manos por mi abdomen y entierro los dedos en las caderas para contenerme. Necesito correrme con urgencia.

—Sí, nena —gruñe—. Tócate, cariño, y déjame mirar. Enséñame lo mucho que me necesitas.

Sus palabras me dan el empuje necesario para arrojar la vergüenza por la ventana. Deslizo los dedos sobre mi monte de Venus, separo mis pliegues y suspiro aliviada cuando empiezo a ejercer presión sobre el clítoris. Colton gruñe con lujuria mientras me observa y el sonido me apremia. Me muerdo el labio inferior cuando el placer empieza a acercarse.

—Rylee —dice con suspiro ahogado—, me toca a mí.

Lo miro, con ojos cargados de deseo mientras con las yemas de los dedos

me acaricio el clítoris una última vez. Separa los labios en respuesta al gemido que se me escapa y esboza una sonrisa lujuriosa que me hace arquear la espalda para exigir más. No me aparta la mirada mientras baja el cuerpo. Siento la presencia de su boca sobre mi sexo y una vez más me hace perder el sentido. Me veo atrapada por la pasión.

## Capítulo 20

Tumbados de lado en la cama nos miramos el uno al otro, con las cabezas apoyadas en las almohadas, desnudos y temporalmente saciados. Craig David suena bajito por el altavoz. Me empapo de Colton, nuestros ojos lo dicen todo, aunque no usemos los labios. Hay tantas cosas que quiero decirle después de lo que acaba de pasar. No fue solo sexo. No es que nunca lo fuera, pero esta noche es especial, la conexión ha sido diferente. Siempre ha sido un amante generoso, pero la forma en que me ha tocado esta noche me ha dejado en un estado aturdido de éxtasis. Estoy tan perdida en él, tan embelesada por todo lo que significa, que, en cierto modo, vuelvo a sentirme yo misma.

Vuelvo a estar completa.

—Gracias —dice, rompiendo el silencio.

—¿Gracias a mí? Creo que la que se ha corrido varias veces he sido yo.

Esboza una sonrisa torcida y chulesca que me llena de alegría.

—Cierto —concede y asiente con la cabeza—, pero gracias por no presionarme antes.

—De nada —contesto, empiezo a creer que la sonrisa de mi cara es algo permanente.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que murmura:

—Podría mirarte durante horas.

La intensidad de su mirada hace que me sonroje. No deja de ser divertido, pues lo que debería ruborizarme es todo lo que acaba de hacer para darme placer. Sin embargo, en este momento, me doy cuenta de que me



ruborizo porque estoy totalmente desnuda ante él, no solo de forma literal. Me mira a los ojos, a través de las barreras que he dejado caer para revelar lo que siento. Sacudo la cabeza para alejar las ideas.

—Me parece que eso debería decirlo yo —digo, las llamas de la chimenea dibujan sombras en su cara.

Bufa y pone los ojos en blanco. Es una reacción tan infantil en un hombre tan intenso que hace que el corazón me dé un vuelco.

—¿Sabes la cantidad de mierdas que tuve que aguantar por ser tan mono? —cuenta con desdén—. ¿En cuántas peleas me metí para probar que no era un niño bonito?

Levanto la mano y le acaricio la mandíbula con las yemas de los dedos hasta llegar a su nariz.

—¿Así te hiciste esto? —pregunto.

—Ajá. —Suelta una risita—. En el último año de instituto me gustaba la novia del capitán del equipo de fútbol. Se llamaba Stephanie Turner. A él no le hizo mucha gracia que el chico rebelde se escabullera de una fiesta con su chica. —Sonríe con vergüenza—. Tenía cierta reputación por aquel entonces.

—¿Solo entonces? —bromeo.

—Listilla —dice y me dedica una sonrisa tímida—. Sí, solo entonces. —pongo los ojos en blanco y continúa—. En fin, era un descerebrado. Me metía constantemente en peleas sin más motivación que demostrar que nadie podía decirme qué hacer ni controlarme. Tenía mucha rabia acumulada cuando era adolescente. Por eso, al día siguiente hizo que sus colegas me sujetasen y me dio una buena paliza. Me rompió la nariz y me dejó bastante mal. —Se encoge de hombros—. Si lo pienso ahora, me lo merecía. No se toca a la mujer de otro hombre.

Lo miro, su último comentario me resulta extrañamente *sexy*.

—¿Qué dijeron tus padres?

—Estaban muy cabreados —exclama, y me sigue explicando cómo reaccionaron. Hablamos sobre esto la siguiente hora. Me cuenta cómo fue crecer con sus padres, añadiendo algunas anécdotas de vez en cuando que me hacen reír por su rebeldía y sus meteduras de pata adolescentes.

Nos sumimos en un silencio cómodo durante un rato. Me tapa la espalda con las sábanas al ver que se me ha puesto la piel de gallina y me coloca un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

—Estoy orgulloso de ti —dice suavemente y abro los ojos, interrogante—. Entraste en ese armario sin entrar en pánico.

Lo miro y me doy cuenta de que tiene razón. Ni me lo pensé dos veces. Con él a mi lado fui capaz de olvidarme del miedo.

—No entré por mi propio pie exactamente, más bien me vi coaccionada. Es el efecto Colton —bromeo—. Estaba pensando en otra cosa.

—Si quieres, podría volver a hacerlo ahora mismo —sugiere.

—Seguro que sí, As, pero... —Me callo y lo miro, los comentarios del baño de Tawny se me cuelan en la cabeza. La curiosidad mezclada con las inseguridades me superan—. ¿Colton?

—¿Sí? —murmura, tiene los ojos casi cerrados y con los dedos dibuja círculos en el dorso de mi mano.

—¿Te doy lo que necesitas?

—Ajá.

La despreocupación con la que contesta me dice que o no ha entendido la pregunta o se está quedando dormido. Las palabras de Tawny resuenan dentro de mi cabeza.

—¿Te satisfago sexualmente? —Se me rompe la voz al preguntar.

Colton se tensa al oírme y deja de mover los dedos. Abre los ojos despacio y me observa confuso. Me mira como si pudiera mirar directamente mi alma, y la intensidad es tal que acabo por apartar la vista y me miro los dedos, enganchados a las sábanas.

—¿Por qué me haces esa pregunta tan ridícula?

Me encojo de hombros y me ruborizo avergonzada.

—No tengo mucha experiencia y tú está claro que sí, así que me preguntaba... —Pierdo la voz, no sé muy bien cómo preguntar lo que me ocupa la mente.

Colton se mueve y se sienta sobre la cama, tira de mí de una forma que no me da más opción que hacer lo mismo. Me levanta la barbilla con los dedos para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Te preguntabas ¿qué? —pregunta con amabilidad y expresión preocupada.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que te aburras de mí? O sea...

—Oye, ¿a qué viene esto? —pregunta mientras me acaricia la mejilla con

el pulgar.

¿Cómo es posible que este hombre me desinhiba totalmente en el plano sexual y que ahora mismo, al enfrentarme a él sobre mi falta de experiencia, me sienta más vulnerable que nunca? La inseguridad se me aferra a la garganta e intento explicarme.

—Ha sido una noche dura —digo—. Lo siento, olvídalo.

—No, de eso nada, no te vas a librar tan fácilmente. —Se mueve y, aunque protesto, hace que me siente sobre sus muslos, cara a cara, con las piernas alrededor de sus caderas. No me queda más remedio que mirarlo.

—¿Qué pasa? ¿Qué más me he perdido esta noche que no me cuentas?  
—Me explora con la mirada en busca de respuestas.

—Es una tontería —admito e intento aplacar el sentimiento de ineptitud—. Estaba metida en el baño y escuché por casualidad a unas chicas comentar que eras un Dios en la cama. —Pongo los ojos en blanco, no quiero que se le infle más el ego—. Y que era obvio que yo apenas tenía experiencia. —Bajo la vista a los pulgares con los que me acaricio distraídamente los muslos—. Que ibas a hacer conmigo lo que quisieras, comerme viva y escupirme. Dijeron que no te iba lo predecible y...

—Para —dice con voz severa, y levanto la vista hacia sus ojos—. No sé cómo explicarlo. —Suaviza el tono y niega con la cabeza—. De verdad que no. Contigo, las cosas han sido diferentes desde el principio. Has roto el molde, Rylee.

Sus palabras avivan las esperanzas que albergo en mi interior y, aun así, sigo sintiendo el peso de la inseguridad en el alma. Nos quedamos un rato sentados, cada uno tratando de encontrar el equilibrio en este terreno inestable en el que nos movemos.

—Lo sé —digo—. Es solo que...

—No lo entiendes, ¿verdad? —pregunta—. Tal vez no tengas tanta experiencia, pero... —Se calla para buscar las palabras adecuadas—. Eres la persona más pura que he conocido, Rylee. Esa parte de ti, esa inocencia, es de lo más *sexy*. Resulta increíble.

Apoya su frente en la mía y me acerca más a él. Suspira y se ríe suavemente, su respiración me hace cosquillas en los labios.

—Hace un par de meses, es posible que hubiera respondido de otra manera. Sin embargo, desde que te caíste de aquel puñetero armario, todo ha

cambiado. —Hace una pausa y con los dedos me acaricia la línea de la columna—. Antes nadie importaba. Nunca. ¿Pero tú? Joder, tú lo has cambiado. Tú importas —dice con tanta claridad que sus palabras se adentran en lugares de mi alma que creí que nunca podrían curarse. Lugares y piezas que se van recomponiendo poco a poco.

Me quedo quieta cuando los cálidos brazos de Colton me rodean la espalda. Me aparta el pelo y me besa la curva del cuello, provocándome un escalofrío.

—¿Qué te pasa esta noche que no haces más que sacar conclusiones precipitadas? —murmura con los labios contra mi piel. Sus labios vibran y me provocan un cosquilleo en la piel hipersensible.

Me encojo de hombros sin la intención de dar más explicaciones, pero de repente me avergüenzo por confesar mi momento de absoluta inseguridad después de que él me asegurara que me desea. El silencio se acomoda entre los ojos, solo se escuchan nuestras respiraciones.

—Si quisieras algo de mí, algo que necesitaras, me lo dirías, ¿verdad? —Se recuesta para mirarme, con las manos en mis hombros mientras me acaricia distraídamente la clavícula con los pulgares. Continúo—: Cuando Tawny...

Los ojos de Colton se abren de golpe, atentos.

—¿Tawny?

—Estaba en el baño —confieso y percibo la irritación en su cara.

—Puñetera Tawny —maldice entre dientes y se pasa una mano por el pelo—. Mírame, Rylee —orden. Levanto los ojos y me encuentro con la intensidad de los suyos—. Tawny está celosa porque no es ni tan remotamente *sexy* como tú. Y lo mejor es que ni siquiera te das cuenta. ¿Te acuerdas de la noche en la casa de Palisades? —pregunta y asiento con la cabeza, embelesada por lo que dice y por cómo sonrío—. Eso lo que me cabreaba. Por qué me porté como un capullo. ¿Cómo podría haberte llevado allí y tratarte como a las demás cuando no te parecías a nadie con quien hubiera estado? Entonces me acerqué a ti, allí estabas, intentando averiguar qué me pasaba, preciosa y cautivadora sin ni siquiera pretenderlo. Y a pesar de que me estaba portando como un imbécil, te acercaste y me lo diste todo de ti, sin explicaciones. —Me acaricia la frente y la nariz con un dedo hasta los labios—. Me volvió loco, Rylee. Como nunca nadie lo había hecho antes.

Nadie.

Respiro con dificultad, con miedo de creer lo que me está diciendo. Que le doy lo que quiere. Que las cosas entre nosotros son diferentes. La primera en muchos sentidos. Trago saliva y tenso la mandíbula. Si hablo ahora, las palabras que no quiere oír se me van a escapar. Ha sido una noche llena de emociones y estoy abrumada. Lo único que consigo hacer es asentir con la cabeza.

—Nunca he tenido que esforzarme tanto por algo que creía no querer —confiesa y las palabras me atraviesan y se instalan en mi corazón.

¿Cómo es posible sentir un amor tan intenso cuando creía haber perdido la capacidad de amar tras la muerte de Max?

Me inclino y expreso las palabras que no debo decir por medio de un beso.

—Gracias —susurro, por todas las cosas que no creo que entendiera ni aunque se las contase.

Se aparta y no me pasa desapercibida la sonrisa lujuriosa de su cara. Levanta las cejas, divertido.

—¿Así que un dios en la cama?

Me río sin poder evitarlo, sin que me sorprenda que no se le haya olvidado esa parte.

—¿Eso he dicho? —bromeo y le acaricio el abdomen con los dedos. Siento cómo crece su erección debajo de mí cuando lo toco—. Me habré ido de la lengua.

—Vaya, ¿en serio? —pregunta con una sonrisa juguetona y una mirada que me indica que sus necesidades ya no están cubiertas—. Las lenguas son unos objetos curiosos, ¿no crees? —Se inclina y me lame el labio inferior—. Pueden lamer así —susurra— y besar así.

Pega la boca a la mía, me separa los labios e invade mi boca con su lengua. Cambia de posición para tumbarnos sobre el colchón de manera que queda encima de mí. Rompe el beso y me mira con una lujuria que me hace sentir el deseo detrás del ombligo.

—También pueden lamer así —susurra mientras baja por la curva de mi cuello, provocándome, hasta mi endurecido pezón—. Pueden jugar y dar placer así.

Se ocupa de ambos pechos con atención para después seguir descendiendo por mi estómago a un ritmo dolorosamente lento. Me tenso de expectación cuando se detiene a la altura de mi sexo. Levanta la vista para mirarme y sonrío. Sopla sobre mis pliegues y el calor de su aliento me provoca una punzada de placer en la carne sensible.

—Y, sin lugar a dudas, les encanta saborear esto.

Me roza con la lengua y doy un grito ahogado seguido de un suave gemido, es lo único que consigo articular. Me he quedado sin palabras y tengo la mente en blanco por culpa de la habilidad de su lengua.

Me consume. Me vuelve loca de placer. Me deshace.

# Capítulo 21

## Colton

Joder, es preciosa. No puedo contenerme y levanto la mano para apartarle un rizo de la mejilla. La sensación, que ya no me resulta ajena, me recorre por dentro, me agarra por las pelotas y me las sirve de vuelta en bandeja.

Hace que la base de la columna me tiemble de miedo en un estado de constante vibración.

Acaricio su hombro, la toco para asegurarme de que es real. Es imposible que lo sea. Me acojona. Esa sensación que ya no me es desconocida me mata de miedo. Pero soy incapaz de alejarme. Desde el primer momento no he podido. Joder, al principio era el desafío. Esa boca respondona, esos ojos violetas, el balanceo de su culo, ¿qué hombre con sangre en las venas se habría resistido?

Joder. Dime que no puedo tener algo y lo perseguiré sin descanso hasta conseguirlo. Que comience el juego. No pararé hasta cruzar la línea de meta.

Pero luego, la primera vez que me pasé por el Hogar, con la forma en que me miró para mandarme a la mierda y advertirme de que no molestase a «su» Zander o acabaría conmigo, todo cambió. El desafío se esfumó. Empecé a verme a mí mismo de niño. A mí ahora. Supe que amaría nuestras partes rotas. Que no tendría problemas con la oscuridad porque era pura luz. Supe que me entendería mejor de lo que siquiera puedo expresar.

Su alma abnegada y ese cuerpo que dice «ven y fóllame» me absorbieron, hicieron reaccionar partes dentro de mí que pensaba que habían

muerto para siempre. Me hizo sentir después de pasar tanto tiempo de vida medio aturdido. Vamos a ver, ¿quién de verdad hace lo que ella? Coge a niños que están jodidos, un montón de ellos, y los trata como si fueran los suyos propios. Los defiende. Los quiere. Lucha por ellos. Está dispuesta a hacer un pacto con el mismísimo diablo por ellos.

Aquel día en la sala de conferencias, cuando la atrapé en nuestro pequeño trato, pude ver el temor y la seguridad de que había daño en sus ojos y, a pesar de saberlo, aceptó por los chicos, sin importarle el daño que ella pudiera recibir. Y claro, yo soy un capullo y me pasé todo el tiempo imaginando a qué le sabría el coño. O sea, si besarla era así de adictivo, ¿cómo sería el resto de su cuerpo? Se sacrificó a sí misma por sus chicos y yo mientras pensando en follármela.

Eso en sí mismo me descolocó y me obligó a mantener la guardia alta. Sabía que iba a dejar que la poseyera, pero no tenía ni puta idea de que la primera vez juntos, cuando después me miró con una claridad abrumadora, sería capaz de verme el alma. Me acojoné, removié cosas dentro de mí que nunca quise que volvieran a la superficie. Cosas sin las que me había resignado a vivir. Nadie conoce las cosas que hice, las cosas que dejé que me hicieran. El veneno que llevo dentro. Cómo quería y odiaba e hice cosas inimaginables por razones que no comprendía y que sigo sin entender.

Cada minuto de cada día temo que ella lo averigüe, que descubra las verdades que escondo dentro y me deje peor de cómo me encontró. Liberó cosas en mí que quería haber mantenido ocultas para siempre. Alzó el concepto de vulnerabilidad a un nivel totalmente nuevo.

Pero no puedo apartarla. Sigo intentando hacerlo, por su bien. Cada vez que lo intento, cada vez que pierdo un poco el control y vislumbra un atisbo de mis demonios, me cago de miedo. Joder, intento que se vaya, aunque solo sea de mi cabeza, pero no lo consigo. No estoy seguro de si se debe a que es cabezota o a que no lo intento de verdad. Solo lo hago para decirme que lo he intentado.

Sé que no soy lo mejor para ella. Joder, anoche fue... joder. Me entregué a ella. Le dije que lo intentaría mientras todas las fibras de mi cuerpo gritaban aterrorizadas por el miedo a acabar echas pedazos si me permitía sentir. Siempre he usado el placer para aplacar el dolor. Sin emociones. Sin compromisos. Solo placer. ¿De qué otra manera podía probarme que ya no



era ese niño que me obligaron a ser? Era la única forma que conocía. La única forma que me servía. Que les den a los terapeutas que no tenían ni puta idea de lo que me había pasado. Mis padres malgastaron muchísimo dinero en personas que me decían cómo superar los problemas que pensaban que tenía. Que podía usar la hipnosis para regresar y superarlo. Los cojones. Dame un coño apretado y caliente donde enterrar la polla y perderme un rato; es todo lo que necesito.

Placer para aplacar el dolor. ¿Y ahora qué? ¿Cómo lidio con la única persona que temo que me puede causar los dos? Y lo hace, y aun así anoche le hice daño. Tengo la sensación de que siempre se lo haré, de una forma u otra. Llegará el momento en que dejará de perdonarme y de volver. ¿Entonces qué, Donavan? ¿Qué cojones harás entonces? Si ahora estoy roto, si se marcha quedará hecho pedazos.

La observo dormir, tan inocente y mía. Joder, ¿por qué no puedo mantenerme lejos de ella? Estoy muerto de miedo y es culpa suya. Me sujetó y me obligó a escuchar las palabras que decía sin hablar, a oírlas de verdad. ¿Ahora qué cojones se supone que debo hacer?

Dios, la ingenuidad con la que me miró anoche, con el gesto tenso por su obstinación, y me preguntó si era suficiente para mí. Lo primero, me cago en Tawny y, lo segundo, ¿suficiente? Soy yo el que no es suficiente. Ni de lejos. Me estoy ahogando en ella y no estoy seguro de querer salir a la superficie a respirar. ¿Suficiente? Sacudo la cabeza por la ironía. Se ha quedado a pesar de, o puede que por la oscuridad de mi alma. Una santa de la que no soy digno, no debería mancillarla.

Hace un ruidito y rueda sobre la espalda. Las sábanas se le caen y dejan a la vista sus tetas perfectas. La polla me da un latigazo. Han pasado apenas tres horas desde la última vez que estuve dentro de ella y ya estoy listo para follarla otra vez. Lo juro, tiene un coño mágico y adictivo.

Vuelve a gemir y mueve la cabeza sobre la almohada. Baxter mueve el rabo ante la posibilidad de que haya alguien levantado. Vuelvo a Rylee, me fijo en sus labios y de nuevo en sus tetas. Gruño al verle los pezones endurecidos por el aire de la mañana. Debería volver a taparla, pero joder, la vista es espléndida y todavía no quiero arruinarla.

El grito me da un susto de muerte. Es un lamento agudo que hace que se me tense el pecho. Vuelve a gritar y el sonido es una tortura, entonces se

lleva los brazos a la cara para protegerse. Me incorporo e intento atraerla hacia mí pero se sacude.

—Rylee, ¡despierta! —digo y la sacudo por los hombros un par de veces.

Finalmente, despierta sobresaltada y se revuelve para soltarse de mis manos, para hundirse en la cama. Su respiración acelerada me hace querer abrazarla hasta que el miedo y el dolor que emite en oleadas desaparezca. Hago lo único que se me ocurre y le acaricio la espalda desnuda, el único consuelo que puedo darle.

—¿Estás bien?

Asiente con la cabeza y me mira. Esa mirada me paraliza. Me deja de piedra. Como tío, se supone que tengo el instinto de proteger y cuidar. Te dicen desde siempre que es tu trabajo. Es algo innato. Lo que sea. Sin contar las veces en que Q tuvo problemas en el colegio con unos abusones, nunca me había sentido así, ni de lejos. Nunca.

Hasta ahora. Rylee me mira con sus ojos violetas llenos de lágrimas y cubiertos de miedo y dolor. Hago lo único que quiero a pesar de saber que no es suficiente; algo que apaciguará mis necesidades. Extiendo la mano para subirla a mi regazo y me recuesto contra el cabecero. Cuando la rodeo con los brazos, apoya la mejilla en mi pecho. Encima del corazón. A pesar de la tranquilidad que me proporciona el tacto de su piel desnuda, no dejo de sentir únicamente la conexión de su cara con mi corazón.

El único lugar que nunca esperé volver a sentir se acelera por un gesto tan simple y natural. Su pulso y su respiración se acompañan y los míos se aceleran. Paso los dedos entre sus rizos, necesito hacer algo para combatir el pánico que siento instalarse dentro de mí.

Primero siento que necesito protegerla, cuidarla y codiciarla. Entonces la sensación de que se pueda tranquilizar con el latido de mi corazón me acojona. Eres una nenaza, Donavan. Más bien, un calzonazos. ¿Qué cojones? Se supone que estas mierdas no me pasan a mí. Una cosa es decirle que lo intentaré. ¿Pero esta sensación que me domina como un cepo en el pecho? No, gracias.

Oigo la voz de mi madre. Me taladra el cerebro mientras sigo con las manos en el pelo de Rylee. Dejo de respirar.

«Colty, sé que me quieres mucho. Cuánto me necesitas. Que entiendes que el amor consiste en hacer todo lo que te pida la otra persona. Así que te

lo pido porque me quieres, vas a tumbarte en la cama y a esperar como un niño bueno. Quieres comida, ¿a que sí? Han pasado días. Tienes que tener hambre. Si eres un niño bueno, si me quieres, esta vez no te resistirás. No serás un niño malo como la última vez. Si tienes moratones, la policía nos podría separar. Y entonces ya no tendrás nada para comer. Y ya no te querré».

Las manos de Rylee dibujando círculos distraídas sobre mis tatuajes me devuelven al presente. La ironía es que eso, la forma en que me toca los tatuajes que tanto representan, es suficiente. Me obligo a respirar con calma y a controlar las náuseas del estómago. Detengo el temblor de las manos para que no se dé cuenta. Joder. Ahora sé que lo que sentí antes fue de casualidad. ¿Cómo voy a querer proteger y cuidar de Rylee si no puedo cuidar de mí mismo? Respira, Donovan. Joder.

—Me pregunto si nos sentimos atraídos porque los dos estamos jodidos emocionalmente —murmura en voz alta, rompiendo el silencio.

No puedo evitar que se me corte la respiración. Trago despacio y digiero las palabras, sé que no es más que una coincidencia, pero son muy reales para mí.

—Vaya, gracias —digo y me obligo a reír con la esperanza de calmarnos a los dos con un poco de humor—. Nosotros y todas las personas de Hollywood.

—Ya —dice y se acurruca más contra mí.

La sensación es tan relajante que ojalá pudiera meterla dentro de mí para que también calmase ese dolor.

—Te lo dije, un avión entero, nena.

Lo dejo ahí. Soy incapaz de pronunciar más palabras sin que se dé cuenta de que me pasa algo. Pasa la mano desde mi tatuaje hasta la pequeña mata de pelo de mi pecho, haciéndome cosquillas.

—Podría quedarme así para siempre —suspira con una voz ronca de recién levantada.

Le suplico a mi polla que se despierte al oírla. Lo necesito. Necesito probarme que el recuerdo inesperado de mi madre y del pasado ya no me afecta. Que no definen quién soy.

Me pongo a pensar en lo que haría normalmente. Llamaría a mi conquista del momento y la usaría. La follaría hasta olvidarme de todo sin

pensar ni un segundo en ella. Usaría el placer pasajero para enterrar el puñetero dolor que nunca se acaba.

Pero no puedo hacer eso. No puedo alejarme sin más de la única persona que deseo, temo, ansío y he llegado a necesitar. Estoy cogido por los huevos. Entonces, sin pensarlo, se me escapan las palabras:

—Pues quédate aquí el fin de semana.

Creo que me sorprende tanto como ella. Se queda quieta al mismo tiempo que yo. Es la primera vez en mi vida que pronuncio esas palabras. Nunca había querido hacerlo, pero ahora, sin ninguna duda, lo digo en serio.

—Con una condición —dice.

¿Condición? ¿Acabo de servirle mis huevos en bandeja y quiere poner condiciones? Maldita mujer.

—Dime qué es un coño mágico.

Por primera vez en la mañana tengo ganas de reír. Y lo hago. No puedo contenerme. Me mira con esos ojos que me vuelven loco.

—Joder, me hacía falta —le digo, me inclino y la beso en la cabeza.

—¿Y bien? —pregunta con ese tono de no estoy para tonterías que normalmente me pone durísimo.

Suspiro y la polla se me empieza a despertar al pensar en la humedad entre sus piernas, de la que me pienso aprovechar en unos minutos.

—¿Coño mágico? —Me atraganto con las palabras.

—Sí. Anoche lo dijiste en el jardín.

—Ah, ¿sí? —pregunto, incapaz de esconder cuánto me divierte, y ella asiente con las cejas ligeramente arqueadas esperando una respuesta. Pues sí. Definitivamente, dura y lista para atacar. Menos mal—. Pues, es un coño que te absorbe la polla y no la suelta. Es tan maravilloso, siente, sabe y folla tan bien, que es mágico —Me siento imbécil al explicarlo. No creo que nunca lo haya hecho. Simplemente lo digo y Becks sabe perfectamente de lo que hablo.

Rylee se carcajea y el sonido es precioso. ¿Precioso? Joder, soy un calzonazos.

—¿Así que tengo un coño mágico? —me pregunta mientras dibuja círculos con el dedo alrededor de mi pezón.

Levanta la vista y se lame los labios. No puedo articular una respuesta

porque toda la sangre que mi cerebro suele utilizar para formar palabras ha viajado mucho más al sur, así que asiento.

—Vaya, tal vez debería enseñarte...

El teléfono suena desde la cómoda, un tono diferente al habitual, y sale de la cama como una exhalación. Responde casi sin respiración. Y a mí me deja sin aliento. Se coloca frente a la pared de cristal mirando a la playa, con el teléfono en la oreja y el sol bañándole el cuerpo desnudo.

La preocupación de su voz me aleja de los pensamientos perversos sobre todas las formas en que podría follarla. Colocarla. Corromperla.

—Tranquilízate, Scooter —consuela—. Estoy bien, colega. Estoy bien. Estoy aquí. Tranquilo, no me ha pasado nada. De hecho, ahora mismo estoy en la playa, mirando el mar. Te lo prometo, colega, no me voy a ninguna parte.

La preocupación de su voz me hace incorporarme. Percibe que me muevo, me mira y me sonríe con un gesto de disculpa. Como si fuese a enfadarme porque me deje para hablar con uno de los chicos. Jamás.

—¿Ya estás mejor? Sí. Lo sé. No te disculpes. Sabes que si no estoy allí siempre puedes llamarme. Siempre. Ajá. Nos vemos el lunes, ¿vale? Llámame si me necesitas. —Camina hacia la cómoda para dejar el teléfono mientras termina la llamada—. Oye, Scoot. Te Spiderman. Adiós.

¿Te Spiderman? Cuelga el teléfono y lo deja en la cómoda, luego se vuelve y camina hacia la cama. Recorro sus curvas con los ojos y pienso en la suerte que tengo de verla desnuda caminando hacia mí y hacia la cama.

—Perdona —dice—. Scooter tuvo una pesadilla y tenía miedo de que me hubiera pasado algo. De que me iban a llevar como a su mamá. Necesitaba asegurarse de que estaba bien. Lo siento —repite y juro que el corazón me da un vuelco en el pecho al verla disculparse por ser caritativa. ¿Es de verdad?

—No lo hagas —le digo mientras vuelve a subirse a la cama conmigo y se sienta sobre sus pies doblando las rodillas. Será mejor que le pregunte ahora antes de que me distraiga al verla ahí sentada con aspecto tan obediente—. ¿Te Spiderman?

Se ríe con un gesto adorable.

—Sí. —Se encoge de hombros—. A algunos de los chicos les cuesta expresar afecto cuando llegan a nosotros. O sienten que traicionan a sus padres, sin importar lo jodida que fuera la situación en que vivían, por sentir

cariño por sus cuidadores. De forma general los sentimientos tienen connotaciones negativas por la situación de la que vienen. En realidad, todo empezó con Shane, pero seguimos con ello y casi todos lo hacen. Escogemos algo que les encante más que ninguna otra cosa y lo usamos para sustituir una emoción. A Scooter le encanta Spiderman, así que, ya ves.

La miro maravillado, algo nervioso de lo bien aferrados que tiene a los chicos, y a mí, si la dejase acercarse lo suficiente. Sin saberlo, está trasteando con mi cabeza de tal manera que ni siquiera he bajado la vista de su cara para admirar su increíble cuerpo desnudo como haría normalmente.

Confunde la mirada que le dedico con que no la entiendo así que intenta explicarse. Cambia de postura sobre las rodillas y se acerca a mí.

—Vale, imaginemos que fueras uno de mis chicos, dime una cosa que te guste más que nada en el mundo.

—Eso es fácil. —Sonríe—. El sexo contigo.

Esboza una sonrisa y se sonroja. *Sexy*.

—Vale, esa es una respuesta que nunca me habían dado —bromea y se ríe—. En serio, Colton, dime una cosa.

Me encojo de hombros y digo mi primer y único amor.

—Correr, me encanta conducir.

—Perfecto —dice—. Si fueses uno de los chicos y quisieras decirme que me quieres, o al revés, dirías «te conduzco, Rylee».

Se me para el corazón al oírle decir esas palabras y creo que ella misma se da cuenta de lo que ha dicho en el mismo momento en que las palabras salen de su boca. Se queda quieta y baja la mirada a las manos en su regazo.

—O sea... —Se atasca y me alegra que la conversación la ponga tan nerviosa como a mí—. Si fueras uno de los chicos, quiero decir.

—Claro.

Trago saliva, necesito urgentemente una distracción. Levanto el brazo y con un dedo le acaricio la línea central del pecho, desde el cuello, entre las tetas y hasta el ombligo.

Te conduzco, Rylee. Las palabras me cruzan la mente. Solo para escuchar cómo suenan, solo para saber cómo sería si uno de los chicos lo dijera. La tensión del pecho me obliga a centrarme en lo único que siempre me deja olvidar. Nada de conducir entre Rylee y yo. Ni hablar. Levanto la

vista del dedo que tengo en la piel de su estómago y la miro a los ojos.

—Bueno, creo que estabas a punto de enseñarme lo mágico que puede llegar a ser tu coño antes de que nos interrumpieran.

## Capítulo 22

El timbre del teléfono me despierta y, con la escasa luz del alba, lo busco a tientas en la mesita.

—¿Diga? —musito medio dormida, con miedo de que, aunque no sea el tono predeterminado, le pase algo a alguno de los chicos del Hogar.

—Buenos días, dormilona.

La voz aterciopelada de Colton me acaricia los oídos. Puedo oírlo sonreír a través de la línea y hace que me recorra un escalofrío desde la columna hasta los dedos de los pies. Ahora estoy despierta.

—Buenos días —murmuro y me arrellano en la comodidad de mi cama calentita.

—¿Sabes cuánto me gustaría estar contigo en esa cama? ¿Y tener sexo perezoso de recién levantados en vez de tener que llamarte?

Sus palabras sutiles, aunque seductoras, cumplen su objetivo y me remuevo en la cama para apaciguar el deseo que se enciende dentro de mí.

—Pensaba lo mismo. —Suspiro y pienso en cuánto lo echo de menos. En la forma en que mi cuerpo responde a su voz de manera casi automática. Miro mi camisola de algodón y mis braguitas y sonrío—. Sobre todo, teniendo en cuenta que tengo frío y estoy desnuda, seguro que tú sabrías qué hacer para calentarme.

Una mentirijilla no hace daño a nadie cuando se trata de mantener la pasión, ¿no?

Le oigo sisear.

—Dios santo, mujer, sabes cómo volver loco a un hombre —dice en voz



baja; se oyen otras voces de fondo y entiendo que no es está solo.

Solo han pasado cuatro días desde nuestro maravilloso fin de semana juntos, pero parece haber pasado una eternidad desde la última vez que nos tocamos. El lunes por la mañana me llevó a casa en coche de camino al aeropuerto y desde entonces he tenido que sobrevivir con mensajes y llamadas que siempre me dejan deseando más y me hacen parecer una adolescente enamorada.

—Ahora vuelvo —le dice a alguien tapando el altavoz y las voces de fondo se van apagando—. No me parece que a las personas con las que estoy desayunando en el hotel les apetezca ver cómo me la machaco porque mi novia está tremendamente buena. —Ríe con esa voz seductora suya y dejo que me envuelva.

Entonces me paralizó cuando la palabra que acaba de usar se abre paso entre mi estado de aturdimiento. «Novia». Quiero pedirle que lo diga otra vez, pero me he quedado sin aliento. Lo ha dicho de una forma tan casual, como si así fuera cómo me ve, que no quiero señalarlo.

Me acomodo en la cama con una gran sonrisa en los labios.

—¿Qué tal Nashville?

—Es Nashville —responde, bromeando—. No está mal, pero no es como estar en casa. Siento despertarte con la diferencia horaria, pero tengo un horario de locos todo el día y quería asegurarme de hablar contigo y oír tu voz.

Sus palabras me hacen ensanchar la sonrisa, consciente de que piensa en mí incluso cuando está trabajando y preparándose con su patrocinador principal.

—Tu voz es mucho mejor despertador que mi alarma. —Titubeo, resistiéndome a decir lo que pienso, pero al final me dejo llevar y simplemente lo suelto—. Te echo de menos —digo, esperando que entienda lo que quiero decir. No echo de menos solo el sexo, sino a todo él.

Se queda en silencio al otro lado de la línea y me da miedo haber verbalizado demasiado afecto para don Estoico.

—Yo también te echo de menos, nena, más de lo que creía posible. —Habla muy despacio, como si él tampoco pudiera creérselo. Sonrío y me revuelvo entre las sábanas mientras sus palabras me calientan—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Pues... dormir un poco más, salir a correr, hacer la colada, limpiar. Tal vez cene con Haddie. —Me encojo de hombros, aunque no pueda verme—. ¿Tú que horario tienes?

—Reunión publicitaria con el equipo de Firestone, un encuentro con los patrocinadores, una visita a un hospital infantil, la mejor parte del día, en mi opinión y luego una cena de gala. Tengo que comprobar con Tawny el orden correcto. —Suspira y me estremezco involuntariamente al oír ese nombre—. En estos viajes los días son una locura. Todo es importante, pero también es muy aburrido.

—Seguro que sí —me río—. La próxima vez que te estés quedando dormido en alguna reunión, acuérdate de lo que te hice con la boca el domingo —murmuro con voz entrecortada. Las imágenes me vienen a la memoria y no puedo evitar sonreír.

Colton ahoga un gemido.

—Joder, Ry, ¿quieres que me pase todo el día con la polla dura? —Como solo respondo con un suspiro contenido, continúa, con un tono de voz que expresa las ganas que tiene de satisfacer sus deseos—. Cuando vuelva, te voy a encerrar en el dormitorio todo el fin de semana, te ataré si hace falta y vas a ser mi esclava sexual para usarte a placer. —Ríe—. Pero no te preocupes, Ryles, tendrás la oportunidad de usar la boca, y mucho.

¡Hola, señor Dominante!

—¿Por qué limitarnos al dormitorio? Creo recordar que hay un montón de superficies en esa casa tuya que nos pueden servir.

El gruñido que emite me hace retorcerme de necesidad.

—No te preocupes por el dónde. Preocúpate por cómo vas a caminar después. —Su risa es tirante y refleja perfectamente cómo me siento.

—¿Lo prometes? —susurro, calentándome por dentro al pensarlo.

—Cariño, te lo juro por mi vida. —Alguien lo llama de fondo—. ¿Listo, Becks? —dice apartado del altavoz y después suspira—. Tengo que irme, pero te llamaré luego si no es muy tarde, ¿vale?

—Vale —respondo—. Da igual la hora. Me gusta oír tu voz.

—Oye, Ry.

—¿Sí?

—Piensa en mí —dice y percibo algo extraño en su voz: ¿inseguridad,

vulnerabilidad, o es la necesidad de sentirse deseado? No, no deseado. Eso lo tiene siempre. Más bien de sentir que lo necesitan. No logro descifrarlo, pero la petición hace que se me encoja el pecho.

—Siempre —digo con un suspiro y una sonrisa en los labios antes de que la llamada se corte.

Me quedo sentada con el teléfono en la oreja un rato, con demasiadas cosas en que pensar sobre Colton y su parte afectiva. La parte que empiezo a vislumbrar cada vez más. No puedo contener la sonrisa que se me forma en la cara al colgar el teléfono y volver a tumbarme en la cama. Intento obligarme a seguir durmiendo, pero no dejo de pensar en él y en las posibilidades que tenemos.

Cuando vuelvo a mirar el reloj me sorprendo al ver que llevo una hora ensimismada en mis pensamientos, pensando en el tiempo que llevamos juntos. En muy poco tiempo me ha hecho pasar de lo más bajo a lo más alto, como me siento ahora.

Por fin empiezo a quedarme dormida cuando el teléfono vuelve a sonar.

—¿En serio? —me quejo en voz alta hasta que veo quién llama.

—¡Hola, mamá!

—Hola, cariño —saluda y solo con oírla me entran ganas de volver a verla. Tengo la sensación de que hace una eternidad que no la abrazo—. ¿Cuándo ibas a contarme que hay un nuevo hombre en tu vida? —pregunta con tono insistente.

Directa al grano.

—Vaya, no te andas por las ramas —bromeo.

—¿Cómo crees que me sentí cuando la semana pasada, ojeando la revista *People*, me pareció ver una foto tuya? Así que vuelvo atrás y me aseguro de que eres tú, mi hija, absolutamente deslumbrante, del brazo del alto, guapísimo y canalla de Colton Donovan. —Intento hablar, pero sigue—. Entonces leo el titular: «Colton Donovan y su nueva conquista calientan la noche de la gala benéfica Niños Ahora». ¿Sabes cuánto me sorprendí al verte ahí? Ni siquiera sabía que salías con alguien.

Percibo el tono de sorpresa y de dolor por no hablarle de mi primera cita desde lo de Max. Por haber tenido que descubrirlo en una revista. Miro de reojo a la cómoda donde está el número de *People*.

—Venga, mamá, no seas tonta. —Suspiro, sé que le he hecho daño al no

contárselo.

—¿Que no sea tonta? —espeta—. Ese hombre ha donado una cantidad desorbitada de dinero para financiar tu proyecto y llamar tu atención, ¿y me dices que soy tonta?

—Mamá —adviento—, no ha donado el dinero por eso. —Carraspea—. No, de verdad. Cada año su compañía elige una organización con la que colaborar, esta vez ha sido la mía. Y no es que no te lo quisiera contar, es que últimamente todo ha sido una locura.

—Más bien, me hablaste de la donación de su compañía, pero se te olvidó mencionar que lo conocías, ¿así que...? —pregunta, escéptica.

—Lo conocí en la gala benéfica —respondo sin dar más detalles.

—¿Y qué pasó en la gala?

—¿Has hablado con Haddie? —pregunto. Es imposible no pensar en si se le ha ocurrido preguntar primero a Haddie.

—No evites la pregunta. ¿Qué pasó en la gala?

—Nada. Hablamos unos minutos, pero me tuve que ir porque había un problema con la subasta.

Mi pobre madre no necesita conocer los detalles de la conversación que tuvimos entre bambalinas antes de eso.

—¿Cuál era el problema?

—¡Mamá!

—Si respondieras directamente, no tendríamos que jugar al ratón y al gato.

¿Qué les pasa a las madres? ¿Son videntes?

—Tú ganas, mamá. Una de las participantes se encontraba mal, así que ocupé su lugar. Colton pujó por mí y ganó. ¿Contenta?

—Interesante —comenta, alargando cada sílaba y estoy segura de que sonrío—. O sea, que uno de los hombres más atractivos del planeta persigue a mi hija, dona dinero a su organización para llamar la atención, en mi opinión, y la lleva a eventos de alto nivel, ¿y yo soy tonta? ¿De verdad? ¿En qué soy tonta, Rylee?

—Mamá...

—¿Es serio? —pregunta, sin rodeos, y ya no debería sorprenderme después de tantos años, pero aún lo hace.

—Mamá, a Colton no le va lo serio. —Trato de evitar responder.

—No finjas que no es importante, Rylee —me regaña—. Sé de buena tinta que cualquier hombre al que le dediques más de dos segundos tiene que merecer la pena. No perderías el tiempo con alguien que no quiere nada más que un polvete. —Hago una mueca. Si supiera lo de los acuerdos de Colton, seguro que no tendría tan buena opinión de mi juicio—. Así que dime, cariño, ¿cuán serio es?

Suspiro, sé que no se va a detener hasta que consiga una respuesta.

—La verdad, a mi parecer, podría llegar a ser algo. Según él, bueno, no está acostumbrado a nada que dure más de un par de meses. Estamos dejando que las cosas sigan su curso —contesto en voz baja lo más sinceramente que puedo.

—Ajá —murmura—. ¿Te trata bien? Ya sabes que siempre te tratan mejor al principio de la relación y, como no te trate bien al principio, luego no va a mejorar.

—Sí, madre —recito como una niña.

—Hablo en serio, Rylee Jade —dice con voz implacable. Si usa mi segundo nombre es que va en serio—. ¿Sí o no?

—Sí, mamá, me trata muy bien.

Se ríe y sé que está aliviada.

—Recuerda lo que siempre digo, no te pierdas a ti misma por intentar conservar a alguien a quien no le importa perderte. —Termino la frase con ella sin sonido. Me ha repetido lo mismo desde que empecé a salir con chicos cuando era adolescente.

—Lo sé.

—Cariño, ¡estoy tan feliz por ti! Después de todo lo que has pasado, te mereces ser feliz, niña mía.

Sonríó por su amor incondicional y su preocupación, tengo suerte de tener una madre tan genial.

—Gracias, mamá. Vamos a ir con calma y ver adónde nos lleva.

—Esa es mi chica. Siempre con los pies en la tierra.

Suspiro y esbozo una sonrisita.

—¿Cómo va todo? ¿Cómo estáis? ¿Y papá?

—Por aquí todo bien. Papá está bien. Ocupado como siempre, pero ya

sabes cómo es. —Ríe y me la imagino pasándose la lengua por el labio superior como suele hacer—. ¿Qué tal los chicos?

Sonrío por la pregunta. Los trata como si fueran de la familia, siempre les manda regalos y galletas; cualquier cosa que les haga sentirse especiales.

—Están bien. Me parece que Shane sale con una chica por primera vez y Zander progresa poco a poco.

Le hablo de todos los chicos uno por uno, contesto a las preguntas que me hace y deduzco que están a punto de recibir otro paquetito de regalos. Seguimos charlando un rato hasta que tiene que colgar.

—Te echo de menos, mamá.

Se me quiebra la voz, tal vez sea dura y mandona, pero solo quiere lo mejor para mí. La quiero más que a nada.

—Yo también te echo de menos, Ry. Hace mucho que no nos vemos.

—Lo sé. Te quiero.

—Y yo a ti. Adiós.

Le doy al botón de colgar y me vuelvo a dejar caer entre las sábanas, aunque por algún motivo hoy no me dejan dormir. Echo un vistazo a la cómoda, a la revista *People*, y me levanto a por ella. La abro por la página marcada en la que sale mi foto.

Somos Colton y yo en la alfombra roja de la gala de Niños Ahora. Está de pie, con los hombros firmes, una mano en el bolsillo del pantalón y otra en mi cintura. Se ve perfectamente el «pañuelo» del bolsillo de la americana. Tiene la cara girada hacia la cámara, pero ladea la barbilla y los ojos hacia mí con una gran sonrisa.

Gravito hasta mi parte favorita de la foto, la forma en que me agarra la cadera en un gesto posesivo que deja claro al mundo que soy suya.

Releo el titular y suspiro. Me alegro de que la prensa todavía no sepa mi nombre. No estoy lista para ser el foco de atención del circo de los medios, aunque sé que es inevitable estando con Colton.

—Ya no hay vuelta atrás —musito para mí.

Sujeto la revista en las manos y la observo hasta que reúno fuerzas para ir a correr. Salgo de la cama, pero me llega un mensaje. Me río ante el dominio que la tecnología ejerce sobre mi vida esta mañana y cojo el teléfono de todas formas donde leo el nombre de Colton. Sonrío sin poder evitarlo.

«Pensamientos impuros sobre ti durante la reunión. No me puedo levantar en un rato. Bruno Mars, *Locked out of Heaven*».

Suelto una carcajada, conozco la canción y me siento halagada por la letra. Contesto al mensaje.

«Me alegro de ayudarte con el aburrimiento, As, es lo menos que puedo hacer. ¡Piensa más! TLC, *Red Light Special*».

Sonríó y dejo caer el teléfono sobre la mesita, consciente de que ahora le va a costar mucho más concentrarse en la reunión.

## Capítulo 23

—¿Stella? —llamo desde la puerta de la oficina—. Stella, ¿dónde está el horario de hoy?

Agotada, bajo la cabeza y la apoyo sobre las manos mientras intento averiguar cómo voy a encajar todo lo que tengo esta semana: proyecciones de presupuestos, horarios y reuniones del proyecto, además del trabajo diario habitual. Espero que la repentina reunión de cuatro horas que ha aparecido en mi horario después de comer sea un fallo informático. ¿Por qué no ha introducido Stella ningún detalle? Estoy segura de que hace treinta minutos no estaba ahí. A lo mejor he mirado el día que no era.

—Mierda —farfullo mientras me froto las sienes para aliviar el dolor de cabeza que empieza a molestarme.

Por favor, que no sea una de las sesiones creativas interminables de Teddy. A principios de semana pusieron a prueba nuestro optimismo cuando las proyecciones presupuestarias mostraron que nos faltaban fondos por culpa de las nuevas leyes de seguros de California. Ya hemos agotado todas las recaudaciones, así que solo nos queda cruzar los dedos y esperar que el equipo de Colton consiga los patrocinadores que necesitamos para que todo siga en marcha. Vuelvo a mirar el horario, empiezo a impacientarme por la falta de respuesta de Stella y me acuerdo de la acusación de Haddie de esta mañana.

—Alguien tiene mono de Colton —se burló mientras se echaba leche en el café.

—Cállate —refunfuñé y metí un *bagel* en la tostadora con más fuerza de



la necesaria.

—Entonces supongo que la tostadora tiene la culpa de que estés cabreada. —La fulminé con la mirada, pero me respondió con una sonrisa cariñosa—. Oye, lo entiendo. Estás acostumbrada a empezar la semana follando como un animal y ahora estás frustrada. Te has acostumbrado a tener sexo del bueno de forma habitual y ahora lleva fuera, ¿cuánto? ¿Nueve días?

—Ocho —respondí bruscamente.

—Ajá. —Ríe—. Cualquiera diría que los estás contando. En fin, ahora mami necesita lo suyo para ser feliz. —Contuve la sonrisa, aunque le estaba dando la espalda—. Joder, Rylee, no es lo mismo, pero llámalo por Skype y apáñate un rato ¡a ver si dejas de ser tan cabrona!

—Como si no lo hubiera hecho ya —respondí con timidez, feliz de que no pudiera ver cómo me ruboricé al recordar mi charla con Colton de la noche anterior. Las maravillas de la tecnología.

—¡Anda, joder! —Ella dio un golpe a la mesa de la cocina—. Al menos alguien va a pillar cacho en esta casa esta semana. —Se ríe. Al final cedí, me di la vuelta y me reí con ella. Se llevó la taza a los labios y me miró mientras soplaba el café para enfriarlo—. Me alegro por ti, Rylee, de verdad. Te mira como si fueses la única mujer del planeta. —Bufé para dejarle claro que se equivocaba—. Colton te ha devuelto el brillo a los ojos. Ha hecho que vuelvas a sentirte segura y *sexy*. No me mires así —dijo, cuando la miré entrecerrando los ojos—. He visto la lencería tendida en el baño, cielo, así que no intentes negarlo. ¡Me encanta! En fin, ¿cuándo vuelve el semental?

—En dos días. —Suspiro.

—¡Menos mal! ¡Dejarás de portarte como una cabrona pronto! —bromeó ella con una sonrisa—. No lo llevas nada bien, amiga.

—Lo sé, ya lo sé. —Le dediqué una sonrisa rápida mientras me guardaba la comida en el bolso, consciente de que las siguientes cuarenta y ocho horas iban a ser duras—. Tengo que irme, llego tarde. Te quiero, adiós.

—Hasta luego, te quiero.

Suspiro y dejo de divagar. Haddie tiene razón, no lo llevo bien. Me giro en la silla y vuelvo a llamar a Stella por el intercomunicador.

—¿Sí?

—Por fin te pillo, ¿qué es esa reunión que me ocupa toda la tarde? —

Intento no sonar demasiado irritada, pero no es fácil. Llevo trabajando sin parar desde el domingo y quería la tarde para ponerme al día.

—Eh, no estoy segura.

«Perdón? ¿Dónde está mi supereficiente asistente?», pienso.

—¿Cómo que no estás segura?

—Bueno... —Noto que está incómoda—. Es que...

—¿Para qué es?

—Alguien de CDE llamó y pidió que te despejase la agenda para una reunión muy importante sobre el programa de patrocinadores. Teddy estaba delante cuando llamaron y lo aprobó. Dijo que te lo comentaría, pero, por tu tono, sospecho que no lo ha hecho, ¿no?

El corazón se me para al oír mencionar la compañía de Colton, pero se me pasa al recordar que él no estará. Entonces la cabeza me empieza a dar vueltas y se me acelera el pulso porque tengo la sensación de que esto significa que voy a tener que enfrentarme cara a cara con Tawny y su equipo. Justo la persona con quien más me apetece pasar cuatro horas encerrada en una habitación.

—No, no lo ha hecho. ¿Me tomas el pelo? —digo antes de poder contenerme.

—No. —Se ríe, comprensiva, sabe que me he estado matando a trabajar—. Lo siento, sé que tenías todo el día planeado, pero he podido reorganizarlo todo. Te he dejado un mensaje en el buzón de voz, tampoco lo has escuchado, ¿verdad?

—No he tenido tiempo desde esta mañana.

—Al menos puede que veas a ese monumento de hombre, ¿no?

Me río abiertamente por el comentario, sé que los rumores no han dejado de correr por la oficina sobre si Colton y yo salimos o no. No he confirmado ninguno de ellos, más que para decir que asistimos a la gala juntos para promocionar el proyecto, a pesar de lo que dijera el titular de *People*. No tengo claro si me creyeron, la verdad, estoy demasiado ocupada para que me importe, pero sé que últimamente la máquina de agua de la oficina ha estado de lo más concurrida.

—No. Cuando hablamos la semana pasada me comentó que estaría fuera de la ciudad toda la semana por un viaje de trabajo —miento.

—Qué pena —murmura—. Mirarlo durante cuatro horas de reunión le alegraría el día a cualquiera.

Oigo su calurosa risa por el altavoz y en estéreo desde fuera de la oficina.

—Eres incorregible, Stella. ¿A qué hora tengo que estar allí?

—Te mandarán un coche. Llegará en menos de media hora.

¿Un coche? Tawny querrá asegurarse de que no tengo escapatoria. Resoplo y ahogo una carcajada, me llevo una mano a la boca para contenerla.

—Vale, Stella, no me gusta, pero no me queda más remedio, ¿verdad?

—No —afirma antes de cortar la línea.

—¡Maravilloso! —mascullo en voz alta y cojo un caramelo del bol del escritorio. Voy a necesitar unos cuantos para lidiar con lo que me espera por la tarde.

\*\*\*

—Ya casi hemos llegado —dice Sammy desde el asiento del conductor—. Quedan unos diez minutos.

—Vale, gracias, Sammy —murmuro mientras admiro el interior del Mercedes. Debe de ser otro de los coches de la colección de Colton. Contengo la sonrisa. No creo que importe cuántos tenga, *Sexo* es sin duda mi favorito.

Sammy me echa un vistazo por el espejo retrovisor y le sonrío. Me sorprendí cuando vi que era él quien venía a recogerme. Se lo dije y también lo mucho que me extrañaba que Colton no lo hubiese llevado al viaje con él. Pensaba que eran inseparables. Se encogió de hombros sin decir nada. Ahora mi imaginación hiperactiva se ha puesto en marcha y empiezo a preocuparme por Colton. ¿Qué pasa si necesita que le separen algún fan zumbado y Sammy no está ahí para protegerlo? Sacudo la cabeza y me digo que estoy loca. Colton me confesó que de joven se metía en peleas a menudo. Seguro que sabe apañárselas solo si hace falta.

Me llega un mensaje, saco el móvil del bolso y sonrío al ver que es Colton.

«Beckett me ha dado la charla porque no hago cosas románticas. Dice

que tengo que comprarte flores y escribir poemas. Esto es lo mejor que se me ocurre. Las rosas son rojas, azul es el mar. Sentado en Nashville, te quiero besar.

Me carcajeo al imaginarme a Beckett y a Colton en Nashville hablando de mí. Seguro que Colton puso los ojos en blanco cuando Beckett le aconsejó que tuviese gestos románticos para luego en vez de eso inventarse una rima infantil. Busco en internet diferentes versiones del poema. Después de revisar varios enlaces, encuentro uno perfecto.

«¡Qué mono! Luego dices que no eres un romántico. Se me acelera el corazón. Deben de ser unas reuniones muy aburridas. Yo tengo otro para ti. Las rosas son rojas, azul es el mar. Pienso en tus manos y me voy a tocar. Besos».

Sonríó al enviarlo, complacida con mi ingeniosa respuesta y deseando verle la cara al leerla. Pasan un par de minutos hasta que el móvil vuelve a pitar.

«Tengo la polla como una piedra, que lo sepas. Me toca, escribo con una mano: Las rosas son rojas, los limones amargos. Si abres las piernas, te veo en un rato».

Contengo la carcajada y aprieto las rodillas para contener el picor que el intercambio de mensajes me está provocando. Levanto la vista y me encuentro con los ojos de Sammy en el espejo, me sonrojo como si supiera lo que leo y los pensamientos nada inocentes que tengo. Retiro la mirada y respondo.

«Eres un poeta, As. Qué pena que no estés aquí. El vuelo dura al menos cuatro horas. No creo que pueda esperar tanto. Tendré que encargarme sola. Tengo que irme, besos. Necesito las manos para otras cosas».

Le doy a enviar cuando entramos en el aparcamiento de un edificio bastante soso de tres pisos de color gris con una pared exterior de espejo. El edificio ocupa la mayor parte de la manzana y el único indicador de a quién pertenece es un cartel de color azul eléctrico con las letras empresas cd encima de las ventanas del último piso.

—Hemos llegado —murmura Sammy y empiezo a ponerme nerviosa al pensar que tengo que sentarme con Tawny.

Cierro los ojos un momento y respiro hondo mientras Sammy llega hasta mi lado del coche y me abre la puerta. Tengo que mantenerme calmada con

Tawny, lo último que necesito es que me conozcan como la zorra de la novia de Colton. Menos mal que los mensajes me han servido de distracción para relajarme un poco.

Poco después me dirige a una entrada lateral y me hace subir las escaleras hasta una sala de conferencias.

—Alguien vendrá ahora a buscarte —dice y se marcha.

—Gracias, Sammy.

—Un placer, señorita Thomas.

Me doy la vuelta y observo la sala de conferencias a la que me ha traído. Hay una mesa de reuniones alargada en el centro de la sala y las paredes son de color café, pero el punto más llamativo de la habitación es la pared enfrente de la puerta. Es una pared de cristal tintado y, al acercarme más, veo que debajo hay un taller gigantesco. Alrededor de múltiples coches de carreras hay un montón de trabajadores yendo de un lado a otro. En una pared hay un montón de cajas de herramientas de color azul cobalto y encima una barandilla de acero inoxidable a mitad de la pared. Sobre ella hay varios pósteres y carteles colgados. Doy un paso más, fascinada por la energía de la habitación que hay a mis pies.

—Las rosas son rojas, el cielo es azul. —La voz me sorprende, pero me doy la vuelta a toda velocidad al reconocer ese tono raspado—. Seré yo quien te toque y no tú.

—¡Colton!

Pronuncio su nombre en apenas un suspiro y a pesar de que cada nervio de mi cuerpo empieza a vibrar por tenerlo cerca, los pies se me quedan pegados al suelo. El pulso se me acelera y, a pesar de que pretendo mantenerme tranquila y disimular la excitación que me recorre por dentro, no puedo contener la enorme sonrisa que se me forma en los labios.

—¡Sorpresa! —exclama con los brazos abiertos. Entra en la habitación y cierra la puerta tras él.

Verlo en persona me hace reconocer lo mucho que lo echaba de menos. En muy poco tiempo me he acostumbrado a que sea parte de mi vida diaria. Los dos avanzamos unos pasos hacia el otro, sin dejar de mirarnos. Su mirada hambrienta me corta la respiración y hace que el sexo se me contraiga de deseo.

Miro sus labios. Esbozan esa media sonrisa que indica que sus

pensamientos no son exactamente inocentes. Espero que no lo sean, porque los míos tampoco.

El cuerpo me tiembla cuando se acerca y me confirma que el tiempo no ha mitigado su atracción sobre mí. Hace tiempo que he superado la fase de hacer equilibrios sobre el borde de enamorarme de él, ahora caigo al abismo de cabeza.

Nos miramos mientras acortamos la distancia que nos separa, sé que no es posible, pero en ese instante juraría que veo un atisbo de nuestro futuro en sus ojos. La revelación me pone nerviosa y libera a las mariposas que viven ya dentro de mi estómago.

Nos paramos a un paso uno del otro e inclino la cabeza para seguir mirándole a los ojos.

—Hola, As. —Le sonrío con el pulso todavía acelerado.

—Hola —articula con una sonrisa tímida.

Nos miramos un instante y, antes de que pueda volver a pensar con claridad, las manos de Colton se enredan en mi pelo, tiran de mí y sus labios reclaman los míos. Sabe a menta y a urgencia, a Colton, y aunque me dejo absorber por él, no parece suficiente. Me pasa la lengua por los labios y me provoca retirándose y volviendo a lanzarse.

Mis gemidos se pierden en su boca cuando baja la mano por mi espalda y la mete por debajo de mi jersey, donde sus ásperos dedos me acarician la piel desnuda y me presionan contra su cuerpo. Entonces, cuando el beso empieza a suavizarse y a volverse más cálido, la boca de Colton retoma el ataque, nuestras manos se mueven frenéticas tratando de tocar todo lo que puedan; como si nada fuese suficiente.

Rompe el beso, apoya la frente en la mía y respira con dificultad.

—No podía permitir que tuvieses que apañártelas sola Rylee —murmura y esboza una sonrisa contra mis labios—. Ahora eres mía. Soy el único que puede darte placer.

Intento pensar en una respuesta ingeniosa, pero la boca de Colton vuelve a estar sobre la mía y me separa los labios con la lengua. Me empuja hacia atrás hasta que mis caderas chocan con la mesa. Me sienta y me separa las piernas con la rodilla para colocarse entre ellas. Ahora estoy a mucha menos altura y se inclina para acunarme las mejillas mientras pasa la lengua por el labio que acaba de mordirme. Si sigue así, perderé cualquier atisbo de

cordura.

Con un movimiento inesperado, echa la cabeza atrás, con las manos aún en mi cara y me mira. Me mira con los ojos llenos de emoción y tensa su mandíbula. Nos observamos y jadeamos por la necesidad que condiciona cada acción y reacción. Los sentimientos que quiero confesar mueren en mis labios cuando los acaricia con el pulgar. Algo ha cambiado entre nosotros y no sé muy bien qué, pero me mira a los ojos y me dice todo lo que necesito saber. Me desea tanto como yo a él. Cualquier duda que pudiera albergar se desvanece en su mirada.

—Te he echado de menos, Rylee —dice en voz baja, me abraza y me acomoda contra él.

Apoya la mejilla en mi cabeza y me aprieta fuerte con los brazos. Sus palabras, que evidencian que yo también soy parte de su vida, me calientan el alma.

—Yo también —murmuro y me hundo en la comodidad de sus brazos—, más de lo que quiero admitir.

Su pecho emite una especie de ronroneo y sé que mis palabras le afectan. Nos quedamos sin movernos unos minutos, disfrutando del calor y el consuelo del cuerpo del otro que hemos echado en falta la última semana y media. Nos empapamos de lo que por fin hemos reconocido, verbalizado y aceptado cada uno a su manera. Le doy un beso en el pecho sin pensar.

—Me ha encantado la sorpresa. Sabes cómo consentir a una chica. Gracias.

—De nada —dice y me da otro beso en la cabeza—. No sabía muy bien cómo reaccionarían en tu oficina si me ven entrar para follarte encima de la mesa de tu despacho.

—¿Qué? —Me río en voz alta y me enciendo al imaginarlo. Me inclino hacia atrás para mirarlo—. Ese era tu plan, ¿en serio?

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

—Una vez me dijiste que estabas muy lejos de estar desesperado —bromeo con sus propias palabras.

Se ríe y hace una mueca.

—Eso fue antes de pasar tantas horas en un montón de reuniones, mortalmente aburridas, pensando en todo lo que me gustaría hacer contigo. —Esboza una sonrisa lasciva—. Y hacerte.

—Eso son muchos pensamientos impuros.

—No te haces una idea.

Trago saliva. La lujuria con la que me mira y la forma en que se le oscurecen los ojos me dan una pista.

—¿Así que pensabas dar rienda suelta a estos impulsos en mi oficina? ¿En mi mesa? —Arqueo las cejas con fingida desaprobación, pero la sonrisa me traiciona.

—Sí, ya te lo he dicho —dice, siguiéndome el juego—. Cojo lo que es mío cuando quiero.

—¿Con mis compañeros de público?

—Ajá. —Sonríe como un adolescente travieso—. Planeaba ir directamente desde el aeropuerto esta mañana, pero no creo que a Teddy le hubiera parecido bien.

Me paso la lengua por el labio inferior mientras lo miro y apoyo las manos en la mesa que tengo detrás para recostarme, con los hombros arqueados para sacar pecho. Percibo la mirada de Colton, observo cómo evalúa mi nueva postura, los ojos le brillan y se humedece los labios con la lengua.

—¿Desde cuándo te importa lo que piensen los demás?

—Créeme, cariño, no me importa. —Sonríe—. Pero tenemos que conservar tu reputación.

—Me parece que quedó arruinada cuando empecé a salir contigo.

—Es probable. —Se encoge de hombros, despreocupado—. Sigo pensando que tu jefe podría protestar si se follan a su empleada estrella en la mesa del despacho.

—¿Y tu jefe? —pregunto, juguetona—. ¿Le parece bien que los empleados hagan esas cosas? ¿Aquí?

Esboza una sonrisa sugerente y se le marca el hoyuelo.

—Eso creo —dice mientras se inclina hacia delante y apoya las manos en la mesa al lado de mis rodillas.

—¿Lo crees? ¿Y eso por qué? —pregunto con los ojos entrecerrados, siguiéndole el juego.

—Verás, tiene cierto interés en la situación —murmura y se inclina más sobre mí.



—Vaya, ¿de verdad?

Expulso el aire de mis pulmones e involuntariamente arqueo la espalda para que mis tetas se froten contra su pecho. Me muerdo el labio inferior mientras nos miramos. El aliento de Colton me calienta la cara.

—A veces ser el jefe es la hostia —dice y se acerca para besarme, pero esta vez es un beso dolorosamente lento que me provoca y me atormenta hasta llevarme a ese punto de no retorno.

Lo quiero, lo deseo ya. Joder, me provoca unas ansias que nunca creí posibles. Sus besos me acarician el brazo en un ritmo lento y tortuoso y el cuerpo me hierve de pensar hacia dónde se dirigen.

Echo la cabeza atrás para dejar el cuello expuesto a su boca, que baja por mi mandíbula. Con una mano le agarro de la cadera y lo empujo contra mí mientras con su boca juguetea con la línea de mi cuello hasta donde empieza mi jersey.

—Colton —gimo cuando la necesidad se hace casi insoportable y me quema por dentro.

De pronto, un pitido llena la habitación y Colton se separa de mí de golpe.

—Disculpa, ¿Colton? —se oye una voz que sale del teléfono del aparador.

—Mierda —maldice en voz baja contra mi cuello—. ¿Sí?

—Beckett te está buscando. Pasa algo con Eddie... —Se le apaga la voz, como si le diera miedo la respuesta.

—¡Joder! —maldice en voz alta y se le tensa el cuerpo.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Dónde?

—Están en la planta del taller.

—Ahora voy. Gracias, Brooke.

Suena un clic cuando Brooke cuelga el teléfono y Colton se endereza del todo. Me levanto de la mesa de conferencias mientras él camina hasta la pared de cristal para observar el garaje de abajo. Cuando vuelve conmigo ha pasado de amante jugueteón a hombre de negocios consumado.

—Perdona, Ry. Tengo que ir abajo a ocuparme de algo. ¿Vienes? —pregunta y me tiende la mano. Me quedo algo sorprendida. ¿Don No me va

el compromiso quiere que vayamos de la mano en su trabajo? ¿No es demasiada exhibición pública para alguien con su historial?

—Puedo quedarme aquí, si lo prefieres —ofrezco, reticente; no quiero separarme de él.

Ladea la cabeza y me mira, luego me coge la mano y tira de mí hacia él.

—No pienso soltarte hasta que acabe contigo —advierde, una promesa velada que me provoca llamaradas en el centro del deseo—, y me va a llevar un buen rato.

## Capítulo 24

Beckett me saluda con un movimiento de cabeza y un amago de sonrisa cuando Colton y yo entramos en el garaje. Llegamos hasta una puerta lateral por la que me hace entrar y nos encontramos con unas escaleras.

—Arriba —indica y me coloca la mano en la espalda.

Asciendo por delante de Colton, quien mantiene su mano en mi espalda hasta que llegamos al primer descansillo.

—¿Te he dicho lo *sexy* que estás hoy? —dice detrás de mí.

Lo miro por encima del hombro y sonrío.

—Gracias —respondo y reconozco la mirada lasciva que me dedica—, pero me da que tienes la vista afectada por la falta de sexo.

El gemido de inconformidad que suelta desde lo más profundo de la garganta me hace sonreír.

—Nena, tengo una vista perfecta —dice con una risita.

Sigo subiendo los escalones, pero esta vez parece que las manos de Colton me tocan en un lugar diferente a cada paso. Una caricia suave en la parte de atrás del muslo. Un roce en el brazo desnudo. Una palmadita en el culo.

Sé perfectamente lo que intenta, pero no es que le haga falta precisamente avivar las llamas, porque ya estoy ardiendo de deseo. Saber que me desea así, sumado a la necesidad que tengo de que me toque, me tiene dispuesta y ansiosa de seguirle el juego. Contoneo las caderas un poco más de lo normal mientras llegamos al segundo descansillo. Meto la mano deliberadamente bajo el dobladillo para enseñarle un atisbo de lo que hay

debajo.

En cuestión de segundos Colton me agarra por detrás con ambos brazos.

—Serás descarada —gruñe en mi oreja y siento sus músculos palpitando contra mi espalda—. ¿Me provocas así cuando llevo tanto tiempo sin estar dentro de ti, sin probar tu sabor? Encima sabiendo lo desesperado que estoy por tenerte.

Menos mal que está tan necesitado como yo, porque no voy a aguantar mucho más. Me muerde el lóbulo de la oreja e intento escabullirme, casi consumida por el deseo.

—No te pega estar desesperado. ¿Acaso piensas hacer algo al respecto con un edificio lleno de empleados justo al lado? —provoco.

Colton me da la vuelta, se aprieta contra mí y me clava las manos en la espalda. La sonrisa de su cara combina con la mirada malévola de sus ojos.

—Rylee, ¿no sabes ya que ese tipo de desafíos son la razón de vivir de rebeldes como yo? —Se inclina con los labios a milímetros de mi oreja y el corazón se me acelera—. Voy a poseerte, cuando quiera, donde quiera y como quiera. Será mejor que lo recuerdes.

Su voz dominante me excita. La prometedora amenaza me acelera. La sensación de su cuerpo contra el mío vibrante de necesidad y sus manos sobre mi piel hacen que me humedezca entre los muslos. Levanto la cabeza y separo los labios. Necesito que me bese desesperadamente. Por lo que veo en sus ojos, el sentimiento es mutuo. Los días separados han alimentado nuestro deseo hasta convertirlo en un fuego abrasador. Quiero aprovechar todo lo que me ofrezca. El paraíso al alcance de los dedos.

Me inclino hacia él y me rindo al deseo, pero antes de poder probarlo, me da la vuelta y se ríe con malicia.

—Un tramo más —dice y me da un azote en el culo.

Coloca ambas manos sobre mis caderas y me apremia a seguir. Suspiro, frustrada a causa del doloroso deseo que me atenaza por dentro. Doy un segundo paso y noto el aire frío en el culo cuando me levanta la falda para descubrir lo que hay debajo.

Sonrío, se exactamente lo que va a encontrar. Hoy tuve una de esas mañanas en las que no me encontraba particularmente *sexy* y estaba de mal humor porque lo echaba de menos, así que decidí ponerme de mejor humor con ropa interior sugerente. Llevar lencería siempre me da un ligero empujón

al caminar cuando lo necesito. No tenía ni idea de que la decisión conllevaría recompensa, pero cuando oigo a Colton contener el aliento y sisear al verlo, sé que sí.

—Dios santo —articula con la respiración entrecortada.

Levanto una pierna hasta el siguiente escalón y me paro cuando siento sus dedos acariciar mis piernas por encima de las medias y luego subir por la liga. Le dedico una mirada inocente por encima del hombro.

—¿Pasa algo, As?

Me sonrío y sacude ligeramente la cabeza, con los ojos fijos, asumo, en la mezcla de encaje y satén que llevo puesta.

—No juegas limpio, ¿eh?

Bato las pestañas y me muerdo el labio inferior intencionadamente. Me encanta ver cómo abre la boca y se pasa la lengua por el labio inferior mientras sus ojos se oscurecen, sin apartar ni un momento la mirada de mi cuerpo. Me encanta saber que puedo provocarle un deseo tan fuerte sin siquiera tocarlo. Todo gracias a él. Hace que me sienta segura, sensual y deseable cuando siempre me había sentido una más del montón, incapaz de dominar mi propia sexualidad.

Colton me sigue mirando, pero sus dedos revolotean sobre mi piel por encima de las medias. Se me estremecen los músculos por la proximidad, tan cerca y a la vez tan lejos de donde quiero tenerlo. Donde necesito tenerlo.

—A esto podemos jugar los dos —murmura dando un paso al frente—. Creo recordar que dijiste que no me iba lo predecible. ¿Por qué no te demuestro cuánta razón tienes ahora mismo?

Me vuelvo a morder el labio para contener un gemido cuando me aparta las bragas con los dedos e introduce uno entre mis pliegues. Me sujeto a la barandilla que tengo detrás mientras desliza el dedo dentro y fuera de mi sexo para luego sumar otro dos.

—Nena, me encanta que estés así de mojada —gruñe y doy un grito ahogado—. ¿Sabes lo que me haces? ¿Cómo me pone saber que me deseas?

—Colton, por favor —suplico.

Ahora mismo estoy dispuesta a suplicar si es necesario para que me llene y que me provoque esa sensación de éxtasis incomparable a la que solo él puede llevarme tan rápido.

—Dime lo que quieres. —Ríe y retira los dedos, yo gimo por la repentina sensación de vacío.

Echo la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos mientras convulsiono de necesidad sobre la mano de Colton.

—A ti, Colton —jadeo—. Te quiero a ti.

Me pasa el dedo por el labio inferior, luego se inclina y sustituye el dedo por la punta de la lengua, introduciéndola en mi boca para después alejarse. Se me escapa un gemido que no puedo contener.

—Dímelo, nena.

—Solo a ti, Colton.

En un instante me da la vuelta y me deja con la espalda contra la pared. Eleva el pecho al respirar y aprieta la mandíbula mientras me mira con tanta intensidad que me pierdo en él. El mundo exterior deja de existir mientras yo estoy aquí expuesta y desatada. Desnuda física y emocionalmente. Nunca he sido tan suya como ahora.

Colton me levanta la falda y me hace separar las piernas. Sonríe lascivamente mientras se coloca de rodillas frente a mí, despacio, sin dejar de mirarme.

Ahora mismo debería activarse mi parte racional. Debería gritarme por encima de la cascada de lujuria y recordarme que estoy en el hueco de la escalera de la empresa de Colton, pero no lo hace. En vez de eso, el cuerpo me traiciona y se estremece de expectación. Cuando Colton lo percibe, los ojos le echan chispas y sonríe burlescamente mientras se inclina hacia mí. En cuestión de segundos suelta una carcajada, me ha arrancado las bragas sin esfuerzo y se las mete en el bolsillo. Estoy tan centrada en él y en lo que necesito de él, que no me importa que me haya vuelto a destrozar la ropa interior sin pensárselo dos veces.

Me separa los pliegues con los dedos, sin apartarme la mirada, y cierra la boca sobre mi clítoris. Enredo mis manos en su pelo y me contengo con todas mis fuerzas para no cerrar los ojos y gritar de placer. Quiero mirarlo mientras me lleva al éxtasis, pero la sensación es tan fuerte que me supera y arqueo la espalda para empujar con las caderas hacia fuera y balancearme contra él.

Me levanta una pierna y se la pone encima del hombro antes de añadir los dedos. Con ellos aprieta, empuja y acaricia en círculos dentro de mí. Los

músculos se me tensan de tal manera cuando se acerca el orgasmo, siento como si fuese a estallar en mil pedazos. Colton pasa la lengua arriba y abajo sobre mi sexo antes de volver a introducirla dentro de mí, absorbiendo hasta el último latigazo de mi orgasmo.

Me dejo caer contra la pared de detrás, necesitando un punto de apoyo porque me tiemblan las piernas. Cierro los ojos y trato de calmarme, pero me ha nublado los sentidos de manera tan devastadora que creo que una parte de mí se ha perdido en él para siempre.

—Joder, mujer, sería posible emborracharse con tu sabor —gruñe mientras me da un beso suave en el abdomen antes de ponerse en pie.

Abro los ojos y me encuentro con su sonrisa de suficiencia y sus ojos nublados por el deseo. Se inclina para besarme con energía y el sabor de mi propio sexo me excita.

Gimo en su boca y le recorro el cuerpo con las manos hasta llegar a acariciar su erección por encima del pantalón, todavía con ganas de más, todavía necesitada de más. Rompe el beso con un gemido torturado y se aleja de mí.

—Colton —murmuro—. Deja que me ocupe de ti.

—Aquí no —me dice, me baja la falda y sonrío mientras mete lo que queda de mi ropa interior en su bolsillo—. Quiero oírte gritar mi nombre cuando te folle. Quiero escuchar cómo te deshaces con las cosas que voy a hacer contigo, Rylee. Quiero poseerte. Hacerte mía. Arruinarte para cualquier otro hombre que se atreva a pensar en tocarte. —Hace una mueca, seguro de sus palabras.

—Ya lo has hecho, Colton —musito sin pensar y le acaricio los labios con los dedos—. Soy tuya...

Mis palabras se desvanecen mientras me contempla, con la mandíbula palpitándole más de lo normal mientras procesa las palabras que he dicho.

Esboza un amago de sonrisa con cierto toque de incredulidad antes de apartar la idea de su mente.

—No podemos seguir aquí con lo que quiero hacerte, pero esto —dice, señalándome a mí y a la pared—, servirá de momento.

Me dedica una sonrisa rápida, luego me da la mano y recorre el último tramo de escaleras.

Lo sigo, a sabiendas de que estoy muy lejos de recuperarme de este

pequeño episodio. Las palabras de Haddie se me cruzan por la cabeza y no puedo evitar disentir. Cuando se trata de Colton, no solo lo llevo mal. Me ahoga y me consume y soy absoluta e innegablemente suya.

Colton empuja la puerta en la parte superior de la escalera para abrirla y me sorprende al encontrarnos en el interior de una oficina muy masculina y escasamente decorada. Supuestos aparte, sé que es suya porque es muy similar a la de Malibú. Entro detrás de él cuando oigo un grito ahogado.

—¡Ay!, Colt, ¡me has dado un susto de muerte! —exclama una voz femenina y se me pone la carne de gallina al instante por la familiaridad que muestra. ¿Esta mujer está en todas partes? ¡Mierda!

—¿En qué puedo ayudarte, Tawn? —pregunta Colton y juraría notar algo extraño en la pregunta.

Tawny se levanta del escritorio donde estaba apoyada y recoloca los papeles que estaba revolviendo. Por supuesto, va impecable con una camisa de escote pronunciado, unos pantalones ceñidos y la cara perfectamente maquillada. Joder, la tía impresionante. Esboza una mueca de sorpresa al mirar a Colton, después sus ojos se posan en mí y vuelven a él. La chica maliciosa y territorial que llevo dentro quiere que se dé cuenta del rubor de mis mejillas y la sonrisa de satisfacción de mi cara para recordarle que no soy otra conquista de la lista de Colton.

—Lo siento. Me has asustado —musita—. Buscaba el contrato de Penzoil. No sabía si habías tenido oportunidad de firmarlo. Nada más.

Sonríe con demasiada amabilidad.

Sé dónde se puede meter esa falsa sonrisa.

Colton la mira un momento como si tratase de descifrar algo, pero sacude la cabeza con aire ausente.

—Tawny, ya conoces a Rylee, ¿verdad?

Los ojos de Tawny se posan en Colton, luego en mí y de nuevo en él. Observa nuestras manos entrelazadas antes de volver a fabricar la sonrisa que se le había caído por un momento.

—Algo así —dice mientras sale de detrás del escritorio y camina, más bien pasea, hacia nosotros. Realmente no hay otra forma de describirlo. Mantiene la mirada fija en Colton. No hay duda de que es una de esas mujeres que son conscientes de cada movimiento de su cuerpo y del efecto que provocan en el sexo opuesto.



Si antes no me gustaba, ahora la odio.

Colton me dedica una mirada de advertencia al sentir que tenso la mano cuando se acerca.

—Me alegro de volver a verte —miento y me pregunto si Colton tiene idea del combate que acaba de empezar.

Tengo que reprimir la risita que siento al imaginarme a Tawny y a mi volando dentro de las cuerdas de un cuadrilátero de lucha libre, ataviadas con disfraces cutres y ejecutando movimientos aún peores mientras luchamos por ganar el premio: Colton.

—Sí, qué sorpresa verte aquí.

Sonríe y soy lo suficientemente observadora para notar que las cejas de Colton se elevan ante la evidente tensión entre nosotras.

Se vuelve hacia mí, con las cejas levantadas para remarcar la advertencia de que me comporte, como si leyese mis pensamientos de lucha libre.

—Como ya sabes, Tawny es la líder del equipo de *marketing* y es a quien se le ocurrió la idea de la carrera para los patrocinadores.

Sí, por favor, recuérdamelo para que no le dé un tortazo, porque me muero de ganas.

—Sí —exclamo con indiferencia, consciente de que debería darle las gracias correctamente, pero no me apetece. Hago una pausa, pero finalmente mis modales ganan—. Y Cuidados Corporativos te agradece todo el trabajo que has hecho —digo sinceramente.

—De nada —contesta, no aparta los ojos de Colton a pesar de hablar conmigo. ¿De verdad no ve lo colgada que está de él? Es tan obvio que es ridículo—. Ya hemos conseguido algunos patrocinadores, pero todavía tenemos pendiente un par de negociaciones con algunas multinacionales de renombre. Estamos a punto de cerrarlo todo y, casi con toda seguridad, alcanzaremos el número mágico que consolide la financiación del proyecto.

—Increíble —le digo, trato de expresar entusiasmo y ocultar el desprecio que siento mientras ella vomita, porque eso es lo que hace, todo su encanto sobre Colton.

Observo cómo lo mira y me molesta sentirme como una extraña. Tawny se vuelve despacio hacia mí, con una sarcástica sonrisa en la cara. Me obligo a recordar que ha sido conmigo con quien Colton acaba de hacer cosas inapropiadas, pero de lo más excitantes, en el hueco de la escalera. No con

ella. Hecho el recordatorio mental, estoy preparada para jugar.

—Si crees que puedes contribuir de alguna manera... Rylee, ¿verdad? —pregunta en tono de disculpa mientras inclina la cabeza y me muerdo la lengua por la malicia del comentario, pues sabe perfectamente cómo me llamo—, no dudes en hacérmelo saber.

—Gracias, pero estoy segura de que cualquier ayuda que pudiera proporcionar sería... —Miro al techo mientras busco la palabra perfecta— intrascendente. —Paso la vista de Tawny a Colton mientras hablo. Esbozo una sonrisa y arqueo una ceja a modo de interrogante—. ¿No crees, As?

—Intrascendente —articula Colton con una sonrisa en los labios y sacude la cabeza por la palabra que elijo. Me sostiene la mirada y sé que, a pesar de tener a una mujer tan impresionante al lado, me desea a mí.

A mí.

El aire que media entre los dos se llena de electricidad a causa de nuestras miradas. Percibo la incomodidad de Tawny, que cambia el peso de un pie al otro en silencio.

—Gracias, Tawny —dice Colton para despedirse sin romper la conexión conmigo—. Rylee y yo tenemos que irnos a otro sitio —concluye mientras me da la mano.

Espero que ese sitio sea dentro de mí.

## Capítulo 25

—Sabes, has cambiado la forma en que veo ciertas cosas que me rodean —comenta Colton mientras nos detenemos a la entrada de mi casa.

—¿Y eso por qué? —murmuro distraída; estoy ocupada intentando procesar todo lo que ha pasado hoy, que Colton esté aquí, conmigo.

—No volveré a lavar el coche ni a subir unas escaleras sin pensar en ti —dice y me dedica una sonrisa deslumbrante—. Siempre serás la persona que me hace ver las cosas cotidianas con una nueva luz.

Me río cuando se inclina para darme un casto beso antes de salir del vehículo. Observo cómo rodea el capó para abrirme la puerta y entonces su comentario me sacude. Una parte de mí sonríe porque nunca será capaz de olvidarme, pero otra se entristece ante la idea de que esto no va a durar eternamente. Incluso si pudiera, él no lo aceptaría. El problema es que soy la única que sigue hundiéndose cada vez más. La única que intenta mantenerse a flote. Soy yo la que necesita una parada en *boxes*.

Colton abre la puerta y reprime su siguiente comentario cuando ve mi cara. He intentado disimular la repentina tristeza, pero está claro que no me ha salido bien.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras se coloca a la entrada del coche entre mis piernas.

—Nada. —Me encojo de hombros para sacármelo de la cabeza—. Una tontería —le digo mientras sus manos suben por mis muslos por debajo de la falda en dirección a mi sexo desnudo.

Suspiro por el roce de sus dedos en mi piel y lo miro. La sonrisa de su

cara me quita el mal humor y le devuelvo la sonrisa.

—Tenemos que hacer algo con esa manía tuya de romperme las bragas.

—No, para nada —murmura mientras se inclina y coloca la boca sobre la mía.

—No me distraigas. —Río cuando sus manos siguen subiendo y sus pulgares me rozan la tira de pelo rizado de mi pubis. Todo el cuerpo se me tensa como respuesta—. Hablo en serio.

—Ajá. Prefiero distraerte —dice sobre mis labios—. Aunque también me gusta cuando vas en serio —imita mi tono y me hace reír de nuevo.

—Empiezas a dejarme sin argumentos —respondo, sin aliento mientras mueve los pulgares más abajo.

—Lo sé y espero seguir haciéndolo. —Se ríe contra mi cuello y la vibración me estremece.

—No tienes remedio. —Suspiro mientras le paso las manos por el pecho y las enredo en su cuello para besarlos.

—En eso tienes razón, Rylee. —Suspira cuando separamos los labios—. No lo tengo.

Entramos en la casa silenciosa. Haddie trabajará hasta tarde esta noche en un evento así que tenemos la casa para nosotros y pienso aprovecharlo.

—¿Tienes hambre? —pregunto mientras dejo las cosas en la encimera de la cocina.

—En varios sentidos. —Me sonrío y muevo la cabeza divertida.

—Voy a preparar algo y encargarme del primer tipo de hambre, para darte fuerzas, luego me aseguraré de ofrecerte algo de postre para el segundo tipo —le digo por encima del hombro mientras me agacho para echar un vistazo a la nevera.

—Me lo ofrezcas o no, voy a tomarlo, encanto —dice y sé que sonrío.

Me olvido un momento de mi desnudez bajo la falda cuando me inclino, pero es demasiado tarde, Colton pasa un dedo por mi trasero y después me da un azote que me hace saltar y convierte el constante picor del deseo en un fuego ardiente.

Cenamos algo sencillo que he preparado mientras hablamos cómodamente. Me narra las interminables reuniones de Nashville y lo que esperaba conseguir con ellas. Yo le cuento cómo van las cosas con el

proyecto, en la oficina, y también algunas novedades de los chicos. Me parece entrañable que me escuche de verdad cuando hablo de ellos e incluso me hace preguntas que me demuestran que de verdad le interesa. Para mí es importante que comprenda que son parte de mi vida.

—¿Por qué se acortó el viaje? —Le pregunto mientras terminamos de comer.

Se limpia la boca con una servilleta.

—Empezamos a repetir reuniones que ya habíamos tenido. Se volvió redundante. —Se encoge de hombros—. Es algo que no aguanto.

«Eso no es lo que dijo Teagan», la idea se me pasa por la cabeza al recordar lo que me dijo sobre que Colton repetía con sus ex entre conquistas. Me castigo por tratar de sabotear un buen momento.

—Además —dice y levanta la vista del plato para mirarme—, te echaba de menos.

Ahora me siento como una mierda por pensar tonterías.

—¿Me echabas de menos? —pregunto, incrédula.

—Sí —responde, sonrío con timidez y acaricia mi pie con el suyo por debajo de la mesa para enfatizar sus palabras.

¿Cómo pueden unas palabras tan sencillas significar tanto? Del chico malo, emocionalmente inaccesible, que intenté con todas mis fuerzas mantener en la distancia y que ahora no quiero dejar marchar nunca.

—Lo noté en los preciosos poemas que me escribiste —bromeo.

Me dedica una sonrisa que me corta la respiración y casi tengo ganas de pellizcarme para comprobar que no estoy soñando.

—No eran nada comparados con algunos que escribimos. —Levanta las cejas y me mira divertido.

—¿De verdad?

—Sí. Luego te enseñé de qué iban.

—¿No me digas? —Sonrío y me como la última fresa.

—Sí. También intentamos adivinar lo de As.

—Me muero por oírlo. —Levanto las cejas y me río.

—Absoluta satisfacción.

—No. —Me río—. Le has dado demasiada importancia y cuando descubras la verdad vas a quedar muy decepcionado. Lo sabes, ¿no?

Sonríe mientras me levanto para fregar los platos; rechazo su oferta de ayuda. Hablamos de los patrocinadores hasta que su teléfono nos interrumpe.

—Un segundo —me dice mientras contesta. Mantiene una conversación corta sobre algo relacionado con su trabajo y entonces se despide—: Gracias, Tawny. Que tengas buena noche.

Pongo los ojos en blanco de manera automática al oír ese nombre, y él me pillá.

—No la soportas, ¿verdad? —pregunta con expresión divertida.

Suspiro y me pregunto si quiero ponerme a remover esto aquí y ahora. Es una exnovia, una amiga de la familia a la que sus padres claramente quieren y un miembro importante de ECD. ¿Tengo ganas de entrar en una batalla perdida? Si voy a estar con Colton, tengo que enfrentarme al hecho de que Tawny va a ser una parte de su vida, me guste o no. Frunzo los labios y pienso bien las palabras que voy a usar.

—Digamos que hemos tenido un par de intercambios que me han hecho ver que no es tan inocente como parece; dejémoslo ahí —explico.

Me mira durante un rato y entonces esboza una sonrisa torcida.

—Estás celosa, ¿verdad? —pregunta como si acabase de tener un momento de revelación divina.

Le devuelvo la misma mirada inquisitiva, luego aparto la vista y me levanto para limpiar la encimera que ya he limpiado antes.

—Celosa, no, pero venga ya, Colton. —Me río, incrédula—. Mírala y mírame a mí. No es muy difícil de entender por qué me siento así.

—¿De qué hablas? —pregunta y escucho chirriar la silla cuando se levanta.

—¿En serio? Es una diosa, el sueño de cualquier tío. Perfecta en todos los sentidos mientras que yo... solo soy yo. —Me encojo de hombros, resignada.

Colton apoya la cadera en la encimera junto a mí mientras yo juego con el paño de cocina y siento cómo me clava la mirada.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —dice, exasperado.

—¿Y eso por qué? —pregunto, de pronto me siento avergonzada por haber confesado mis inseguridades respecto a Tawny. ¿Por qué habré dicho nada? Maldita bocazas.

Colton me tira de la mano, pero no me muevo. Alguien tan atractivo como él no tiene ni idea de lo que es sentirse inseguro.

—Ven —dice, y vuelve a tirar de mí sin aceptar un no por respuesta—. Quiero enseñarte algo.

Lo sigo a regañadientes por el pasillo hasta mi habitación, su comportamiento me provoca curiosidad. Entramos en el dormitorio y me lleva hasta el baño. Camina detrás de mí hasta el espejo. Los ojos le resplandecen mientras me acaricia el torso con las manos. Empieza a desabrocharme los botones del jersey. Aunque veo lo que hace en el espejo, bajo los ojos instintivamente.

—De eso nada, Rylee —murmura con voz seductora junto a mi cuello—. No dejes de mirarme.

Levanto la mirada y nos miramos fijamente unos instantes sin decir nada. Los dedos de Colton terminan de abrir mi jersey y retrocede para quitármelo por los hombros. Acaricia la piel desnuda de mi espalda baja y siento como baja la cremallera de la falda. Me recorre la cintura con las manos y después las mete dentro de la cinturilla aflojada de la prenda. Tira de ella hacia abajo hasta que pasa por las caderas y cae al suelo.

Bajo un momento la vista, donde sus manos se apoyan en mis caderas y su color oscuro contrasta con mi piel pálida. La mirada posesiva con la que observa mi cuerpo me hace separar los labios y exhalar.

—Levanta la vista, Rylee —ordena y da un paso hacia mí, colocando la cabeza sobre mi hombro derecho.

Mantengo los ojos fijos en los suyos mientras, despacio, repasa mi cuerpo y el sujetador, la liga y las medias que llevo puestas, sin las bragas de las que ya se ocupó antes. Cuando termina el recorrido y sus ojos vuelven a encontrarse con los míos en el reflejo, veo muchas cosas reflejadas en ellos.

—Rylee, eres extraordinaria, ¿es que no lo ves? —pregunta mientras me sube las manos por la caja torácica hasta llegar al sujetador—. Eres mucho más de lo que ningún hombre podría desear en toda su vida.

Introduce un dedo dentro de una de las copas y tira hacia debajo de manera que mi pecho queda expuesto sobre ella, con el pezón ya endurecido y deseando más. Repite el movimiento con el otro pecho, pero esta vez se me escapa un gemido entre los labios cuando me toca. Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos, dejándome llevar por las sensaciones.

—Abre los ojos, Rylee —ordena y hago lo que dice—. Quiero que veas lo que yo veo. Que entiendas lo *sexy*, deseable y atractiva que eres —susurra contra la piel desnuda de mi hombro—. Quiero que entiendas lo que me haces. Cómo me deshaces con este cuerpo, precioso por dentro y por fuera. Haces que me vuelva loco.

Baja las manos hasta mis caderas y vuelve a subir solo una, despacio, la pasa sobre mis pechos hasta que la deja reposar en mi cuello mientras la otra hace el recorrido contrario hasta mi monte de Venus.

—Me desarmas y me reconstruyes al mismo tiempo.

Sus palabras me seducen. El erotismo del momento me atrapa. Me tiene totalmente cautivada.

Tengo que esforzarme para no cerrar los ojos, echar la cabeza atrás y dejarme llevar por las miles de sensaciones que me provoca al tocarme, pero me lo impide al sujetarme el cuello. El tono seductor con el que habla me humedece y me deja con ganas de más mientras la conexión íntima de nuestras miradas me completa emocionalmente.

—Quiero que mires mientras te follo, Rylee. Que nos veas a los dos llegar al éxtasis. Que entiendas por qué es suficiente para mí. Por qué te elijo.

Sus palabras me recorren por dentro y abren la puerta de lugares que he intentado mantener cerrados. El alma me estalla. El corazón se me para. El cuerpo me tiembla de expectación. Cojo aire con dificultad, ha conseguido excitarme con sus palabras. Sus ojos me miran con una mezcla de deseo y necesidad.

—Pon las manos en el lavabo —me ordena mientras empuja mi espalda con una mano y con la otra me agarra con fuerza las caderas. Siento su erección más que preparada en el culo, a través de los pantalones, y me lanzo contra él—. ¡Levanta la cabeza! —exige y obedezco mientras sus manos bajan por mi cuerpo y me separan las piernas.

—Colton —jadeo mientras lucho contra la inclinación natural de cerrar los ojos por las sensaciones abrumadoras que me sacuden cuando me introduce un dedo y luego lo saca logrando dilatar mi excitación. Le sostengo la mirada y sonrío al notar que a él también le cuesta mantenerse firme. Tensa la mandíbula y los ojos le echan chispas. Con los dedos me acaricia y juguetea con mi clítoris mientras con la otra mano se suelta los



pantalones

—Hazlo ya —suplico mientras por dentro ardo de necesidad—. Rápido.

Imagino la sonrisa lasciva que esboza al ver cómo arruga las comisuras de los ojos mientras se coloca en mi abertura.

—¿Quieres algo?

—Colton —jadeo, y bajo la cabeza por la placentera agonía que me provoca.

—¡Arriba! —gruñe contra mi hombro y nos niega el placer que ambos deseamos con desesperación—. Dilo, Rylee.

—Colt...

—¡Dilo! —ordena, con la expresión de un hombre que está a punto de perder el control.

—Por favor —jadeo—, por favor.

Entonces se clava en mí hasta el fondo de una sola embestida. El movimiento inesperado me corta la respiración y me catapulta a una explosión de placer y calor.

—Dios, joder, Rylee —gruñe salvajemente.

Entrecierra los ojos, con los párpados cargados de deseo. Me rodea con los brazos y me presiona la piel con los dedos. Apoya su mejilla en mi nuca mientras mi cuerpo se acomoda a la invasión.

Recorre a besos la línea de mi hombro hasta la oreja antes de incorporarse y empezar a moverse. A moverse de verdad. A darme lo que llevo un rato deseando, porque ahora mismo no quiero nada lento y firme. Lo quiero duro, rápido y no me decepciona. Se mueve a un ritmo tortuoso que me provoca sensaciones inexplicables en lo más profundo de mi ser con cada estocada.

Me dejo llevar, perdida en la firmeza del movimiento, con los ojos aun fijos en él. La mirada de Colton me deja sin respiración cuando sus ojos se oscurecen y tensa el gesto de placer. Lleva una mano hasta uno de mis pechos y me pellizca el pezón. Se me escapa un gemido incoherente, casi llegando al límite. Con una mano aún en mi cadera, lleva la otra de mi pecho al hombro y me levanta para pegarme a él, mi espalda contra su pecho, y reduce el ritmo implacable para mover las caderas en círculos dentro de mí.

—Mírate, Rylee —murmura en mi oreja sin detenerse—. Mira lo *sexy*

que eres, joder. ¿Por qué iba a desear a nadie más?

Rompo la conexión de nuestras miradas y observo mi propio reflejo. La piel enrojecida por sus caricias. Los pezones endurecidos por el placer. Los pliegues de mi sexo hinchados de deseo. Los labios separados. Las mejillas ruborizadas. Los ojos abiertos y expresivos. Vivos. Reacciono automáticamente a los movimientos de Colton, movida por una necesidad inesperada, un deseo implacable y posibilidades insospechadas. Observo a la misteriosa mujer del espejo y, despacio, sonrío mientras vuelvo a mirar a Colton. Nuestras miradas conectan de nuevo y, por una vez, veo lo mismo que él. Lo acepto.

Colton empuja mi espalda hacia adelante y me sujeto al lavabo mientras me embiste una y otra vez. Con una mano me acaricia la cadera y avanza hasta el clítoris. El cuerpo se me tensa y mis paredes internas le aprietan la polla.

—¡Joder! —exclama y echa la cabeza atrás, olvidándose por un momento de su propia norma de mantener el contacto visual. Ahora mismo es impresionante. Magnífico, como un adonis. La cabeza hacia atrás, los labios separados de placer, el cuello tenso por la inminente liberación. Jadea mi nombre y empieza a moverse de nuevo, acelerando el ritmo, llevándome al borde del éxtasis. Incorpora la cabeza y vuelve a mirarme.

La oleada de placer me eleva a lo más alto con intensidad. Mis piernas se debilitan mientras el orgasmo va creciendo por todo mi cuerpo. Justo antes de alcanzar la inconsciencia, veo en su cara que también ha llegado al límite del éxtasis.

Nos corremos juntos: los ojos borrosos, los labios entreabiertos, las almas unidas, los corazones cautivados y los cuerpos perdidos en una espiral de sensaciones.

Se me doblan las rodillas cuando los músculos me tiemblan por el clímax. Las manos ásperas de Colton me sujetan mientras se vacía en mí. Mantiene las manos sobre mis caderas un rato más, como si eso fuera suficiente para evitar que nos deslicemos hasta el suelo. Finalmente me enderezo y me recuesto contra él, apoyando la cabeza sobre su hombro donde por fin cierro los ojos y me doy un momento para procesar todo lo que acabo de experimentar.

Me siento abrumada y las emociones me superan. Quise a Max con todo

mi ser, pero nuestra historia palidece en comparación con lo que Colton y yo acabamos de compartir. Juntos somos tan intensos, tan volátiles, tan poderosos y tan íntimos que no creo que nunca me haya sentido tan cerca de otro ser humano como con Colton. Tiemblo al aceptarlo mientras sale de mí despacio y me da la vuelta para mirarlo.

Trato de enterrar la cabeza en su hombro para evitar el contacto visual, pues me siento completamente desnuda y vulnerable, más que en cualquier otro momento de mi vida. Pero Colton me levanta la barbilla con el dedo y me hace mirarlo. Sus ojos buscan los míos en silencio y, por un instante, creo ver mis sentimientos reflejados en él, pero no creo que sea posible. ¿Cómo puede ser que hace solo unas semanas este hombre fuera un completo desconocido y ahora, cuando lo miro, vea todo mi mundo?

Sé que Colton percibe algo diferente en mí, pero no pregunta, solo lo acepta y se lo agradezco. Se inclina y me da un beso en los labios, con ternura, y que hace que me entren ganas de llorar antes de abrazarme. Disfruto del abrazo en silencio y, sin darme tiempo a pensar con claridad, abro la boca.

—¿Colton?

—¿Sí? —murmura contra la parte superior de mi cabeza.

Te quiero. Tengo que usar todas mis fuerzas para contener las palabras. Quiero gritarlo en voz alta.

—Te... Esto... Ha sido intenso —me recupero y, en silencio, pronuncio la otra palabra que realmente quiero decir.

—Sí que lo ha sido. —Se ríe contra mi sien.

## Capítulo 26

Me despierto con el cuerpo caliente de Colton presionándome la espalda. Me cubre las tetas desnudas con las manos y con los dedos dibuja círculos perezosos alrededor de los pezones, una y otra vez, hasta que se endurecen. Sonríe para mí y me acomodo contra él, disfrutando del momento y de lo que siento.

—Bueno días —dice junto a mi nuca y me da un beso en ella mientras con la mano acaricia las curvas de mi cuerpo despacio.

Apenas consigo musitar un gemido de respuesta al sentir su erección en la espalda, que despierta de nuevo el deseo dentro de mí.

—Así de buenos, ¿eh? —Ríe.

Gimo de nuevo, no hay ningún otro sitio en el que preferiría estar al despertar que entre los brazos de este hombre.

—¿A qué hora empiezas el turno? —pregunta mientras su erección crece y me presiona el culo.

—A las once. —Hoy tengo turno de veinticuatro horas en el Hogar. Preferiría quedarme en la cama con él todo el día—. ¿Por qué? ¿Tenías algo pensado? —pregunto con timidez y balanceo la cadera hacia atrás.

—Sin lugar a dudas —susurra mientras con la rodilla me separa los muslos desde atrás y con la mano me acaricia despacio entre mis pliegues.

—¿A qué hora tienes que estar en el trabajo? ¡Ah! —gimo cuando sus dedos encuentran su objetivo.

—Más tarde. —Ríe—. Mucho más tarde.

—Entonces será mejor aprovechar bien el tiempo que tenemos. —

Suspiro cuando me mueve para sentarme a horcajadas sobre él.

—Darte placer es mi prioridad número uno, encanto —dice con una sonrisa deslumbrante.

Con la mano me agarra del cuello y me atrae hacia él. Gimo cuando su boca invade la mía y dejo que la lujuria me nuble los sentidos.

\*\*\*

—¿Seguro que no te importa que use la cuchilla? —pregunta Colton y me mira por el reflejo del espejo.

—No.

Sacudo la cabeza y lo observo desde la puerta del dormitorio. Lleva una toalla enrollada a la cintura justo debajo de esa V tan *sexy*. Algunas gotas de agua caen de su pelo mojado y ruedan por sus hombros y su espalda musculosa. La boca no es lo único que se humedece en mi cuerpo al mirarlo. Está tan impresionante recién salido de la ducha que me entran ganas de arrastrarlo de nuevo a la cama y hacer que tenga que volver a lavarse.

Tal vez se deba a que esté en mi baño actuando con total naturalidad entre mis cosas después de una larga noche y una mañana de sexo increíble, pero nunca me había parecido tan *sexy*.

Me muerdo el labio y me acerco a él por detrás mientras pienso en lo natural que me resulta. Cómodo y reconfortante. Me coloco los tirantes del sujetador por el camino y Colton me mira fijamente mientras lo cierro y lo ajusto. Lo miro en el espejo y veo que se ha detenido con mi cuchilla rosa suspendida en el aire delante de la cara y una sonrisa en los labios.

—¿Qué? —pregunto. De repente me siento tímida ante la intensidad de su maravillosa mirada verde.

—Tienes más sujetadores que ninguna mujer que haya conocido —dice mientras repasa el que me acabo de poner. Es rosa pálido con los bordes negros y me hace un escote perfecto.

Me mira a los ojos y frunzo los labios.

—Me lo puedo tomar de muchas maneras —bromeo—. Me puedo enfadar porque me compares con las demás mujeres con las que has estado o me puedo alegrar de que aprecies mi amplio arsenal de lencería.

—Te diría que elijas lo segundo. —Sonríe—. Solo un hombre muerto sería capaz de ignorar tu afición por la ropa interior *sexy*.

Sonríó descaradamente mientras le enseño un tanga a juego de encaje.

—¿Como esto?

Se pasa la lengua por los labios.

—Sí, como eso —murmura y sigue mis movimientos con la mirada mientras me pongo la escasa prenda. Me aseguro de ofrecerle una buena vista cuando me agacho para pasarlo por las caderas—. ¡Dios santo, mujer, me vas a matar!

Me río mientras cojo una camiseta y me la pongo.

—No puedes culpar a una chica por tener debilidad por la ropa interior *sexy*, como tú has dicho.

—No, señora.

Me sonrío mientras mueve la cuchilla y elimina un buen trozo de espuma de afeitar bajo la barbilla, algo muy masculino y sensual. Me apoyo en la puerta y lo observo pensando en el futuro que nos espera.

Creía que sabía lo que era el amor, pero ahora, al mirarlo, me doy cuenta de que no tenía ni idea. Querer a Max era un sentimiento dulce, amable e ingenuo, lo que pensaba que tenía que ser una relación. Como un niño que, al mirar a sus padres con sus gafitas, colorea el mundo de rosa. Cómodo. Inocente. Tierno. Quería a Max con todo mi corazón, en cierto modo siempre lo haré, pero al compararlo con lo que ahora siento por Colton, sé que me estaba subestimando. Me conformaba.

Querer a Colton es muy diferente. Es mucho más. Cuando lo miro, prácticamente no puedo respirar por culpa de las emociones que me oprimen el pecho. Son intensas y salvajes. Abrumadoras e instintivas. La química entre nosotros es como gasolina, apasionada y volátil. Me consume. Forma parte de todo lo que siento. Todo lo que hace me afecta.

Es mi soplo de aire fresco. Mi para siempre. Mi final feliz. Observo cómo frunce el ceño al concentrarse y ladea la cara. Apenas ha terminado, le quedan algunos restos de espuma aquí y allá, cuando me mira.

Mientras se limpia la cara con una toalla, me acerco por detrás con nuestros ojos conectados todo el tiempo. Le acaricio la columna con la mano hasta llegar a la base del cuello y paso los dedos por su pelo húmedo.

Inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos un momento. Me muero de ganas de pegarme a su espalda y sentir su cuerpo contra el mío. Odio que los horrores de su pasado me roben la posibilidad de acurrucarme contra él en la cama o de acercarme y abrazarlo por detrás, otra manera de conectar.

Me pongo de puntillas y le doy un beso en el hombro desnudo mientras con los dedos le acaricio la espalda. Tensa los músculos a mi paso y sonrío.

—Me haces cosquillas —dice, riendo, y se retuerce.

—Ajá —murmuro, con la mejilla apoyada en su hombro para poder mirarlo a los ojos a través del espejo y ver cómo tensa la cara mientras con los dedos le acaricio el torso.

No puedo evitar sonreír cuando hace una mueca e intenta prepararse para cuando mis dedos pasen por su pecho. La expresión de un niño en el rostro de un hombre adulto. Encuentro un objetivo y me cercioro de hacerle más cosquillas de la cuenta.

—Basta, mala mujer. —Se esfuerza por mantenerse impassible, pero cuando sigo torturándolo con los dedos, se separa de mí.

—No te vas a librar. —Me río con él mientras lo rodeo con los brazos para evitar que escape.

Ríe, tira la cuchilla al lavabo y nos olvidamos de ella. La toalla de su cintura amenaza con caerse y le rodeo con los brazos desde atrás.

Sin querer, lo he llevado hasta la posición en la que lo imaginaba hace un instante. Sé que se da cuenta porque se tensa de pronto y su risa se apaga antes de que intente ocultarlo. Me mira a través del espejo. Tiene una mirada que he visto más de una vez en mis chicos y me parte el alma, pero tan rápido como llega, desaparece.

Sin importar lo que dure, sé que esa pequeña concesión es un paso muy importante para los dos.

Antes de que me dé cuenta, Colton se da la vuelta y me empieza a hacer cosquillas en el costado con las puntas de los dedos.

—¡No! —grito e intento escapar, pero no puedo.

La única forma que se me ocurre de hacerlo parar es rodearle el torso con los brazos y presionar mi pecho contra el suyo con todas mis fuerzas. Respiro con dificultad, es mucho más fuerte que yo.

—¿Intentas distraerme? —bromea mientras relaja el asalto y me acaricia

la espalda por debajo de la camiseta.

La protesta de mis labios se convierte en un suspiro y agradezco el calor de su tacto y cómo me rodea con los brazos. Aquí me encuentro a gusto, siento una paz que nunca creí volver a encontrar.

Nos quedamos así un rato, no sé cuánto tiempo, aunque el suficiente como para que su ritmo cardíaco se reduzca de un modo significativo. En algún momento lo beso en el cuello y simplemente disfruto de él.

Es abrumador. Sé que acaba de compartir conmigo algo muy importante, ha confiado enormemente en mí, y, tal vez, en mi subconsciente, quiero darle algo a cambio. Pronuncio las palabras antes de que la razón pueda parar al corazón y, en cuanto lo hago, sé que es demasiado tarde para retirarlo.

—Te quiero, Colton.

Cuando hablo, lo hago con voz calmada y firme. No hay posibilidad de error. Colton se tensa mientras las palabras flotan entre nosotros. Nos levantamos en silencio, todavía con los cuerpos entrelazados hasta que Colton se suelta de mi mano y, deliberadamente, aparta mis manos de él. Me quedo quieta mientras camina hasta el lavabo para coger su camiseta y se la pone mientras maldice entre dientes.

Lo sigo con la mirada puesta en el espejo y el pánico que veo en sus ojos y en su expresión se refleja en sus movimientos, y me duele. Sin embargo, en silencio suplico que me mire. Que vea que nada ha cambiado. Pero no lo hace. En vez de eso, pasa volando a mi lado y entra en la habitación sin mirarme.

Lo observo mientras se pone los vaqueros de ayer antes de sentarse en la cama para ponerse las botas.

—Tengo que irme a trabajar —dice como si nada.

Los ojos se me llenan de lágrimas que amenazan por salir y me nublan la visión; mientras, él se levanta de la cama. No puedo dejar que se vaya sin decir nada. El corazón me late a toda velocidad y siento una punzada de dolor a causa del rechazo en las entrañas. Colton coge las llaves de la cómoda y se las mete en el bolsillo.

—Colton —susurro cuando empieza a caminar hacia la puerta.

Se detiene al oír mi voz. Se concentra en su reloj, que se está abrochando en la muñeca, y el pelo húmedo le cae sobre la frente. Nos quedamos en silencio, yo lo miro a él y él al reloj, y el abismo que nos separa va



creciendo. El silencio es casi insoportable.

—Por favor, di algo —suplico.

—Mira, no... —Se calla, suspira y deja caer las manos, pero sigue sin mirarme—. Te lo dije Rylee, no es posible. —Su voz es apenas un murmullo grave—. No soy capaz, no merezco... —Se aclara la garganta—. Dentro de mí solo hay oscuridad. La capacidad de amar y de recibir amor es venenosa.

Con esas palabras sale de la habitación y, lo que me da más miedo, puede que también de mi vida.

## Capítulo 27

### Colton

No puedo respirar. Joder. Me arde el pecho. Veo borroso. Me tiembla el cuerpo. El pánico me ataca con todas sus fuerzas cuando agarro el volante tan fuerte que mis nudillos se ponen blancos y el corazón me palpita frenético. Intento cerrar los ojos y calmarme, pero todo lo que veo es su cara dentro de la casa. Lo único que oigo son esas palabras envenenadas saliendo de su boca.

El pecho se me contrae de nuevo cuando me obligo a salir de la entrada de su casa y centrarme en la carretera. No pensar. No dejar que la oscuridad de mi interior me domine y permita que los recuerdos vuelvan.

Hago lo único que sé hacer: conducir, pero no lo bastante rápido. Solo en la pista puedo ir a la velocidad suficiente para olvidarme de todo y entrar en una neblina en la que nada puede alcanzarme.

Aparco delante de un bar de mala muerte con las ventanas tintadas. Ni siquiera hay un cartel sobre la puerta con el nombre, pero sí un millar de ceniceros llenos hasta los topes en las repisas de las ventanas. No sé ni dónde cojones estoy. Aparco al lado de una chatarra y ni me lo pienso. Necesito encontrar la manera de aturdirme y no pensar en lo que Rylee ha dicho.

Dentro del bar está oscuro. Cuando entro nadie me mira. Todos mantienen la cabeza gacha, ahogando sus penas en sus propias cervezas. Bien. No tengo ganas de hablar. Ni de escuchar. No me apetece escuchar a Passenger cantar por los altavoces esa canción que dice algo así como

«dejarla marchar». Quiero olvidarme de todo. El camarero levanta la vista, con ojos pálidos evalúa la ropa cara que llevo y detecta mi expresión desesperada.

—¿Qué te pongo?

—Tequila. Seis chupitos. Que no paren.

Ni siquiera me reconozco la voz. No siento los pies mientras camino hasta el baño de la esquina más alejada. Entro, me acerco al asqueroso lavamanos y me echo algo de agua en la cara. Nada. No siento nada. Me miro en el espejo roto y no reconozco al hombre que tengo delante. Solo veo oscuridad y a un niño pequeño que ya no quiero recordar, que ya no quiero ser.

El Humpty Dumpty de los cojones.

Antes de que pueda detenerme, el espejo se rompe. Miles de pedazos diminutos se fragmentan y caen. No registro el dolor. No siento la sangre que me gotea de la mano. Solo la oigo repiquetear cuando cae sobre las baldosas del suelo. Pequeños sonidos que momentáneamente se ahogan en el vacío de mi alma. Hermoso por fuera, pero roto por dentro. Irreparable.

«Ni todos los caballos / ni los hombres del Rey /pudieron a Humpty / recomponer».

El camarero me mira la mano vendada con papel mientras vuelvo a la barra. Ha dejado los chupitos junto a un par de clientes, así que camino hacia el otro lado vacío de la barra y me siento.

Se me revuelve el estómago solo de pensar en sentarme entre esos dos hombres. El camarero coge los chupitos y me los trae, luego mira cómo dejo dos billetes de cien dólares sobre la barra.

—Cien por el espejo —digo y señalo el baño con la barbilla—, y cien para que sigas sirviéndome chupitos, sin preguntar. —Levanto las cejas y asiento.

Se mete los billetes en el bolsillo antes de que me tome el segundo chupito. Agradezco el ardor. Una bofetada imaginaria por cómo acabo de dejar a Rylee. Otra por no saber qué hacer con ella. Me acabo el tercero y todavía me duele la cabeza. Todavía siento la presión en el pecho.

«Solo me puedes querer a mí, Colty. Solo a mí. Soy la única que te querrá de verdad. Sé las cosas que dejas que te hagan. Sé que disfrutas de que te las hagan. Te oigo cuando estás con ellos. Te oigo decirles que los

quieres una y otra vez. Sé que te convences de que solo lo haces porque me quieres, pero la verdad es que te gusta lo que se siente. Eres un niño muy, muy malo, Colton. Tan malo que nadie te querrá nunca. Nadie querrá hacerlo. Jamás. Y si lo hacen, cuando descubran las cosas malas que has hecho sabrán la verdad, que eres horrible y asqueroso y estás podrido por dentro. Todo el amor que sientas por cualquiera aparte de mí es un veneno que los matará. Así que no se lo puedes contar a nadie porque, si lo haces, se enterarán de lo repugnante que eres. Sabrán que llevas al demonio dentro. Lo sé. Siempre lo he sabido y aun así te quiero. Soy la única que puede quererte. Te quiero, Colty».

Intento sacarme los recuerdos de la cabeza. Apartarlos a una esquina donde siempre se esconden. Rylee no puede quererme. Nadie puede quererme. Tengo la cabeza hecha mierda mientras miro a mi alrededor. El hombre sentado de espaldas a mí me provoca náuseas. El pelo oscuro y grasiento. Barrigón. Si se diera la vuelta sé exactamente qué pinta tendría. Como olería. Cómo sabría.

Doy cuenta del séptimo chupito e intento tragar la bilis. Trato de anestesiarme el dolor de los cojones, un dolor que no desaparece, aunque sé perfectamente que no es él. No puede ser. La cabeza me juega una mala pasada por culpa del alcohol, que todavía no me ha adormecido lo suficiente.

Apoyo la frente en las manos. Oigo la voz de Rylee perfectamente clara en la cabeza, pero no es su cara la que veo al oír esas dos palabras.

No es la de Rylee.

Es la de él.

Y la de mi madre. Sus labios y esa sonrisa irregular mientras me recuerda constantemente la mierda que llevo dentro.

La oscuridad ya me ha envenenado. No pienso dejar que también se cargue a Rylee. Me bebo el chupito número diez y los labios me empiezan a fallar.

Absoluto siniestro. El significado perfecto para As. Me río. Duele tanto que no puedo parar. Apenas me controlo. Me temo que, si paro, me voy a romper como el puñetero espejo.

El Humpty Dumpty de los cojones.

## Capítulo 28

—Así es como quieres que sea. Supongo que no me quieres —canto muy seria con mi viejo amigo, Matchbox Twenty, mientras conduzco a casa después de acabar el turno un día después. No he sabido nada de Colton, aunque tampoco lo esperaba.

Aparco en la entrada. Las últimas veinticuatro horas son una mancha borrosa. Debería haber dicho que estaba enferma. No es justo para los chicos tener una cuidadora tan metida en sí misma que es como si no estuviera.

Revivo el momento tantas veces que ya no puedo pensar. No esperaba que Colton me confesase su amor eterno, pero tampoco creía que actuaría como si no hubiera pronunciado esas palabras. Estoy dolida y siento el aguijón del rechazo. Tampoco sé muy bien qué hacer. Escogí un momento importante entre los dos y lo tiré a la basura. ¿Ahora qué? No lo sé.

Entro en casa, tiro el bolso al suelo delante de la puerta y me desplomo en el sofá. Así me encuentra Haddie horas después cuando entra por la puerta.

—¿Qué te ha hecho? —pregunta, despertándome. Tiene las manos en las caderas y está de pie delante de mí. Me escudriña los ojos en busca de una respuesta.

—Haddie, la he cagado pero bien.

Suspiro y abro las compuertas de las lágrimas que he estado conteniendo. Se sienta en la mesa de centro delante de mí, con una mano en mi rodilla para darme apoyo, y se lo cuento todo. Cuando termino, mueve la cabeza y me mira con compasión y empatía.

—Cariño, no la has cagado, ¡tranquila! —dice—. Dale un poco de tiempo. Seguramente don Alma libre de soltero empedernido hasta la muerte se ha acojonado. Amor. Compromiso. Esas mierdas son un gran paso para alguien como él. —Agita la mano en el aire para restarle importancia.

—Ya lo sé. —Hipo entre sollozos—. No me esperaba que fuera tan frío, tan indiferente. Creo que es lo que más me duele.

—Joder, Ry. —Se inclina y me abraza—. Diré que estoy enferma y me saltaré el evento de esta noche para no dejarte sola.

—No, no lo hagas —le digo—. Estoy bien. De todas maneras, lo más seguro es que devore un cubo entero de helado y me vaya a dormir. Vete. —La espanto con la mano—. Estaré bien, lo prometo.

Me mira un momento, valorando si miento o no.

—Está bien —dice y respira hondo—, pero recuerda una cosa: eres maravillosa, Rylee. Si no se da cuenta, si no comprende todo lo que tienes que ofrecer por dentro y por fuera, que se vaya a la mierda.

Esbozo un amago de sonrisa. Dejemos que sea Haddie la que deje las cosas claras.

\*\*\*

A la mañana siguiente sigo sin saber nada de él, así que decido mandarle un mensaje.

«Hola, As. Llámame cuando puedas. Tenemos que hablar. Besos».

El móvil sigue sin sonar durante la mayor parte del día, a pesar de que no dejo de mirar la pantalla y compruebo una y otra vez si tengo cobertura. Según acaba el día, me pongo más y más nerviosa. Empiezo a comprender que es posible que el daño sea irreparable.

Al final, a las tres de la tarde me llega un mensaje. Recupero un poco de esperanza ante la idea de tener contacto con él.

«Reuniones todo el día. Ya hablamos».

La esperanza desaparece.

\*\*\*

Al tercer día después del «te quiero», me atrevo a llamarlo a la oficina de camino al trabajo.

—Empresas CD, ¿en qué puedo ayudarle?

—Colton Donovan, por favor —respondo, tengo los nudillos blancos de apretar el volante.

—¿Puede decirme quién llama?

—Rylee Thomas. —Se me quiebra la voz.

—Hola, señorita Thomas. Deme un momento.

—Gracias —susurro, muerta de nervios, mientras rezo para que conteste y pienso en qué decir si lo hace.

—¿Señorita Thomas?

—¿Sí?

—Lo siento. Colton no ha venido hoy. Está enfermo. ¿Quiere dejar un mensaje? ¿Tal vez pueda ayudarla Tawny?

El corazón me da un vuelco. Si estuviera enfermo de verdad, no tendría que haber ido a comprobarlo. Lo habría sabido.

—No, gracias.

—Un placer.

\*\*\*

Los últimos días han empezado a pasarme factura. Estoy hecha un desastre, tanto que ya ni el maquillaje me sirve. Al cuarto día daría cualquier cosa por volver atrás y tragarme mis palabras. Volver al momento anterior, cuando estábamos conectados y depositó su confianza en mí. Pero no puedo.

En vez de eso, estoy sentada en el despacho y miro distraída la pila de trabajo que tengo sobre la mesa sin ganas de hacer nada. Levanto la vista cuando alguien llama a la puerta y veo a Teddy.

—No tienes muy buena pinta.

Fuerzo una sonrisa.

—Ya, creo que estoy incubando algo —miento. Lo que sea para evitar las miradas inquisidoras y el tono de ya te lo dije—. Me pondré bien.

—Vale, bueno, no te quedes hasta muy tarde. Creo que solo quedas tú. Le diré a Tim en el vestíbulo que sigues aquí para que te acompañe al coche.

—Gracias, Teddy. —Sonrío—. Buenas noches.

—Buenas noches.

La sonrisa se desvanece en cuanto se da la vuelta. Le observo caminar hasta el ascensor y entrar en la cabina mientras reúno el valor para volver a llamar a Colton. No quiero parecer desesperada, pero lo estoy. Necesito hablar con él. Demostrarle que, a pesar de decir las palabras, las cosas entre nosotros no han cambiado. Cojo el móvil, pero seguramente no responda al ver mi número. Opto por usar el teléfono de la oficina.

Responde al tercer timbrado.

—Donavan.

El corazón me da un vuelco al oír su voz. Tranquilízate, Rylee.

—¿As? —digo, sin aliento.

—¿Rylee? —Su voz suena muy lejana cuando pronuncia mi nombre. Distante. Indiferente y casi molesta.

—Hola —saludo, tímidamente—, me alegro de encontrarte.

—Sí, perdona por no devolverte la llamada —se disculpa, pero suena apagado. Me habla en el mismo tono irritado que usaba con Teagan.

Trago el nudo que se forma en mi garganta, necesitada de cualquier tipo de conexión con él.

—No pasa nada. Me alegro de que hayas contestado.

—Ya. He estado muy ocupado.

—Entonces, ¿ya te encuentras mejor? —Pregunto y hago una mueca cuando se hace el silencio, lo que significa que está pensando en algo para cubrir la mentira.

—Sí, ultimando los detalles para conseguir la patente de uno de nuestros dispositivos de seguridad.

Se me revuelven las tripas por la indiferencia de su tono. Siento que se está librando de todo lo que compartimos juntos. De las emociones que creí que sentía, pero que no podía expresar con palabras. Trato de esconder la desesperación mientras la primera lágrima me cae por la mejilla.

—Bueno, ¿cómo va todo?

—Esto, eh, bien. Oye, nena. —Ríe—. Tengo que irme.

—¡Colton! —suplico. Su nombre se me escapa sin poder contenerme.

—¿Sí?



—Lo siento —digo en voz baja—. No quería... —La voz me falla cuando me atraganto por la mentira.

Se queda en silencio, lo único que me indica que me ha oído.

—Menuda bofetada —dice con sarcasmo, pero percibo que está molesto—. Decídate, nena. O me quieres o no. Casi es peor que lo digas y luego lo retires, ¿no te parece?

Creo que es el evidente desdén con el que habla lo que me destroza esta vez. Contengo el sollozo antes de que sea audible. Le oigo reírse con alguien al otro lado de la línea.

—Colton... —Es todo lo que consigo decir, el dolor me traga y me consume.

—Te llamaré —dice y cuelga antes de que me dé tiempo a despedirme.

Sigo con el teléfono en la oreja mientras repaso todas las maneras en que la conversación podría haber sido distinta. ¿Por qué ha tenido que ser tan cruel? Me lo advirtió. Es culpa mía. Primero, por no escuchar y, segundo, por bocazas.

Cruzo los brazos y apoyo la cabeza en la mesa. Gruño al darme cuenta de que estoy apoyada en el horario que me han enviado de su oficina. De los eventos a los que tengo que asistir. Con él. ¿Qué coño he hecho? ¿Por qué fui tan tonta como para decir que sí? «Porque es Colton», me dice una vocecita dentro de la cabeza. «Y porque lo haces por los chicos». Cojo el horario, lo arrugo y lo lanzo al otro lado de la habitación, esperando un golpe al menos, pero el sonido amortiguado que hace al chocar con la pared no me alivia en nada el dolor del pecho.

Poco después, empiezo a sollozar. Soy gilipollas. Es gilipollas. El amor es una gilipollez. Sabía que esto iba a pasar. Capullo.

\*\*\*

El sábado al despertar, me sigo sintiendo como una mierda, pero tengo un nuevo propósito. Me levanto y me obligo a salir a correr, me convengo de que me sentiré mejor. Me dará una nueva perspectiva. Corro y golpeo el asfalto con los pies a un ritmo implacable que me alivia un poco el dolor del corazón. Llego a casa, sin aliento y cansada, pero sigo sintiendo el dolor en el alma. Supongo que me mentía a mí misma.

Me doy una ducha y me niego a seguir llorando. Además, se ha terminado el helado.

Me estoy acabando la última cucharada de menta con chocolate cuando suena el teléfono. Veo un número desconocido y la curiosidad me puede.

—¿Diga?

—¿Rylee? —Intento localizar la voz femenina de la llamada, pero no lo consigo.

—Sí. ¿Quién...?

—¿Qué coño ha pasado? —exige la voz en un tono seco y claramente irritado.

—¿Cómo? ¿Quién...?

—Soy Quinlan. —Resoplo sorprendida—. Acabo de salir de casa de Colton. ¿Qué coño ha pasado?

—¿A qué te refieres? —tartamudeo, podría contestar de tantas maneras.

—¡Joder! —Suspira, frustrada e impaciente—. ¿Por qué no os dejáis de gilipolleces? ¡Mierda! A lo mejor así os daríais cuenta de que tenéis algo de verdad que no se puede negar. Habría que ser idiota para no darse cuenta de la conexión que tenéis. —Permanezco en silencio. Hago lo que me prometí que no haría más y rompo a llorar—. ¿Rylee? ¿Sigues ahí?

—Le dije que le quería —le cuento en un susurro, por algún motivo quiero confiarme a ella. A lo mejor necesito que alguien cercano a él me explique su reacción para dejar de revivirlo dentro de la cabeza.

—Mierda —jadea, sorprendida.

—Sí. —Me río, nerviosa—. Se puede resumir así.

—¿Cómo se lo tomó? —pregunta, cautelosa. Se lo cuento y cómo ha actuado desde entonces—. Sí, justo lo que me esperaba de él. —Suspira—. ¡Menudo cretino!

Me quedo en silencio mientras me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Cómo está? —pregunto con la voz rota.

—De mal humor, hecho un cascarrabias. Insoportable. —Se ríe—. Y si contamos a todos los amigos Jim y Jack que se van acumulando vacíos sobre la encimera, diría que se ha dedicado a emborracharse hasta olvidarse de todo, ya sea para librarse de sus demonios o del miedo que le da lo que siente

por ti. —Suelto el aire que contenía, una parte de mí se alegra de que también lo esté pasando mal. Que lo que pasó le haya afectado—. Y porque te echa muchísimo de menos.

El corazón se me retuerce en el pecho. Es como si los últimos días hubiese vivido en un mundo sin luz, así que me alegra saber que él también se ha estado ahogando en la oscuridad. Entonces, la parte de mí que no quiere verlo sufrir se siente mal por haberle causado tanto dolor con unas estúpidas palabras y desearía arreglarlo todo.

Tengo la voz tomada por las lágrimas cuando vuelvo a hablar.

—La he cagado de verdad, Quinlan.

—¡No, de eso nada! —espeta—. ¡Aj! —gruñe—. Dios, lo quiero y lo odio al mismo tiempo. Nunca se había abierto a nadie Rylee, nunca se ha visto en esta situación. Solo podemos suponer cómo va a reaccionar, pero no saberlo con certeza.

—Por favor —suplico—, no sé qué hacer. No quiero volver a estropearlo y alejarlo más de mí.

Se queda en silencio unos segundos como si le diese vueltas al asunto.

—Dale un poco de tiempo —murmura—, pero no demasiado o acabará haciendo alguna estupidez a propósito para joder la única relación que ha tenido con una buena chica a la que de verdad le importa.

—No como Tawny... —Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Hago una mueca, acabo de insultar abiertamente a una amiga de la familia.

—No me hagas hablar de esa —comenta con desdén y una pequeña parte de mí sonrío al saber que no soy la única que la detesta. Me río entre lágrimas—. Aguanta, Rylee —dice, sincera—. Colton es un hombre maravilloso, pero complicado. Se merece que lo quieras, pero es incapaz de aceptarlo. —El nudo que tengo en la garganta me impide responder, así que solo resoplo—. Necesita mucha paciencia, un gran sentido de la lealtad, confianza ciega y una persona que le diga cuándo se pasa de la raya. Llevará tiempo hasta que se dé cuenta de todo y lo acepte, al final, vale la pena la espera. Solo espero que él lo sepa.

—Lo sé —susurro.

—Buena suerte, Rylee.

—Gracias, Quinlan, por todo.

Suelta una risita antes de colgar.

## Capítulo 29

Rememoro los consejos de Quinlan tumbada en la cama a la mañana siguiente. El dolor en el pecho y en el alma sigue ahí, pero he recuperado la determinación. Una vez le dije a Colton que luchase por nosotros. Por mí. Ahora me toca a mí. Le dije que valía la pena asumir el riesgo. Que me arriesgaría por él. Ahora tengo que probarlo.

Si Quinlan cree que le importo, no puedo rendirme ahora. Tengo que intentarlo. Conduzco por la costa, con Lisa Loeb en los altavoces y con la cabeza hecha un remolino de pensamientos: qué voy a decir, cómo lo voy a decir, mientras las nubes del cielo van desapareciendo para dejar paso al sol de la mañana. Lo interpreto como una buena señal de que voy a encontrarme con Colton cara a cara. Verá que solo somos nosotros, como antes y que las palabras no significan nada. Que nada ha cambiado. Que seguimos sintiendo lo mismo y que yo me comporto igual, seguimos siendo nosotros. Que la oscuridad que siento desaparecerá porque volverá a bañarme con su luz.

Conduzco por Broadbeach Road y freno delante de su puerta, con el corazón acelerado y las manos temblando. Llamo al timbre, pero nadie contesta. Lo intento otra vez, a lo mejor está dormido. Si está arriba, no puede oír el timbre.

—¿Sí? —pregunta una voz femenina por el altavoz. El corazón me da un vuelco.

—Soy Rylee. Necesito ver a Colton. —Mi voz es una mezcla de nervios y lágrimas contenidas.

—Hola, cariño. Soy Grace. Colton no está. No ha venido desde ayer por

la tarde. ¿Va todo bien? ¿Quieres pasar?

La sangre me palpita en los oídos. Respiro con dificultad y apoyo la cabeza en el volante.

—Gracias, Grace, pero no hace falta. Solo dile que me he pasado.

—¿Rylee? —La inseguridad de su voz hace que me asome por la ventanilla.

—¿Sí?

—Sé que no es asunto mío... —Se aclara la garganta—, pero ten paciencia. Colton es un buen hombre.

—Lo sé —digo, en apenas un murmullo, con el estómago en la garganta. Ojalá él se diera cuenta.

Conduzco de vuelta por la costa con menos esperanza que en el viaje de ida. Me digo que lo más seguro es que saliera con Beckett y acabase demasiado borracho para volver en coche a casa. Salió con los chicos y se quedó en un hotel en el centro después de pasarse con la fiesta. A lo mejor han decidido hacer otro viaje a Las Vegas y ahora están en el avión de vuelta.

Cientos de escenarios me pasan por la cabeza, pero ninguno alivia las oleadas de miedo que me atenazan. No quiero pensar en el otro sitio en el que podría estar: la casa de Palisades. La casa donde queda para sus acuerdos. El corazón me late a toda velocidad y los pensamientos se suceden sin descanso. Intento convencerme de que si se haya quedado allí, estará solo, pero los comentarios de Teagan y de Tawny me vienen a la memoria y alimentan las dudas y la inseguridad que me atormentan.

Recuerdo los cientos de advertencias que me ha dado:

«Saboteo cualquier cosa que se parezca a una relación. Así es como soy, Rylee. Te haré daño a propósito para probar que puedo. Para demostrar que no te quedarás sin pensar en las consecuencias. Para probarme que controlo la situación».

No recuerdo dirigirme en esa dirección, pero, antes de darme cuenta, estoy entrado en su calle sin pensarlo. Se me escapan las lágrimas y aprieto el volante con fuerza. La necesidad de saber la verdad supera la agonía de confirmar mis temores. Lo que más miedo me da. Lo que en el fondo ya sé.

Piso el freno y suspiro en un momento de alivio al no ver ninguno de los coches de Colton. Pero entonces veo que la puerta del garaje está abierta y

me pregunto si está dentro. Tengo que saberlo. Lo necesito.

Me aparto el pelo de la cara y respiro hondo antes de bajar del coche. Recorro el camino de la entrada y el patio de adoquines con las rodillas temblorosas. El corazón me late tan fuerte que es lo único que escucho, lo único en lo que me concentro, además de obligarme a poner un pie delante del otro.

# Capítulo 30

## Colton

Joder, la cabeza. Gruño y giro sobre la cama. Que paren esos golpes. Por favor. Alguien. Quien sea. A la mierda.

Me pongo la almohada en la cara, pero sigo notando los latidos en las sienes. Se me retuerce el estómago y tengo que concentrarme para no vomitar porque no estoy en condiciones de levantarme todavía.

¡Joder! ¿Qué coño pasó anoche? Me vienen imágenes sueltas a la memoria. Becks vino a sacarme del atontamiento por coño mágico. Un atontamiento que no tengo muy claro si quiero dejar. Bebimos. Rylee, desear a Rylee. Tawny vino al bar para que firmase unos papeles. Muchísimo alcohol. Demasiado alcohol, a juzgar por cómo tengo la cabeza.

Placer para enterrar el dolor.

Me peleo con el dolor de cabeza para intentar acordarme del resto. Veo instantáneas claras entre la niebla. Volvimos aquí. A la casa de Palisades, más cerca de Malibú. Bebimos más. Tawny no estaba cómoda con la ropa de trabajo. Le dejo una camiseta. Estoy en la cocina mirando el puñetero envase con algodón de azúcar de la encimera. Recuerdos de la feria que avivan el dolor.

—Mierda —gruño cuando me llega el siguiente recuerdo alto y claro.

Estamos sentados en el sofá. El cabrón de Becks está como nuevo a pesar de haber bebido tanto como yo, sentado delante de mí; el pie sobre la rodilla y la cabeza ladeada. Tawny a mi lado en el sofá. Me inclino por encima de



ella para alcanzar la cerveza. Me echa las manos al cuello. Boca sobre labios. Demasiado alcohol y dolor en el pecho por la necesidad. Duele tanto porque necesito a Rylee. Solo a Rylee.

Placer para enterrar el dolor.

Le devuelvo el beso. Me pierdo un momento. Intento librarme del dolor constante. Olvidarme de sentir. Está mal. Todo está mal. La aparto. No es Rylee. Beckett me mira con desaprobación.

¡Joder! Salgo de la cama y me estremezco al sentir como si me dieran un martillazo en la cabeza. Llego al baño y me apoyo en el lavamanos un momento, intentando recuperarme. Sigo viendo imágenes de anoche. Puñetera Tawny. Me miro al espejo y hago una mueca.

—Estás hecho una mierda, Donavan —musito entre dientes. Los ojos ensangrentados. La barba enredada. Gesto cansado. Vacío.

Rylee. Sus ojos violetas me suplican. Sonrisa dulce. Corazón enorme. Perfecta.

«Te quiero, Colton».

Joder, la echo de menos, la necesito. La deseo.

Me cepillo los dientes para intentar quitarme el sabor a alcohol y a amargura de la boca. Empiezo a quitarme la camiseta y la ropa interior, necesito quitarme el olor de Tawny. Necesito una ducha desesperadamente. Voy a abrir el grifo cuando alguien llama a la puerta de la entrada.

—¿Quién cojones...? —me quejo y miro el reloj. Todavía es muy temprano, joder.

Aturdido, busco algo que ponerme mientras intento frenar el zumbido de la cabeza. No encuentro los pantalones de anoche. ¿Dónde cojones los puse? Frustrado, abro uno de los cajones, cojo los primeros vaqueros que veo y me los pongo. Me apresuro a bajar las escaleras mientras me los abrocho e intento averiguar quién coño puede ser. Miro de reojo a Becks inconsciente en el sofá. Se lo merece. Levanto la vista y veo a Tawny, con sus kilométricas piernas desnudas, abrir la puerta. Verla vestida solo con una camiseta y nada más me resulta indiferente, cuando antes me ponía a cien.

—¿Quién es, Tawn? —La voz me suena como la de un desconocido. Ronca. Carente de emociones, lo único que quiero es que Tawny se vaya. La quiero fuera de mi casa para no tener un recordatorio de lo que estuve a punto de hacer. Casi la cago. Porque ahora importa. Ella importa.

Entonces camino hasta la puerta bajo la luz de la mañana y el corazón se me sale del pecho. Ahí está. Mi ángel. La que me ayuda a salir de la oscuridad al compartir conmigo su luz.

## Capítulo 31

**G**olpeo la puerta y suena hueca. Dejo la mano en el aire y me planteo volver a llamar para asegurarme. Empiezo a relajar los hombros aliviada de que no esté dentro encerrado con alguien, cuando la puerta se abre bajo mis dedos.

Toda la sangre me baja hasta los pies al ver a Tawny. El pelo alborotado de haber dormido. El maquillaje emborronado en los ojos de recién levantada. Las piernas, largas y bronceadas, desnudas debajo de una camiseta que sé que es de Colton, reconozco hasta el agujero de la manga derecha. El frío de la mañana deja claro que no lleva sujetador.

Mi expresión de sorpresa refleja la suya, pero solo por un momento. Se recupera rápidamente y esboza una seductora sonrisa de suficiencia. Los ojos le brillan de triunfo y se pasa la lengua por el labio superior cuando se oyen pasos en el interior.

—¿Quién es, Tawn?

Ensancha la sonrisa y empuja la puerta con la mano para abrirla de par en par. Colton se acerca vestido solo con unos vaqueros que se está terminando de abrochar. Tiene la barba enmarañada y más larga de lo normal, el pelo sucio y desordenado. Tiene los ojos inyectados en sangre, lo que hace que se estremezca cuando la luz del sol entra por la puerta. Está hecho un desastre, como si el alcohol de anoche le hubiera pasado factura. La pinta que tiene refleja cómo me siento yo por dentro, hecha una mierda, pero, a pesar de lo mucho que lo odio ahora mismo, verlo consigue que se me corte la respiración.

Todo pasa muy rápido, pero me siento como si el tiempo se hubiese parado y todo se moviera a cámara lenta. No me muevo. Los ojos de Colton conectan con los míos cuando se da cuenta de quién está en la puerta. Cuando entiende lo que sé. Me clava la mirada. Suplicante, interrogante, disculpándose, todo a la vez por el dolor y la devastación que se reflejan en mis ojos. Da un paso hacia la puerta y doy un grito ahogado para pararlo.

Me cuesta respirar. Intento coger aire, pero el cuerpo no me hace caso. No comprende la orden innata del cerebro de inhalar porque está sobrepasado. Destrozado. El mundo da vueltas a mi alrededor, pero no puedo moverme. Miro a Colton y formo palabras en la cabeza que no llegan a salir de mis labios. Las lágrimas me queman en la garganta, pero las contengo. No le daré a Tawny la satisfacción de verme llorar mientras me sonrío por encima del hombro.

El tiempo vuelve a fluir con normalidad. Respiro y consigo pensar. La furia me calienta la sangre. Siento un vacío en el alma. El dolor me atenaza el corazón. Sacudo la cabeza con asco, con sorpresa, resignada.

—A la mierda —digo con voz baja, pero implacable mientras me doy la vuelta para irme.

—Rylee —llama Colton, desesperado, con la voz ronca. La puerta se cierra de un portazo detrás de mí—. ¡Rylee! —grita mientras me alejo corriendo por el camino, necesito escapar de él. De ella. De esto—. Rylee, no es...

—¿No es lo que creo? —bramo por encima del hombro, incrédula—. Porque cuando tu ex abre la puerta a primera hora de la mañana, vestida solo con tu camiseta, ¿qué cojones debo pensar? —Sus pasos suenan cada vez más cerca—. ¡No me toques! —grito cuando me coge del brazo y me da la vuelta para que lo mire. Me suelto de su mano de un tirón, hincho el pecho y rechino los dientes—. ¡No se te ocurra tocarme!

Aunque sea temporalmente, la ira reemplaza el dolor. Me recorre como un infierno salvaje que mana de mí en oleadas. Aprieto los puños y cierro los ojos. No voy a llorar. No le daré la satisfacción de ver cómo me ha destrozado. No le dejaré ver que haber entregado mi corazón por segunda vez podría ser el mayor error de mi vida.

Cuando levanto la vista, me encuentro con sus ojos y nos miramos. Lo que siento por él sigue ahí. Tan profundo. Tan salvaje.

Tan desolado.

Las emociones le inundan los ojos mientras aprieta y relaja la mandíbula en busca de las palabras adecuadas.

—Rylee —suplica—, déjame que te lo explique, por favor.

Se le rompe la voz en la última palabra y cierro los ojos para bloquear la parte de mí que todavía quiere arreglarlo y consolarlo. Entonces la ira se desata de nuevo. Porque me sigue importando. Porque me ha roto el corazón. Porque ella... estaba ahí.

Se pasa una mano por el pelo y se frota la barba. El sonido de sus ásperos arañazos, que normalmente encuentro tan *sexis*, no hace más que hundirme más el cuchillo en el corazón. Da un paso adelante y yo retrocedo

—Te lo juro, Rylee. No es lo que crees.

Resoplo, incrédula. El *playboy* redomado diría cualquier cosa, haría cualquier cosa, para librarse de esta. No me saco de la cabeza la imagen de Tawny vestida solo con su camiseta. Trato de acallar las demás escenas que imagino. Sus manos sobre él. Los dos entrelazados. Cierro los ojos y trago saliva; intento borrar las imágenes.

—¿No es lo que creo? Si parece un pato y nada como un pato... — insinúo y me encojo de hombros—. Ya sabes cómo sigue.

—No ha pasado na...

—¡Cua! —grazno. Estoy siendo infantil, pero no me importa. Estoy enfadada y herida. Niega con la cabeza y percibo la desesperación en sus ojos. La sonrisita de suficiencia de Tawny me llena la cabeza, sus anteriores burlas hacen eco en mi mente y alimentan mi rabia.

Los ojos de Colton buscan los míos mientras camina hacia mí y yo retrocedo. Veo un destello de rechazo en su mirada. Necesito distancia para pensar con claridad. Niego con la cabeza, con ojos decepcionados y el dolor en el corazón.

—De entre todas las personas, Colton... ¿Por qué ella? ¿Por qué recurrir a ella? Sobre todo, después de lo que compartimos la otra noche, después de lo que me enseñaste.

El recuerdo de aquel momento íntimo mientras nos mirábamos en el espejo el uno al otro es casi demasiado insoportable de recordar, pero me inunda la mente. Él detrás de mí. Sus manos en mi cuerpo. Sus ojos devorándome. Sus labios diciéndome que me mire, para que me diera cuenta

de por qué me había elegido. Por qué soy suficiente para él. Se me escapa un sollozo que no puedo contener y es desgarrador, tan profundo que me rodeo el torso con los brazos para intentar controlar el efecto.

Colton levanta la mano para tocarme, pero se detiene cuando lo fulmino con la mirada, con una mueca de dolor y los ojos frenéticos de incertidumbre. No sabe cómo aliviar el dolor que ha provocado.

—Rylee, por favor —suplica—. Puedo arreglarlo...

Tiene los dedos tan cerca de mi brazo que tengo que usar todas mis fuerzas para no inclinarme y dejar que me toque. Percibo sin lugar a dudas que está evitando tocarme; se mete las manos en los bolsillos para protegerse del frío mañanero. O tal vez del mío.

Estoy dolida y confundida y ahora mismo lo odio, pero todavía lo quiero. No puedo negarlo. Puedo luchar contra ello, pero no puedo negarlo. Lo quiero a pesar de que no me lo permite. Lo quiero, incluso a pesar del dolor que me ha infligido. Las compuertas que trataba de contener explotan y las lágrimas me caen por las mejillas. Lo miro con la visión borrosa hasta que consigo encontrar de nuevo la voz a pesar de la desesperación.

—Dijiste que lo intentarías.

Es todo lo que consigo pronunciar, y aun así la voz se me rompe con cada palabra. Me suplica con la mirada y en ella veo vergüenza. ¿A qué se debe? Me lo puedo imaginar. Suspira, con los hombros caídos y el cuerpo derrotado.

—Lo estoy intentando. Lo...

Le fallan las palabras cuando se saca las manos de los bolsillos y algo cae al suelo. El trozo de papel rebota contra el suelo a cámara lenta y el sol ilumina el envoltorio de plata reflectante. Tardo un momento en darme cuenta de qué es lo que ha acaba de caer a mis pies, y no porque no lo entienda, sino porque espero con todas mis fuerzas estar equivocada. Miro el logotipo de Durex del paquete abierto y siento cómo me hierve la sangre.

—No, no, no —repite Colton en estado de *shock*.

—¿Lo estás intentando? —grito, levantando la voz cada vez más airada—. ¡Cuando dije intentar, As, no quería decir que intentaras meterle la polla a la siguiente candidata a la primera de cambio! —chillo, sin importarme quién me oiga.

Siento cómo a Colton le entra el pánico, no sabe cómo manejar la

situación, cómo afrontar las consecuencias de sus actos. La idea de que nunca haya tenido que hacerlo, que nadie le haya pedido responsabilidades, alimenta aún más mi enfado.

—Eso no... Te juro que no es de anoche.

—¡Cua! —grito, tengo ganas de agarrarlo, abrazarlo y nunca dejarlo ir y al mismo tiempo golpearlo, empujarlo y demostrarle todo el daño que me ha hecho. Estoy en una montaña rusa y solo quiero bajarme. Que paren el viaje. ¿Por qué sigo aquí? ¿Por qué sigo luchando por algo que obviamente él ni quiere, ni se merece?

Se pasa las manos por el pelo, exasperado, con la cara pálida y los ojos llenos de pánico.

—Rylee. Por favor. Hagamos una parada en *boxes*.

—¡Una parada en *boxes*! —exclamo, sigo subiendo la voz, ahora cabreada por la condescendencia. ¿Una parada en *boxes*? ¡Más bien deberíamos cambiar todo el motor!—. ¿Es que no creías en nosotros? —le pregunto, intentando entender más allá del dolor—. ¿No me dijiste la otra noche que Tawny no era ni por asomo tan atractiva como yo? Supongo que has preferido apuntar bajo, ¿no?

Sé que estoy siendo melodramática, pero el pecho me duele con cada respiración y, francamente, ya me da igual. Estoy devastada, herida y quiero que a él le duela tanto como a mí.

—¿No creíste lo suficiente en mí, que tenías que correr a estar con otra? ¿A follar con otra?

Como respuesta solo obtengo su silencio, pero no necesito nada más para saber la verdad.

Cuando por fin tengo el valor de levantar la vista y mirarlo a los ojos, creo que percibe la resignación en los míos, lo que hace que el pánico domine los suyos por completo. Me sostiene la mirada, amatista contra esmeralda, un millar de emociones pasan entre nosotros, el arrepentimiento la más destacable.

Me limpia una lágrima de la mejilla con la mano y me estremezco cuando me toca. Sé que, si dejo que me toque, me desharé en un mar de dudas. Me tiembla la barbilla mientras me doy la vuelta para irme.

—Te dije que te haría daño —susurra a mis espaldas.

Me detengo de golpe después de haber avanzado dos pasos. A la mierda

la distancia, sus palabras me enfurecen. Sé que, si me alejo sin decir lo que quiero decir, me arrepentiré siempre. Me doy la vuelta como una exhalación para mirarlo.

—¡Sí! ¡Lo hiciste! ¡Pero que me lo advirtieras no significa que dé igual! —grito, sarcástica—. ¡Supéralo, Donavan! Los dos tenemos un pasado. Los dos tenemos problemas que superar. ¡Como todo el mundo! —me hierve la sangre—. Recurrir a otra persona, follarte a otra persona, para mí es inaceptable. No lo voy a tolerar.

Colton contiene el aliento cuando lo que digo lo golpea como un puñetazo. Veo el dolor en su rostro y una parte de mí se alegra de haberle hecho daño, tal vez no tanto como él a mí, pero al menos sé que lo que pensé que teníamos no era todo mentira.

—No puedes quererme, Rylee —dice con voz resignada, con sus ojos anclados en los míos.

—Te has asegurado de ello, ¿verdad? —le digo con voz temblorosa—. ¿Te has acostado con ella? —Le suplico con los ojos y finalmente articulo la pregunta de la que no estoy segura de querer conocer la respuesta—: ¿Ha merecido la pena perderme por un polvo con ella?

—¿Acaso importa? —arremete. Las emociones batallan en su cara mientras se pone a la defensiva—. Vas a creer lo que te dé la gana, Rylee.

—¡No lo vuelvas contra mí, Colton! —le grito—. ¡Yo no soy quien lo ha jodido!

Él me mira fijamente por un momento antes de responder con ojos acusadores y, cuando lo hace, tiene la voz fría como el hielo.

—¿Seguro que no?

Sus palabras son como una bofetada. El Colton insensible ha vuelto. Las lágrimas resurgen y resbalan por mis mejillas. No puedo quedarme aquí más tiempo y lidiar con el dolor.

Algo detrás de él llama mi atención. Tawny ha abierto la puerta. Apoyada en el marco, nos observa divertida. Verla me da las fuerzas que necesito para alejarme.

—No, Colton —le respondo con firmeza—. Esto es cosa tuya. —Cierro los ojos y respiro hondo para intentar tragarme las lágrimas. Se me entrecorta la respiración y me tiembla la barbilla porque voy a hacer lo que debería haber hecho la noche que nos conocimos—. Adiós —susurro con la voz



tomada por las emociones y los ojos anegados de lágrimas.

El corazón rebosante de amor no correspondido.

—¿Me estás dejando?

La pregunta es una súplica desgarradora que se me cuele en el alma y me oprime. Sacudo la cabeza con tristeza mientras miro al niño perdido que hay dentro del chico malo que tengo delante. Vulnerabilidad recubierta de rebeldía. ¿Tendrá idea de lo irresistible que está ahora mismo? ¿De lo maravilloso, empático, generoso y apasionado que es? ¿De todo lo que tiene que ofrecerle a otra persona, en una relación, si consiguiese derrotar a sus demonios y dejara entrar a alguien?

¿Cómo puedo pensar en eso ahora mismo? ¿Cómo puedo preocuparme por el daño que le hará que lo deje cuando delante y a mis pies tengo la devastadora evidencia?

Muevo los ojos frenéticamente mientras su pánico asume el control. El dolor es insoportable. Hacerle daño. El daño que él me ha hecho. Alejarme del hombre que amo, a pesar de haber creído que nunca volvería a sentir con esta intensidad. Alejarme del hombre que ha subido el listón para todos los que vengan detrás. Se me encoge el pecho mientras intento controlar las emociones. Necesito irme. Necesito llegar al coche.

En vez de eso, avanzo hacia él, la droga a la que soy adicta. Abre los ojos cuando levanto la mano y le acaricio la mandíbula y sus perfectos labios. Cierra los ojos al sentirme y cuando los abre percibo la devastación en ellos. Algo me comprime en el pecho al verlos. Me pongo de puntillas y lo beso en los labios para probar su sabor una última vez. Sentirlo por última vez. Un último recuerdo.

Un último grito en mi corazón destrozado.

Se me escapa un gemido mientras doy un paso atrás. Sé que este será nuestro último beso.

—Adiós, Colton —repito y me empapo de todo lo que ya es por última vez para atesorarlo en la memoria. Mi As.

Me doy la vuelta y avanzo a trompicones por el camino, cegada por las lágrimas. Pronuncia mi nombre y lo ignoro, hago caso omiso de su petición para que vuelva, para que intentemos arreglarlo. Obligo a mis pies a avanzar hasta el coche. Porque si esta vez lo arreglamos, con Colton siempre habrá una próxima.

—Pero, Rylee, te necesito...

La desesperación de su voz quebrada me hace frenar. Me deshace. Hace estallar las partes que quedaban de mí que aún no estaban rotas. Las lágrimas me queman. Porque a pesar de todo lo que no es, hay mucho más que sí. Sé que me necesita tanto como yo a él. Lo noto en su voz. Lo siento en el alma. Pero necesitar ya no es suficiente para mí.

Miro el suelo que tengo delante y niego con la cabeza. Incapaz de darme la vuelta para enfrentarme a él porque no sería capaz de alejarme si lo miro a los ojos. Me conozco bien, pero no puedo perdonar esto. Cierro los ojos y, cuando hablo, no reconozco mi propia voz. Es fría. Carente de toda emoción. Cauta.

—Deberías haberlo pensado antes de necesitarla a ella.

Me obligo a moverme mientras Colton jadea detrás de mí. Abro la puerta y me meto en el coche justo antes de sucumbir a las lágrimas y al dolor insoportable. Entonces me doy cuenta. He estado muy sola en los últimos dos años. Hasta ahora, que tengo que alejarme de Colton, no me había dado cuenta de que él ha sido el único capaz de llenar ese vacío.

El único que ha hecho que vuelva a sentirme completa.

Me quedo un rato sentada, quieta, con las emociones a flor de piel y el corazón roto mientras todo mi mundo se desploma a mi alrededor. Cuando me tranquilizo lo suficiente para conducir sin tener un accidente, arranco el coche. Me alejo del bordillo. Colton sigue allí, de pie, y me observa a través del espejo retrovisor con una mirada herida y llena de arrepentimiento.

Me obligo a alejarme. A apartarme de él. De mi futuro. De las posibilidades que creí que se harían realidad. De todo lo que nunca quise, pero sin lo que ahora no sé cómo sobrevivir.

## Capítulo 32

**G**olpeo el pavimento con los pies al ritmo de la música. Las letras llenas de furia me ayudan a aliviar un poco la angustia, pero no toda. Giro la última esquina para llegar a mi casa. Ojalá pudiera seguir corriendo y dejarla atrás, junto a todos los recuerdos de él.

Pero no puedo. Hoy es un gran día. Los peces gordos de la empresa vienen de visita y tengo que presentar los detalles finales del proyecto y montar el espectáculo que Teddy tiene en mente.

Me he dedicado a fondo a preparar esta reunión. He apartado, o al menos lo he intentado, la imagen de la cara de Tawny que me atormenta. He intentado acallar con trabajo la voz de Colton que me suplica y jura necesitarme. He intentado olvidar cómo el sol se reflejaba en aquel envoltorio plateado. Las lágrimas me vienen a los ojos, pero me las trago. Hoy no. Hoy no puedo hacerlo.

Recorro trotando el último par de pasos hasta el porche y me entretengo con el iPod para pasar por alto el nuevo ramo de dalias que hay junto a la entrada. Abro la puerta, arranco la tarjeta sin mirar las flores y la lanzo al plato del mueble del recibidor rebosante de montones de sobres idénticos sin abrir.

Suspiro, ya en la cocina, y arrugo la nariz por el olor empalagoso del exceso de flores no deseadas que hay repartidas por la casa. Me quito los auriculares y voy a por agua a la nevera.

—¿El teléfono?

La voz enfadada de Haddie me sobresalta.

—¡Joder, Had! ¡Me has dado un susto de muerte!

Me mira con los labios apretados mientras bebo, ha cambiado su habitual semblante alegre por una expresión molesta.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho ahora?

—Perdóname por preocuparme por ti —dice con sarcasmo y una mirada irónica—. Has estado fuera más de lo normal. Es irresponsable salir a correr sin llevar el móvil.

—Necesitaba despejarme. —Mi respuesta solo consigue acentuar su irritación—. Me llama y me escribe constantemente. Tenía que escapar del teléfono. —Señalo la ridícula cantidad de arreglos florales—. De esta casa que huele como un puñetero velatorio.

—Es un poco ridículo —concede y arruga la nariz. Suaviza el gesto al mirarme.

—Es agotador —murmuro y me siento en la mesa de la cocina para desatarme las zapatillas.

Entre el ramo de flores diario acompañado de una tarjeta que nunca abro y los numerosos mensajes de texto que borro sin leer, no hay manera de que entienda que he terminado con él. Del todo. Lo he superado.

A pesar de hacerme la fuerte cuando digo estas palabras, por dentro estoy destrozada. Unos días son mejores que otros, pero esos otros, son devastadores. Sabía que sería difícil de superar, pero no creí que tanto. Añade el hecho de que no me deja tranquila. No he hablado con él, no lo he visto, no he leído sus mensajes ni sus tarjetas, ni he escuchado los mensajes de voz que se me acumulan en la memoria del teléfono, pero se mantiene implacable con sus intentos. La persistencia con la que lo intenta me indica que la culpa debe de estar devorándolo vivo.

He aceptado que se acabó, pero mi corazón no. Si me rindo y leo alguna de las tarjetas o escucho alguna de las canciones que menciona en sus mensajes para indicar cómo se siente, no creo que pueda mantenerme firme. Escuchar su voz, leer sus palabras, ver su cara, cualquiera de esas cosas derrumbaría el castillo de naipes que he empezado a reconstruir alrededor de mi corazón.

—¿Ry?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Miro a mi mejor amiga e intento mantener la compostura para que no descubra mi falsa seguridad. Me muerdo el labio inferior para contener las lágrimas que amenazan con volver. Sacudo la cabeza y me las trago.

—Sí. Estoy bien. Me tengo que ir a trabajar.

Me levanto y paso a su lado, desesperada por evitar una de las charlas motivacionales de Haddie Montgomery. No soy lo bastante rápida. Levanta la mano y agarra mi brazo con firmeza.

—Ry, puede que no... —Se calla cuando la miro.

—No quiero hablar de ello. —Le aparto la mano y camino hacia el dormitorio—. Llego tarde.

\*\*\*

—¿Todo listo?

Miro a Teddy de reojo mientras repaso una última vez la presentación de Power Point en la pantalla de la sala de conferencias y me aseguro de que mi sonrisa inspire confianza. Si Teddy ha escuchado los rumores, no puedo dejar que note nada raro entre Colton y yo. Si lo hace, empezará a preocuparle que podamos perder la financiación.

—Por supuesto. Estoy esperando que Cindy termine de imprimir las copias del programa para ponerlos encima en las carpetas.

Entra en la habitación mientras recoloco un diagrama en un caballete.

—Seguro que has notado que he añadido un par de cosas. No afecta a tu parte, pero...

—Teddy, es tu reunión. Seguro que lo que hayas añadido está bien. No tienes que consultarme los cambios.

—Lo sé, ya lo sé —dice y mira la diapositiva que hay en la pantalla—, pero es tu bebé el que vamos a presentar a los peces gordos.

Le sonrío con sinceridad.

—Y haré que se pongan en marcha. Tengo las actualizaciones, las proyecciones de presupuestos, los horarios estimados y todo lo relacionado con el proyecto actualizado y listo para la presentación.

—Se trata de ti, Ry. No estoy preocupado. Nunca me has fallado. —Me devuelve la sonrisa y me da una palmadita en la espalda antes de mirar el

reloj—. Llegarán en cualquier momento. ¿Necesitas algo antes de que baje a recibirlos?

—No se me ocurre nada.

Cindy pasa junto a Teddy al entrar en la sala de conferencias.

—¿Quieres ver los programas primero o prefieres que los deje directamente en las carpetas?

Echo un vistazo al reloj y me doy cuenta de que se me echa el tiempo encima.

—Déjalos sobre las carpetas, me ayudaría mucho. Gracias.

Recojo el desastre que he montado, vuelvo a la primera diapositiva de la presentación y salgo de la sala de conferencias para dejar las cosas que no necesito en el despacho. Entonces, oigo la voz de Teddy por el pasillo. Empieza el juego.

—Aquí la tenéis —dice con su potente voz que retumba en los pasillos de la oficina.

Me paro, con las manos llenas de cosas y sonrío amablemente a los hombres trajeados.

—Caballeros. —Asiento con la cabeza como saludo—. Me alegro mucho de que hayan venido. Me muero de ganas de ponerles al día sobre el proyecto y recibir sus impresiones. —Bajo la vista a mis manos cargadas y continúo—: Solo necesito un minuto para dejar todo esto y volveré enseguida.

Salgo disparada hacia mi despacho, lo tiro todo encima de la mesa y compruebo mi aspecto antes de volver a la sala de conferencias. Entro justo cuando Teddy se dispone a dar la bienvenida al grupo sentado ante él. Para no interrumpirle, me siento en el primer sitio libre que hay al frente de la enorme mesa rectangular, sin mirar al resto de participantes.

Teddy divaga sobre las expectativas y cómo las superaremos mientras coloco los papeles que tengo delante. El programa está arriba del todo y lo ojeo distraída, pues me lo conozco como la palma de la mano. Entonces me paro a revisar uno de los cambios que ha añadido Teddy. Justo debajo de mi franja horaria, las palabras «Empresas CD» mancillan la página.

El corazón se me para y se me acelera al mismo tiempo. Se me corta la respiración y empiezo a marearme. ¡No! Ahora no. No puedo hacer esto ahora. Esta reunión es demasiado importante. No puede estar aquí. El pánico

me arrolla. La sangre se me sube a la cabeza y ahoga la voz de Teddy. Dejo el papel despacio sobre la mesa y pongo las manos en el regazo, esperando que nadie se dé cuenta de cómo me tiemblan. Bajo la cabeza y cierro los ojos para intentar acompasar la respiración. ¿Cómo he podido ser tan idiota y asumir que no estaría aquí? Después de todo, son su donación y su programa de patrocinadores las razones por las que estamos aquí a punto de poner todo en marcha. Me he centrado tanto en evitarlo y ponerme enferma, convenientemente, en las fechas de ciertos eventos a los que se supone que tenía que asistir, que ignoré por completo la posibilidad de que estuviera hoy aquí.

A lo mejor no ha venido. Eso significaría, claro, que seguramente sea Tawny la que esté aquí sentada. No sé qué sería peor. Cuando ya no lo aguanto más, respiro hondo y levanto la vista para repasar a los ocupantes de la habitación.

Inmediatamente conecto con sus ojos verdes que me miran únicamente a mí. El castillo de naipes se derrumba y me quedo sin aire en los pulmones cuando lo veo. Da igual lo mucho que me esfuerce por apartar la vista, es como un accidente de coche: no puedo evitar mirar.

Solo porque conozco muy bien su cara, percibo las sutiles diferencias de su aspecto. Tiene el pelo más largo y le ha vuelto a crecer la barba. Tiene unas leves manchas oscuras bajo los ojos y se le ve algo descuidado para ser un hombre que siempre va perfecto. Le recorro el maravilloso rostro con los ojos y me veo atraída de nuevo a los suyos. Entonces me doy cuenta de que la habitual chispa traviesa de su mirada ha desaparecido. Parecen perdidos, incluso tristes, como si me suplicasen en silencio. La mandíbula le palpita en un tic nervioso y endurece la intensidad con que me mira. Aparto los ojos, no quiero entender las palabras que calla pero que transmite.

Después de lo que hizo, no se merece ni que lo mire. Cierro los ojos un instante y parpadeo para hacer desaparecer las lágrimas que empiezan a formarse mientras me recuerdo que tengo que mantener la calma. Tengo que mantener la compostura. A pesar de lo que me digo, el recuerdo de Tawny vestida solo con la camiseta de Colton me viene a la cabeza. Tengo que tragarme la punzada de dolor que siento en el estómago y contener las ganas de salir de la sala. La sorpresa de encontrarlo aquí deja paso a la rabia. Esta es mi oficina, mi reunión, no puedo dejar que me afecte. Al menos, tengo

que fingir que no lo hace.

Aprieto la mandíbula y me deshago de mi desgracia mientras la voz de Teddy se hace oír poco a poco por encima del zumbido de mi cabeza. Acaba de presentarme y me levanto con piernas temblorosas para dirigirme al frente de la sala, demasiado consciente del peso de la mirada de Colton.

Una vez llego a la parte delantera, agradezco haber ensayado la presentación tantas veces. La voz se me quiebra al empezar, pero poco a poco recupero la confianza y continúo. Me aseguro de mirar a los ojos de todos los hombres trajeados, así como de evitar una mirada en particular. Canalizo el dolor y la ira que siento por lo que hizo, y por el mero hecho de que esté aquí, para potenciar el entusiasmo por el proyecto. Hablo de Empresas CD y de la grandiosa contribución que han hecho, pero no lo miro ni una vez. Cuando acabo la presentación, de manera sutil y concisa, sonrío a los asistentes. Contesto algunas preguntas y luego vuelvo a sentarme, al mismo tiempo que Colton se levanta y se dirige al frente de la sala.

Jugueteo con los papeles que tengo delante mientras Colton se presenta. Me maldigo por haber llegado a la reunión en el último minuto y haberme sentado tan próxima a la cabecera. Está tan cerca que su olor a limpio y a madera empalaga el aire y se me pega a la nariz, evocándome recuerdos del tiempo que pasamos juntos. Tengo todos los sentidos en alerta y daría cualquier cosa por salir de aquí.

Es una tortura tener a menos de un metro de distancia a la persona que quieres sin entender por qué, que deseas con desesperación, que odias hasta la médula y que te hace daño de manera inconmensurable, todo al mismo tiempo.

Garabateo en los papeles distraída para abstraerme del tono raspado de su voz y de la atracción que siento hacia él. Me muero por mirarlo y estudiarlo, de buscar una explicación a lo que hizo, pero sé que nada me borrará de la cabeza la imagen de aquel día.

—En colaboración con Cuidados Corporativos, Empresa CD ha hecho todo lo posible para asegurar el mayor número de donaciones. Hemos llamado a todas las puertas, pedido cientos de favores y respondido a todas las llamadas. Todos reciben la misma atención. No hemos pasado a nadie por alto, como sí nos ha pasado en proyectos anteriores; pues a menudo, cuando menos te lo esperas, aparece alguien a quien originalmente habías descartado



y resulta ser quien termina inclinando la balanza. A veces, aquel que asumimos que sería intrascendente, acaba siendo quien marca la diferencia.

Lo miro de forma reflexiva cuando pronuncia la palabra que tanto significa para nosotros. A pesar del público, me mira fijamente como si esperase una reacción que le confirme que he captado la idea. Que todavía me importa. Y, por supuesto, he caído en la trampa. ¡Mierda! Sus ojos esmeraldas conectan con los míos y tensa la mandíbula mientras nuestras miradas se cruzan durante más tiempo de lo que se consideraría profesional, y el mensaje subliminal de su discurso se me graba en la mente.

Curva los labios en una disimulada sonrisa cuando aparta la mirada de la mía para continuar. Esa sonrisa, esa demostración de arrogancia que prueba que ahora sabe que todavía me afecta, me cabrea y me abruma a la vez. ¿O acaso intenta decirme que le importo? Estoy confusa. Ya no sé qué pensar.

Lo único que tengo claro es que me niego a ser esa chica a la que todos miramos y pensamos que es estúpida por volver una y otra vez con el tío que siempre la trata mal, le pone los cuernos una y otra vez, la controla y constantemente dice una cosa y luego hace otra. Tengo carácter y, por mucho que quiera estar con Colton, por mucho que lo quiera, me valoro lo bastante como para dejar que él o ningún otro tío me pisotee y anule mi autoestima. Solo tengo que seguir convenciéndome de ello mientras su voz me seduce los oídos, intenta arrastrarme de nuevo hacia él y refuerza su dominio sobre mí.

—Esa llamada telefónica llegó ayer a mi oficina. De ninguna manera hemos terminado con nuestros esfuerzos para recaudar fondos, pero con esa llamada inesperada, me complace anunciar que, además de los fondos ya prometidos por Empresas CD, otros dos millones de dólares han sido confirmados en donaciones para la realización de su proyecto.

Un jadeo colectivo resuena en la habitación ante la declaración de Colton. Las voces vibran por la emoción y el conocimiento de que nuestro proyecto por fin está financiado, que todo el trabajo duro ha servido de algo y cumpliremos el objetivo.

Dejo caer la cabeza en medio de la conmoción y cierro los ojos mientras la montaña rusa de sensaciones me zarandea con violencia. Ni siquiera puedo empezar a procesar el millar de emociones que me recorren. Por un lado, todos los esfuerzos que he hecho por los chicos se verán recompensados de

una manera monumental. Más niños se beneficiarán del programa y tendrán la oportunidad de convertirse en miembros destacados de la sociedad. Por otro lado, Colton es quien entrega esta victoria. ¡Menuda ironía! Que la única persona a la que quiero más que a nada en el mundo, pero con quien no puedo estar a nivel personal, me entregue todo lo que siempre he soñado a nivel profesional.

Por mucho que intente controlarme, las emociones me sobrepasan. Estoy abrumada. Oscilar entre el dolor, la rabia y la miseria es agotador. Se me cae una lágrima y me apresuro a limpiarla con el dorso de la mano mientras me tiemblan los hombros ante la amenaza de muchas más. El dolor de tener a Colton tan cerca y a la vez tan lejos es demasiado para mí. Todo está muy reciente. La herida aún está abierta.

Me he perdido tanto en mis emociones que me he olvidado de dónde estoy. Cuando vuelvo a la realidad, la sala está en silencio. Mantengo la cabeza gacha para intentar calmarme, cuando oigo la voz tranquila de Teddy.

—Esto significa mucho para ella. Lo ha dado todo por este proyecto, no podéis culparla de sentirse algo abrumada.

Oigo murmullos de comprensión y me siento aliviada de que mis compañeros hayan relacionado mi estado emocional con la alegría por las buenas noticias del proyecto y no como el resultado de mi locura personal. Fuerzo una sonrisa y miro al resto de personas de la sala a pesar de tener los ojos llenos de lágrimas. Me encuentro con la mirada de Teddy, que me observa con cariño y orgullo, y le sonrío con timidez, siguiendo la farsa. Lo que sea con tal de escapar de Colton.

—Si me disculpan, necesito un momento —susurro.

—Pues claro.

Me sonrío con amabilidad y lo mismo hace el resto de la sala, asumiendo correctamente que necesito un minuto para recomponerme, aunque no por las razones que creen.

Me levanto y camino tranquilamente hacia la puerta, asegurándome de dejar un buen espacio entre Colton y yo, y salgo al pasillo. Oigo a Teddy felicitar a todo el mundo y dar por terminada la reunión, pues ya no es necesario buscar una manera de asegurar el resto de la financiación. Acelero el paso para alejarme más de la sala de conferencias. Le hago un gesto con la mano a Stella para despedirme cuando me llama. Llego a mi despacho y

cierro la puerta justo antes de que se me escape el primer sollozo.

Dejo que las lágrimas rueden libres y me apoyo en la pared contraria a la puerta. He intentado ser fuerte y contenerlas durante muchos días, pero ya no puedo más. Estoy decepcionada conmigo misma porque todavía me importa. Disgustada porque aún quiero que piense en mí. Cabreada de que me afecte tanto. De que todavía consiga que el corazón se me pare a pesar de saber que recurrió a Tawny cuando las cosas entre nosotros sobrepasaron los límites estipulados.

Alguien llama a la puerta y lo ignoro, no quiero que nadie me vea en este estado. La persona al otro lado de la puerta insiste y trato de limpiarme las lágrimas, aunque sé que es inútil. No hay manera de esconder que he estado llorando. Levanto la cabeza cuando la puerta se abre y Colton entra. Cierra detrás de él y se apoya en la puerta.

Su presencia me deja de piedra. Domina el espacio. Una cosa es intentar superarlo cuando no es tangible, pero cuando lo tengo delante de mí, al alcance de la mano, es casi insoportable. Nuestros ojos se encuentran y la cabeza me funciona a toda velocidad mientras repaso todas las cosas que me gustaría decirle y todas las que temo preguntar. El silencio es tan espeso que se puede tocar. Los ojos de Colton dicen mucho, me preguntan, pero no sé cómo responder.

Se aparta de la puerta y da un paso hacia mí.

—Rylee —suplica.

—¡No! —exclamo, una defensa tranquila e inútil—. No —repito más convencida cuando da otro paso—. Aquí no, Colton, por favor.

—Ry... —Intenta tocarme, pero le aparto la mano.

—No. —Me tiemblan los labios al tenerlo tan cerca. Miro al suelo, donde sea menos a sus ojos—. Aquí no, Colton. No tienes derecho a venir a mi trabajo, entrar en mi despacho y quitarme el único lugar que me ha mantenido cuerda después de lo que me has hecho. —Se me quiebra la voz y una lágrima me rueda por la mejilla—. Por favor...

Le empujo el pecho e intento poner algo de distancia entre los dos, pero no soy lo bastante rápida y me agarra por las muñecas para sujetarme. La descarga eléctrica entre nosotros sigue ahí y me hace rechinar los dientes y contener más lágrimas.

—¡Basta! —escupe—. No soy un hombre paciente, Rylee. Nunca lo he

sido y nunca lo seré. Te he dado espacio, he aguantado que me ignores, pero estoy al borde de atarte a la silla y obligarte a que me escuches. Sigue así y lo haré.

—¡Suéltame! —Retuerzo las muñecas para liberarme, necesito romper la conexión.

—¡No me acosté con ella! —espeta.

—No me interesa conocer los detalles, Colton. —Tengo que pararlo. No puedo escuchar sus mentiras—. Dos palabras: condón usado. —Me siento orgullosa de mí misma por la firmeza de mi voz. Orgullosa de ser capaz de procesar un pensamiento mientras por dentro estoy hecha trizas.

—¡No pasó nada! —dice con brusquedad mientras camina por el reducido espacio del despacho—. ¡Nada de nada!

—No soy una de las cabezas huecas con las que te sueles juntar, Colton. Sé lo que vi y...

—Me cago en la puta, mujer, ¡solo fue un beso! —Su voz llena la estancia.

Y me vacía el corazón.

Me obligo a tragar. A olvidar lo que acaba de decir.

—¿Cómo? —pregunto, incrédula, mientras él se agarra el cuello con una mueca de arrepentimiento—. Primero, juras que no ha pasado nada. Ahora dices que solo un beso. ¿Qué será lo siguiente? ¿Se te olvidó que, por accidente, le metiste la polla hasta el fondo? La historia va cambiando, ¿se supone que tengo que creer que ahora dices la verdad? —Me río, histérica y dolida a la vez—. La última vez que lo comprobé, no hacía falta un condón para besar a alguien.

—No es más que un malentendido. Estás sacando las cosas de quicio y...

Alguien llama a la puerta y los dos nos sobresaltamos. Tardo un segundo en recuperar la voz y sonar serena.

—¿Sí?

—Teddy te necesita en cinco minutos —dice Stella tímidamente a través de la puerta.

—Vale, ahora voy. —Cierro los ojos y me resigno a seguir siempre en este estado de rabia y dolor.

Colton se aclara la garganta, debatiéndose entre alargar esta situación o

dejar que conserve la dignidad en el trabajo. A regañadientes, asiente con la cabeza, derrotado.

—Me marchó, Rylee. Pero no voy a dejar que te escapes de esto, de nosotros, hasta que me escuches. No se ha acabado, ¿entendido?

Lo miro, lo echo de menos con desesperación, pero no puedo superar que después de declararle mi amor se lanzase a los brazos de otra. No puedo soportar la historia cambiante de lo que pasó entre Tawny y él. Asiento con la cabeza y el pánico revolotea a través de mí cuando me doy cuenta de que, por mucho que necesite espacio, una parte de mí se siente aliviada al saber que voy a volver a verlo. Es un pensamiento estúpido teniendo en cuenta que verlo me revuelve el estómago y hace que me duela el corazón, pero no puedo deshacerme de la adictiva nube de amor.

Con lágrimas en los ojos me preparo para ir al encuentro de Teddy. Colton se inclina y me da un beso en la parte superior de la cabeza. Un escalofrío me recorre la columna vertebral a pesar de que mi primera reacción es apartarme.

Me sujeta la cabeza contra sus labios para que no pueda escapar.

—Tenía que verte, Rylee. Moví cielo y tierra para conseguir a este patrocinador, para poder llamar a Teddy y pedirle que me dejara anunciarlo hoy. —Se me corta la respiración. Siento como traga saliva mientras me ahogo en él a pesar del dolor que me está causando—. Me está matando que no hables conmigo, que no me creas, y no sé qué hacer con mis sentimientos. —Hace una pausa, pero mantiene la mejilla contra mi cabeza, sé que abrirse así es difícil para él—. Todavía te siento, Rylee. Tu piel. Tu sabor. Tus labios al sonreír. Tu olor a vainilla. Tu risa... estás en todas partes. Eres lo único en lo que pienso.

Con esas palabras de despedida, se da la vuelta, sale del despacho y cierra la puerta detrás de él sin mirar atrás. Estoy a punto de seguirlo. Estoy a punto de ceder a la tentación de llamarlo y olvidarme de las promesas que me hice a mí misma hace mucho tiempo sobre lo que me merezco en una relación. El recuerdo de Tawny en su puerta me golpea de nuevo y me ayuda a recuperar la determinación.

Exhalo despacio e intento recuperar la compostura porque sus palabras me han dejado destrozada. Es lo que necesitaba escuchar semanas atrás. Lo que necesitaba que hubiera respondido al decirle que le quiero. Pero ahora no

sé si es demasiado tarde. El corazón me dice que no, pero la razón me dice que sí, porque trata de proteger mis vulnerables sentimientos.

Después de unos minutos, dejo de temblar y me retoco el maquillaje para asistir a una reunión más pequeña con los peces gordos de la empresa. Durante la reunión, me llega un mensaje y rápidamente agarro el teléfono para no interrumpir la conversación. En un vistazo rápido, leo el breve mensaje de Colton:

«*Sad*, Maroon 5. Besos, Colton».

Conozco la canción. Un hombre habla de los dos caminos que tiene una relación y admite que eligió el equivocado. Que nunca dijo las palabras que ella necesitaba escuchar. Que se daba cuenta ahora que la había perdido.

Me concedo una pequeña victoria al saber que está afectado por el giro de los acontecimientos, pero no me siento bien. Esta situación está lejos de lograr que me sienta bien.

No me gusta desear que sufra tanto como yo. Me odio a mí misma por hacerlo incluso aunque me haya hecho daño. Sobre todo, odio que me haya hecho sentir de nuevo, porque ahora mismo me gustaría poder volver a apagar los sentimientos.

Ignoro esos pensamientos y me pregunto por enésima vez si realmente me echa de menos o solo intenta reparar su frágil ego después del rechazo.

De todos modos, ya es mayorcito y tiene que asumir las consecuencias de sus actos. Dice que no pasó nada, pero es difícil de creer cuando los vi vestidos con ropa a juego, cada uno una prenda del mismo conjunto.

Consecuencias. Estoy segura de que es una palabra que nunca ha tenido que asumir antes. No pensaba responder, pero al final lo hago.

«*I Knew You Were Trouble*, Taylor Swift».

## Capítulo 33

—¿Vas a seguir sin hablar con él?

—Sí. —Vuelvo a dejar la Xbox en el estante al recordar que Shane ya tiene una.

—¿Es todo lo que vas a decir?

—Sí. —Frunzo las cejas, indecisa, mientras repaso los posibles regalos que quiero comprar en el hipermercado.

—¿Vas a responder algo que no sean monosílabos?

—Eh... —Me paro a pensar—. ¿Qué se le compra a un chico que cumple 16 años?

—A saber. Ya veo que ahora te da por fingir que no pasa nada, pero eres tonta si crees que vas a conseguir mantenerte lejos de él en la carrera.

—Lo he hecho bastante bien desde ayer. Tengo suficientes razones para evitarlo.

Me encojo de hombros, no me apetece mucho tener esta conversación con Haddie. Solo quiero comprar el regalo de Shane, volver a casa y darme una ducha antes de empezar el turno y la fiesta de cumpleaños.

Haddie suspira, frustrada, pero la ignoro.

—Ry, tienes que hablar con él. Eres muy desgraciada. Tú misma dijiste que te juró que no había pasado nada.

Resoplo.

—Eso es lo que dice —espeto y me giro hacia ella. Con la voz fría como resultado de sus constantes intrusiones para ver cómo lo llevo—. Ponte en mi lugar. Digamos que vas a hablar con el tío con el que sales y una imbécil

de piernas kilométricas, una que te ha dejado claro más de una vez que desea a tu hombre, abre la puerta. Por la mañana. Vestida solo con una camiseta suya. Claramente sin sujetador. Entonces tu novio se dispone a ver quién es, abrochándose el pantalón, dejando claro que hace un momento estaba desnudo. Comprendes que es muy probable que la imbécil de piernas kilométricas lleve puesta la camiseta que falta en el pecho desnudo de tu novio. Le preguntas al novio en cuestión qué cojones pasa y ves cómo busca una manera de explicártelo. —Vuelvo a dejar otro juego en el estante—. Te niega que haya pasado nada y entonces se le cae del bolsillo el envoltorio abierto de un condón. Sigue negando que haya pasado algo. Creo que las palabras exactas fueron «nada de nada», pero presionas un poco y, ¡vaya!, se le escapa que hubo un beso. Solo un beso. Te garantizo que, si sigo presionando, saldrán más cosas a la luz. ¡No pasó nada, mis cojones!

—Es posible que haya una explicación... —Empieza, pero se detiene cuando la fulmino con la mirada.

—Eso pensé yo.

—Es que odio verte así. —Ladea la cabeza y frunce los labios—. Lo entiendo, de verdad, pero no sería una buena amiga si me quedase mirando sin decir nada cuando cometes un error. Creo que estas tan enfadada por lo que pasó, y con razón, que los árboles no te dejan ver el bosque. Tienes que hablar con él y escucharlo. Después de todo, no deja de perseguirte sin descanso.

Levanto las cejas, alterada, perdiendo la paciencia.

—Se siente culpable —musito mientras sigo buscando un regalo.

—Es posible —concede—, pero también puede ser que lo hayas acusado de algo que no ha hecho. —Levanto la vista del iPod y sus accesorios y la miro a los ojos. Me pone una mano en el brazo—. He visto cómo te mira. Estoy siendo testigo de su incansable intento por llamar tu atención. Joder, ha pasado por casa tres veces en la última semana para intentar que le escuches. No voy a seguir mintiendo y diciendo que no estás en casa. Sé que te da miedo dejarlo volver, pero creo que ese miedo es sano. Está loco por ti, igual que tú por él. No lo olvides.

La miro un instante y me vuelvo hacia el expositor, necesito un segundo para digerir lo que acaba de decir la persona que me conoce mejor que nadie.

—Lo pensaré —es todo lo que respondo—. ¿Me he perdido algo? ¿Por



qué pones tanto empeño en esto cuando eres la reina de pasar al siguiente tío cuando comete la más mínima transgresión? No lo entiendo.

—Porque te hace feliz. Te desafía. Te hace salir de tu zona de confort. Hace que vuelvas a sentir algo, bueno y malo, pero al menos sientes. ¿Cómo no voy a hacerlo si en el poco tiempo que habéis estado juntos has vuelto a la vida? —Echa una caja de cereales al carro—. Sé que se supone que tengo que estar de tu lado al cien por cien porque eres mi mejor amiga, pero mantengo la esperanza.

Trato de dejar que sus palabras calen hondo.

—No viste lo que yo, Haddie. Seamos sinceras, las palabras no significan nada. En un momento dice no pasó nada y al siguiente que solo fue un beso, pero ¿sabes qué? Algo sí pasó y no me refiero solo entre él y Tawny. Le dije que lo quería y él salió corriendo a los brazos de otra. —Se me quiebra la voz en las últimas palabras, la determinación se me resquebraja—. Entiendo que tenga problemas a causa del pasado, lo entiendo. Una cosa es darse un tiempo para aclararse, pero ¿irse con otra? Es inaceptable.

—Nunca te he visto ser tan dura con nadie. No darle el beneficio de la duda. Por lo que has dicho, parece tan miserable como tú.

—Hemos terminado —digo y me refiero a algo más que a las compras. Ya no quiero escuchar cómo simpatiza con Colton. Pongo los ojos en blanco mientras se para delante del carro para bloquearme.

—Un hombre como Colton no va a esperar siempre —advierte—. Tienes que averiguar lo que quieres porque corres el riesgo de perderlo. A veces, cuando quieres a alguien, tienes que hacer y decir cosas que nunca creíste que harías, como perdonar. Es una mierda, pero así son las cosas. —Se aparta a un lado y me mira a los ojos—. Hay una línea muy fina entre ser cabezota y ser estúpida, Rylee.

Doy un bufido por toda respuesta y paso a su lado empujando el carro, pero sus palabras consiguen el efecto deseado. Dejo escapar un largo suspiro mientras lucho por contener las lágrimas y las imágenes que me llenan la memoria. Me esfuerzo por averiguar dónde está la línea exactamente. ¿Puedo abrirme y escuchar las explicaciones de Colton cuando existe una posibilidad real de creer lo que diga? ¿En qué parte de ese proceso me convierto en estúpida, ya sea por perdonarlo o no perdonarlo? ¿Estoy dispuesta a dejar que el hombre que quiero se marche por una cuestión de principios?

Es un dilema sin solución y estoy harta de pensar en ello y obsesionarme. Puesto que a partir del jueves voy a estar con él y con su equipo en San Petersburgo, creo que voy a tener más que tiempo suficiente de obsesionarme con esto. Ahora mismo, solo quiero comprar el regalo de Shane e ir a disfrutar de la fiesta sin la complicación de la presencia de Colton.

¡Mierda! Estoy siendo una cobarde y lo sé, pero me da mucho miedo perdonar y volver a terminar herida. Dejarme atrapar en el tornado que es Colton y estar de nuevo destinada a un suicidio emocional. Me expuse por completo y él me masticó y me escupió, tal como dijo Tawny que haría. Pero ¿y si Haddie tiene razón? ¿Y si la estoy cagando? ¿Y si no lo hizo?

Perdida en mis pensamientos, levanto la vista y veo el último número de *People*. Ahí está, la causa real de mi miseria y mi esquizofrénico estado emocional, adornando la portada de la revista. Una simple foto de él y Cassandra Miller juntos en una fiesta.

La punzada de dolor es como un rayo y me esfuerzo todo lo que puedo para recuperarme con rapidez. Por desgracia, he mejorado mucho en ello en los últimos días.

—¿Tan miserable como yo? —le pregunto a Haddie, con la voz teñida de sarcasmo. Trato de apartar los ojos, pero no me hacen caso. Se empapan de cada detalle de la imagen—. Sí que se le ve sufriendo.

Haddie suspira, exasperada.

—Ry, era un acto de caridad. Al que se suponía que irías con él, si mal no recuerdo y el titular dice que acudió solo.

Trago el nudo que se me forma en la garganta. Ya es bastante malo pensar en él con Tawny, pero ahora también tengo que sacarme a Cassie de la cabeza.

—Llegar solo e irse solo son dos cosas completamente diferentes — respondo con ironía y me obligo a dejar de mirar la portada.

—Ry....

—Déjalo, Haddie —le digo.

Sé que estoy siendo irracional, pero ya no me importa.

\*\*\*

Haddie y yo hablamos de todo menos de Colton mientras salimos de la tienda; dejamos a un lado la conversación anterior, sobre la que reflexionaremos más tarde. Salimos de la tienda con unos auriculares antiruido y una tarjeta de regalo de iTunes para Shane bajo el brazo. Estamos a pocos metros del coche cuando oigo:

—¿Disculpe, señorita?

Miro a Haddie antes de volverme hacia la voz a mis espaldas, y me siento agradecida de que Haddie pidiera acompañarme a hacer los recados. No hay nada más incómodo para una mujer que se le acerque un desconocido en un aparcamiento cuando está sola.

—¿Puedo ayudarle? —le pregunto al señor mientras se acerca.

Es de estatura media, lleva una gorra de béisbol que cubre parte del largo pelo castaño y los ojos escondidos detrás de unas gafas de sol oscuras. Parece completamente normal, pero aun así me incomoda. Algo en él me resulta familiar, pero sé que nunca lo he visto antes.

—¿Es usted...? No, no es posible —dice con una voz extremadamente chillona mientras sacude la cabeza.

—¿Perdón?

—Se parece a esa joven que salió en el periódico con los niños huérfanos y ese piloto de carreras. ¿Era usted?

El comentario me sorprende. Lo miro un momento pensando cómo responder y tratando de averiguar por qué habría de recordar ese artículo en concreto. Extraño, pero posible.

—Eh... sí.

Inclina la cabeza, y, a pesar de no verle los ojos detrás de las gafas, me da la sensación de que me recorre el cuerpo con la mirada y me pone nerviosa. Justo cuando estoy a punto de mandarlo a la mierda y meterme en el coche, habla de nuevo.

—¡Es un programa maravilloso! Solo quería hacérselo saber.

—Gracias —digo con aire ausente mientras me subo en el coche y suspiro aliviada cuando se aleja sin decir nada más.

Haddie me mira, preocupada.

—Espeluznante —murmura y no puedo quitarle la razón.

## Capítulo 34

— ¡Todavía no! —regaño a Shane cuando me suplica otra vez para abrir los regalos.

—Venga, Ry. —Me dedica su mirada más embaucadora—. ¿No puedo abrir solo uno?

—¡No! Nada de regalos hasta después de la tarta. ¡Primero tienes que pedir un deseo! —Sonrío mientras acabo de recoger la mesa—. Además, anoche ya abriste los regalos de tus amigos, cuando fuisteis al cine.

—Tenía que intentarlo —dice mientras se sienta en un taburete.

—¿Qué visteis?

Se le iluminan los ojos, como a cualquier chico normal de dieciséis años, al mencionar la noche de cine, con chicas, y me alegro de corazón. Es un rompecorazones y me hago una nota mental para pedirle a Jackson que no tarde mucho en tener la charla con él.

—Esa nueva peli de zombis. ¡Fue una pasada!

—Ajá... ¿Fue Sophie?

Se ruboriza al oír su nombre. Más vale que Jackson se dé prisa con esa charla.

Shane me cuenta los detalles de la noche, mientras el resto de los chicos están fuera con Dane, Bailey, Jackson y Austin, los demás cuidadores que van a ayudar con la celebración. Están decorando el patio para la fiesta, como siempre hacemos en el Hogar.

—¡Muy bien, estamos listos para el cumpleaños! —anuncia Austin al entrar en la cocina. Shane pone los ojos en blanco ante la idea infantil de una

fiesta de cumpleaños, pero sé que, en el fondo, y en secreto, disfruta del alboroto.

Salimos al patio donde hay serpentinas y globos colgados sin orden alguno, aunque con cariño. Es obvio que los más pequeños han ayudado a decorar. Hay una tarta en una mesa y en otra un montón de regalos. Shane sonrío y todos empiezan a aplaudir cuando sale por la puerta

Pasamos el rato y nos entretenemos con juegos infantiles de fiesta porque para estos chicos nada es una tontería. Se han perdido muchas tradiciones ridículas en la vida y queremos intentar que las vivan ahora. Después de ponerle la cola al burro, decidimos que es hora de la tarta.

—Porras, se me olvidaron los platos —me susurra Bailey mientras coloca dieciséis velas en la tarta.

—¡Voy a por ellos! —exclama Scooter.

—¡No! Ya voy yo —digo rápidamente mientras Bailey me mira extrañada—. Las cestas de Pascua están en el mismo armario —le susurro, no quiero que Scooter descubra por accidente el escondite secreto del conejito de Pascua. Ella sonrío y lo llama para que la ayude.

Me lleva un rato sacar los platos de la caja del garaje porque aprovecho para mover y volver a esconder las cosas de Pascua en un estante más alto; después, lo tapo con otros trastos para mejorar el escondite. Me encuentro con Austin en el pasillo que viene a buscarme cuando vuelvo a entrar a la casa desde el garaje.

—¿Todo bien? —pregunta y su acento inglés me hace sonreír. Su aspecto puede servir de ejemplo de la definición de atractivo: pelo rubio, piel dorada... y una novia muy seria a quien he acabado por considerar una amiga.

—Sí. —Sonrío.

Mientras cruzamos el salón y salimos por la puerta de atrás, me pasa el brazo por los hombros y me acerca a él para susurrarme al oído lo que le ha comprado a Shane mientras caminamos hacia el patio. Me río a carcajadas, me cuenta que le ha comprado un regalo de broma y luego otro de verdad, cuando me fijo en la fiesta. Aunque es completamente inocente, la boca de Austin me acaricia la oreja cuando me habla de sus regalos de cumpleaños secretos. Al levantar la cabeza me sorprende, acabo de encontrar la mirada de Colton al otro lado del patio.

El suelo sobre el que camino desaparece, el corazón se me para y me cuesta respirar. Sus comentarios y los de Haddie se mezclan dentro de mi cabeza y cada parte de mí se muere por estar con él. Quiero que desaparezcan las complicaciones, que las imágenes de él y Tawny se desvanezcan y volver al punto en el que estábamos cuando se afeitaba en mi baño con mi cuchilla rosa.

Por mucho que quiera volver a verlo, a pesar del dolor que me provoca, no soy capaz de perdonarlo. ¿Quién me promete que no volverá a pasar?

Me sostiene la mirada un momento y luego fulmina a Austin con sus ojos verdes, me parece que se fija especialmente en el brazo de Austin sobre mi hombro. Después se gira a hablar, de entre todos los presentes, con la becaria Bailey.

Sí, esa Bailey. La chica con la que sospecho que se enrolló antes de rescatarme de aquel armario la noche que nos conocimos. Colton sigue mirándome de vez en cuando, pero Bailey no se da cuenta de nada, está ocupada desplegando todos sus encantos. Se me revuelve el estómago al ver cómo le pone una mano en el brazo y le sonrío, sugerente.

—Alguien no se ha enterado —me susurra Dane al oído cuando Austin se marcha a ayudar a Ricky con algo relacionado con la fiesta.

—¿Qué?

—Bailey no se ha enterado de que Colton ya no está en el mercado.

—Que se lo quede —bufo y pongo los ojos en blanco cuando vuelve a mirar en mi dirección.

Dane me mira extrañado y me doy cuenta de que se me acaba de escapar que ya no estamos juntos. Me había guardado para mí lo ocurrido a propósito, no quería que nadie de la empresa se enterase de que Colton y yo estamos enfadados para que la información no llegase a Teddy. No ha sido difícil, ya que, de todas maneras nunca hablaba de ello, prefería dejar que los rumores volaran libres sin confirmar ni desmentir nada.

—Vaya, vaya. —Sonríe, siempre dispuesto a oír un buen cotilleo—. Problemas en el paraíso.

—Esa no es la palabra que usaría para describirlo —murmuro, incapaz de apartar la vista de Colton—. Más bien es un barco que se hunde sin tener chalecos salvavidas y con un montón de problemas a la espalda.

—Todos tenemos problemas, cielo. Qué pena que no sea de los míos, no

me importaría nada ocuparme de los problemas que pueda tener, le daría el biberón si hiciera falta, no sé si me entiendes. —Levanta las cejas, divertido.

—¡Serás cerdo! —Le doy un manotazo en el brazo, pero rompo a reír. No puedo evitarlo. Es la primera vez que me río con sinceridad en semanas, y siento de maravilla.

—Tengo la sensación de que en San Petersburgo va a haber fuegos artificiales y falta mucho para el 4 de julio —se burla.

Me entra la risa floja, la explosión de emociones reprimidas me viene en un momento de lo más inoportuno y varios de los chicos me miran como si se me hubiera ido la olla.

—Vale, venga, chicos —digo, intentando contener la risa—. Vamos a cortar la tarta.

Todos nos reunimos alrededor de la mesa, Shane se sienta delante de la tarta y encendemos las velas para cantar el cumpleaños feliz. La cara se le ilumina de emoción cuando cierra los ojos para pedir un deseo y me pregunto qué habrá pedido. Cortamos la tarta y cada uno disfruta de un trozo, así que entro un momento para sacar el helado del congelador y lavar el cuchillo. Cierro la puerta del congelador y me sobresalto al encontrarme a Colton en la cocina.

—¿Quién es el británico?

—¡Joder! ¡Qué susto!

Dejo la mano en el asa de la nevera, sin saber muy bien qué hacer mientras nos miramos sin decir nada. En las últimas semanas, a menudo he deseado retroceder en el tiempo hasta el momento en que dije esas tres palabras para no pronunciarlas, pero en este momento, al tenerlo delante, tan atractivo que hasta me duele, no creo que hubiera podido. Lo sigo queriendo. Y necesita que alguien se lo diga para que, en el futuro, sea capaz de mirar atrás y entender que lo merece. Lo que pasa es que no sé si estoy dispuesta a quedarme y aceptar el dolor que seguro le causará a la persona dispuesta a afirmarlo.

—Perdona. —Sonríe sin ganas y la sonrisa no llega a sus ojos. Por el contrario, reflejan irritación e impaciencia—. ¿Quién es? —exige, esta vez sin intentar ocultar el enfado—. ¿Está contigo? Desde luego se os ve muy a gusto. Sí que has tardado en pasar página.

La parte de mí que se alegró de verlo aquí esta noche se enfurece de

repente. ¿Quién coño se cree que es para acusarme de tener una cita? Si pensaba que esa era la manera correcta de empezar una conversación, está francamente equivocado.

—¿De verdad, Colton? —Pongo los ojos en blanco imitando las palabras de Shane, no me apetece lidiar ni perder tiempo tranquilizando el ego herido de Colton. Se queda ahí mirándome y, para no montar una escena, cedo a la pataleta de macho alfa.

—Es consejero aquí —siseo.

Ladea la cabeza y me mira, el músculo de la mandíbula le palpita y me traspasa con la mirada.

—¿Te lo has tirado?

—Eso no es asunto tuyo —bufo, cabreada, e intento pasar a su lado.

Me agarra del brazo para que no siga avanzando y mi hombro choca con su pecho. Siento cómo se le acelera el pulso y respira agitadamente mientras miro al frente.

—Todo lo que tiene que ver contigo es asunto mío, Rylee. —Resoplo con disgusto como única respuesta—. ¿Sí o no?

—Hipócrita. Al contrario que tú, As, no me da por tirarme a los que trabajan para mí.

Levanto la barbilla y lo miro a los ojos para que vea la rabia, el dolor y el desafío que siento. Hace una mueca de dolor que me da a entender que lo ha pillado. Nos quedamos así un rato, mirándonos.

—¿Qué haces aquí, Colton? —pregunto, finalmente, resignada.

—Shane me invitó a su cumpleaños. —Se encoge de hombros, me suelta el brazo y se mete las manos en los bolsillos—. No podía dejarlo tirado solo porque tú no quieras verme.

¿Qué contesto? ¿Cómo voy a enfadarme con él por estar aquí si ha venido por uno de los chicos?

—Y porque...

Se pasa la mano por el pelo y da un paso atrás mientras piensa qué decir a continuación. Suspira en voz alta y está a punto de hablar cuando Shane entra disparado en la casa.

—Esto... Vamos a abrir los regalos —anuncia después de mirarnos a los dos, con el ceño fruncido por la confusión mientras intenta adivinar de qué



va nuestra relación.

Suspiro, menos mal que me ha salvado, porque todavía no había conseguido decidir qué hacer. El corazón me dice que lo escuche, que entienda lo que pasó y después decida cómo seguir. Pero la cabeza me repite, una y otra vez: «Cua».

—¡Los regalos! —repito mientras salgo de la cocina y paso delante de Colton ignorando lo que iba a decir.

El entusiasmo de Shane es contagioso mientras abre los regalos. Los ojos le brillan de emoción y sonrío como un adolescente que se siente querido. Me quedo al margen de la multitud, observándolo todo y sintiéndome orgullosa por el gran trabajo que estamos haciendo con estos chicos. Es raro cuando, de pronto, te das cuenta de las cosas y ahora es uno de esos momentos. Me apoyo en la columna del toldo del patio mientras Shane levanta el último paquete y lo sacude mientras los más pequeños gritan intentando adivinar qué es.

Es una caja plana y rectangular que no había visto antes en la mesa. Con curiosidad, avanzo un paso para ver qué es. Shane arranca el papel y, al abrir la caja, cae una tarjeta. Le da la vuelta en la mano y, al no ver nada en el sobre, se encoge de hombros y lo abre. Abre los ojos de par en par y se queda con la boca abierta al leerlo. Levanta la cabeza y busca a Colton entre los invitados.

—¿En serio? —pregunta, incrédulo.

Siento curiosidad por saber qué pone en la tarjeta y miro a Colton mientras esboza una tímida sonrisa y asiente con la cabeza.

—En serio, Shane.

—¿Me estás jodiendo?

—¡Shane! —exclama Dane como advertencia, y Shane se ruboriza como siempre que lo regañan.

Colton suelta una carcajada.

—No, no lo hago. Sigue sacando buenas notas y te lo prometo.

Me muero por saber de qué hablan, así que salgo de entre las sombras y camino hasta Shane. Me enseña la tarjeta. Es una tarjeta de cumpleaños típica, pero lo que tiene escrito dentro me deja de piedra.

«¡Feliz cumpleaños, Shane! Cuando cumplí 16 años, recuerdo que me

moría de ganas por aprender a conducir, así que esta tarjeta vale por clases de conducir, conmigo. El coche lo elijo yo, (eso sí, el Aston Martin queda prohibido). Pásalo bien, colega. Colton».

Miro a Shane, que sigue alucinando porque un famoso piloto de carreras se haya ofrecido a enseñarle a conducir. Colton le ha hecho sentir lo que vale, se lo noto en la cara, y tengo que contener las lágrimas. No le ofrece algo material que podría comprar fácilmente, sino que le da algo mucho más valioso: tiempo. Alguien a quien admirar. Alguien con quien pasar el rato. Colton comprende perfectamente a estos chicos y lo que necesitan, sin embargo, no consigue entender lo que necesito yo y cómo me siento.

Shane se levanta, camina hasta Colton y le da la mano para agradecerse, luego le pasa la tarjeta a los demás para que lean lo que pone. Dejo de mirar a Shane y miro a Colton, que me observa en silencio. Muevo la cabeza intentando transmitirle mi aprobación por su buena elección. Me sostiene la mirada y, despacio, camina hasta mí. Me muerdo el labio inferior, dudosa. Dentro de mí se bate una guerra civil y ya no tengo ni idea de qué hacer. Colton me pone la mano en la parte baja de la espalda y el contacto me pone todavía más nerviosa. Su olor característico me inunda la nariz y separo los labios inconscientemente, deseando probar ese sabor que tanto echo de menos.

Se inclina y, por segunda vez en la noche, pregunta:

—¿Podemos hablar un momento? —Su voz grave me acaricia los oídos y el calor de su aliento me hace cosquillas en el cuello.

Retrocedo un paso para alejarme de él y pensar con claridad.

—No creo que sea una buena idea, el Hogar no es sitio para... —Me atraganto con las palabras.

—Me da igual. No llevará mucho —responde y me aleja de la actividad del patio. El corto aplazamiento me da tiempo para pensar. Racionalizar. Decidir—. Yo hablo. Tú escuchas. ¿Entendido?

Me giro hacia él y observo las líneas de su magnífico rostro medio ocultas por las sombras. El ángel que se debate entre la luz y la oscuridad. Respiro hondo para armarme de valor antes de hablar, mi indecisión se mezcla con sentimientos encontrados.

—Colton —empiezo antes de dejarlo hablar y, cuando veo la crispación en la cara, decido cambiar de táctica. Quiero intentar protegerme de más

sufrimientos a pesar de que el corazón me protesta por lo que estoy a punto de hacer—. No hay nada que explicar. —Me encojo de hombros y trago el nudo que se me forma en la garganta para que la mentira suene creíble—. Dejaste claro desde el principio lo que había ente nosotros. Confundí la atracción sexual con amor. —Entrecierra los ojos y abre la boca—. Un error típico de mujeres. El buen sexo no equivale a amor. Perdona por eso. Sé que no te gusta el drama, pero me he dado cuenta de que tienes razón. Nunca habría funcionado. —Aprieto los dientes, sé que esto es lo mejor y Colton me mira con expresión confundida—. Tampoco es que fuéramos exclusivos. Lo que hicieras con Tawny es cosa tuya. Puede que no me guste, pero es lo que hay, ¿no?

Si lo doy por perdido, puede que trabajar juntos se haga más fácil, a pesar de que en el fondo estar a su lado cuando todavía lo quiero será devastador. Joder, lo quiero con cada fibra del cuerpo, de una forma u otra.

No quiero recordar la mirada herida de sus cristalinos ojos verdes, así que me doy la vuelta para que no vea las lágrimas que empiezan a brotar de mis ojos ni como me tiembla la barbilla.

—Rylee, vuelve aquí.

Cierro los ojos cuando pronuncia mi nombre e intento parecer despreocupada cuando por fin encuentro fuerzas para hablar. Colton estira la mano y me agarra del brazo.

—Gracias por este tiempo. Fue real mientras duró.

Me libero de él y, cuando abro los ojos para irme, me doy cuenta de que Shane nos observa con cara de preocupación.

Colton maldice entre dientes mientras me marchó con la excusa de ir a limpiar. En vez de entrar en la cocina a lavar los platos, paso de largo y entro en la habitación de los cuidadores. Me siento en una de las dos camas iguales y apoyo la cabeza en las manos.

¿Qué acabo de hacer? Intento respirar con normalidad mientras el corazón y la cabeza no se ponen de acuerdo por lo que acabo de hacer. Me dejo caer sobre la cama y me froto los ojos mientras maldigo entre dientes para castigarme. Lllaman a la puerta suavemente y, antes de que me incorpore, Shane asoma la cabeza en la habitación.

—¿Rylee?

—Hola, colega. —Me siento y la sonrisa que pensaba que tendría que

forzar me sale con naturalidad al ver su expresión preocupada—. ¿Qué pasa? —pregunto y doy un golpecito en la cama a mi lado. Está claro que algo le ocurre.

Se acerca arrastrando los pies y se sienta a mi lado, con la vista gacha mientras no deja de mover las manos.

—Lo siento —musita.

—¿Por qué? —Normalmente se me da muy bien adivinar lo que piensan los chicos, pero esta vez me pilla desprevenida.

—Es que... estabas triste y como él te hace feliz... normalmente... Lo invité para que volvieras a estar feliz. Pero ahora estás triste y es por su culpa. Y yo... —Aprieta los puños y los dientes.

La incomodidad de Shane es evidente y entiendo lo que dice. Se me rompe el corazón al entender que ha invitado a Colton para intentar animarme sin saber que él era el causante de mi estado de ánimo últimamente. También me siento culpable porque está claro que he dejado que mi relación con Colton afectase a mi trabajo. Le agarro la mano y se la aprieto.

—No has hecho nada malo, Shane. —Espero a que me mire con los ojos del hombre en que se está convirtiendo, pero que aún reflejan al niño inseguro que lleva dentro—. ¿Por qué piensas que he estado triste?

Sacude la cabeza y se le empiezan a formar lágrimas en las comisuras de los ojos.

—Es que estabas... —Se para y espero a que termine el pensamiento que veo intenta acabar de formular—. Mi madre siempre estaba triste, siempre deprimida porque solo éramos dos. Nunca hice nada para ayudarla y entonces... —«Un día la encontraste muerta con los botes de pastillas vacíos junto a la cama», termino mentalmente—. Lo siento, solo quería mejorar las cosas, no sabía que era él quien las empeoraba.

—Mi dulce niño —digo y lo abrazo cuando una única lágrima le rueda por la mejilla.

El corazón se me encoge por el amor que siento por este chico, mucho mayor de lo que debería por culpa de razones incomprensibles, pero con un corazón tan puro que quería hacerme sentir mejor.

—Es una de las cosas más bonitas que nadie ha hecho por mí. —Me aparto y le sujeto la cara entre las manos—. Shane, tú y los demás de nuestra

pequeña familia sois quienes me hacéis feliz cada día.

—Vale. Bueno, puedo rechazar el regalo si te disgusta —se ofrece sin dudar.

—No seas tonto. —Le palmeo la pierna, conmovida por el gesto—. Colton y yo estamos bien —miento por una buena causa—. Es un tío. — Recibo una ligera sonrisa por el comentario a pesar de que con los ojos sigue expresando duda—. Además, piensa lo guay que será contarles a tus amigos que un piloto de carreras de verdad va a enseñarte a conducir.

Ensancha la sonrisa.

—¡Lo sé! ¡Será una pasada!

Todo vuelve a estar donde debería. Se levanta y camina hacia a la puerta, mi niño crece demasiado deprisa.

—Oye, Shane.

—¿Sí? —Se detiene junto a la puerta y se da la vuelta.

—Feliz cumpleaños, colega. Te fútbol más de lo que podrías imaginar.

Me dedica una sonrisa tímida y el pelo se le cae por la frente cuando sacude la cabeza y me mira.

—Ya tengo dieciséis. Podemos dejar todo eso del fútbol. —Se aparta el pelo de los ojos para mirarme—. Te quiero, Rylee —dice, se encoge de hombros como solo podría hacer un adolescente de dieciséis años, y se marcha.

Me quedo mirándolo un rato sin dejar de sonreír, con el corazón desbordado de cariño y lágrimas de alegría en los ojos.

## Capítulo 35

El precioso sol de Florida me sienta de maravilla en la piel y me alegra el espíritu. Hemos llegado un día antes a San Petersburgo así que he aprovechado al máximo el clima cálido y la espléndida piscina del hotel y club de golf Vinoy Resort: la base de operaciones de Empresas CD y Cuidados Corporativos durante los próximos días. No hay nada como relajarse al sol para recuperar fuerzas antes de que empiecen las tareas oficiales y el remolino que viviré a partir de mañana.

No es que me importe el horario ajetreado, de hecho, tengo muchas ganas de conocer a las personas que han ayudado a convertir el proyecto en una realidad y darles las gracias, el problema es que tendré que estar con Colton todo el tiempo para demostrar la unidad entre nuestras compañías. Hay sesiones de fotos y eventos para los patrocinadores, entre otras cosas, antes de la carrera del domingo.

Hago una mueca al pensar en el horario, o más bien en tener que estar cerca de Colton, puesto que conseguí evitarlo el resto de la noche de la fiesta de Shane y, por tanto, no cumplí la promesa de hablar con él. Mañana tendré lo que me merezco cuando lo vea, pero, por ahora, dejo que el sol me caliente la piel y me relajo.

Escucho *Stay*, de Rihanna, por los auriculares y la letra me resulta demasiado cercana. No quiero quemarme el primer día, así que recojo mis cosas y vuelvo a la habitación.

Entro en el ascensor vacío y justo cuando la puerta va a cerrarse, un grito rebota en las paredes de mármol del vestíbulo.

—¡Sujeta la puerta!

Una mano se cuele entre la pared y la puerta en movimiento, que empieza a retroceder al momento. Doy un grito ahogado cuando Colton, sudado e increíblemente atractivo, entra en el ascensor. En cuanto nuestras miradas se encuentran, le desaparece la chispa de los ojos.

Lleva un par de pantalones cortos de deporte ceñidos en la cadera y el torso desnudo. Está más moreno, sin duda a causa de entrenar bajo el sol, y el sudor le brilla en la piel. Sin poder evitarlo, repaso con la mirada las líneas marcadas de su abdomen, los diseños enrevesados de sus tatuajes y los restos de sudor que le caen por la V de la cintura que se le ve por encima de la ropa. Trago saliva al recordar el tacto de esas líneas y contengo las ganas de tocarlo al recordar lo que era sentirlo dentro. Levanto la mirada y me encuentro con sus maravillosos ojos verdes que me miran con una intensidad sombría.

¿De todos los ascensores del puñetero hotel, tenía que elegir este?

Esboza una sonrisa cautelosa mientras pasa al fondo del ascensor a mi lado. Sabe que me afecta.

—Me alegra saber que has llegado bien.

—Sí. —Me aclaro la garganta, me cuesta convertir los pensamientos en palabras con la tentación dolorosamente cerca—. Sí, todo bien. Gracias.

—Bien —dice sin apartarme la mirada.

La puerta empieza a cerrarse de nuevo y, cuando entra otro hombre, Colton corta el contacto visual conmigo y se coloca delante de él con los brazos extendidos en cruz.

—Lo siento, este ascensor está ocupado —afirma con un tono que no da lugar a discusión.

Intento protestar cuando la puerta se cierra, pero Colton se gira hacia mí con una mirada depredadora, al igual que su postura.

—Ni se te ocurra, Rylee —gruñe, acallándome mientras da un paso hacia mí. Hinchaba el pecho al respirar, no sé muy bien si por el ejercicio físico o por la proximidad conmigo. Su presencia dominante en un espacio tan pequeño me consume—. Esto termina ahora.

Da otro paso hacia mí, con la mandíbula tensa y los ojos implacables clavados en los míos después de recorrer mi torso cubierto solo por el bikini. El traje de baño parecía cubrirme más que suficiente cuando lo compré, pero

ahora, encerrada en el ascensor con Colton devorando cada curva de mi cuerpo, parece indeciblemente sugerente. Lo sé porque, aunque no me esté tocando, aunque esté herida y no quiera saber nada de él, mi cuerpo recuerda muy bien la pasión que es capaz de desatar dentro de mí con una simple mirada o una caricia con la lengua.

Me obligo a serenarme. A recordar lo que me hizo, pero es muy difícil cuando el aroma de su cuerpo después del entrenamiento inunda el espacio. El deseo resurge dentro de mí, provocándome dolorosos latigazos que solo él podría aliviar. La atracción que ejerce sobre mí es devastadora y ni siquiera se da cuenta.

—No es un buen momento, Colton.

Se ríe, pero su expresión no refleja ni un ápice de humor. Da un último paso hacia mí y al intentar retroceder choco con la pared del ascensor. Se inclina y apoya las manos a ambos lados de mi cabeza, atrapándome.

—Bueno, pues haz que lo sea, porque la verdad, me da igual. Esto termina aquí y ahora. No es negociable.

Se me corta la respiración, traicionando mi falsa confianza cuando su cuerpo se roza contra el mío. El calor de su piel pasa a la mía. Sus labios están apenas a unos centímetros de los míos. Todo lo que tengo que hacer es inclinarme para sentirlos. Volver a probarlos. Me doy cuenta de que es exactamente lo que busca. Quiere recordarme cuánto me atrae físicamente para que olvide lo que siento emocionalmente.

No es la mejor estrategia.

Lo deseo, no hay duda, pero no así. No cuando todavía quedan mentiras entre nosotros. No con el dolor de la decepción aún instalado en mi corazón.

Respiramos, con los ojos fijos en el otro, y me siento orgullosa de saber controlarme.

—Me parece que se te ha olvidado lo bien que estamos juntos —sisea, frustrado, cuando se da cuenta de que me resisto.

Ladeo la cabeza y lo miro.

—Es fácil de olvidar cuando Tawny abre la puerta de tu casa de putas vestida solo con tu camiseta, As —espeto y la última palabra coincide a la perfección con el timbre del elevador al llegar a su destino. Lo tomo como una señal, me escurro de entre sus brazos y salgo disparada por el pasillo mientras le oigo maldecir. Ya debería saber lo rápido que es, pero estoy



ocupada pensando en todo lo demás.

Escucho sus pasos detrás de mí mientras me peleo con la tarjeta de la habitación. Creo que ya estoy a salvo, pero cuando por fin consigo desbloquear la puerta, le da un manotazo abrirla de par en par. No me da tiempo ni a dar un grito ahogado antes de que me dé la vuelta y me estampe contra la pared con toda la fuerza de su cuerpo.

—Pues déjame que te lo recuerde —gruñe. Yo, en estado de *shock*, apenas registro las palabras, pero se me hunden en el subconsciente cuando sus labios reclaman los míos.

Es increíble cómo, a pesar del tiempo, a pesar del dolor, cuando conectamos, me siento en casa. Un hogar que actualmente está en llamas, pero un hogar, a fin de cuentas. Su boca invade la mía con posesión y sus manos exploran cada centímetro de mi piel expuesta. Masajean. Estimulan. Poseen. Me pierdo en su sabor, su toque, el gruñido grave que le sube por la garganta, la rigidez de su cuerpo contra el mío mientras enreda una mano entre mis rizos y tira de ellos hacia abajo para mantenerme prisionera durante este ataque que me nubla la mente.

Tardo un momento en conseguir ordenar los pensamientos entre el caos y la excitación que me ha provocado entre los muslos. Me debato para controlar el deseo que hace que me tiemblen las piernas. ¡Mierda! ¡Mierda!

—¡No! —Es un grito ahogado, pero un grito al fin y al cabo. Lo empujo por el pecho y separo su boca de la mía—. ¡No puedo! ¡Esto no arregla nada!

Nos quedamos mirándonos, respirando con dificultad y con la respiración acelerada, un claro indicio de que la química sigue ahí, mientras sigo notando su sabor en los labios. Me sujeta las muñecas con las manos para arrimarlas contra su pecho.

—Rylee...

—¡No! —Intento apartarlo de nuevo, pero tiene mucha más fuerza que yo—. No tienes derecho a hacer lo que quieras, cuando quieras.

—Joder, mujer, ¡me estás volviendo loco! —maldice.

—¿Por qué? ¿Por pillarte?

—¡Hay que hacer algo malo para que te pillen! —grita, me suelta las muñecas y se separa de mí con un expresión exasperada y frustrada—. ¡No pasó nada, joder! —El grito resuena en la habitación vacía y en las paredes de mi corazón roto.

—Un leopardo no cambia sus manchas, As.

—Tú y tus puñeteros patos y leopardos —bufa, luego me da la espalda y entra en la habitación, alejándose de mí.

—¡No olvides los burros!

—¡Eres de lo más frustrante y cabezota! —dice antes de volver a girarse hacia mí.

Me saca de quicio, cree que puede venir aquí y besarme para que me olvide de todo lo demás.

—Venga ya, ¿desde cuándo el infame conquistador, Colton Donavan, se resiste a una mujer medio desnuda? —espeto y avanzo un paso hacia él. El siguiente comentario lo digo cargado de sarcasmo—. Y pensar que fuiste lo bastante generoso como para ofrecerle tu camiseta. —Resoplo—. Con un historial como el suyo, seguro que también le ofreciste lo que tienes en los pantalones. Ay, perdona, sabemos que lo hiciste porque te aseguraste de ponerte el chubasquero. ¿Qué no pasó nada? ¿Qué solo fue un beso? ¿De verdad quieres que me crea eso?

—¡Sí! —grita, lo bastante alto para hacerme dar un respingo—. Igual que yo me tuve que tragar tu ridícula excusa en la fiesta de Shane. Era una mierda y lo sabes.

—¡No se te ocurra darle la vuelta a la situación! —chillo.

—¿De verdad piensas que lo nuestro era solo sexo? —pregunta, con la mandíbula apretada y en tono desafiante.

—¿Acaso hubo algo más? —respondo con sarcasmo.

—¡Sí, joder! —Da un puñetazo a la pared—. ¡Y lo sabes!

Doy un paso hacia él, lo bastante enfadada como para no sentirme intimidada.

—¡Que lo reconozcas solo consigue que lo que hiciste sea peor!

—¿Qué hice, Rylee? ¡Dime exactamente qué es lo que hice!

—¿Ahora quieres hurgar en la herida? ¿Quieres restregármelo obligándome a decirlo en voz alta? —grito, cada vez más enfadada y dolida.

—No, quiero oírtelo decir. Quiero que me mires a los ojos y veas por ti misma cómo reacciono. ¿Qué hice? —exige y me sacude los hombros—. ¡Dilo!

Pero me niego. Me niego a mirar la sonrisita que se le formará en la boca

si obedezco y, en vez de eso, digo lo único que se me viene a la cabeza.

—¡Cua!

—¡Te portas como una cría! —Exasperado, me suelta y se pasa la mano por el pelo mientras se aleja unos pasos para tranquilizarse.

—¿Una cría? —escupo, estupefacta. Le dijo la sartén al cazo—. ¿Una puñetera cría? ¡Mira quién fue a hablar!

—Tú —masculla entre dientes, con una ceja arqueada—, eres como una niña con una rabieta. Tan absorta en tus pensamientos que no te das cuenta de lo mucho que te equivocas.

Lo miro un momento, nuestros ojos se encuentran y me doy cuenta de que nos estamos destrozando el uno al otro, ¿y para qué? Está claro que no podemos superar esto. Yo lo acuso. Él lo niega.

—Esto es una pérdida de tiempo —digo en voz baja con voz resignada y una lágrima me rueda por la mejilla.

Da otro paso hacia mí y muevo la cabeza, soy incapaz de soportar el remolino de emociones que llevo dentro. ¿Cómo puedo quererlo y odiarlo al mismo tiempo? ¿Por qué lo deseo y a la vez quiero estrangularlo? Me dejo caer contra la pared mientras intento procesarlo todo.

—¿Qué hacía allí, Colton? —Lo miro sin parpadear, sin estar muy segura de querer saber la respuesta, y verlo dudar me destroza. Recojo cada nudo de dolor que siento y, cuando hablo, lo expulso todo—. Te dije que la traición era imperdonable para mí.

—No pasó nada. —Levanta las manos y la imagen de Tawny, piernas desnudas, pezones marcados contra la camiseta y sonrisa de suficiencia, me viene a la mente—. ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

El sonido de su voz me pilla por sorpresa. Como si de verdad no pudiera entender por qué no le creo. Las palabras de Haddie me vienen a la cabeza, pero las ignoro. Ella no estaba allí. No vio lo que yo. No vio a Tawny recién levantada y sonriendo victoriosa, ni el condón en el suelo, la gota que colmó el vaso.

—Rylee, Tawny vino. Estábamos borrachos. Las cosas se nos fueron de las manos, todo pasó tan rápido que...

—Para —exclamo y levanto las manos. No quiero oír más detalles de lo que sin duda me acabará de romper el corazón—. Lo único que sé es que hiciste que volviera a abrirme, me llevaste a sentir de nuevo después de todo

lo que pasó con Max e hice todo lo que me dijiste. Confié en ti, aunque la razón me gritase que no lo hiciera. Me permití sentir de nuevo. Te di todo lo que tenía. Estaba dispuesta a darte mucho más, pero en cuanto te asustaste, corríste a los brazos de otra mujer. No puedo tolerarlo.

Se apoya en la pared contraria y nos miramos el uno a otro con ojos tristes. Sé que se debate por decir algo, pero al final se lo traga.

—No sé qué más decir, Rylee.

—No decir nada y salir corriendo son dos cosas distintas.

Se separa de la pared y da un paso hacia mí. Sacudo la cabeza. El hecho de que no haya reconocido ni una sola vez que le dije que le quiero se me hace evidente de pronto. Esto es un asco.

—Podría haber soportado que no dijeras nada. Incluso podría haber aceptado que te fueras. Pero te lanzaste a los brazos de otra. No soy capaz de creer que no volverá a pasar. Te decidiste al acostarte con Tawny.

Hunde los hombros y me mira con ojos encendidos antes de darse por vencido.

—Te necesito.

La honestidad descarnada de sus palabras me encoge el corazón.

—Hay una línea muy fina entre desearme y necesitarme, Colton. Yo también te necesitaba. —Todavía lo hago—. Pero está claro que la necesitaste más a ella. Espero que valiera la pena.

Me atraganto con las palabras y sacudo la cabeza. Lo que sea con tal de borrar su voz diciendo que me necesita. Lo que sea para evitar que las dudas ganen fuerza.

El dolor impulsa lo que pienso. La devastación controla lo que hago.

—Será mejor que te vayas —me obligo a susurrar.

Me mira con ojos suplicantes.

—Es lo que eliges, entonces... —Se le rompe la voz. Silencio. Resignación.

No puedo darle la razón. Soy un cúmulo de respuestas contradictorias y decirlo en voz alta sería confirmar algo que solo una parte de mí quiere, mientras que otra mataría por tener una segunda oportunidad. No me queda nada que decir, pero aun así lo digo.

—Así es. Pero solo porque tú elegiste por los dos.

—Rylee.

—Ya no soy tuya.

Aparto la mirada y miro al suelo. Lo que sea con tal de que se vaya. Se queda observándome un rato, pero me niego a levantar la cabeza.

—Esto es una gilipollez y lo sabes —dice con voz calmada antes de darse la vuelta para irse—. Supongo que en el fondo no amabas la parte rota que hay en mí.

Se me forma un sollozo en la garganta y tengo que usar todas mis fuerzas para mantenerme en pie. Me resulta demasiado duro y, en cuanto escucho que la puerta se cierra, me deslizo por la pared hasta el suelo.

Lloro. Sollozos fuertes y entrecortados me atraviesan y borran lo poco que queda de mi alma. Sus palabras de despedida se hacen eco una y otra vez dentro de mi cabeza hasta que estoy seguro de que soy yo la que está rota, no él.

Las dudas crecen. El dolor se asienta. La devastación me domina.

## Capítulo 36

Vuelvo un momento a la habitación para tomarme un pequeño descanso antes del siguiente evento. Me convengo de que me hace falta un respiro, pero en el fondo sé que estoy siendo cobarde y lo único que intento es evitar a Colton, lo que hago durante la mayor parte del día. Ha sido amable delante de los demás, pero distante cuando no hay nadie mirando. Es evidente que está dolido, pero yo no estoy mejor.

En uno de los extraños momentos en que estamos solos, intento hablar con él sobre lo último que me dijo. Quiero decirle que sí que lo quiero, a todo él, incluso lo que está roto, y las partes de él que todavía esconde y teme sacar a la luz pero, cuando abro la boca para hablar, me calla con una gélida mirada. Está claro que se le ha acabado la paciencia. Es lo que quería, ¿por qué siento que me muero por dentro?

¿Qué estoy haciendo? ¿Estoy cometiendo un error? Me aprieto los ojos con las manos y suspiro. Que pase página debería hacerme feliz. Debería sentirme aliviada al no tener que lidiar más con sus intentos diarios de darme explicaciones. ¿Por qué me siento miserable? ¿Por qué se me forma un nudo en la garganta cada vez que lo veo o pienso en él?

La estoy cagando. A lo mejor debería escucharlo. Darle la oportunidad de que se explique. A lo mejor saber toda la historia me ayude a enfrentarme con el dolor y pasar página después de escuchar los detalles escabrosos de su noche con Tawny. Creo que esos detalles serán justo lo que temo, pero ¿y si no lo son? ¿Y si todo lo que Haddie ha intentado decirme es cierto?

¿Y si me equivoco?

Mierda. La estoy cagando. Ni siquiera pienso con claridad, tengo la cabeza como una batidora de ideas, pero tengo claro que la estoy cagando.

Me llega un mensaje al móvil que me hace salir de la locura de mis pensamientos. Es un mensaje de Dane sobre Zander. Lo llamo inmediatamente.

—¿Qué pasa? —pregunto a modo de saludo.

—Ha pasado una noche bastante mala. —Suspira—. Hablé sobre lo que pasó. Fue su padre, Ry. Y jura que ayer lo vio en la ventana. Se volvió loco de miedo, pero Avery estaba en la habitación con él y dice que no había nadie.

—¡Dios mío! —Es todo lo que consigo decir, me imagino el miedo que habrá pasado.

—Sí... Aunque Avery se ha portado genial. De hecho, no se ha separado de ella en todo el día.

—¿Todavía sigue hablando?

Me pongo a pensar en los progresos que ha hecho en el último mes. En terapia ha empezado a hacer dibujos representando aquella horrible noche y ha empezado a hablar de ella con los cuidadores y las autoridades. Un retroceso como este podría borrarlo todo.

—No mucho, pero todavía lo tiene fresco. Seguiré dejando que Avery esté con él. Han conectado de verdad.

—¿Necesitas que vuelva? Puedo... —La culpa me corroe. Debería estar con Zander. Consolarlo y ayudarlo a superar esto.

—No digas tonterías, Ry. Nosotros nos encargamos. Solo te llamo porque sé que te gusta saber todo lo que pasa con los chicos.

—¿Seguro?

—Seguro —repite—. ¿Cómo te va resistiéndote al Adonis? ¿El barco todavía se hunde o ya habéis llegado al paraíso?

Se me forma una sonrisa sin poder evitarlo.

—Has hablado con Haddie, ¿a que sí? —No dice nada y me lo tomo como un sí. Resignada y con la necesidad de hablar con alguien, de mala gana, respondo—. Es... confuso. —Suspiro.

—Los hombres siempre lo son, cielo.

—Me río.

—No sé. Dane. Sé lo que vi. No soy idiota. Pero entre Haddie que me dice que soy una cabezota y que Colton no hace más que negarlo, me pregunto si he cometido un error. Pero no consigo ver la forma en que uno más uno no sumen dos.

Responde con un murmullo mientras piensa.

—Mierda, Ry, no todo es blanco o negro, no sé si me entiendes. ¿Qué hay de malo en escucharlo?

Suspiro en voz alta, con miedo de que de verdad me equivoque y sea demasiado tarde.

—Orgullo.

—Cariño, deberías preocuparte más por conservar a ese adonis que por el orgullo o acabarás sola y rodeada de gatos.

Nos quedamos en silencio. Sus palabras me afectan más de lo que quiero admitir.

—Ya, lo sé.

—¡Pues deja de portarte como una imbécil y haz algo! Un hombre así no te va a esperar para siempre sin importar lo maravillosa que seas. Joder, hasta yo quiero quitártelo.

Río otra vez. Siempre agradezco los consejos no solicitados de Dane que me bajan a la tierra. ¡Mierda! Le doy las gracias y cuelgo, decidida. Me levanto rápidamente y me quito la ropa práctica de trabajo que llevo para ponerme el vestido más *sexy* que he traído en la maleta.

En el tiempo que he tenido para sentarme y darle vueltas a todo, me he retocado el maquillaje y me he dado a mí misma una charla motivadora sobre la confianza. No sé qué voy a decirle a Colton, pero tengo que decir algo. Tengo que arreglar el daño de esta espiral de mierda en la que estamos atrapados.

Ya es hora de hacerse cargo de la situación.

Decido que, si consigo tener una charla rápida con él, entonces luego puedo hacer planes para verlo y hablar las cosas con tranquilidad. Me miro en el espejo del ascensor. El cambio repentino ha hecho maravillas con mi aspecto y con mi actitud. Me dirijo al salón de baile donde se celebra el evento de la noche. Uno al que no me han pedido que vaya, pero no me importa. Tengo que hacer esto.



No puedo esperar más. No puedo malgastar ni un segundo más solo por aferrarme al orgullo.

Además, odio los gatos.

El evento de esta noche es una fiesta de cóctel en el que, si haces una donación, te ganas el derecho a tomarte una copa con el escurridizo Colton Donavan. Por muy emocionada que esté porque los fondos irán dirigidos a una organización para niños huérfanos de San Petersburgo, tengo el presentimiento de que los asistentes de la noche estarán más interesados en conseguir la atención de Colton, que en los niños que van a ayudar con su dinero.

Respiro hondo mientras camino. Estoy decidida. Tengo que hablar con Colton. Esta noche. Tengo que acabar por fin con esto o darle una oportunidad, confiar en él y escuchar lo que tenga que decir. Creerle cuando me diga que no se acostó con Tawny, que nunca me engañaría. Ensayo en silencio lo que quiero decir. Siento un cosquilleo en el estómago a causa de los nervios. Me arreglo el vestido con las manos mientras giro la esquina del pasillo que lleva al salón y me paro en seco al encontrarme cara a cara con la persona que he temido encontrarme durante todo el viaje. La persona que estoy segura que Colton ha evitado que viese a propósito.

—Vaya, vaya, menuda sorpresa.

Su inconfundible voz me provoca un escalofrío en la columna. Tengo que contenerme con todas mis fuerzas para no lanzarme sobre ella y propinarle una bofetada que le borre esa sonrisa de suficiencia de la cara y demostrar lo que pienso de ella.

Estoy a punto de arremeter contra ella cuando un hombre que pasa a nuestro lado me saluda con la cabeza y murmura mi nombre: un patrocinador de la empresa.

Le devuelvo el saludo con una sonrisa forzada, por mucho que me gustaría atacar a Tawny ahora mismo, no puedo cometer el suicidio profesional que eso provocaría. Y Tawny lo sabe, porque chasquea la lengua y ensancha la sonrisa.

—¿Qué? —dice y me repasa de arriba abajo—. ¿Ya estás lista para perdonar a Colton por sus indiscreciones?

Levanta las cejas y me mira con desdén. No se me pasa el detalle de que usa la palabra «indiscreciones» en plural. La miro y pienso en todas las cosas

que me gustaría escupirle. Tengo que apretar los puños para no abofetearla. Tengo un nudo en la garganta, formado por la ira, que me impide hablar. Los sentimientos, las emociones y la ira me sobrepasan, pero no encuentro las palabras.

—¿Creías que cambiaría solo por ti, muñeca? A lo mejor deberías preguntar qué ha estado haciendo este par de semanas. O con quién, más bien. —Suelta una risita entre sus labios operados y da un paso al frente—. Ni Raquel, ni Cassie, ni... —Levanta las cejas insinuando que se refiere a sí misma—. Ninguna ha tenido queja alguna en tu ausencia.

Al principio sus palabras me sorprenden, luego hacen que me carcoma la rabia.

—Que te jodan, Tawny —espeto entre dientes y doy un paso hacia ella, penetrando las barreras de su espacio personal.

Me hierve la sangre. Sin ayuda de nadie, ella solita ha dilapidado mis esperanzas de reconciliación con Colton y las ha sustituido con una rabia y un desprecio infinitos. ¿Qué esperaba? Es quien me lo quitó desde un principio.

Se acabó. Estoy harta. Justo cuando me decido a creer que estoy equivocada, que la culpa de todo esto es mía, la verdad me escupe en la cara. Mis esperanzas se desvanecen en el aire.

—¿Sabes qué? —bufo, con ganas de estamparla contra la pared y llevarle las manos a la garganta—. Ya no me importa con quién este, pero ¡pienso asegurarme de que no seas tú!

Se ríe con coquetería, sin verse afectada por lo que digo.

—Sorpresa, querida, ya has perdido esa oportunidad puesto que Colton es mío el resto de la noche.

Sonríe, me guiña un ojo y se da la vuelta para irse. Me quedo donde estoy observando cómo se aleja; apenas consigo procesar toda la información.

¿Ha estado con otras?

Todo este tiempo que ha pasado intentando recuperarme, ¿se ha dedicado a acostarse con sus ex? Me acuerdo de las palabras de Teagan. Soy imbécil. ¿De verdad creí que me quería recuperar? ¿Que estaba dispuesto a cambiar por mí?

El Lobo Feroz ha conseguido engañar a Caperucita.

Todos los sentimientos que ya me son familiares dan paso a la rabia. Antes habría salido corriendo a esconderme, pero ahora, ahora quiero desahogarme con Colton. Descargar toda la ira sobre él y decirle exactamente lo que pienso. Sé que no es el momento ni el lugar, pero a mis pies no les importa una mierda porque, antes de darme cuenta, cruzo la entrada al salón.

Tengo una misión muy clara.

Cuando entro, la sala ya está llena de patrocinadores, ya que es uno de los eventos más interesantes de la noche. Repaso la habitación abarrotada y encuentro a Colton. No es muy difícil, mi cuerpo siempre parece saber dónde está, pero la congregación de personas en la esquina más alejada, una pequeña audiencia formando un círculo, me confirman lo que me indica la vibración del cuerpo.

Una vibración que ahora mismo desearía que desapareciera, porque estoy harta. Hasta las narices.

Cruzo la habitación, el corazón me late con fuerza y percibo que los escotes, las piernas a la vista y la ropa ajustada parecen ser el uniforme de la noche. Oigo la risa de Colton entre la pequeña muchedumbre y encojo los hombros. El estómago me da un vuelco.

Cuando me acerco al grupo, se separan y se abren para dejarme ver el espectáculo. Colton está en el medio de una multitud de mujeres que parecen cumplir el código de vestuario de buena gana. Se le ve relajado y es claramente el centro de atención. Con los brazos rodea la cintura de las dos mujeres que tiene a ambos lados y en la mano sujeta una copa vacía.

Hay algo extraño en su sonrisa. Su mirada es distante. Le falta algo en la expresión. A lo mejor es solo la imagen pública de Colton a pleno rendimiento. O, a lo mejor, a juzgar por el número de copas vacías de la mesa que tiene detrás, está borracho.

Observo desde la distancia el despliegue de estrógenos con desesperación, la rabia creciendo dentro de mí y, cuando estoy a punto de acercarme e interrumpir la pequeña reunión, los ojos de Colton se encuentran con los míos. Por un instante muestran alguna emoción desconocida, pero desaparece antes de que me dé tiempo a identificarla. Doy un paso adelante cuando una sonrisa apenas visible se abre paso en las comisuras de sus labios. Entonces, muy despacio y de forma deliberada, se inclina hacia la

rubia de su derecha, sin dejar nunca de mirarme, y la besa. No me refiero a un pico en los labios. Un beso con todas las letras.

Todo sin apartar los ojos de los míos.

Creo que se me abre la boca de par en par. Creo que hasta se me escapa un débil gemido entre los labios. Se me sube toda la sangre a la cabeza.

—¡Hijo de puta! —Las palabras se me escapan, pero en un tono tan bajo y agudo que no creo que nadie me haya oído.

Me doy la vuelta y a paso ligero salgo de la sala. No me quito de la cabeza lo que acabo de ver. La cara de la rubia cambia y se convierte en la de Tawny. En la de Raquel. En la de las otras mujeres sin rostro y sin nombre de las que habló Tawny. Paso volando junto a un camarero y casi lo hago caer; sigo corriendo para salir por la salida de emergencia más cercana que encuentro.

Las lágrimas me presionan la garganta, pero la ira que siento las quema. Tengo tanta furia acumulada, tanto dolor, que no sé qué hacer. Camino hasta el final del pasillo de una sala vacía. Parece que no hay salida.

Siento un ataque de histeria cuando la siguiente canción suena por los altavoces. Intento calmarme y encontrar una forma de salir que no incluya tener que volver a la sala de fiestas. *Slow Dancing in a Burning Room*. Imposible encontrar una canción que encaje mejor con este momento.

Apoyo las manos en la mesa que hay en el pasillo para recuperar el aliento. La imagen de Colton besando a esa zorra, tan descaradamente en mis narices, me retuerce el estómago. ¿Qué coño hago aquí? ¿Intentar reconciliarnos? ¿En qué me he convertido? ¿Estaba dispuesta a renunciar a mis principios por él? La puerta se abre detrás de mí. Intento recomponerme y limpiarme las lágrimas de los ojos.

—Rylee...

Lo miro por encima del hombro, no quiero saber nada más de él. ¿Cuántas veces tengo que estrellarme contra la pared para dejar de hacer el imbécil?

—¡Lárgate, Colton! ¡Déjame en paz!

—Rylee, no pretendía hacerlo.

Esta vez me doy la vuelta. Colton está a pocos metros de mí, con las manos en los bolsillos, los hombros caídos y una mirada de disculpa. No pienso dejarme engañar esta vez. Cruzo los brazos en el pecho, un intento

inútil de protección.

—¡Vete a la mierda! Para estar tan colgado de mí, has pasado página muy rápido, As. ¡Ahora sí que te has ganado el nombre!

Me mira, confundido por el comentario, pero no se le ocurre preguntar nada al ver cómo aprieto los puños de rabia.

—No es lo que crees, Rylee.

—¡Estoy hasta las narices de escucharte decir eso! ¿No es lo que creo? —grito—. Acabo de verte meterle la lengua hasta la garganta a una de tus amiguitas descerebradas, pero ¿no es lo que creo? —¿Tan tonta cree que soy? Empiezo a reír. A reír de verdad. Al borde de la histeria casi sobrepasada por la montaña rusa de emociones del día—. Espera. Quieres decir que no querías hacerlo con esa zorra, pero ¿sí con todas las demás de tu ejército de rubias perfectas con las que has follado mientras intentabas recuperarme? ¿Mientras fingías que me querías de vuelta? Dime una cosa, As, ¿te lo has pasado bien a mi costa?

Colton me agarra con fuerza del brazo, tan fuerte que cuando intento soltarme, no puedo.

—¿De qué cojones hablas? —pregunta, despacio—. ¿Quién...?

—Raquel, Tawny. ¿Quién más, As? ¿Cassie? ¿Te dieron lo que buscabas? ¿Se sentaron en tus rodillas obedientemente y te reverenciaron como buenas chicas? ¿Aceptaban lo que les ofrecías sin rechistar? ¿Encargabas las flores para mí entre un polvo con una y con otra?

Los dedos de Colton me aprietan con más fuerza hasta el punto en que creo que mañana me saldrá un moratón. Me atraviesa con la mirada.

—¿Te importaría explicarme...?

—¡No tengo nada que explicarte! —Me suelto de su mano de un tirón—. Pensar que he bajado a intentar arreglar las cosas. A disculparme por ser una cabezota. A decirte que te creía. —Sacudo la cabeza, derrotada, y empiezo a alejarme, pero me doy la vuelta. El dolor me consume por entero—. Dime una cosa, dijiste que no eran putas, pero a Tawny le pagas un sueldo, ¿no? —Arqueo una ceja y por la expresión que pone sé que ha captado la insinuación.

—Trabaja para mí —dice, me suelta un brazo y se pasa la mano por el pelo—. Le pago por su trabajo. No puedo despedirla solo porque a ti no te cae...

—Sí, sí puedes —grito—. No es que no me guste. ¡La odio, joder! Te la follaste, Colton. ¡Te la follaste! Me parece que la elección es obvia, ¿no?

—Rylee...

—¿Sabes qué? Me pones enferma. Debí confiar en mi instinto la primera vez que nos vimos. No eres más que un putero.

Me callo y me seco las lágrimas, ni siquiera me había dado cuenta de que lloraba, mientras Colton se queda de pie donde está, con expresión estoica y los ojos de piedra. Cuando habla, lo hace en voz baja e implacable.

—Si se me va a acusar de ello, si voy a perder a la única chica que me importa por cabezota y obstinado, mejor que lo haga de verdad.

Me quedo parada. Las palabras son tan sarcásticas, tan acusadoras. Lo miro a los ojos y me quedo sin respiración un momento, luego los cierro y cojo aire mientras el comentario hace efecto. El mundo me da vueltas, pero la confusión se convierte en claridad. Es la primera vez que no niega haberse acostado con ella. No ha confesado, no ha dicho las palabras exactas, pero tampoco lo ha negado. El dolor me atraviesa el pecho y me concentro en intentar respirar y pensar, pero sigue hablando. El corazón, ya herido, se me rompe en mil pedazos.

—Así es como lidio con el dolor, Rylee. No me siento orgulloso, pero uso a las mujeres para ignorar el dolor. Me pierdo en ellas para bloquearlo todo. —Ladea un momento la cabeza mientras intento controlar el golpe.

Acaba de decirme dos cosas y no sé en cuál de las dos debería centrarme. La confesión me hace recordar algo que ocurrió varias semanas atrás, el comentario que hizo aquella mañana en mi casa después de la primera noche que nos acostamos. Que el equipaje que cargaba a la espalda le hacía buscar la sobrecarga sensorial a través del contacto físico, de la estimulación de piel contra piel. Pero ¿por qué?

¿En qué punto una explicación se convierte en solo una excusa de mierda de un *playboy* al que han pillado en sus propias mentiras? Una vía de escape para un hombre que siempre consigue lo que quiere, para, bueno, conseguir lo que quiere. Puedo querer la parte rota de su interior, pero ya no puedo soportar las mentiras.

—El otro día dijiste que habíamos acabado. Soy el primero en admitir que es un asco, pero lidio con las cosas de la única manera que sé —dice.

Lo miro, tan profundamente que me asusto. Veo el dolor en sus ojos.

Percibo la duda y la vergüenza en la confesión. ¿Es esto lo que quiero? ¿Un hombre que, cada vez que discutamos, cada vez que la relación lo asuste, se vaya a buscar a otra? ¿Salga corriendo a encontrar a una mujer que le alivie el dolor? Le dije que le quería. No le dije que quisiera casarme con él ni ser la madre de sus hijos, joder.

—O sea que, soy tan importante para ti que, si te tiras a una cualquiera, ¿me olvidarás? —Sacudo la cabeza—. ¿Qué pasa si estamos juntos? ¿Cada vez que las cosas se pongan un poco difíciles, te irás a buscar a Tawny o a otra candidata dispuesta? Vaya, menuda base para una relación sana. —Trata de interrumpirme, pero levanto una mano para pararlo—. Colton... —Suspiro—. Venir a hablar contigo ha sido un error. Cuando más hablas, menos me parece conocerte.

—¡Me conoces mejor que nadie! —grita, y da un paso adelante, por lo que yo retrocedo otro—. Nunca he tenido que dar explicaciones a nadie, no se me da nada bien.

—No hace falta que lo jures —espeto.

—Salgamos de aquí y hablemos.

—¿Colton? —llama una voz seductora detrás de mí. Todo el cuerpo se me tensa al oírla. Colton se pone pálido.

—¡Largo! —grita entre dientes.

Relajo la mandíbula y respiro hondo.

—Hablar está sobrevalorado. Además, está claro que ya has encontrado a alguien para enterrar el dolor. —Señalo con la cabeza a la puerta que tengo detrás—. ¿Sabes qué? A lo mejor yo también lo intento. —Me encojo de hombros—. Comprobar si encontrar a un tío con el que pasar la noche sirve para lo que dices.

—¡No! —La mirada de dolor y desesperación que me dedica me trastorna, pero ya no me importa. Ya no siento nada.

—¿Por qué no? Lo que es bueno para el pavo... —digo, añadiendo otro animal a la manada imaginaria que estoy formando. Colton solo me mira. Una última mirada—. Disfruta de tu fiesta, As.

## Capítulo 37

Camino sin rumbo por el hotel durante lo que me parece una eternidad. El sol desaparece en el horizonte y se lleva consigo la luz del día al mismo tiempo que las emociones se oscurecen en mi corazón. La tristeza me abrumba, aunque no es nada nuevo pues ya lleva conmigo varias semanas. Me parece que ahora es peor porque me permití creer que, cuando hablase con Colton, entendería por qué estaba disgustada y ahí acabaría todo. Nunca creía que haría una estupidez así solo por hacerme daño.

En la cabeza repito su confesión una y otra vez. El reconocimiento de que usa a las mujeres para enterrar el dolor. Por una parte, ahora lo entiendo un poco mejor; por otra, me doy cuenta de que en realidad no sé nada de su pasado, de lo que le hace ser quien es.

Sin embargo, se engaña tanto, o tal vez es que está acostumbrado a salirse con la suya, que no se da cuenta de que incluso las excusas que da por sus acciones son imperdonables.

Me siento en un banco de uno de los muchos jardines del hotel cuando suena mi teléfono. Bajo la vista mientras decido si responder o no, pero al ver que es la única persona que tal vez podría ayudarme a poner en orden las ideas, contesto.

—Hola, Had —saludo e intento sonar lo más normal posible.

—¿Qué ha pasado? —pregunta en un tono insistente que me llega alto y claro a través de la línea. Me da que no la he engañado.

Rompo a llorar. Sin parar. Cuando por fin me calmo, le cuento todo lo que ha pasado durante la noche.



—Es la gilipollez más grande que he oído nunca —dice.

—¿Cómo? ¿Perdona?

—Para empezar, Tawny. Está claro de que es una zorra celosa que ha querido hacerte daño ¡y lo ha conseguido!

—Lo que tú digas. —Resoplo sin hacer ni caso de lo que dice.

—De verdad, Ry, ¡es comportamiento de zorra básico! Si no puedes tener al tío, haz que a su chica le entren dudas para poder quedártelo. — Suspira—. No me siento orgullosa, pero hasta yo lo he hecho alguna vez.

—¿En serio? —Empiezo a comprender lo que dice.

—Rylee, para ser una chica lista, a veces eres muy tonta.

—Yo también te quiero, Had.

—Lo siento, pero es verdad. Estás tan absorta con tus propias ideas que no ves lo que tienes delante. Si Colton quisiera irse con otras, ¿por qué iba a perseguirte sin descanso? Ese tío está colado por ti, Ry. Tawny no es más que una asquerosa muerta de celos que acabará por recibir lo que se merece. Espero que el karma se ocupe de ella más pronto que tarde.

Ahora la entiendo. ¿Cuándo se volvió todo tan complicado? Cuando la persona con la que sales merece la pena de verdad.

—Lo pillo, Haddie, pero ¿qué me dices de lo de esta noche? El beso. Me ha engañado. —Suspiro.

—¿Seguro? —pregunta y la duda queda colgando entre nosotras.

—¡Joder, Haddie! No me estás ayudando. —Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz.

—No estoy en tu pellejo, Ry. No puedo decirte qué hacer ni qué sentir, solo que hagas caso de tu instinto. —Suspira—. Las mujeres son malas y los hombres idiotas, tienes que descubrir en cuál confías más.

—¡Mierda! —gruño. Me siento aún menos decidida que al principio de la conversación.

—Te quiero, Ry.

—Y yo a ti, Had.

Cuelgo el teléfono y paseo un poco más hasta que llego al campo de golf, y pienso en todo lo que Haddie me ha dicho y en la falta que me han hecho sus consejos. Camino por los terrenos del hotel en un intento de dejar de pensar, pero sin éxito. Paso por delante de uno de los bares y, de manera

poco habitual en mí, me acerco y me siento en la barra. No hay mucha gente, pero tampoco es que esté vacío. Hay clientes en la barra y en algunas mesas, unos solos y otros en pareja, aquí y allá.

Hasta que no me siento no me doy cuenta de lo mucho que me duelen los pies por los tacones y la caminata que acabo de hacer con ellos. Miro el reloj de la pared y me sorprendo al ver que han pasado dos horas.

Me apoyo en el respaldo de la silla y sacudo la cabeza al pensar en todos los sucesos del día. Pido una copa y bebo por la pajita mientras me fijo en la televisión de la esquina que tengo delante. Por supuesto, están emitiendo algo de la carrera de mañana, toda la ciudad se ha convertido en un circuito de carreras, así que es normal que salga en la televisión. Por desgracia para mí, los hombres del programa hablan de Colton Donavan y revisan sus estadísticas del año pasado. Se ve un coche con el número trece pasar volando por la pantalla en varias ocasiones. Vaya a donde vaya, no puedo escapar de él.

Sin pensar, me inclino a escuchar cuando los comentaristas mencionan el nombre de Colton.

—Donavan parece estar a tope en la pista esta semana, Leigh —dice uno—. Es un hombre con una misión, y con una forma muy personal de apenas frenar en las curvas durante los entrenamientos.

—No hay duda de que ha estado perfeccionando sus habilidades en los meses previos a la temporada, se nota. Aunque me pregunto si no se está arriesgando demasiado. Una estrategia demasiado agresiva para la carrera de mañana —comenta el otro.

—Asume demasiados riesgos. Conduce como un hombre despechado —bromea el primero y pongo los ojos en blanco.

—Si mañana toma las curvas igual que hoy, podría batir un récord.

En la pantalla sale un primer plano de Colton y después vuelven a verse las estadísticas. Suena *The Rest of My Life* de Ludacris de fondo mientras emiten los mejores momentos de las vueltas de entrenamiento de Colton y muevo la cabeza. No se me ocurre una canción más adecuada.

Suspiro y bebo otro sorbo por la pajita mientras evito seguir mirando su imagen en la pantalla.

—¿Un día duro?

Me doy la vuelta hacia la voz masculina que me habla desde la izquierda.

La verdad, no estoy de humor para tener compañía, pero cuando veo un par de ojos de color marrón chocolate que me miran con compasión enmarcados en un rostro atractivo, soy incapaz de ser borde.

—Algo así —murmuro con una ligera sonrisa, luego vuelvo a centrar la atención en mi bebida, con ganas de estar sola. Empiezo a romper la servilleta con manos nerviosas—. Otra, por favor —le pido a la camarera cuando pasa por mi lado.

—Permíteme —dice el hombre a mi lado.

Lo miro otra vez.

—No es necesario.

—Por favor, insisto —le dice a la camarera mientras deja una tarjeta de crédito en la barra para abrir una cuenta, lo que hace que me sienta ligeramente incómoda, ya que no planeo quedarme aquí tanto tiempo como para necesitar una cuenta.

Lo miro. Observo su aspecto aseado y masculino y me siento de nuevo atraída hacia sus ojos. Solo veo amabilidad en ellos.

—Gracias. —Me encojo de hombros.

—Parker —dice y me tiende la mano.

—Rylee —contesto y se la estrecho.

—¿Estás aquí por trabajo o por placer?

Suelto una risita.

—Trabajo. ¿Y tú?

—Un poco de cada, la verdad. Tengo muchas ganas de ver la carrera de mañana.

Un bufido es lo único que consigo responder mientras sigo haciendo pedazos la servilleta. No estoy siendo muy amable, pero no estoy de humor para una conversación informal con alguien que es probable que busque algo más que una copa y un poco de charla en un bar.

—Perdona —me disculpo—. No soy muy buena compañía ahora mismo.

—No pasa nada —comenta con nostalgia—. Sea quien sea, es un tío con suerte.

—Tan evidente es, ¿eh? —Lo miro.

—He pasado por ello. —Se ríe y da un trago de cerveza—. Solo quiero decir que debe de ser un idiota si está dispuesto a dejarte escapar sin luchar.

—Gracias —concedo, resignada, y esbozo un amago de sonrisa por primera vez desde que nos hemos conocido.

—¡Vaya! Sabes sonreír —bromea—. ¡Y una sonrisa preciosa!

Me sonrojo, aparto la mirada y doy un sorbo para infundirme coraje. Charlamos un rato de nada en particular mientras el bar se va llenando y la noche avanza. En algún momento Parker acerca su taburete al mío cuando empieza a costarnos oír al otro por encima del barullo. Es fácil hablar con él y sé que, en otro momento y en otro lugar, habría disfrutado de sus intentos de ligue, pero ahora no tengo el corazón para ello y sus intentos sino obtienen respuesta.

Me he tomado un par de copas y me zumba un poco la cabeza, no lo bastante para apaciguar el dolor del día, pero sí lo suficiente para hacerme olvidarlo en algunos momentos esporádicos. Una risa fuerte a la entrada del local me llama la atención y al levantar la vista doy un grito ahogado cuando me encuentro con los ojos de Colton. Nos miramos un instante y entonces entrecierra los ojos al percatarse de la presencia de Parker, que se inclina hacia mí para oírme mejor.

Beckett y Sammy gritan por encima del ruido y me aparto de Parker cuando Colton da un rugido. Busco entre la multitud y veo a Beckett ponerle a Colton las manos en el pecho mientras Sammy lo sujeta por los hombros desde atrás. Colton ni los mira. Me atraviesa con la mirada mientras rechina los dientes con la mandíbula apretada y los músculos del cuello en tensión.

Vuelvo a mirar a Parker, que ha escuchado la distracción del pasillo, pero no puede ver nada desde donde está. Me mira y sacude la cabeza.

—Déjame que adivine —dice con una risa resignada—. ¿Ha vuelto a por ti?

—Algo así —murmuro.

Suenan más gritos, miro a la puerta y veo cómo los demás clientes empiezan a darse cuenta del caos. El ruido ha subido mientras algunos de los curiosos miran y Beckett grita:

—¡Wood, tienes otras prioridades!

Entonces Colton se suelta de su agarre y empieza a abrirse paso entre la multitud que se aparta sin pensárselo.

Parker ya se ha percatado del enfrentamiento del pasillo y cuando ve quién viene hacia nosotros, le oigo dar un grito ahogado.

—¿Ese es el tío? —dice, incrédulo, con una mezcla de miedo y sorpresa en la voz—. No me jodas, ¿Colton Donavan? Mierda, soy hombre muerto —gime.

Me levanto del taburete y me pongo delante de él.

—No te preocupes, sé cómo manejarlo —le digo, confiada, pero cuando capto la mirada de rabia en los ojos de Colton, no estoy tan segura.

Seguramente sea por culpa de los cócteles que llevo en el cuerpo y el zumbido que me adormece el sistema, pero pensarlo me provoca una emoción inesperada, a pesar de los eventos de los últimos días. Hay algo en su cara, además de la rabia, que me atrae con fuerza. Algo que dice que va a arrasarlo la habitación, levantarme, echarme al hombro y llevarme a algún sitio donde pueda hacer conmigo lo que quiera. En esos segundos antes de que me alcance, mientras observo cómo se le tensan los músculos bajo la tela ajustada de la camisa, cada fibra de mi cuerpo hierve de deseo. No me va mucho el rollo de macho dominante, pero, joder, Colton haría que cualquier mujer perdiera la cabeza.

Cuando se detiene delante de mí, con los ojos fríos, calculadores e inmóviles, recupero el control del cuerpo y aparto la libido en una esquina.

—¿Qué coño intentas? —gruñe, en voz baja, pero resuena en todo el bar.

Parker se pone tenso a mi lado. Sin mirarlo, levanto la mano y le doy un golpecito en la rodilla para asegurarle que lo tengo todo bajo control.

—¿A ti qué te importa? —contesto con frivolidad, el alcohol me permite mostrar un coraje que en realidad no siento.

Estoy preparada cuando levanta la mano para agarrarme el brazo, así que lo aparto antes de que llegue a tocarme. Nos miramos, los dos furiosos por los mismos motivos. Beckett se aproxima temeroso y Sammy lo sigue de cerca.

—No me gustan los juegos, Rylee. No te lo voy a repetir.

—¿No te gustan los juegos? —Me río, asqueada—. ¿Pero no pasa nada si el que juega eres tú?

Se inclina y su cara queda a centímetros de la mía. Le huele el aliento a alcohol y me hace cosquillas en la cara al mezclarse con el mío.

—¿Por qué no le dices a tu juguetito que se largue antes de que las cosas se pongan interesantes?

Los dos hemos bebido y deberíamos parar esta farsa antes de que no haya vuelta atrás, pero mi parte racional ha abandonado el edificio hace tiempo y solo queda la loca despechada. Le empujo el pecho con toda la fuerza que tengo para quitármelo de encima, pero me agarra las manos y tira de mí con ímpetu.

—¡Maldito arrogante y soberbio! —le grito, destrozada, confesándole sin querer el significado detrás de su apodo, pero no se da cuenta. Caigo sobre él, lo que atrae todavía más miradas de los que nos rodean. Respiramos agitadamente por la rabia mientras apretamos la mandíbula con frustración.

—¿Qué cojones intentas demostrar? —sisea entre dientes.

—Pongo a prueba tu teoría —miento.

—¿Mi teoría?

—Ajá —me burlo—. Compruebo si dejarme llevar con alguien me ayuda a apaciguar el dolor.

—¿Y cómo te va? —Sonríe.

—No estoy segura. —Me encojo de hombros con aire despreocupado, luego estiro la mano hacia atrás para coger la de Parker. No debería involucrarlo más. Es muy egoísta usarlo de esta manera, pero a veces Colton me hace perder la cabeza—. Te lo contaré por la mañana. —Levanto las cejas y doy un paso fuera de su alcance.

—¡Ni se te ocurra alejarte de mí!

—Perdiste el derecho a decirme qué hacer cuando te acostaste con ella —espeto con desdén—. Además, ¿no decías que te gustaba mi culo? Pues disfruta de las vistas mientras me marcho, porque es lo último que vas a ver de mí.

En pocos segundos, pasan tantas cosas que casi parece que se haya detenido el tiempo. Colton carga contra Parker, lo empuja y nuestras manos se sueltan. En ese instante, me odio por haberlo involucrado en nuestra pelea y, cuando lo miro, trato de transmitírselo con la mirada, pero Colton levanta el brazo para darle un puñetazo. Empiezo a gritar, lo llamo de todo menos bonito. Un brazo me rodea los hombros e intento apartarlo, sin éxito. Giro la cabeza y veo que Beckett es el dueño del brazo. Me dedica una mirada de advertencia mientras me arrastra fuera del bar.

## Capítulo 38

Cuando llegamos al ascensor, el chute de adrenalina ha desaparecido y ha hecho evaporarse los restos del alcohol que tenía en el cuerpo. No paro de temblar. Tengo las emociones a flor de piel. Me doy cuenta de que acabo de comportarme como una auténtica loca en un sitio público y no me reconozco. He involucrado a un chico inocente que no se merecía soportar la furia de Colton. Me siento como si acabase de salir de un capítulo de *Mujeres desesperadas* y yo fuera la protagonista.

Las rodillas me fallan cuando todo me resulta demasiado intenso, desear a Colton, odiarlo, quererlo.

—De eso nada —dice Beckett y me sujeta con más fuerza por la cintura para evitar que caiga al suelo.

Lo sigo cuando me empuja suavemente al ascensor y hasta mi habitación. Me siento entumecida por el dolor y el desconcierto. Lo miro y sacude la cabeza mientras murmura en voz tan baja que creo que habla consigo mismo y no conmigo.

—¡Joder, mujer! ¿Es que quieres tirar hasta del último hilo de Colton? Porque si es lo que buscas, ¡lo estás haciendo de puta madre!

Levanta la mano cuando llegamos a la habitación y busco en el bolso a toda prisa la tarjeta para dársela. Desbloquea la puerta y la abre de un portazo mientras me empuja dentro con una mano en mi espalda.

Al instante, voy hasta donde tengo la maleta y empiezo a descolgar vestidos y tirarlos dentro junto con todo lo que encuentro a mi paso mientras lágrimas nerviosas me ruedan por las mejillas.

—¡Ah, no, de eso nada! ¡Ni se te ocurra, Rylee! —grita Beckett detrás de mí cuando ve lo que hago. Lo ignoro y sigo guardando cosas. Beckett sigue protestando y doy un grito ahogado cuando me rodea con los brazos desde atrás para intentar tranquilizarme.

Me agarra con torpeza y me acuna como a una niña con una rabieta que hay que calmar. Me abraza cuando me vengo abajo y sucumbo a las lágrimas y al dolor del corazón roto por lo que nunca será.

—Pensaba que estabais intentando arreglarlo. Que podíais arreglarlo. Los dos estáis en la mierda, estáis destrozados.

—Y nos destrozamos cuando estamos juntos —susurro. Se me llenan de nuevo los ojos de lágrimas y sacudo la cabeza—. Tiene que concentrarse. Yo..., esto, es una distracción que no necesita.

—¡Eso es una verdad como un templo! Pero ¿qué cojones significa, Rylee?

Me limpio una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano.

—No lo sé, tengo la sensación de que ya no sé nada. Necesito espacio para pensar y resolverlo.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a hacer las maletas y largarte sin decirle nada? ¿Vas a escabullirte? —Suspira y pasea por la habitación delante de mí—. Eso es muchísimo mejor, ¿eh?

—Beckett, no puedo... —tartamudeo—. Es que no puedo. —Agarro el asa de la maleta y empiezo a levantarla.

Beckett me la quita de la mano, da un paso hacia mí y me sacude por los hombros.

—No te atrevas, Rylee. ¡Ni se te ocurra! —me grita, ardiente de rabia—. ¿Quieres dejarlo?

—Becks...

—Nada de Becks. Cualquiera otro día te diría que no es más que un cobarde de mierda, que los dos sois unos cabezotas que preferís joderos la vida a reconocer que os equivocáis. ¿No ha funcionado? Lo entiendo. De verdad. Esas cosas pasan. —Suspira, me suelta y se aleja unos pasos de mí antes de darse la vuelta para mirarme—. Pero si te largas, Rylee, puteas a mi equipo, a mi piloto, la carrera, a mi mejor amigo. Así que aguántate y finge, por mí. Al menos finge hasta que empiece la carrera. Es todo lo que te pido. Me debes al menos eso. —Cuando vuelve a hablar, lo hace lleno de rencor



—. Porque si no lo haces y, dios no lo quiera, algo le pasará, ¡y será culpa tuya!

Trago saliva y me tiemblan los labios al mirar a Beckett, un ejército de un solo hombre con una misión.

—Mira, Ry, sé que es más fácil para ti hacer las cosas así, marcharte sin más, pero si lo quieres, si alguna vez lo has querido, haz esto por mí. Si te marchas, será demasiado peligroso. No puedo dejar que Colton conduzca a casi trescientos kilómetros por hora mañana con la cabeza en las nubes mientras piensa en ti, en vez de centrarse en la pista de los cojones. — Levanta mi maleta y vuelve a dejarla donde estaba.

No puedo hacer nada más que mirarlo con los ojos encharcados y el corazón dolorido. Tiene razón a todos los niveles, pero no sé si seré capaz de fingir. Hacer como si no me afectase cuando solo ver a Colton me deja sin aliento y me retuerce el corazón. Cuando no hacemos más que destrozarnos y hacernos daño el uno al otro a propósito. Doy un grito estrangulado, odio a la mujer en la que me he convertido en estos últimos días. Odio a Colton. Ojalá pudiese volver a aislarme de los sentimientos, a pesar de que ha sido fantástico volver a sentir algo. Pero si no puedo tenerlo, a mi maravilloso hombre herido, prefiero la insensibilidad a este dolor interminable.

Beckett ve cómo la histeria resurge, percibe el momento exacto en el que me doy cuenta de lo mucho que amo a Colton, al mismo tiempo que veo la devastación en el horizonte. Maldice entre dientes, exasperado, por ser el único que se ha quedado a ocuparse de mi irracionalidad antes de caminar tranquilamente hacia la cama y agarrarme de un hombro.

—¡Siéntate! —ordena.

Se agacha delante de mí, un gesto parecido al de un padre con su hija que me hace percatarme de lo buen tío que es en realidad. Apoya las manos en mis rodillas y me mira a los ojos.

—La ha cagado, ¿verdad? —Solo consigo asentir con la cabeza por culpa del nudo que tengo en la garganta—. Todavía lo quieres, ¿no es así?

Me tenso. La respuesta me resulta tan fácil que sé que quererlo, a pesar de que seguramente no me traiga más que dolor, no es suficiente. Agacho la cabeza y la sacudo mientras recupero el aliento.

—¿Recuerdas que te dije que Colton te alejaría de él solo para demostrar algo? —Asiento, lo escucho, pero lo que quiero en realidad es estar sola,

quiero llevarme la maleta mal hecha, con ropa asomando por todas partes y largarme al aeropuerto, de vuelta a una vida ordenada y predecible sin Colton.

El simple pensamiento me roba toda emoción.

Beckett me aprieta la rodilla para recuperar mi atención.

—Está pasando ahora mismo, Rylee. Tienes que sacártelo todo de la cabeza. Olvidar todas las suposiciones y pensar con el corazón. Solo con el corazón, ¿vale?

—No sé si puedo seguir así, Becks.

—Escúchame, ¿quieres? Si de verdad lo quieres, no dejes de arremeter contra esas puertas metálicas que tiene en el corazón. Si de verdad crees que merece la pena, sigue intentándolo. —Sacude la cabeza—. En algún momento tendrán que caer y tú eres la única capaz de conseguirlo. —Lo miro con la boca abierta—. Te lo dije, eres su salvavidas.

Lo miro, incapaz de hablar mientras trato de digerir lo que dice. ¿Soy su salvavidas? ¿Cómo es posible? Más bien me siento como un peso muerto que nos hunde a los dos al fondo del mar. ¿Por qué me dice que me olvide de las suposiciones?

—No es posible. El amor no arregla...

Me sobresalto cuando llaman a la puerta. Empiezo a levantarme, pero Beckett me lo impide y va a abrir. Sammy empuja a Colton dentro y Beckett vuelve a cerrar.

A pesar de todo lo que acaba de decirme, solo con ver a Colton hace que vuelva a encenderme. Me levanto de la cama como una exhalación en cuanto pone un pie en la habitación.

—¡Ni hablar! ¡De eso nada! ¡Saca a este cabrón egoísta de aquí! —le grito a Beckett.

—¡Vete a la mierda, Becks! ¿Qué cojones es esto? —grita, confundido. Echa un vistazo a la desastrosa maleta y gruñe—. ¡De puta madre! ¡No te des con la puerta al salir, encanto!

Doy un paso hacia él, me hierve la sangre y estoy a punto de explotar.

—¡Esto acaba aquí y ahora! —Beckett explota como un padre que regaña a sus hijos. Los dos nos quedamos paralizados cuando se vuelve hacia nosotros, con expresión exasperada y mirándonos con obstinación—. Me

importa una mierda si tengo que encerraros aquí dentro, pero no vais a salir de aquí hasta que no arregléis esto. ¿Entendido?

Colton y yo empezamos a gritarle al mismo tiempo, pero se hace oír por encima de nuestras protestas.

—¿Entendido?

—¡Ni de coña, Becks! No pienso pasar ni un segundo más con este imbécil.

—¿Imbécil? —Colton se vuelve hacia mí, su cuerpo apenas a unos centímetros del mío.

—¡Sí! ¡Imbécil!

—¿Quieres hablar de imbéciles? ¿Qué tal esa jugadita que has llevado a cabo abajo con ese payaso del bar? Me parece que te has ganado el título, encanto.

—¿Payaso? Ya, claro, porque es mucho peor tomarse una copa inocente que lo que tú hacías con tu grupito de zorras de antes, ¿no? —Le empujo el pecho y consigo un poco de la liberación que necesito con el acto físico.

Colton da un paso atrás y se pasea de punta a punta de la habitación, resoplando. La habitación se me hace pequeña con Colton en ella, quiero que se vaya.

Mira a Beckett y levanta los brazos al aire.

—¡Me está volviendo loco, joder! —le grita.

—Lo de joder lo llevas muy bien, dado que todo esto empezó cuando jodiste con Tawny —chillo.

Como Colton está junto a Beckett, no me cuesta verle la cara de absoluto desconcierto.

—¿Qué? —musita Beckett.

—¿Cómo? ¿No te lo ha contado? —siseo mirando a Beckett con los puños apretados mientras me viene la imagen a la cabeza—. Le dije a este gilipollas que le quería. Se largó lo más rápido que pudo. Cuando pasé por la casa de Palisades un par de días después, Tawny abrió la puerta con su camiseta puesta. Solo con su camiseta. —Miro únicamente a Beckett, no me atrevo a mirar a Colton—. Tu amigo no llevaba mucho más tampoco. Me dijo que no había pasado nada, un poco difícil de creer dada su notable reputación. Eso y el envoltorio de un condón que llevaba en el bolsillo.

Termino mi pequeño discurso, por alguna razón quiero demostrarle a Beckett lo capullo que es su amigo, como si no lo supiera ya. Quiero explicarle por qué me comporto como recién salida de un manicomio. Sin embargo, cuando me callo, no encuentro la mirada que esperaba ver. En vez de eso, me mira totalmente confundido y, cuando mira a Colton, lo hace con expresión de incredulidad.

—No me jodas, ¿me tomas el pelo?

Ahora soy yo la que está confusa.

—¿Qué?

Colton gruñe.

—Cállate, Becks.

—¿Qué cojones, tío?

—Te lo advierto, Beckett. ¡No te metas! —Se acerca a él hasta chocar con su pecho.

—Cuando empiezas a sabotear a mi equipo y la carrera, entonces me meto si quiero, porque es cosa mía. —Sacude la cabeza—. ¡Díselo! —grita.

—¿Decirme qué? —les pregunto a los dos. Estúpido código masculino.

—Es como hablar con una pared. ¿De qué iba a servir?

Escucho las palabras de Colton, pero no les hago mucho caso, estoy demasiado confundida por la reacción de Beckett.

—Tiene razón. ¡Eres un imbécil! —se burla—. Si no se lo dices tú, ¡lo haré yo!

En un instante, Colton acorrala a Beckett contra la pared, con las manos en su pecho y la mandíbula apretada a centímetros de su cara. Contengo el aliento al escuchar el ruido sordo de la espalda de Beckett contra la pared, pero me doy cuenta de que no reacciona de ninguna manera al temperamento de Colton.

—¡Que no te metas!

Se miran fijamente unos instantes, la testosterona emana de ellos de dos maneras muy distintas: la fuerza de Colton y la mirada de Beckett. Al final Colton levanta las manos y le suelta el pecho.

—Pues arregla esto de una puta vez. ¡Arréglalo! —grita Beckett mientras lo señala antes de salir de la habitación dando un portazo.

Colton suelta varias maldiciones entre dientes mientras camina de un

lado a otro de la habitación con los puños apretados.

—¿De qué iba todo eso? —Colton me ignora y sigue dando vueltas, evitando mirarme—. ¡Joder, Colton! —Le corto el paso—. ¿Qué es lo que no quieres que sepa?

La extraña calma con la que hablo hace que se detenga, con la cabeza gacha y la mandíbula apretada. Cuando levanta la cara y me mira a los ojos, no consigo descifrar qué se esconde debajo de su rabia.

—¿De verdad quieres saberlo? —me grita—. ¿De verdad?

Doy un paso al frente para enfrentarme a él, me pongo de puntillas e intento estirarme para quedar a la altura de sus ojos.

—Dímelo. —Siento un escalofrío de miedo en la columna por lo que pueda decir—. ¿Acaso eres tan cobarde que no eres capaz de dejarte de gilipolces y admitirlo? Tengo que oírlo de tu boca para superarlo de una puta vez y seguir con mi vida.

Ladea la cabeza y me mira a los ojos sin pestañear, verde contra violeta. Me duele tanto el pecho que respirar se vuelve casi imposible. Entonces por fin habla, con voz fría y dura como el hierro.

—Me acosté con Tawny.

Sus palabras quedan flotando en el aire y me apuñalan directamente en el corazón.

—¡Cobarde! —grito y lo empujo lejos de mí—. ¡No eres más que un cobarde de mierda!

—¿Cobarde? —brama—. ¿Y tú qué? Eres tan cabezota que has tenido la verdad delante de las narices durante tres semanas y ni te has dado cuenta. Te crees tan perfecta y poderosa desde tu pedestal que crees que lo sabes todo. Pues bien, Rylee, ¡no lo sabes! ¡No sabes una mierda!

Sus palabras buscan herirme y alejarme, pero solo consiguen enfadarme más y envalentonarme.

—¿Qué no sé nada? ¿De verdad, As? —Doy un paso adelante—. A ver qué te parece esto: Sé reconocer a un capullo cuando lo veo —espeto, furiosa.

Nos miramos, los dos tan dispuestos a herir al otro que nos negamos a ver que nos estamos destrozando el uno al otro por el mismo motivo.

—Mejores personas me han llamado cosas peores, encanto. —Sonríe y

avanza otro paso hacia mí, su mirada adulatora me alerta.

Antes de que me dé tiempo a pensar, levanto las manos para tocarle la mejilla. Pero Colton es más rápido y me agarra las muñecas a medio camino. Nuestros pechos chocan un instante. Cuando intento liberarme, levanta la otra mano para sujetarme el brazo que tengo libre. Me frustró y me revuelvo, ahora mismo lo odio tanto que me odio a mí misma. Su cara está a escasos centímetros de la mía, tan cerca que siento su aliento en la piel.

—Si ya habías acabado conmigo, si te habías cansado de mí, ¿podrías habérmelo dicho!

Me mira con la expresión tensa y me sujeta los brazos para que no le golpee.

—Nunca me cansaré de ti.

Entonces, sin que me dé tiempo a procesar lo que hace, Colton me besa. Tardo un momento en reaccionar, estoy tan enfadada con él, tan furiosa, que me libero de él y aparto mi boca de la suya.

Me alejo del sabor que anhelo y del hombre que odio.

—¿Quieres jugar duro, Rylee? —pregunta, no comprendo sus palabras, pero mi cuerpo reacciona a ellas al instante—. ¡Ahora verás!

En un segundo, los labios de Colton chocan con los míos y secuestran todas las sensaciones de mi cuerpo. Sigue sujetándome las muñecas y peleo por rechazar el beso, intentando alejarlo de mí. A pesar de lo mucho que sacudo la cabeza, su boca sigue sobre la mía mientras se le escapa un gemido de satisfacción.

Trato desesperadamente de negar el deseo que empieza a nublar me la mente. Trato de rechazar el pinchazo que siento entre los muslos al sentir cómo su lengua se enreda con la mía. Intento evitar que se me endurezcan los pezones al rozarse contra su pecho.

La furia se convierte en deseo. El dolor deja paso a la lujuria. La ausencia alimenta la pasión. Su toque bloquea toda racionalidad. Se me escapa un gemido mientras sigue tentándome y atormentándome con la boca.

En cierto momento Colton se da cuenta de que he dejado de pelear con él para que me libere porque quiero tocarlo. Me suelta las muñecas y automáticamente llevo las manos a su pecho, donde con los puños le agarro la camiseta y tiro de él hacia mí. Sus manos, ahora libres, se ponen en marcha y recorren mis curvas arriba y abajo mientras nuestras bocas

transmiten el deseo irrefrenable que todavía sentimos el uno por el otro.

Cada acción y reacción refleja urgencia. Necesidad. Ansia. Anhelos. Desesperación, como si temiésemos que en cualquier momento nos fuesen a separar para siempre.

Colton me agarra el culo con la mano y me aprieta contra él mientras con la otra mano sigue agarrándome del cuello. Ni siquiera me doy cuenta de que los gemidos que llenan la habitación son míos cuando su notable erección se frota con el vértice de mis muslos y nos empuja contra la cómoda que tengo detrás. Me levanta para sentarme sobre el mueble y me sube el vestido hasta los muslos mientras se coloca entre mis piernas, sin dejar de asediarme ni un momento con labios y lengua.

Le rodeo las caderas con las piernas para acercarlo más. Sé que esto está mal. Después de lo que acabo de decir, no debería hacer esto con él. Pero estoy harta de pensar. Harta de desearlo a pesar de saber que no estamos hechos el uno para el otro. Dos mundos demasiado diferentes que no encajan. Pero estoy cansada de echarlo de menos. Agotada de esperar oír su voz cuando contesto el teléfono. Estoy cansada de necesitarlo.

Cansada de quererlo sin recibir nada a cambio.

Necesito conectar con él. Necesito silenciar los pensamientos con la sensación de su piel contra la mía. El contacto físico ofrece una paz que nunca había percibido. Una paz que sé que Colton ha utilizado una y otra vez a lo largo de su vida para acallar el dolor.

Ahora yo necesito acallar el mío.

Sé que es temporal, pero me entrego a él. A las sensaciones, el sabor, el sonido y el olor de su cuerpo. Una adicción que lo consume todo. Me pierdo en él para olvidarme del dolor que sentiré cuando dejemos de ser uno.

Le agarro el cuello de la camisa y tiro de ella para quitársela por encima de la cabeza. Nuestros labios se separan por primera vez desde que volvimos a conectarnos. En cuanto la tela ha desaparecido, volvemos a juntarnos. Me baja los tirantes del vestido por los hombros mientras me besa por el cuello hasta el borde de encaje del sujetador. Doy un grito de sorpresa y de deseo cuando baja una de las copas y se mete un pezón en la boca. Echo la cabeza hacia atrás para disfrutar de la sensación mientras le enredo una mano en el pelo. El calor que siento se aviva hasta provocar un auténtico incendio que me empuja a buscar su cinturón para desabrocharle los pantalones.

Bajo la cremallera con éxito y meto las manos entre la tela de sus calzoncillos y su piel ardiente. Le agarro la dura erección entre los dedos y gime al sentir mi tacto. Al instante lleva las manos a mis muslos para subirme más el vestido y me aparta el tanga humedecido a un lado. Acaricia mi abertura con un dedo y sacudo las caderas al volver a sentir sus dedos sobre mí. Levanto las caderas hacia sus manos, ansiosa y sin vergüenza por dejarme llevar por el placer. Grito cuando introduce un dedo dentro de mí y después extiende la humedad por mi piel.

Antes de que pueda abrir los ojos y darme cuenta de la ausencia de sus dedos, se introduce en mí de una fuerte estocada. Los dos gritamos y se queda quieto para acomodarse lo mejor posible al calor de mi cuerpo. Mis paredes internas lo aprietan y se ajustan a su grosor. Colton tensa los hombros bajo mis manos mientras intenta mantener el control. Siento cómo lo pierde, está a punto de explotar, así que tomo las riendas y empiezo a mover las caderas para indicarle que se deje llevar. Lo animo a perder el control. A que sea duro conmigo. No necesito preliminares. Solo lo necesito a él. Llevo deseando esto durante semanas, y siento tan bien que no necesito nada más para llegar al éxtasis.

Me clava los dedos en las caderas y me sujeta con fuerza al borde de la cómoda mientras me embiste. Una y otra vez. Una maravillosa estocada tras otra.

—¡Dios, Rylee!

Se mueve sin cesar entre mis muslos. Baja la boca y devora la mía de nuevo, su lengua refleja el movimiento de más abajo. Entre besos tira de mí contra él y me agarra del culo para que sigamos conectados mientras me levanta y me lleva hasta la cama.

Vuelve a reclamar mis labios mientras recupera el ritmo. La presión va en aumento, siento el éxtasis al alcance de los dedos y le agarro el cuello mientras mantengo su boca sobre la mía y me empapo de su sabor.

—Eres increíble —murmura contra mis labios.

No puedo hablar. No confío en ser capaz de hacerlo. Ahora mismo ni me reconozco. Así que, en vez de eso, arqueo la espalda para cambiar el ángulo de las caderas y así permitirle golpear ese punto en mi interior, una y otra vez.

Colton conoce bien mi cuerpo y sabe perfectamente qué hacer para



llevarme al clímax, así que entiende la insinuación de mi sutil recolocación. Se incorpora sobre las rodillas, me agarra las piernas, las empuja hacia atrás y me coloca los pies sobre su pecho. El ángulo le permite un acceso aún más profundo y no puedo contener el gemido de euforia cuando llega a lo más hondo para después retroceder lentamente y repetir el movimiento.

Lo miro, la cara y los hombros le brillan por el sudor y su torso contrasta con el color rosa de mis uñas pintadas. Entonces lo miro a los ojos. Le sostengo la mirada todo el tiempo que puedo hasta que me resulta insoportable, es la primera vez desde que nos conocimos que no hay nada que oculte las emociones de su mirada. Es demasiado para comprenderlo, muchas cosas en las que pensar cuando lo único que busco es perderme en este momento y bloquear todo lo demás. Olvidarme de pensar.

Echo la cabeza atrás, con los ojos cerrados y los puños apretados sobre las sábanas mientras las sensaciones amenazan con alcanzarme. Colton tiene que percibir cómo se acerca el orgasmo por mi respiración acelerada y por cómo tenso los muslos.

—Aguenta, Ry —jadea—. Aguenta, nena. —Se hunde en mí y acelera el ritmo hasta que ya no puedo más.

—¡Joder! —grito como si me rompiera en mil pedazos de placer sin sentido.

La liberación me atraviesa y consume cada aliento, pensamiento, y reacción. La palpitación constante de mi orgasmo lleva a Colton al clímax. Grita mi nombre entrecortadamente y echa la cabeza hacia atrás, disfrutando de su propia liberación y sacudiéndose con fuerza dentro de mí. Cuando vuelve en sí, sigo recuperando el aliento y poniendo en orden los pensamientos con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás. Siento que quita mis pies de su pecho y, sin romper nuestra conexión, deja caer el cuerpo sobre el mío, apoyando el peso sobre los codos a ambos lados de mi cuerpo. Me lleva las manos a la cara y me acaricia suavemente las mejillas con los pulgares.

Siento su respiración en los labios y sé que me mira, pero no me atrevo a abrir los ojos todavía. Antes tengo que controlar las emociones, porque no importa lo maravilloso que haya sido, no soluciona nada. Esto no borra el hecho de que saliera corriendo cuando le dije que lo quería. No hace que olvide que se acostase con Tawny para enterrar la mera idea de que alguien

quisiera con él algo más que un acuerdo. Lo único que demuestra es que el sexo sigue siendo increíble.

Ahora mismo, me siento entumecida.

Siento el peso de su mirada, pero no me atrevo a abrir los ojos porque sé que lloraré. Colton suspira y sé que intenta entender lo que se me pasa por la cabeza. Baja la cabeza y apoya su frente en la mía mientras sigue acariciándome la línea de la mandíbula con los pulgares.

—Joder, te echaba de menos, Rylee —murmura suavemente contra mis labios.

Es más difícil escuchar esas palabras de sus labios que aceptar que acabamos de acostarnos. La vulnerabilidad con la que lo dice me oprime el corazón y el alma. Saber que, aunque se ha acostado con muchas, nunca le ha murmurado esas palabras a ninguna, es lo que me afecta.

—Háblame, Ry. —Suspira—. Nena, por favor, habla conmigo —suplica.

En ese momento una lágrima me cae por la mejilla. Mantengo los ojos cerrados y niego con la cabeza sutilmente; las emociones se rebelan con violencia dentro de mí. Para él, la conexión entre nosotros es suficiente para arreglar las cosas. Para mí, no. ¿Cómo volver a confiar en él? ¿Cómo volver a confiar en mí misma? Esta mujer que se acuesta con la misma persona que la ha engañado no soy yo. ¿Cómo vivir y quererlo sabiendo que tengo que andar con pies de plomo por miedo a que, si digo algo que lo asuste, se lanzará a los brazos de otra?

Para él, esto es una reconciliación. Para mí, un último recuerdo. Una despedida.

Me odio profundamente. Odio haberlo usado para tratar de calmar el dolor que sé que pasaré en las semanas y los meses siguientes. Odio que, del modo en que parece necesitarme, yo no me atreva a necesitarlo más. No puedo perder la nueva yo que he encontrado; la misma que, irónicamente, él me ha ayudado a encontrar. Esto es lo que me hace. La persona en que me estoy convirtiendo. Me comporto como una neurótica cuando lo tengo cerca. Y sí, lo quiero, claro que sí, pero el amor no vale la pena si no es correspondido y esto es lo único que recibo.

Se aparta y me besa la punta de la nariz, me tiembla la barbilla mientras proceso todo lo que acabo de comprender.

—Dime lo que piensas, Ry —me anima mientras besa con ternura el recorrido de mi última lágrima y los párpados de mis ojos cerrados antes de volver a mis labios.

Una ternura así de un hombre que jura que no siente nada me obliga a luchar por contener el llanto. A pesar de que todavía no ha salido de mí, tengo la sensación de que siente cómo se está perdiendo nuestra conexión porque vuelve a rozarme los labios con los suyos e introduce la lengua entre ellos. Me lame la boca despacio, su lengua baila con la mía con ternura y expresa el deseo que siente con una desesperación amable y sutil.

Respondo a su silenciosa súplica, todavía necesito mantener esta conexión por todo lo que siento por él, aunque sé que no es suficiente. El amor no correspondido nunca funciona. Al final, Colton termina el beso y suspira cuando se aleja mientras yo sigo con los ojos cerrados.

—Dame un segundo —dice.

Me estremezco cuando sale de mí y dejamos de ser uno para volver a ser dos. La cama se hunde cuando se levanta. El agua empieza a correr en el cuarto de baño. Escucho sus pasos cuando cruza la habitación y me sorprende cuando con un paño húmedo me limpia con total suavidad antes de llevarlo de nuevo al cuarto de baño.

—Nena, me hace mucha falta una ducha. Dame un minuto y luego hablamos, ¿vale? Tenemos que hablar. —Me da otro beso en la frente y la cama vuelve a hundirse cuando se levanta. Oigo la ducha y la cortina al cerrarse.

Me acuesto en silencio, la cabeza me zumba de tanto pensar y me empieza a doler. ¿Quiero a ese hombre tan maravilloso y al mismo tiempo tan dañado? Sin lugar a dudas; pero, aunque antes solía pensar que el amor lo puede todo, ya no estoy tan segura. A su manera, le importo, pero ¿es suficiente? ¿Quiero una relación en la que tener que estar siempre esperando que pase lo que sé que pasará?

He pasado los últimos dos años entumecida, aislada de las emociones por miedo a cómo sería volver a sentir. Ahora que he encontrado a Colton y me ha despertado, no creo que pueda volver a ser como era antes. A solo existir, no vivir. ¿Puedo estar con Colton y retener todo lo que siento dentro que lucha por salir? No quiero volver a esa vida vacía. No creo que pueda. El problema es que no estoy segura de si alguna vez llegará a aceptar que lo

quiero. Cierro los ojos con fuerza y me digo que podemos superar todo esto. Que soy lo bastante fuerte y paciente, que puedo perdonar lo suficiente mientras espero a que derrote sus demonios y acepte el amor que le ofrezco. Pero ¿y si nunca lo hace?

Pienso en nosotros esta noche. Haciéndonos daño el uno al otro a propósito. Utilizando a otras personas para cabrearnos. Para destrozar al otro. Eso no es sano. No se lo haces a alguien a quien quieres y que te importa. Recuerdo las palabras de mi madre. Alguien siempre te trata mejor al comienzo de una relación y, si no es bueno al principio, luego no va a mejorar. Si tenemos en cuenta las últimas veinticuatro horas, dudo que mejoremos.

Somos apasionados, ardientes, implacables e intensos cuando estamos juntos. En el dormitorio, esto hace que tengamos una química incalculable, en lo que se refiere a una relación, nos lleva al desastre. Y por muy placentero que fuera encerrar a Colton en el dormitorio para que hiciese conmigo lo que quisiera una y otra vez, no es realista.

Llega el llanto y ya no tengo que ocultarlo. Me atraviesa el cuerpo y me desgarran la garganta. Llora hasta que no me quedan lágrimas por el hombre que tengo tan cerca y a la vez tan lejos. Cierro los ojos un momento y me preparo para lo que estoy a punto de hacer. A la larga, es lo mejor.

Me muevo sin pensar. Actúo entumecida antes de que me vea incapaz de hacerlo. Colton tiene razón. Está roto. Y ahora yo también estoy rota. Dos mitades no siempre forman un todo.

Follamos, sin duda fue follarse porque no hubo nada suave, tierno o significativo en ello, sobre todo después de que admitiese haber estado con otra. Tawny, de entre todas las personas, ella fue la elegida. No puedo aceptarlo. Nunca. Pero cuando estoy cerca de él, cuando domina el aire que respiro, me comprometo a cosas que nunca haría de otra manera. Y eso no es forma de existir. Dar todo de ti cuando la otra persona no entrega nada.

Contengo un sollozo mientras tengo problemas para vestirme. Las manos me tiemblan tanto que apenas puedo ponerme bien la ropa. Me echo un vistazo en el espejo y me paro en seco. Angustia y dolor en estado puro me devuelven la mirada. Me obligo a apartar los ojos de mi reflejo y a agarrar la maleta cuando oigo que Colton ya se ha metido en la ducha. Me seco las lágrimas que me ruedan por las mejillas.

—Adiós. Te quiero —susurro las palabras que no puedo decirle a la cara. Las que nunca aceptará—. Creo que siempre te he querido. Y sé que siempre lo haré.

Abro la puerta lo más silenciosamente que puedo y salgo de la habitación con la maleta en la mano. Tardo un instante en soltar el pomo, porque sé que una vez lo haga, se acabó. Y por muy segura que esté de tomar esta decisión, me parte el corazón en mil pedazos.

Respiro hondo y lo suelto, agarro la maleta y echo a andar hacia el ascensor mientras dejo que las lágrimas fluyan libres.

## Capítulo 39

La bajada en el ascensor se me hace eterna. Tengo los ojos cansados y me pesa en corazón, me obligo a mantenerme en pie, a respirar. Busco un motivo para moverme. Sabía que superar a Colton sería duro, devastador, pero nunca imaginé que el primer paso sería el más duro.

La puerta da un pitido al abrirse. Debo darme prisa. Tengo que desaparecer, porque Colton intentará localizarme y alargar esto.

Aunque, tal vez no. A lo mejor buscaba un polvo rápido y, ahora que lo ha conseguido, me dejará marchar. No es que sea fácil descifrar lo que piensa y, la verdad, estoy cansada de intentarlo. Siempre piensa una cosa y hace la contraria. He aprendido algo estando con Colton y es que no sé nada.

Me froto la cara e intento secarme las lágrimas de las mejillas, aunque sé que eso no mejorará mi aspecto. La verdad, ya me da igual lo que piense la gente.

Aunque llevo un par de días alojada en el hotel, estoy tan confusa que tardo unos segundos en recordar cómo se llega a la entrada principal para pedir un taxi. Tengo que cruzar un jardín y después el vestíbulo. Cuando veo a Colton acelero el paso, con las maletas a punto de colapsar. Estoy aturdida, me repito que hago lo correcto, que he tomado la decisión correcta, pero la mirada de él se me ha clavado en la piel, vulnerable, salvaje. No podemos ofrecernos el uno al otro lo que necesitamos y, cuando lo hacemos, nos hacemos daño. «Un pie después del otro, Thomas». Es lo que me digo. Mientras siga moviéndome, sin pensar, podré seguir controlando el pánico, aunque esté a punto de explotar.

Avanzo unos seis metros por el jardín, vacío a estas horas de la noche, desesperada por seguir caminando.

—No me acosté con ella.

El timbre grave de su voz hace que las palabras corten el aire de la noche. Me detengo. Mi cabeza dice que siga, pero los pies no le hacen caso. Sus palabras me sorprenden y, aun así, sigo tan aturdida por todo, por la necesidad de sentir para luego no querer hacerlo, la sobrecarga emocional y no reacciono. ¿No se acostó con Tawny? Entonces, ¿por qué dijo que lo hizo? ¿Por qué me provocó todo este dolor si no pasó nada? En la cabeza oigo a Haddie decirme que soy tan cabezota que no le dejé hablar, no dejé que se explicara, pero estoy demasiado ocupada intentando recordar cómo respirar que no me puedo centrar en eso. El corazón me palpita con fuerza y no tengo ni idea de qué hacer. Sé que lo que dice debería aliviarme, pero todavía no siento que arregle nada en mi interior. Todo lo que parecía estar claro, en conflicto pero claro, ya no lo está. Tengo que alejarme, pero necesito quedarme.

Quiero y odio y, sobre todo, siento.

—No me acosté con Tawny, Rylee. Ni con ella ni con ninguna —repite.

Esta vez las palabras parecen puñetazos. Me golpean con un sentimiento de esperanza y tristeza. Nos hemos herido el uno al otro, nos hemos hecho daño y nos hemos visto inmersos en estos juegos estúpidos para herirnos, ¿y sin razón? Se me escapa una lágrima que me cae por la mejilla.

—Ese día, cuando oí que llamaban a la puerta, cogí unos vaqueros viejos. Hacía meses que no me los ponía. Date la vuelta, Ry —dice y no me atrevo a hacerlo.

Cierro los ojos y respiro hondo, las emociones me sobrepasan y me sumerjo en un estado de confusión cambiante.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas —dice, con su voz implacable más cerca que antes—, pero no dudes de que será a mi manera. Esta vez no vas a salir corriendo. Date la vuelta.

Mi corazón se detiene y la cabeza me da vueltas cuando me giro despacio para encararme con él. Cuando lo hago, se me corta la respiración. Estamos en un jardín lleno de plantas exóticas de colores explosivos, pero de lejos lo más maravilloso que tengo a la vista es el hombre que tengo delante.

Colton solo lleva unos vaqueros azules. Los pies descalzos, el pecho

desnudo que se le hincha al respirar y el pelo mojado, que gotea sobre los hombros. Parece que, literalmente, haya salido de la ducha, haya visto que no estaba y haya salido a perseguirme. Da un paso hacia mí mientras traga saliva con expresión decidida. Es despampanante, me deja sin respiración, pero son sus ojos los que me atrapan y no me sueltan. Esos pozos verdes que me sostienen la mirada, suplicantes, y me quedo de piedra.

—Necesito pensar —concedo para justificar mis actos.

—¿Qué hay que pensar? —Resopla y maldice entre dientes—. Creía que...

Me miro las uñas de los pies y las recuerdo sobre su pecho hace apenas un rato.

—Tengo que pensar en nosotros, en todo.

Da un paso más cerca de mí.

—Mírame —ordena en voz baja.

Le debo al menos eso, no importa lo mucho que tema mirarlo a los ojos. Cuando levanto la mirada y busco sus ojos bajo la luz de la luna, veo preocupación, desconfianza, miedo y mucho más en la profundidad de sus pupilas. Quiero apartar la vista y esconderme del daño que estoy a punto de causar, pero no puedo. Se merece algo mejor. Su voz es tan suave cuando habla que apenas lo oigo.

—¿Por qué?

Es una sola frase, pero oculta tantas emociones detrás que me lleva un minuto encontrar las palabras para responder. Además, es la misma pregunta que necesito hacerle.

—Si esto es de verdad, Colton... Se supone que tenemos que complementarnos, hacernos mejores el uno al otro, no destruirnos. Mira lo que ha pasado esta noche —intento explicar—. Cuando te importa alguien no intentas hacerle daño intencionadamente... Esa no es una buena señal. —Niego con la cabeza, esperando que entienda lo que digo.

Traga saliva mientras piensa qué contestar.

—Sé que no se nos ha dado muy bien, pero podemos arreglarlo —suplica—. Podemos hacerlo bien.

Cierro los ojos un momento, las lágrimas caen libres cuando recuerdo dónde estamos y lo que pasará mañana.



—Colton, ahora tienes que concentrarte en la carrera. Podemos hablar después, discutir esto más tarde, pero ahora mismo tienes que mantener la cabeza en la pista.

Niega con la cabeza.

—Tú eres más importante.

—No, no lo soy —murmuro y aparto la mirada mientras sigo dejando que las lágrimas caigan en silencio por mis mejillas.

Me pone un dedo en la barbilla y me levanta la cara para obligarme a mirarlo.

—Si te vas, no es solo para pensar. No vas a volver, ¿verdad? —Me mira, esperando una respuesta que le brindo con mi silencio. —Acaso... ¿es que tú y yo, antes, no significó nada para ti? Pensaba que... —Se le quiebra la voz cuando lo entiende—. Era una despedida, por eso estabas tan afectada —dice, más para sí que para mí—. Te estabas despidiendo, ¿no es así?

No respondo, solo lo sigo mirando con la esperanza de que, más allá de su dolor, vea lo difícil que esto también es para mí. Sería mucho más fácil si se enfureciera y lanzara algo por el aire en lugar de pronunciar estas suaves palabras suplicantes y mirarme con esos ojos llenos de incredulidad y dolor.

—Necesito tiempo para pensar —consigo repetir.

—Querrás decir tiempo para distanciarte y que te sea más fácil.

Me muerdo el interior de la mejilla y elijo con cuidado las siguientes palabras.

—Tengo que alejarme de ti un tiempo, Colton, y de toda la locura de las últimas semanas. Eres demasiado abrumador, tan omnipresente que cuando estamos cerca me pierdo en ti, no puedo respirar ni pensar ni hacer nada por mí misma. Necesito tiempo para procesarlo todo. —Miro alrededor y vuelvo a mirarlo a él—. Tiempo para intentar averiguar por qué estamos tan rotos.

—No, Ry, no —insiste y se le quiebra la voz mientras levanta las manos para acunarme la cara al mismo tiempo que se inclina para quedar a centímetros de mi cara y me acaricia las mejillas con los pulgares—. No estamos rotos, nena, solo heridos. No pasa nada por estar herido, significa que lo estamos intentando.

Siento que el corazón me va a explotar en el pecho cuando me devuelve mis propias palabras, la letra de la canción que una vez le recité. Duele demasiado. La forma en que me mira. La simplicidad de la explicación. La

convinciente súplica de su voz. La sutil ironía de que una persona a quien no le van las relaciones me dé consejos sobre cómo arreglar una.

La nuestra.

Sacudo la cabeza y abro la boca para hablar, pero la cierro de nuevo al notar el sabor salado de las lágrimas y no encuentro las palabras para contestarle. Sigue inclinado a la altura de mis ojos.

—Hay muchas cosas que tengo que explicarte. Tengo mucho que decirte, que ya debería haberte dicho. —Suspira, desesperado.

Se lleva las manos a la nuca, con los codos doblados, y retrocede unos pasos. Lo sigo con los ojos, me agarra sin previo aviso y me besa, un gesto cargado de desesperación. Antes de que dejen de temblarme las piernas, se separa de mis labios, pone las manos en mis hombros y me atraviesa con la mirada.

—Te dejaré marchar, Rylee. Dejaré que te vayas de mi vida si es lo que quieres, aunque me mate, pero antes necesito que me escuches. Por favor, vuelve conmigo a la habitación para que pueda explicarte todo lo que debes oír.

Respiro hondo y lo miro a los ojos, a escasos centímetros de los míos, suplicantes, buscando algún indicio de esperanza. Estoy a punto de negarme, pero soy incapaz. Aparto la mirada, trago saliva y asiento con la cabeza.

\*\*\*

La habitación está oscura excepto por la luz de la luna. En el espacio que hay entre nosotros en la cama se recorta la sombra de Colton. Se acuesta de lado, apoya la cabeza en el codo y me mira. Nos quedamos un rato en silencio, él me observa y yo pierdo mi mirada en el techo, mientras los dos intentamos adivinar qué piensa el otro. Extiende el brazo con duda y me coge la mano, suspira.

Trago saliva y mantengo la vista fija en las aspas del ventilador del techo, que giran sin cesar.

—¿Por qué? —pregunto, la misma pregunta que él me hizo, y se me quiebra la voz. Es la primera vez que hablo desde que hemos vuelto a la habitación—. ¿Por qué me dijiste que te acostaste con Tawny?

—No... no lo sé. —Suspira, frustrado, y se pasa la mano por el pelo—. Creo que, como es lo que tú pensabas, lo que esperabas de mí sin darme la oportunidad de explicarme, quería hacerte daño, tanto como me provocaste tú al acusarme. Estabas tan segura de que me había costado con ella. Tan segura de que la usaría para reemplazarte que no quisiste escucharme. Me bloqueaste. Te marchaste y nunca me dejaste explicarte lo que pasó aquella mañana. No me dejabas hablar, así que una parte de mí pensó que por qué no darte la confirmación que necesitabas para terminar de confirmar lo capullo y lo cerdo que soy.

Me quedo en silencio mientras proceso lo que dice, lo entiendo y no lo entiendo al mismo tiempo.

—Ahora te escucho —susurro. Tengo que saber la verdad, toda la verdad. Necesito conocerlo todo para decidir qué hacer después.

—No sabía lo solo que estaba en realidad, Rylee —empieza a hablar con voz entrecortada y, por primera vez, lo noto nervioso—. Lo aislado y solo que había llegado a estar con los años, hasta que te marchaste. Hasta que no podía llamarte, hablar contigo, verte...

—Pero sí podías, Colton —respondo, confusa—. Tú te marchaste, no al revés. Yo soy quien se sentó a esperar a que llamasen. ¿Cómo pudiste pensar de otra manera?

—Lo sé —reconoce en voz baja—. Lo sé, pero lo que me dijiste, esas dos palabras, me convierten en alguien que no quiero volver a ser. Activan cosas, recuerdos, demonios, demasiada porquería. No importa cuánto tiempo pase... —Se calla, incapaz de verbalizar lo que las palabras «te quiero» significan para él.

—¿Qué? ¿Por qué?

¿De qué coño habla? Quiero gritarle, pero debo ser paciente. Hasta ahora mi cabezonería no nos ha llevado a ninguna parte. Expresarse no es su punto fuerte. Tengo que callarme y esperar.

—Ry, el motivo... Cuando era niño, esas palabras se usaban para manipularme, como un medio para hacerme daño.

Casi puedo ver el debate que se crea en su cabeza al elegir las palabras adecuadas para seguir con su explicación, y me muero por abrazarlo. Quiero consolarlo y ayudarlo, así tal vez pueda entenderlo mejor, comprender por qué dice tener el alma envenenada, pero me contengo. Me mira e intenta

sonreír, pero fracasa. Me mata que esta conversación le haya robado su maravillosa sonrisa.

—Es demasiado para explicarlo ahora, seguramente más de lo que nunca seré capaz de expresar. —Coge aire y lo expulsa tembloroso—. Esto, hablar así, es más de lo que nunca he hecho, así que lo estoy intentando, ¿vale? — Me mira con ojos suplicantes a través de la oscuridad y asiento con la cabeza—. Pronunciaste esas palabras y, de repente, volví a ser un niño pequeño que se moría, que deseaba morir, lleno de dolor. Y cuando siento ese dolor, recurro a las mujeres. Al placer para enterrar el dolor.

Con la mano libre aprieto la sábana al pensar en ese niño que sufría tanto que prefería morir y en el hombre al que amo, a pesar de que sigue atormentado por ello. Temo lo que vaya a decir a continuación. Su confesión.

—Solía ser mi escape —susurra—, pero esta vez, después de ti, no tenía sentido. Al pensarlo, solo veía tu cara. Echaba de menos tu risa. Anhelaba tu sabor. El de nadie más.

Cambia de postura y se apoya sobre la espalda, sin soltarme la mano mientras el corazón se me encoge por sus palabras.

—En vez de eso, bebí. Un montón. —Suelta una risa apagada—. El día antes de que todo pasara, Quin vino a verme y me leyó la cartilla. Me dijo que me diera una ducha. Que buscara un amigo con quien pasar el rato que no fueran Jim y Jack. Una hora después, Becks apareció. Sé que lo llamó. No preguntó lo que pasaba, él es así, pero sabía que necesitaba compañía.

»Me llevó a surfear un par de horas. Me dijo que tenía que aclararme las ideas, independientemente de lo que me pasara. Asumió que tenía que ver contigo, pero nunca preguntó. Hicimos surf durante un rato, luego le dije que necesitaba salir, ir a un bar y tomar algo que me atontase.

Me acaricia la mano con el pulgar y me doy la vuelta, ahora soy yo quien lo mira mientras él tiene la vista fija en el techo.

—Nos fuimos y, en el proceso, Tawny llamó. Tenía que firmar unos papeles puesto que llevaba días sin pasar por la oficina. Le dije dónde estábamos y vino. Firmé lo que me trajo y lo siguiente que recuerdo es que las horas pasaron y los tres íbamos como cubas. No te haces una idea. Estábamos cerca de la casa de Palisades, así que le pedí a Sammy que nos llevara allí, ya recogeríamos los coches al día siguiente.

Entramos y me di cuenta de que no había estado allí desde la noche que pasé contigo. Grace sí que había estado, claro, y la camiseta que tiré sobre el sofá antes de que... —Se pierde en los recuerdos—. Estaba doblada sobre el respaldo y la vi en cuanto entré en la casa. El primer recordatorio. Cuando entré en la cocina, noté que había cogido el algodón de azúcar y lo había dejado en un envase sobre la encimera. No podía escapar de ti, ni siquiera borracho. Así que bebí más. Tawny y Beckett se unieron a mí. Al cabo de un rato Tawny estaba incómoda con la ropa del trabajo, así que le dejé la camiseta. Estábamos todos en el salón, bebiendo. Intentaba aislar la mente de lo mucho que te necesitaba. No recuerdo exactamente cómo pasó todo, pero en cierto momento me estiré para coger una cerveza y Tawny me besó.

Las palabras quedan suspendidas en la oscuridad y me oprimen el pecho. Aprieto los dientes al pensarlo, aunque aprecio que sea sincero. Empiezo a creer que no me hace falta oír toda la historia. Que en este caso la verdad tal vez no sea lo mejor.

—¿Le devolviste el beso?

La pregunta se me escapa antes de poder contenerme. Tensa los dedos enredados con los míos un instante, y me da de forma involuntaria la respuesta. Me muerdo el labio inferior y espero la confirmación que temo.

Vuelve a suspirar y traga saliva.

—Sí... —Se aclara la garganta—. Al principio. —Entonces se calla un momento—. Sí, besé a Tawny, Rylee. Estaba fatal y el alcohol no ayudaba, así que cuando me besó, quise probar con mi antiguo método. —Contengo el aliento e intento soltar su mano, pero no me deja. No me permite alejarme de él—. Pero por primera vez en mucho tiempo, no pude.

Se pone de lado para que, a pesar de la oscuridad, podamos vernos perfectamente el uno al otro. Sé que me mira a los ojos. Levanta la mano libre y me acaricia la mejilla con los dedos.

—No eras tú —dice en voz baja—. Ya no puedo tener sexo sin compromiso, Rylee, no después de ti.

Me trago las lágrimas que me queman la garganta. No sé muy bien si las lágrimas son el resultado de saber que intentó tener algo con ella o por el motivo por el que no pudo hacerlo.

—Te dije que te quería, Colton, y saliste corriendo. Básicamente, a los brazos de otra —acusó—. Nada menos que con una mujer que me ha

acosado y amenazado por ti.

—Lo sé...

—¿Qué me asegura que no volverá a pasar? ¿Cómo puedo saber que la próxima vez que te asustes no volverás a hacer lo mismo? —El silencio se instala entre nosotros y aumenta las dudas de mi cabeza—. No puedo... —susurro, como si hablar en un tono normal fuera demasiado—. No creo que pueda hacer esto. No creo que pueda permitirme volver a creer.

Colton cambia de posición de repente en la cama, y agarra mis manos con las suyas mientras caigo sobre la espalda.

—Por favor, Rylee, no lo decidas aún, escucha el resto, ¿vale?

Percibo la desesperación en su voz y me deshago por dentro, porque sé exactamente cómo se siente cuando habla así.

Es la mismo que me salía a mí después de decirle que lo quería.

Nos quedamos así sentados, con las manos entrelazadas como única conexión, a pesar de que siento como si Colton fuese el único aire que mi cuerpo puede respirar. La tensión emana de él en oleadas mientras intenta poner en orden las ideas y convertirlas en palabras.

—¿Cómo lo explico? —pregunta a la oscuridad mientras respira hondo antes de empezar—. Cuando estoy en la pista, voy tan rápido que todo lo que está fuera del coche, las bandas, la gente, el cielo, todo se convierte en una especie de niebla. No puedo identificar nada en concreto. Solo estamos el coche y yo, y todo lo que hay fuera de esa pequeña burbuja es parte de la niebla —Se detiene un momento y me aprieta la mano para calmar sus nervios mientras se recompone para explicármelo mejor—. Es como cuando eres un niño y te dan vueltas en brazos. Todo lo que ves se convierte en una línea continua y borrosa. ¿Tiene sentido?

Soy incapaz de encontrar la voz para responderle. Su ansiedad es contagiosa.

—Sí —logro articular.

—Me he pasado casi toda la vida dentro de esa niebla, Rylee. Nada está claro. Nunca me detengo el tiempo suficiente para prestar atención a los detalles, porque si lo hago, entonces el pasado, los errores, las emociones y los demonios podrían alcanzarme. Me paralizarían. Es más fácil vivir en la niebla, porque si me detengo, tendría que sentir algo. Tendría que abrirme a cosas que siempre he evitado. Cosas que llevo dentro por culpa de todo lo

que me pasó cuando era niño. Cosas que no quiero recordar, pero que no olvido.

Me suelta una mano y se la pasa por la cara. El ruido que hace al frotarse la barba es un sonido que reconozco y me reconforta.

—Mi pasado siempre está ahí, listo para atormentarme. Siempre amenazando con salir para arrastrarme por el barro y ahogarme. —La notable emoción de su voz hace que, en un impulso, levante la mano y vuelva a coger la suya. La aprieto en señal de silencioso apoyo por el infierno que lleva dentro—. Vivir dentro de esa niebla es como vivir en una burbuja. Puedo controlar la velocidad a la que me muevo, reducir si necesito un respiro, pero sin detenerme nunca. Siempre voy en el asiento del conductor, siempre llevo el control. Siempre puedo acelerar y pisar al máximo si las cosas se acercan demasiado... Y entonces te conocí.

Habla con un asombro en la voz tan honesto que me cala hondo y hace que me incorpore, de manera que me siento con las piernas cruzadas y las rodillas sobre las suyas. Sus manos encuentran las mías y las aprietan con fuerza.

—La noche que te conocí, un rayo atravesó la niebla y me golpeó de lleno. Tan brillante y tan hermoso, pero también tan hostil. —Se ríe—. No podía apartar la mirada, a pesar de intentarlo. Fue como si la vida pisara el freno y me detuviera por primera vez. Me sentí atraído por ti al instante, tu actitud, tu negativa, tu ingenio, tu increíble cuerpo. —Se encoge de hombros sin aire de disculpa por el último comentario y sonrío sin poder evitarlo mientras la esperanza empieza a florecer de nuevo dentro de mí—. Todo. Esa primera noche fuiste una chispa de color en un mundo que siempre había sido una niebla gris.

Me quedo sin palabras mientras intento procesar lo que me dice. Justo cuando ya me había decidido, suelta algo tan conmovedor y hermoso que no puedo dejar de sentir cómo el corazón se me llena de amor por él. Colton acepta mi silencio y me acuna la cabeza entre las manos antes de continuar. La ternura de sus caricias hace que se me formen lágrimas en los ojos.

—La primera noche provocaste una chispa, Rylee, y todos los días desde entonces, me has dado la fuerza que necesitaba para frenar lo suficiente, para ver lo que se escondía detrás de la niebla. Incluso cuando no quiero, tu fortaleza, saber que estás ahí, me empuja a ser mejor persona. Mejor hombre.

Desde que llegaste a mi vida, la niebla ha desaparecido, veo las cosas como son, a color... No sé. —Sé que se debate por expresarse, apoyo la cara en la palma de su mano y le doy un beso ahí mientras suspira—. No sé de qué otra forma explicarlo, pero sé que no puedo volver a la vida que llevaba antes. Te necesito en mi vida, Rylee. Necesito que me ayudes a seguir viendo los colores. A reducir la velocidad. A dejarme sentir. Necesito que seas esa chispa.

Se inclina y me roza los labios con los suyos en un gesto lleno de ternura.

—Por favor, sé mi chispa, Ry... —dice mientras vuelve a rozarme los labios.

Me inclino y lo beso, animándolo a que profundice más y le meto la lengua en la boca, porque las palabras y los pensamientos están tan desordenados dentro de mi cabeza que me da miedo hablar. Temo que, en este momento de su revelación, si digo lo que siento, sea demasiado para él. Así que lo pongo todo en el beso. Me atrae hacia él y me acuna en el regazo, mientras me deleita la boca de la manera en que solo él puede hacer. La reverencia con que suspira mi nombre entre besos hace que una lágrima me caiga por la mejilla.

—Tal vez no sea capaz de decir las palabras tradicionales que quieres oír, pero, te juro, Rylee, que voy a intentarlo. Y si no puedo, entonces te demostraré con todo lo que tengo, con lo que haga falta, que tu sitio está conmigo —murmura, derribando el último reducto de protección que me quedaba en el corazón.

Acaba de robármelo del todo.

Y yo se lo he entregado de buena gana.

Me rodea con los brazos y entierra la cara en mi cuello, sosteniéndome con fuerza durante un largo rato, con palpable vulnerabilidad. Pienso en sensaciones y emociones y lo bloqueo todo para solo disfrutar del momento y de este lado de Colton sin barreras tan extraño. Aspiro nuestros aromas mezclados. Siento el latido de su corazón en el pecho. El calor de su aliento en el cuello. La fuerza de sus brazos mientras me abraza. El roce de su nunca contra la piel desnuda. El consuelo que me proporciona con solo estar cerca. Tantas cosas que asimilar, que guardar para otro día y poder recordarlas cuando más las necesite.



Porque sé que para estar con Colton, quedarme con él y quererlo, necesitaré estos recuerdos en los momentos más inesperados para que me ayuden a superar los problemas que sin duda aparecerán.

—Me estoy ahogando aquí. El silencio me mata. Por favor, di algo. Échame una mano, ¿quieres? Un salvavidas —dice y el comentario me recuerda las palabras de Beckett de camino a Las Vegas.

—Vamos —susurro mientras le recorro la espalda con las manos. Me aprieta con más fuerza y se acurruca en la curva de mi cuello—. Mañana te espera un día muy largo. Es tarde. Tienes que dormir.

Echa la cabeza atrás y, al estar tan cerca, veo claramente sorpresa y aceptación en sus ojos verdes por las palabras que no he dicho.

—¿No vas a dejarme? —pregunta, con voz entrecortada—. ¿Te quedas?

Contengo un sollozo que casi se me escapa por lo que dice. Que pienso que vale la pena. Me pasa las manos por la cara y por los hombros. Me toca para asegurarse de que soy real, que estoy ahí delante de él y que lo acepto. Acepto el viaje que quiere intentar hacer conmigo.

—Sí, Colton. No me voy a ninguna parte —consigo decir, por fin, cuando la quemazón de la garganta desaparece.

Me sostiene la cabeza con ambas manos y se inclina para darme un beso antes de abrazarme y acercarme a su pecho.

—De momento no quiero dejarte ir —murmura—. No creo que nunca lo haga.

—No tienes que hacerlo —digo suavemente mientras me acuesto en la cama y lo hago tumbarse conmigo.

Nos movemos para quedar uno al lado del otro, con los cuerpos apretados y los brazos enredados, ahora soy yo la que apoya la cara en su cuello. Nos quedamos quietos un rato y el silencio que nos rodea ya no resulta solitario. Entonces Colton suspira con satisfacción y murmura:

—Un accidente con suerte. —Me da un beso en la cabeza y se aclara la garganta—. No sé lo que significaba As para ti, pero para mí, ahora, es un accidente con suerte. Uno que me ha cambiado la vida.

Me acurruco más cerca de él, y le doy un beso en mi parte favorita de la mandíbula, con el corazón henchido de amor y el alma rebosante de felicidad.

Después de un tiempo de disfrutarnos el uno al otro y del equilibrio recién encontrado, su respiración se ralentiza y se acompasa. Me quedo allí un momento, respirando, sintiendo su calor, con el corazón en la garganta cuando me doy cuenta de que nunca hubo una decisión que tomar. Todo estaba destinado a pasar desde el minuto en que caí en la puerta de aquel dichoso armario y entré en su vida.

Me tumbo sobre el costado para observarlo. Me duele el pecho al contemplar al hombre tan hermoso que es por dentro y por fuera. Parece tan tranquilo mientras duerme. Como si por fin pudiera descansar de los demonios que lo persiguen a menudo cuando está despierto. Como ese ángel oscuro que lucha por escapar de la oscuridad y llegar a la luz. Su chispa de luz.

## Capítulo 40

### Colton

Por primera vez en un mes, el alboroto de mi cabeza se calma mientras duermo. Nada de pesadillas. Los sucesos de anoche me vienen a la memoria mientras la luz de la mañana me saca del sueño.

Eso y sentir el peso de Rylee sobre mí. Gruño sin pretenderlo cuando se hunde a horcajadas sobre mí. El calor de su coño me hace luchar por liberarme de las sábanas que me envuelven. Menuda tortura.

Joder, la mejor manera de despertar del mundo.

Me pasa las puntas de los dedos por el abdomen, me rodea los pezones y vuelve a bajar hasta la cadera.

—Buenos días —murmura con esa voz raspada que tiene por las mañanas para después besarme en los labios. Con los dedos sigue acariciándome. Tentándome con la droga a la que soy adicto.

Gruño en respuesta y abro los ojos para encontrarme una de las mejores vistas del mundo. Tetas. Las tetas de Rylee, para ser exactos, llenas y con los pezones sonrosados endurecidos de excitación. Admiro durante un instante la mejor creación de Dios antes de recorrer con la mirada el resto de su cuerpo bañado por el sol hasta llegar a sus ojos.

Esos ojos.

Los que me mantienen prisionero y poseen partes de mí que ni siquiera sabía que existían desde la primera vez que me miraron entre una masa de rizos.

—Buenos días —repite, me sostiene la mirada con ojos adormilados y esboza lentamente una sonrisa.

El corazón se me para. Es real y está aquí. Me siento aliviado. Tal vez hoy sea la primera carrera de la temporada, pero al despertar a su lado y tenerla aquí conmigo después de todo lo que ha pasado en las últimas semanas me hace sentir que ya he ganado.

Arqueo una ceja cuando baja más los dedos y la polla me palpita en respuesta.

—Buenos, sin duda —protesto, mi cabeza todavía necesita alcanzar a mi cuerpo, que ya está listo para arrancar—. Siempre que me pueda despertar con una vista así, será una mañana de la hostia. —No puedo evitar sonreír. Joder, es preciosa.

Y mía.

¿De verdad? ¿Qué cojones he hecho para merecerla? Es una suerte de milagro.

—Bueno —dice, pronunciando la palabra como un ronroneo—. Me parece que tenemos un problema.

—Un problema.

—Sí, verá, señor Donovan, me parece que yo llevo muy poca ropa y, en cambio, usted, demasiada.

Levanto una ceja, ahora todos los sistemas se han puesto en marcha, preparados para empezar.

—A mí me parece que estás perfecta. —Me muevo y me acomodo la almohada bajo la cabeza para no perderme ni un solo detalle de la vista que tengo delante—. ¿Pero dices que yo llevo demasiada ropa?

—Sin lugar a duda —dice—, y es momento de arreglarlo.

Cambia de posición y siento sus dedos arañarme las caderas cuando tira de las sábanas hacia abajo. Joder, qué manera de provocarme. La polla me da una sacudida al liberarse de los confines de las sábanas, ansiosa de que la toque. Por enterrarse en su calor. Me mira la verga y, cuando se pasa la lengua por el labio inferior tengo que usar todas mis fuerzas para no tirarla sobre la cama y hacer con ella lo que quiero.

—Vaya, sí que tenemos un problema. —Sonríe y me mira a los ojos con una mezcla de lujuria y picardía detrás de las pestañas.

—¿Cómo sugieres que lo solucionemos? —pregunto, disfrutando del papel de seductora que ha asumido a pesar de que tengo los huevos desesperados por aliviarse.

Me agarra la polla con la mano. Joder, qué bien sienta. Recuesto la cabeza y me dejo llevar por la sensación de sus dedos acariciándome la carne hinchada. Me acaricia de una forma lenta y acompasada que me vuelve loco y tengo que esforzarme al máximo para no poner la mano sobre la suya e instarla a ir más rápido.

Cuando se trata de Rylee, soy capaz de suplicar.

—Bueno, es el día de la carrera, no puedo dejar que mi hombre salga a la pista sin solucionar este pequeño problema.

Abro los ojos y la veo arquear las cejas y esbozar una mueca provocativa.

—Nena, no tiene nada de pequeño.

Se mueve hacia arriba, todavía con las manos en mi polla, y las tetas de nuevo al frente y en el centro de mi punto de mira mientras se inclina sobre mi cara.

—¿No?

Inclina la cabeza para mirarme la boca abierta mientras sigue trabajando con sus dedos la erección. Solo puedo morderme el labio y sacudir la cabeza mientras presta especial atención a la punta. Ahora mismo hablar no es una opción.

—Tendré que descubrirlo sola. ¿No te parece?

La miro. La observo con devoción mientras se arrodilla sobre mí, con las mejillas enrojecidas, los ojos chispeantes y la boca tentadora. No me puedo creer que después de cómo la cagué siga aquí. Que siga luchando por nosotros. Es una santa.

Tengo una respuesta en la boca, pero desaparece en el momento en que se ensarta en mi polla.

Calor, humedad. El placer me sacude en el instante en que noto el tenso agarre de su coño a mi alrededor. Se me tensa todo el cuerpo desde la base de la columna hasta los huevos con un hormigueo que me hace poner los ojos en blanco y echar la cabeza hacia atrás de puro éxtasis.

—¡Dios santo! —grito cuando se encaja hasta el fondo y se queda quieta para adaptarse a mí.

—No, nada de dioses —murmura mientras se inclina y me pasa la lengua por los labios, aumentando más la tortura—, pero puedo llevarte al cielo —susurra contra mi boca.

Entonces empieza a moverse. Arriba y abajo. Se desliza y el calor húmedo me domina la polla a cada movimiento. Piel contra piel. Suave contra duro. Increíble, joder.

Puñetera Rylee.

Puñetero coño mágico.

Joder, me equivocaba. Esto, el coño mágico de Rylee, es la mejor creación de Dios.

Sin duda.

Y Rylee tenía razón.

Es como estar en el puto cielo.

\*\*\*

Me pongo los vaqueros de anoche, consciente de que tengo que ponerme en marcha. Estoy emocionado por el día que me espera, el caos organizado, el rugir del motor, pero todavía no estoy listo para compartir a Rylee. Para explotar esta burbuja que nos rodea y salir al mundo.

La miro mientras se pone una camiseta y muevo la cabeza admirándola. Una lástima cubrir esas tetas perfectas. Aunque debo admitir que no me disgusta que haya una camiseta con mi nombre grabado rozándose con ellas. Como una reivindicación.

Alguien llama a la puerta y antes de que podamos contestar, se abre de golpe.

—¿Estáis decentes?

Beckett entra con el traje ignífugo puesto, pero con las mangas atadas en la cintura.

—¿Y si no lo hubiéramos estado? —pregunto algo molesto.

¿Y si Rylee no llega a estar vestida? O, peor, tumbada debajo de mí, desnuda y gimiendo. Ni puta gracia. No es que no nos hayamos follado a tías borrachos en la misma habitación, pero, joder, hablamos de Rylee. La chispa de mi vida.

—¿Cómo cojones has entrado? —pregunto y sabe que estoy cabreado por la interrupción.

Por supuesto, como no podría ser de otra manera, sonrío con suficiencia para dejarme claro que está poniéndome a prueba. Pinchándose para saber en qué punto estamos.

Beckett alterna la mirada entre Rylee y yo antes de tirar la llave sobre la cama.

—De anoche —dice sin más explicaciones—. ¿Todo bien?

Mira a Rylee y le sostiene la mirada un instante, sé que está comprobando que de verdad está bien. Que hemos arreglado las cosas. Puñetero Becks. Será un gilipollas, pero es el mejor compinche que un tío podría tener.

—Sí, estamos bien —le responde y la suave sonrisa que le dedica me hace sacudir la cabeza. ¿Podría ser más perfecta?

—Bien —declara mientras me dedica una mirada burlona que dice «ya era hora, joder»—. Que no vuelva a pasar.

Sacudo la cabeza mientras me levanto de la cama y me abrocho los vaqueros. Miro a Rylee de reojo y la encuentro siguiendo con la mirada el recorrido de mis dedos en mi abdomen desnudo. Esa mirada hace que me entren ganas de echar a Beckett y tumbarla en el suelo, o empotrarla contra la pared, no soy quisquilloso, hasta que me sacie de ella.

El problema es que podría llevarnos un buen rato. No creo que me sacie de ella nunca.

—No hay tiempo para eso, casanova —resopla Beckett al ver cómo nos miramos. Me muero por mandarlo a la mierda para poder tenerla una última vez antes de la carrera. Sobre todo, cuando la miro y veo cómo se ruboriza porque la han pillado.

—Tenéis quince minutos antes de irnos. Aprovechadlos. —Le guiña un ojo a Rylee y no tengo ninguna duda de que ahora mismo está muerta de vergüenza.

Créeme, pienso aprovecharlos.

\*\*\*

El ambiente a mi alrededor vibra de expectación mientras caminamos por los *boxes*. Los chicos revisan el motor y se aseguran de que todo está en orden y listo para la salida, pero, seamos realistas, solo buscan algo en que ocuparse para controlar los nervios. Me encanta que mi equipo se ponga nervioso por una carrera. Me hace saber que se preocupan tanto como yo.

Debería estar nervioso, pero no lo estoy. Miro a Rylee y le aprieto la mano enlazada con la mía. Es la razón de que no lo esté. Puñetera Rylee, es como un bálsamo contra todos mis problemas: los nervios, las pesadillas, el alma rota y el corazón herido.

Tengo una nueva superstición: tenerla a mi lado.

Me sonrío con los ojos ocultos tras las gafas de sol y me parece la sonrisa más *sexy* del mundo.

Llevado por la costumbre, me acerco al coche aparcado en el lugar designado de los *boxes* y lo golpeo con los nudillos cuatro veces. Superstición número dos, lista. Rylee me mira y arquea las cejas. Me encojo de hombros como respuesta.

No son más que tonterías, pero, oye, lo que sea que funcione.

—¿Por qué el número trece?

Se refiere al número del coche. Mi número de buena y mala suerte.

—Es mi número de la suerte —le digo mientras esquivo a Smitty al pasar.

—Qué poco habitual. —Me sonrío y se sube las gafas a la cabeza mientras me mira.

—¿Esperabas menos de mí?

—No. Lo predecible no te va. —Sacude la cabeza y se muerde el labio inferior. Joder, qué *sexy*—. ¿Por qué el trece?

—Ya he desafiado muchas veces a la probabilidad en la vida. —Me apoyo en el coche detrás de mí—. No creo que un número me vaya a cambiar la suerte de pronto.

También es la fecha del día que mi padre me encontró. El pensamiento me viene de repente, pero no lo digo, solo lo pienso, no quiero enturbiar el momento.

Le cojo la mano y la acerco a mí, necesito sentirla. El bálsamo para aliviarme el dolor del alma. Aterriza firmemente sobre mí y podría jurar que



nuestros cuerpos dan una sacudida.

Mi corazón también. Se sacude, cae, se tambalea, salta y vuela; no, explota con esa sensación extraña que me atraviesa.

Me inclino con ganas de notar su sabor. Inclino los labios sobre los suyos y disfruto de su dulzura. Del movimiento de su lengua y el sabor de su boca. Del olor de su perfume y el gemido bajo que me dedica.

De cómo reclama mi corazón.

Joder. Esta mujer es mi *kryptonita*. ¿Cómo ha pasado? ¿Cómo he dejado que me domine así? Lo que es más importante y más sorprendente, quiero que me domine.

Cada parte de mí. Se acabó el juego, nena.

Ella es mi bandera a cuadros.

## Capítulo 41

—¿No me das un beso de buena suerte?

Colton me mira y sonríe con suficiencia mientras se quita su camisa de la suerte y la tira en el sofá detrás de mí. Joder. Sabe cómo dejarme sin aliento. Se queda ahí de pie, con esa sonrisa arrogante y una mirada que refleja todas las cosas nada decorosas que desearía que me hiciera ahora mismo.

El pensamiento es correspondido.

—¿Un beso u otra cosa? —insinúo y levanto las cejas. Devoro la piel bronceada y las bien definidas líneas de su torso con la mirada y me detengo cuando llego a sus labios. Levanto la vista y me encuentro con su mirada divertida mientras me observa disfrutar de la visión de su cuerpo.

Levanta una ceja mientras desata las mangas del traje de carreras que lleva a la cintura.

—¿Qué otra cosa? —bromea, da un paso hacia mí y se inclina para apoyar las manos en los brazos del sillón.

Lo miro y siento que estamos a millones de kilómetros de donde nos encontrábamos hace veinticuatro horas. Como si todo hubiese sido un mal sueño, pero me alegro de que no fuera así. Ahora hay algo entre nosotros, una sensación de felicidad o de satisfacción, no lo sé, que nos ha enseñado que podemos hacerlo. Podemos pelearnos, querernos y odiarnos, pero, al final, nos volveremos a encontrar. Podemos usar el placer del otro para enterrar el dolor.

—No lo tengo claro, nunca he hecho esto de las carreras antes.

Sonrío y me dejo llevar por la tentación, tomo lo que ahora sé que es

mío, y le acaricio el pecho con las puntas de los dedos hasta llegar a la línea de su barbilla y de ahí subir para enredarlas en su pelo.

Baja la cabeza y me atrapa la boca en una lujuriosa exploración con la lengua. El roce de mis dedos contra su piel. El gruñido de aprobación desde el fondo de su garganta. El suspiro que se me escapa y hace que profundice el beso. Me demuestra lo que siente por mí con una urgencia latente y una completa veneración.

Un golpe en la puerta de la caravana hace que me aparte de Colton y que él suelte una de sus blasfemias favoritas. Lo miro y dejo que las emociones pasen a través de mí y disfruto del estado de ensoñación en el que sigo. Ese granuja descaradamente guapo, de pie delante de mí, es mío de verdad.

—¿Hora del espectáculo? —pregunto con un suspiro.

—Hora de hacer ondear la bandera a cuadros, nena.

Sonríe y me da un último y casto beso en los labios. Lo pillo por sorpresa al agarrarlo por el cuello y deslizar la lengua entre sus labios. Tomo todo lo que quiero y necesito y que no me he atrevido a pedir en los últimos meses. A pesar de haberlo cogido desprevenido, me devuelve el beso sin un atisbo de duda. Termino el beso y me aparto un segundo para mirarlo a los ojos y, sin palabras, decirle todo lo que me ha dado. Esboza un amago de sonrisa que hace aparecer ese hoyuelo que tanto adoro y sacude la cabeza, como si intentase adivinar a qué viene todo esto.

—Hora de hacer ondear la bandera a cuadros, nene.

Le sonrío y me levanto. Alarga el brazo para coger una nueva camiseta, una de patrocinio, y se la pone debajo del traje ignífugo ahora que ya ha pasado el tiempo necesario con su camiseta de la suerte puesta. Echo un vistazo al reloj y los nervios me golpean de repente al darme cuenta de lo poco que queda para arrancar los motores mientras que Colton está del todo tranquilo y sereno.

—No te preocupes —dice y sacude la cabeza, lo que me devuelve al presente, inconsciente de que me había llevado una mano al estómago para contener las mariposas—. Estaré igual en cuanto salgamos de la caravana. — Me señala la barriga y asiente con la cabeza hacia la puerta antes de ponerse una gorra. Su gorra de la suerte. Sonrío con disimulo al darme cuenta de que es la misma gorra que se puso para nuestra cita en la feria.

Don Seguro de sí mismo se puso su gorra de la suerte en nuestra primera

cita. Como si pudiese enamorarme más.

—¿Estás lista? —me pregunta mientras caminamos hacia la puerta cogidos de la mano. Asiento con la cabeza y, justo cuando salimos, le paro.

—Oye, As.

Colton se para con la manilla de la puerta en la mano y vuelve la vista hacia mí con curiosidad. Es hora de que le enseñe lo que le espera al cruzar la línea de meta. Encontré las escasas braguitas a cuadros blancos y negros con el mensaje «Caliente y preparada» bordado en el culo en una pequeña tienda a la vuelta de casa. No sé muy bien por qué las compré durante el viaje tal y como estaban las cosas entre Colton y yo en aquel momento, pero, después de anoche, claramente me alegro de haberlo hecho. Abre los ojos como platos cuando me desabrocho los pantalones cortos y meneo las caderas para dejarlos caer ligeramente y enseñarle un ligero atisbo del encaje y el tejido a cuadros.

—Esta es la única bandera a cuadros que necesitas, cariño.

Ensancha la sonrisa y se olvida de la puerta abierta cuando llega hasta a mí en dos zancadas y pega su cuerpo al mío. Se para un momento para mirarme, murmura y nuestros ojos brillan de emoción antes de besarme con avidez y lujuria. Se separa con la misma celeridad con que me atacó y me mira sonriente.

—Puedes apostar a que esta noche voy a llevarme esa bandera.

# Capítulo 42

## Colton

Lo siento.

Esa certeza absoluta que muy pocas veces en la vida te arrolla como un puñetero tren de mercancías. Hoy la siento. Está en el aire que me rodea mientras medito sobre lo que tengo que hacer cuando esté en la pista y las ruedas rocen el suelo. Mantenerme alejado de Mason, ese cabrón me la tiene jurada, igual que el año pasado con aquel borracho. No es que llevase encima una bandera ni nada que dejase claro su objetivo. En la pista no es bueno que haya mala sangre. Nunca. Abrirme en las curvas dos y tres. Las luces suaves. El pedal fuerte. Pasar con cuidado. Sigo repitiéndome lo que tengo que hacer una y otra vez. Así es como me aseguro de no tener que pararme a pensar en la pista. Solo reacciono.

Hoy me llevaré la bandera a cuadros, no solo esas puñeteras braguitas de Rylee que me la ponen tiesa. Por dios, tengo que hacerme con esa bandera. Pero lo siento. Todo está bien en el mundo y, joder, me estoy portando como un mariquita, pero esa sensación de que todo está bien me invade desde que me despierto con Rylee entre mis brazos, acurrucada en mi cuello, con los labios contra mi piel y el corazón latiendo al unísono con el mío.

Exactamente donde debe estar.

Doy un mordisco a otra de mis supersticiones de antes de correr, una barrita de chocolate Snickers, y levanto la mirada para buscarla. Está sentada en silencio en una esquina y al instante sus ojos se encuentran con los míos.

Esboza una tímida sonrisa que me vuelve loco y, en lugar del miedo que suele atenazarme por dentro, me siento seguro, en calma. ¿He dicho ya que soy un mariquita de mierda? Pero ¿sabes qué? Me da igual porque estoy seguro de que será buena conmigo. No me presionará demasiado. Bueno, a no ser que se lo pida.

—¿Wood? —Me giro y miro a Beckett.

Por otra parte, Beckett me va a partir los dientes y devolvérmelos con un lazo cuando el estrés de la carrera haya pasado y se dé cuenta de que minutos antes de correr estaba pensando en ese coño hipnótico. Rylee, joder.

Dedico a Ry una rápida sonrisa y me vuelvo hacia Beckett.

—¿Sí? —pregunto mientras me abrocho el traje.

Me preparo para la carrera.

Me preparo para hacer la única cosa que siempre he amado.

Me preparo para llevarme la puñetera bandera a cuadros.

## Capítulo 43

Tengo mucho que asimilar. Demasiadas imágenes y sonidos que me asaltan y me superan. Con la mano sobre el corazón, escucho junto a Colton el himno nacional que cantan desde el escenario que tenemos detrás. Hace algo de brisa. La multitud canta. Tengo los nervios acelerados por culpa del hombre que tengo al lado y que se ha convertido en alguien intenso, reflexivo y concentrado en la tarea que le ocupa.

Levanta la mano libre y la coloca en la parte baja de mi espalda mientras el cámara recorre la fila de conductores que esperan en la línea de salida junto a sus equipos y sin acompañantes. Que intente reconfortarme en un momento en el que solo él es el protagonista me sobrecoge. Intenté decirle que podía quedarme sentada en los *boxes* durante el himno, que no era algo muy importante para mí, pero se negó.

—Ahora estamos juntos, cariño, no pienso perderte de vista —dijo. Discusión ganada. Sin lugar a dudas.

Empiezan los fuegos artificiales cuando la canción termina y, de pronto, la línea de salida es un amasijo de actividad. Los equipos se ponen en marcha para que todo el trabajo previo dé sus frutos en la actuación del piloto. Varios hombres empiezan a rodear a Colton antes de que me dé tiempo a desearle buena suerte por última vez. Se colocan los auriculares. El velcro se cierra. Comprueban que los zapatos estén bien atados para que nada interfiera con los pedales. Se ponen y se ajustan los guantes. Se oyen las últimas instrucciones. Dejo que me alejen de la locura y Davis me ayuda a saltar por encima del muro.

—¡Rylee!

Escucho su voz por encima del caos organizado. Me para en seco. Me activa. Me completa.

Me doy la vuelta y lo encuentro de lo más imponente con el traje puesto. Lleva el pasamontañas blanco en una mano y el casco en la otra. Tan guapo que duele. Tan *sexy*. Y es todo mío. Lo miro confundida, pues ya hemos tenido nuestro momento de intimidad en la caravana. ¿He hecho algo mal?

—¿Qué?

Esboza una sonrisa. Es una figura estática mientras todos a su alrededor forman una masa en movimiento. Me sostiene la mirada, intensa y clara.

—Te conduzco, Rylee —dice con voz implacable y decidida entre el caos.

Se me para el corazón. El tiempo se congela, como si fuésemos las únicas personas que quedan en el mundo. Un chico herido y una chica abnegada. Nuestros ojos se encuentran y las palabras que no consigo gritar por encima del alboroto quedan dichas. Después de lo que me explicó anoche, sé lo terriblemente difícil que es para él pronunciar esas palabras. Entiendo que me dice que está roto por dentro, pero, al igual que mis chicos, me está abriendo su corazón y confía en mí para que lo trate con amabilidad, compasión y comprensión.

—Yo también te conduzco, Colton —respondo.

A pesar del ruido, sé que me ha oído por la tímida sonrisa que se le forma en los labios, luego sacude la cabeza como si intentase entender todo lo que está pasando. Beckett lo llama y me mira una última vez antes de concentrarse en el trabajo. No puedo hacer nada más que quedarme donde estoy y observarlo. El amor me hincha, me abruma y me cura el corazón, aunque antes pensase que era irreparable. Me llena de felicidad a causa del hombre que no puedo dejar de mirar.

Mi tormenta antes de la calma.

Mi ángel en la oscuridad.

Mi As.

\*\*\*

Cuando los coches cruzan disparados la línea de salida me retumba el pecho.



Llevan veinte vueltas y sigo siendo un manojo de nervios. Alterno la mirada entre la pista y la pantalla que tengo delante cuando los coches están detrás de mí y los pierdo de vista. Me tiemblan las rodillas, me he arrancado por completo el esmalte de uñas y tengo la cara interna de los labios en carne viva. A pesar de todo, la voz de Colton suena segura y concentrada cada vez que habla a través de los auriculares. Cuando habla con Beckett o con su equipo siento una punzada de alivio. Luego toman una curva, coche junto a coche, masas de metal volando a la velocidad de la luz, y el alivio se convierte en ansiedad. Compruebo de nuevo el monitor y sonrío al ver que «13 Donavan» va en segunda posición, peleando por volver a ponerse el primero antes de hacer una parada en *boxes* por seguridad.

—Tienes aire sucio delante —dice el observador cuando Colton sale de la tercera curva y se dirige al tráfico con una vuelta menos.

—Diez-cuatro.

—La última vuelta ha sido la mejor hasta ahora. —Beckett se une a la conversación mientras analiza una pantalla de ordenador varios asientos por debajo de mí donde se ven todos los indicadores del número trece—. Vas genial, Wood. Mantente firme en ese bache. La línea alta está llena de piedras así que ve con cuidado.

—Entendido —responde por encima del ruido del motor al acelerar en la primera curva.

Todo el público emite un grito ahogado cuando un coche se estrella contra el muro. Me giro a mirar y el corazón me da un vuelco, pero desde donde estoy no puedo ver bien. Inmediatamente me giro a mirar la pantalla en la que Beckett está concentrado.

—¡Uno arriba, Colton! ¡Arriba! —grita el observador en mi oído.

Todo pasa muy deprisa, pero es como si el tiempo se detuviera. Se congela. Rebobina. En la pantalla se ve una nube de humo cuando el coche choca con la pared y luego rebota hacia la pista en diagonal. Los demás coches van demasiado deprisa por lo que no les da tiempo a corregir la trayectoria lo bastante rápido. Colton me dijo una vez que siempre se debe conducir directo al lugar en que haya habido un accidente porque el vehículo siempre se mueve después debido al impulso, y es difícil determinar hacia dónde se desplazará.

Hay mucho humo, demasiado, ¿cómo va a saber Colton adónde va?

—¡No veo nada! Grita el observador, aterrado a causa de la masa de coches y el consecuente humo que le impiden dirigir a Colton. No es capaz de indicarle la línea segura para pasar con su coche que avanza a trescientos kilómetros por hora.

Le veo entrar en la nube de humo. Se me para el corazón. Empiezo a rezar. Contengo el aliento. Espero.

# Capítulo 44

## Colton

Hijo de puta.

El humo me engulle. Solo veo una masa borrosa de color gris y destellos metálicos mientras los coches chocan a mi alrededor. Joder, estoy ciego.

No me da tiempo a tener miedo.

No me da tiempo a pensar.

Solo puedo sentir.

Reaccionar.

Reflejos de la luz del sol aparecen en el otro extremo del túnel gris. Voy hacia ellos. No me rindo. Nunca. Me dirijo hacia el lugar preciso del choque.

Vamos, vamos. Venga, uno, dos. Vamos, pequeña. Venga.

Un destello rojo sale de la nada y se lanza delante de mí. No me da tiempo a reaccionar. Nada.

Soy ingrátido.

Me elevo.

Ligero.

Doy vueltas.

Giro.

Las manguetas blancas de la rueda.

Otra vez la luz del día.

Demasiado rápido.

Demasiado rápido.  
Mierda.

## Capítulo 45

El coche de Colton aparece por encima del humo. Está fuera de control. Da vueltas por el aire. Oigo a Beckett gritar.

—¡Wood!

No es más que una palabra, pero el dolor con el que la dice me encoge el alma.

No reacciono.

No consigo moverme.

Me quedo sentada y observo.

No dejo de ver imágenes de Max y de Colton dentro de mi cabeza.

Estoy rota.

# Capítulo 46

## Colton

«**S**piderman. Batman. Superman. Ironman».

No te pierdas el final de la historia de Colton y Rylee en el tercer libro de la trilogía *Driven*

## Agradecimientos

¡Uf! ¡No sé ni por dónde empezar! Cuando empecé esta aventura literaria hace poco más de un año era más bien un desafío personal. ¿Podré hacerlo? No solo eso, ¿seré capaz de narrar algo que provoque reacciones viscerales en el lector y al mismo tiempo haga que se enamore de Rylee, de Colton y de su historia? Cuando terminé *Driven*, me gustó, pero eso no significaba nada. La pregunta real es si a ti, al lector, te engancharía.

¡Ni en un millón de años habría esperado que la respuesta fuese afirmativa! La verdad, al principio pensaba que todo había sido un golpe de suerte. Sí, yo estaba enamorada de Rylee, de Colton y de los chicos, pero eso era obvio; entonces los mensajes, los *emails* y las publicaciones empezaron a llegar. De verdad os encantaban tanto como a mí: el macho alfa herido y la heroína con el corazón roto. Siempre había creído que el trabajo de una autora es hacer sentir al lector con intensidad y me hicisteis saber que lo había conseguido, Kindle rotos incluidos. (Hablo en serio, he recibido fotos de Kindle rotos después de que alguien los tirase al terminar *Guiados por el deseo*). Así que, más que nada, gracias a mis lectores. Gracias por darle una oportunidad a esta autora independiente y a su primera novela, con sus errores, sus fallos gramaticales y todo. Gracias por hablar de *Driven*, recomendárselo a vuestros amigos, crear páginas en Facebook sobre él y publicar reseñas por todas partes para ayudar a correr la voz. No os hacéis una idea de lo que ese tipo de apoyo significa para una autora autopublicada como yo, por lo que, una vez más, gracias de corazón. En muchas ocasiones he leído que el segundo libro de una trilogía suele ser el punto más bajo, la caída, el relleno, tonterías y sin ninguna trama real. Lo único que puedo decir



es que espero que *Driven: cegados por la pasión* haya cumplido y superado vuestras expectativas.

Gracias a las blogueras que pasan cientos de horas leyendo nuestros libros (buenos y malos), haciendo reseñas, collages de fotos y promocionándolos como locas simplemente porque les gustan. Para muchas de ellas, es su segundo trabajo, el que les gusta de verdad, y no lo hacen por dinero ni por reconocimiento, sino porque les encanta viajar a otros mundos y otros tiempos. No quiero hacerles la pelota, pero sí darles las gracias porque si no fuese por su incansable pasión muchos de vosotros ni siquiera habríais llegado a saber que existía un libro llamado *Driven: guiados por el deseo*. Por tanto, gracias a las blogueras por lanzar, promocionar, uniros a las *Colton Cuties* (es decir, el equipo callejero de *Driven*); reseñar y apoyar la trilogía en general. Tal vez *Guiados por el deseo* sea una gran historia, pero sin vosotras y vuestro apoyo constante, habría pasado desapercibida, así que, ¡gracias!

Tengo que hacer un par de menciones, lo que no significa que las demás blogueras sean menos importantes, pero estas en particular me han ayudado enormemente de una forma u otra. Jenny y Gitte de *Totallybooked*: ¿Por dónde empiezo? Muchas gracias por responder a los ridículos mensajes privados de esta novata y tratarme con el mismo respeto que si fuera una de las autoras más vendidas del *New York Times*. Os agradezco las charlas de primera y última hora, las incontables etiquetas y las palabras de sabiduría. La amabilidad que me demostrasteis fue inconmensurable y vuestro apoyo sorprendente. Os lo aseguro, ¡es el efecto Jenny y Gitte! A Liz Murach de *Sinfully Sexy Book Reviews*: gracias por ser anfitriona de una semana de gira de lanzamiento insuperable. Entre la revelación de la portada y la gira en sí misma, me dejaste de piedra. Gracias a Autumn y a Julie de *AToMR* por la gira oficial de blogs en septiembre, como siempre, pura clase. Gracias a Emily Kidman de *TheSubClub* por animarme siempre, sobre todo cuando más parecía necesitarlo.

Tengo que dar las gracias a muchas más blogueras, tantas que no creo que pueda nombrarlas a todas, pero lo intentaré. Si no aparecéis, por favor, tened en cuenta que es porque tengo el cerebro frito de pasar tantas horas delante de la pantalla. En fin, gracias a Donna de *The Romance Cover*, a Tray de *BookHookers*, Jessy de *Jessy's Book Club*, Sandy de *The Reading*

Café, Meagan de Love Between the Sheets, Ellen de The Book Bellas, Michelle de The Blushing Reader, Stephanie de The Boyfriend Bookmark, Mary de Mary Elizabeth's Crazy Book Obsession, Lindsay de Beauty, Brains & Books; Liz de Romance Addiction, Stephanie de Stephanie's Book Reports, Alicia de Island Lovelies, Jen de TheBookBar, Kimberly de Book Reader Chronicles, Jess de A is for Alpha, B is for Books; Stephanie de Romance Addict Book Blog, Cara de A Book Whores Obsession, Amy de Schmexy Girl Book Blog, Autumn de The Autumn Review, Lisa de The Rock Stars of Romance, Jennifer de Wolfel's World of Books, Kim de Shh Mom's Reading, Jamie de Alphas, Authors, & Books Oh My; y muchas, muchísimas más que no recuerdo. ¡Gracias, gracias, gracias!

Otra ronda de agradecimientos a mis prelectores. Cuando publiqué *Driven: Guiados por el deseo* no tenía ni idea de lo que era un prelector. Solo tres personas habían leído la novela antes de que saliera a la luz y creo que, de haber tenido prelectores, no hubiese recibido las principales críticas que recibí. Así que os doy las gracias, Jennifer Mirabelli, Josie Melendez, Jodie Stipetich, Melissa Allum, Kim Rinaldi, Emily Kidman, Autumn Hull, Beta Hoo, y Beta Haw: Vuestras opiniones, comentarios y observaciones tuvieron para mí y para la versión final de *Driven: Cegados por la pasión* un valor incalculable. Agradezco vuestra cruda honestidad, el tiempo que le dedicasteis y el haber tenido un segundo par de ojos. Me habéis ayudado a que el resultado final fuese mucho mejor de lo esperado.

A mi editora Maxanne Dobbs de The Polished Pen, gracias por molestarte en leer y releer mi larguísimo libro y ayudarme a reducirlo en la medida de lo posible. No me caíste muy bien cuando me dijiste que Rylee empezaba a parecer una zorra, pero me alegro de que lo hicieras, porque esos pequeños ajustes supusieron una gran diferencia para hacer empatizar al lector y reducir el nivel de frustración. A Deborah de Tugboat Designs por diseñar otra portada impresionante, ¡y pensar que nos salió bien a la primera! ¡Gracias! A Stacey de Hayson Publishing, gracias por maquetar *Cegados por la pasión* con tan poco tiempo. Superaste todas las expectativas. A Jennifer de Polished Perfection, gracias por ese segundo y tercer par de ojos.

A las ganadoras del concurso A.S., ¡gracias por formar parte de *Cegados por la pasión!* En la escena en Las Vegas en el restaurante TAO del Venetian, Colton y Beckett intentan adivinar lo que significa «as» y estas

adorables señoritas son quienes se llevan el mérito de esos intentos: Lusette Lam por la idea de Colton de «atractivo y seductor» y Sandy Schairer por la propuesta de Beckett de «arrogante y sinvergüenza». Gracias a todos los participantes, me reí muchísimo con vuestras descripciones.

La música es un aparte muy importante de mis novelas, así que gracias a los numerosos artistas cuyo talento y canciones me sirvieron de inspiración para escribir muchas escenas. Nada crea mejor ambiente para escribir que la canción perfecta. Gracias especialmente a Matchbox Twenty, la música terapéutica de Rylee y, por supuesto, como diría Colton muy educadamente, a la «puñetera Pink», gracias por servir de inspiración para una de las frases más importantes del libro.

A mi hijo por ver películas antiguas de Spiderman en Netflix, una y otra vez, hasta la saciedad, tenerlas de fondo me sirvió como inspiración para escribir otras de las dos frases más significativas del libro. Que nunca tengas que recitar superhéroes. Jamás. ¡Te Spiderman, colega!

A mi niña: gracias por ponerte a teclear siempre que podías en mi copia oficial de *Cegados por la pasión*. Los lectores beta creyeron que me había dedicado a incluir números de matrícula de forma aleatoria a mitad de párrafo, ¡pues no! Solo era CJ cerciorándose de que le hacían caso. ¡Te quiero pequeña locuela!

A mi hija mayor, gracias por intentar echar un vistazo a mi pantalla a cada oportunidad, ahora sabes leer y mamá se pone nerviosa con lo que puedas encontrar en el ordenador. Gracias por ser paciente y por tus interminables preguntas del estilo «¿la gente de verdad se lee lo que escribes?». Esperemos que sí. ¡Te quiero, bichito!

Gracias a mi marido por la paciencia que ha tenido durante todo el proceso. Gracias por inventarte lugares a los que llevar a los niños para dejarme unas horas a solas para escribir sin interrupciones. Gracias por no tener problemas (casi ninguno) con comer comida para llevar o sacada de una bolsa porque necesitaba terminar un capítulo. Gracias por no quejarte de que ahora se tarda mucho más en hacer la colada o de que la casa está un poco más desordenada. Gracias por irte a la cama sin mí varias veces por semana mientras me quedaba despierta hasta tarde y me acababa durmiendo con Colton en vez de contigo (lo siento, chicas, una de las ventajas de ser la autora). Gracias por entender que ahora el ordenador es una extensión de mi

cuerpo y que la mujer que nunca olvidaba nada ahora anda un poco distraída, la culpa es de toda la gente que tengo dentro de la cabeza. ¡Te quiero!

Gracias a mi familia y amigos por el apoyo incondicional y por soportar mis divagaciones sobre las personas que viven dentro de mi cabeza y en los corazones de los lectores.

Lo último que quiero comentar es algo que sin duda hará que mi correo electrónico y mi página de Facebook estén a rebosar de mensajes cuando terminéis de leer el libro: ¿Cuándo saldrá el siguiente? Todavía no hay una fecha fijada. Lo siento, pero me niego a daros un día y luego tener que cambiarla y retrasarla varios meses. Me frustra que los escritores hagan eso y no quiero haceros sentir así. Sí os aseguro que el próximo será el último libro de la trilogía. La historia de Rylee y Colton.

¿No puedes dejar de pensar en el final? Me lo imaginaba. Si te apetece, únete al grupo de Facebook «The Driven Trilogy Group», donde podrás comentar todo lo que quieras (con spoilers y todo) con otras personas que también han terminado el libro. El enlace es:

<https://www.facebook.com/groups/394768807306804/>

Gracias otra vez por leerme. Espero que os haya gustado.

¡Os conduzco!

K

# **Sobre la autora**



**K.** Bromberg es una autora *best seller* que ha estado en las listas de más vendidos del *New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *USA Today*. Desde que debutó en 2013, ha vendido más de un millón de ejemplares de sus libros, novelas románticas contemporáneas y con un toque *sexy* protagonizadas por heroínas fuertes y héroes con un pasado oscuro.

Vive en el sur de California con su marido y sus tres hijos. Reconoce

que buena parte de las tramas de sus libros se le han ocurrido entre viajes al colegio y entrenamientos de fútbol.

**Descubre cómo empezó todo...**






K. BROMBERG

# DRIVEN

GUIADOS POR EL DESEO

SERIE DRIVEN I

CHIC 

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que  
hayas disfrutado de la lectura.**


Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE  
QUE  
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

# El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli  
*Por favor,*  
déjame  
**odiarte**



# Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

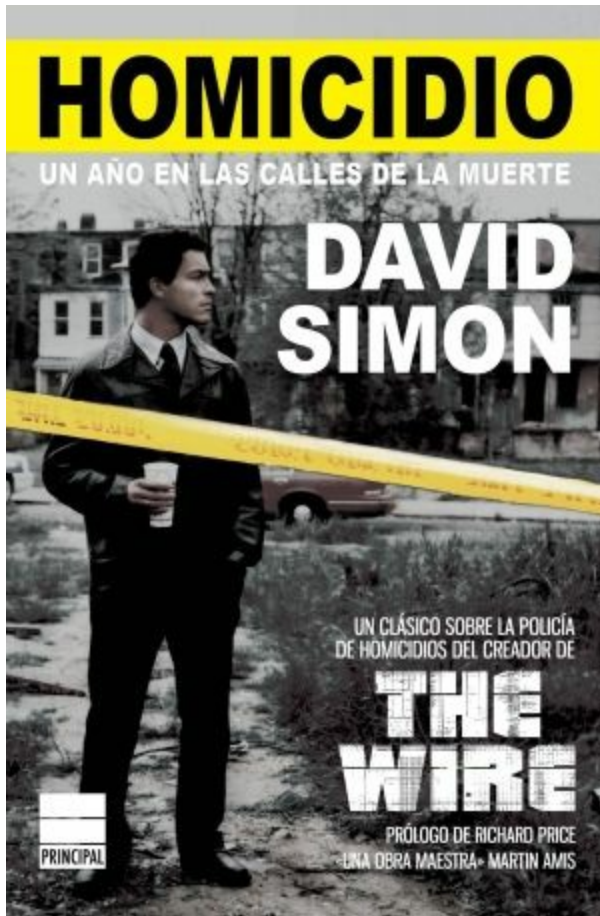
## DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA  
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

### THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE  
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



# Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL  
de los LIBROS

# Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

TILLIE COLE

**NO  
SOY  
YO**

LOS VERDUGOS DE HADES

CHIC 

# No soy yo

Cole, Tillie

9788416223732

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hace años, dos niños de mundos diferentes conectaron de una forma única que les cambiaría la vida para siempre. Salome no conoce nada más allá de los límites de la comuna del profeta David, pero después de un terrible suceso, no puede aguantar más y decide arriesgarlo todo para escapar a un mundo desconocido y oscuro para ella. Styx ha nacido para vestir el cuero. Presidente de los Verdugos, uno de los clubs de moteros más infames del país, vive rodeado de violencia, sexo, drogas y motos, y no busca nada más en la vida. Hasta que un día, aparece en su puerta una mujer al borde de la muerte. Una mujer que le resulta extrañamente familiar. "Debes leer este libro." HOLLY'S HOT READS "Diferente. Emocionante. Imposible dejar de leerlo." LISA BARNES "No puedo esperar a leer el resto de la saga para ver qué se le ha ocurrido a Tillie Cole." AMANDA DUCE

[Cómpralo y empieza a leer](#)